

Maestría en Sociología

**LA NOCIÓN DE INDIVIDUO MODERNO EN MAX WEBER, A LA LUZ DEL
PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO CONTEMPORÁNEO**

**ALUMNO:
PEDRO JOSÉ VIEYRA BAHENA**

**ASESOR:
Dr. JOSÉ HERNÁNDEZ PRADO**

SEPTIEMBRE DE 2009

*A mi familia por siempre:
Emperatriz, Andrea y Pedro*

*A Janeth por toda su ayuda incondicional
para lograr el posgrado*

Agradecimientos

Varias personas participaron de una u otra manera para ayudar a sacar adelante tanto el proyecto como el posgrado. Sin ellas, las cosas hubieran resultado aún más difíciles. Vaya un reconocimiento a todas y a todos

Este proyecto fue realizado gracias a una beca otorgada por la Universidad Autónoma Metropolitana. Agradezco la atención y buena voluntad de la Lic. Rocío G. Hernández Solís, quien amablemente facilitó la extensión de este apoyo financiero a lo largo de todo el posgrado. Nada de esto hubiera sido posible sin su generosa ayuda.

Estoy en deuda permanente con Lupita Jiménez, quien al abrirme las puertas de su casa, me facilitó la residencia en la terriblemente hermosa Ciudad de México. Eso, con nada se paga. Gracias Lupita. Además, la estancia en la Ciudad de México hubiera resultado difícil y solitaria sin la presencia de Daniel Castillo, cuya calidad humana y solidaridad asombrarían al mismo Durkheim. Gracias Hermano.

Especialmente, nada de esto se hubiera realizado sin la ayuda y compañía permanentes y constantes de Janeth Rojas. Esto es para ti, mil gracias.

El desarrollo y dirección de este documento fueron posibles gracias a la participación de varias personas. Agradezco la inmejorable asesoría de José Hernández Prado, quien a través de sus clases de epistemología y de sus excelentes consejos, fue un gran apoyo, además de su enorme ayuda para mejorar la puntuación de las ideas redactadas. Agradezco también la ayuda de Lidia Girola, quien a través de sus recomendaciones y consejos, así como de sus excelentes clases de teoría sociológica, ayudó enormemente a la realización de este texto.

La presencia de Estela Serret significó un gran aporte, tanto por sus consejos y ayuda en relación al documento, como por sus insuperables clases de Perspectiva de Género en Sociología, las cuáles me enseñaron a mirar y a cuestionar a la teoría sociológica desde la misma teoría. De manera especial, agradezco a Olga Sabido su presencia y consejos en el planteamiento inicial del proyecto, además de su valiosa ayuda al facilitarme una enorme cantidad de material bibliográfico.

A los compañeros y compañeras de la línea de Teoría y pensamiento sociológicos, especialmente a Fermín Fera, porque sus conversaciones me ayudaban a retroalimentar lo aprendido y lo ya sabido, además de su compañía extra clase y orientación en esta enorme ciudad; también agradezco a Natalia Tenorio por su solidaridad y por facilitarme material bibliográfico.

A todos y a todas, gracias por hacer este sueño realidad

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	Pág. 1
1. EL VALOR DE LOS CLÁSICOS COMO VEHÍCULO DEL CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEO EN SOCIOLOGÍA.....	9
1.1 La importancia de los clásicos en sociología.....	13
1.1.1 La nueva concepción de la ciencia de Thomas Kuhn	16
1.1.2 La importancia de la hermenéutica para la relectura de los clásicos: La propuesta de Hans Gadamer.....	19
1.1.3. Algunas advertencias para la lectura de los clásicos en la sociología: Anthony Giddens, Robert Merton y Jeffrey Alexander.....	23
1.2. El individuo como objeto de estudio en la sociología.....	30
1.2.1. Características del análisis del individuo en sociología.....	31
1.2.2 Algunas propuestas de la sociología en la modernidad inicial acerca del individuo.....	34
1.2.3. Individualismo e individualización en la modernidad tardía.....	41
2. LA MODERNIDAD EN MAX WEBER.....	48
2.1 La unión del Estado y el capitalismo como origen de la etapa moderna.....	51
2.2 Ética religiosa e imágenes del mundo.....	69
2.3 Individuo moderno y sentido de la acción.....	93
2.4 La noción de individuo en Max Weber.....	96
3. PERSPECTIVAS TEÓRICO ANALÍTICAS CONTEMPORÁNEAS ACERCA DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD: JÜRGEN HABERMAS Y ANTHONY GIDDENS.....	103
3.1 Jürgen Habermas: el individuo a la luz de la teoría de la acción comunicativa.....	107
3.1.2. Racionalidad y acción comunicativa.....	108
3.1.3. Mundo de la vida y sistema en el individuo moderno.....	110
3.1.4. Mundo de la vida y sistema en la modernidad.....	116
3.1.5. El individuo en la etapa del capitalismo tardío.....	120
3.1.6. El individuo en las consideraciones de Habermas.....	122
3.2. Anthony Giddens: la identidad del yo.....	126
3.2.1. La modernidad como fuente de la identidad.....	128
3.2.2. El individuo en el marco de la modernidad tardía.....	132
3.2.3. Acerca de las consideraciones de Anthony Giddens.....	141
4. DIAGNÓSTICOS ACERCA DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD CONTEMPORÁNEA: ULRICH BECK Y GILLES LIPOVETSKY.....	146
4.1. Ulrich Beck: la sociedad del riesgo.....	148
4.1.2. El individuo en la sociedad del riesgo.....	152
4.1.3. Las categorías de la sociología clásica y el nuevo tipo de individuación..	157
4.1.4. Nuevas situaciones laborales y ruptura de contornos sociales.....	160

4.1.5. La idea de una vida plena.....	162
4.1.6. Estandarización de los modelos biográficos.....	163
4.1.7. Nuevas formas de política.....	165
4.1.8. ¿Un nuevo? proceso de individualización en la ¿segunda modernidad?.....	167
4. 2. Gilles Lipovetsky: el individuo posmoderno.....	173
4.2.1. El individuo: origen de la posmodernidad.....	175
4.2.2. Características del individuo posmoderno.....	177
4.2.3. La ética en la posmodernidad.....	181
4.2.4. Acerca del análisis del individuo en Lipovetsky.....	188
 5. CONCLUSIONES: HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL INDIVIDUO AL MARGEN DE LA MODERNIDAD CONTEMPORÁNEA.....	 193
5.1. La noción de individuo en Max Weber.....	195
5.2. Breve caracterización del individuo moderno contemporáneo.....	199
 BIBLIOGRAFÍA.....	 208

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

En el campo de la ciencia sólo tiene << personalidad>> quien está pura y simplemente al servicio de la causa...

Sin embargo, todo trabajo científico tiene aún otro supuesto necesario, el del que el resultado que con él se intenta obtener es <<importante>>, en el sentido de que es <<digno de ser sabido>>.

Max Weber

Es indudable que el pensamiento de Max Weber ha sido objeto de una revisión constante en las ciencias sociales, tanto para plantear problemas de investigación empíricos, como para iniciar debates teóricos o meros análisis del pensamiento social. Para constatarlo, sólo basta echar una mirada a las bibliotecas de las universidades en que se imparte sociología. Así, se puede encontrar que existe una gran cantidad de textos que analizan las ideas de este sociólogo, tanto como innumerables investigaciones que parten de las consideraciones weberianas para generar un conocimiento particular sobre algún aspecto específico de la realidad social.

Lo anterior se debe a que, sin lugar a dudas, la obra sociológica de Max Weber ha sido de crucial importancia para la sociología y para la ciencia social en general: desde sus aportes sobre metodología, hasta sus consideraciones acerca de la conformación de la modernidad, pasando por sus análisis de sociología de la religión, política y del derecho, así como sus postulados en relación a la economía y su papel en la determinación de la modernidad. La manera en que Weber convirtió estos temas en problemas de índole sociológica, permite que su relectura siga proporcionando puntos de partida para el planteamiento de investigaciones contemporáneas. Pero la vigencia de su obra consiste en la resignificación que se le asigne desde el contexto en que es leída, esto es, se debe atender a los requerimientos del conocimiento científico, así como a las características societarias del presente del lector, para poder matizar aquellos aspectos que resultan relevantes de la obra de este clásico de la sociología.

Además, se puede asegurar que una de las características, entre muchas otras, que le brinda a la obra de Max Weber su estatus de clásica, es que posee

juicios de tipo interpretativo que permiten generar explicaciones contemporáneas en relación con la modernidad y sus implicaciones en el individuo. Y esto se debe a que en su planteamiento aún es posible encontrar elementos que resultan vigentes, referidos al pensamiento sociológico contemporáneo, para caracterizar al individuo al margen de la modernidad actual.

En relación con lo anterior, se puede asegurar que el análisis contemporáneo de la obra de Max Weber puede ayudar a establecer un esquema que permita caracterizar al individuo a la luz de la modernidad contemporánea. Este es precisamente el objetivo principal de este documento. Para hacerlo se cree que se podría realizar un ejercicio de tipo hermenéutico, en el cual se destaquen aquellos aspectos de su obra que tienen relación con las características del individuo moderno, así como los principales elementos que este autor consideró como factores del proceso de individuación. Posteriormente, se requiere del análisis de propuestas contemporáneas relacionadas con el problema del individuo y el proceso de individuación en la modernidad actual; las cuales deben poseer algún nexo con la obra de Weber. Finalmente, a través de la comparación de las obras de este clásico de la sociología respecto de las actuales, este ejercicio puede dar como resultado un cuadro que complemente los aspectos vigentes de la propuesta weberiana con los de las contemporáneas, en relación con el problema del individuo. De esta manera podría generarse un esquema que permita caracterizar al individuo moderno que parta de las características contemporáneas del conocimiento en la disciplina, pero que a la vez, tenga como punto de partida los aspectos vigentes de la obra de Max Weber en relación con este problema.

En este sentido, el presente documento intenta demostrar, a través de una lectura personal del autor de la investigación, que en la obra sociológica de Max Weber existe una preocupación constante por los efectos de la modernidad en el individuo. Además se cree que es posible encontrar cuatro dimensiones en su noción de individuo moderno: dos objetivas, la legal y la económica, que a través de factores externos condicionan la acción en sectores específicos de la sociedad, y otras dos dimensiones subjetivas, la vocacional y la sensitiva, las cuales indican

la manera en que el individuo moderno elige determinado tipo de vida, así como la forma en que orienta su acción para la obtención de goces sensuales y disfrute estético. Estas dimensiones, que se pueden extraer de la obra weberiana, permiten plantear un esquema que ayuda a caracterizar al individuo moderno en su totalidad.

Al mismo tiempo, en la investigación que aquí se expone, se pretende mostrar que existen propuestas de algunos representantes contemporáneos del pensamiento sociológico, que pueden ser útiles para complementar el esquema que es posible extraer de la obra de Max Weber. La obra de Jürgen Habermas permite ampliar el esquema del individuo moderno extraído de la obra del clásico, puesto que a través de su teoría de la acción comunicativa, puede verse cómo las dimensiones legal y económica cristalizan en la adopción de roles de ciudadano, cliente de las burocracias, empleado y consumidor por parte del individuo. Al mismo tiempo, en la obra de este filósofo se puede encontrar cierta continuidad con las ideas sociológicas de Max Weber, debido a que intenta ampliar el marco en relación con las incidencias de la modernidad en el individuo, además de que la mayor parte de la propuesta teórica de Habermas parte de los principales postulados de Weber.

Otro autor que ayuda a ampliar el esquema del individuo moderno es Anthony Giddens, puesto que sus consideraciones permiten entender de una forma más amplia la manera en que las dimensiones subjetivas se concretan a través de la identidad del yo al margen de la modernidad contemporánea. Esto se hace a través de las dimensiones de los estilos y planes de vida, las relaciones íntimas y el cuerpo, además de que la obra de este autor se puede considerar como una de las propuestas más relevantes en la sociología, debido a que intenta establecer un replanteamiento analítico acerca de la modernidad. Por lo tanto, revisar su obra resulta atractivo para analizar qué elementos hay en ella que permiten caracterizar al individuo contemporáneo.

Así como las obras de Habermas y Giddens, en relación con las características del individuo moderno, existen otras propuestas que intentan demostrar que el pensamiento clásico en general, y el de Weber en particular, ya

no hacen posible caracterizar al individuo al margen de la modernidad. Ulrich Beck y Gilles Lipovetsky intentan demostrar que las características de la sociedad contemporánea no pueden ser pensadas con las categorías de Max Weber, por lo que establecen diagnósticos que buscan mostrar los rasgos que definen a la modernidad actual y sus implicaciones en el individuo y la diferencian de la que analizó Max Weber. Y aunque sus argumentos en torno a la vigencia de este último se pueden considerar como insostenibles, sus propuestas también brindan algunos elementos pertinentes para ampliar la caracterización del individuo contemporáneo.

A través de la propuesta de Beck, en relación con el proceso de individuación en la sociedad del riesgo, es posible extraer algunas nociones acerca de la idea de una vida plena en el individuo y esta noción permite ver cómo en la dimensión subjetiva vocacional, surgida de la obra de Weber, existe un elemento que apunta hacia la expresión de la individualidad en la actualidad. Por otro lado, las ideas de Lipovetsky, en relación con la felicidad hedonista y los nuevos valores éticos en lo que él denomina posmodernidad, permiten ampliar los elementos de las dimensiones subjetivas con respecto a la felicidad subjetiva en la dimensión vocacional y a la seducción continua en la sensitiva.

Es necesario mencionar que existen otras propuestas de análisis en relación con el individuo, tales como las de Sennet, Maffesoli, Bellah, Baumann o C. Lasch, entre otros grandes autores, que han tenido un impacto muy importante en sociología, debido a que han aportado elementos muy significativos al conocimiento de la disciplina sobre ese fenómeno, y que evidentemente hubieran ayudado a cumplir el objetivo que esta investigación plantea. Sin embargo, en este documento no se lleva a cabo una revisión de sus obras por dos razones: la primera de ellas consiste en que los textos de la mayoría de los autores elegidos han sido considerados como una gran influencia en la sociología en general, puesto que han aportado nuevos paradigmas tanto para la generación de conocimiento sociológico, como para la elaboración de diagnósticos novedosos en relación a la situación de la modernidad, especialmente Habermas y Giddens con su teoría de la acción comunicativa y de la estructuración respectivamente, por lo

que su revisión resulta muy atractiva para el autor del presente texto. Además de ello, se cree que sus propuestas ayudan a dar continuidad a las dimensiones del individuo analizadas en la obra de Max Weber.

La segunda razón consiste en que las condiciones materiales en que se ha llevado a cabo la elaboración de este documento no permitieron a su autor la adquisición exhaustiva de la bibliografía de los autores mencionados al principio del párrafo anterior. Además, el tiempo destinado para la investigación fue factor de acotamiento para la revisión de autores imprescindibles, que abordan el problema del individuo.

Ahora bien, la investigación que se expone en este documento intenta cubrir dos objetivos: el primero consiste en demostrar que de la obra de Max Weber pueden extraerse cuatro dimensiones de su noción de individuo, las cuales, a través de elementos objetivos y subjetivos, definen las características del individuo moderno. El segundo objetivo es esbozar un pequeño esquema que permita caracterizar al individuo al margen de la modernidad actual, y que, al mismo tiempo, surja de las aportes vigentes de la obra weberiana y se complemente con las ideas de algunos de los representantes contemporáneos del pensamiento sociológico.

Se debe tomar en cuenta que los planteamientos de los autores contemporáneos analizados tienen un origen temporal distinto al de Max Weber, puesto que mientras este último trataba de caracterizar los efectos ocasionados por la modernización alemana, que encontró su punto álgido en el siglo XIX, los contemporáneos tratan de analizar los efectos de los procesos de modernización surgidos a partir de la segunda mitad del siglo XX en sociedades occidentales desarrolladas. En el caso de Habermas, puede notarse un esfuerzo por establecer los efectos del Estado de Bienestar en los países occidentales desarrollados en las décadas de los sesenta y setenta. En el caso de Giddens, Beck y Lipovetsky, se aprecia que su análisis se dirige hacia el contexto generado por el fin del Estado de Bienestar y el inicio de la etapa neoliberal en el Occidente desarrollado, así como el panorama posterior a la guerra fría; esto es, analizan los efectos

societarios de la eliminación de las barreras nacionales a la economía, la descentralización política y los efectos de la globalización cultural y económica.

Sin embargo es pertinente anotar que si bien el contexto en el que tienen origen los análisis de estos autores es importante, debido a que su ubicación espacio temporal permite entender los aspectos societarios que conceptúan y las categorías analíticas que emplean, para los fines que persigue la presente investigación se centrará más en las características conceptuales de su obra, puesto que el objetivo es realizar una búsqueda de elementos teóricos que ayude a establecer un esquema del individuo contemporáneo y será poca la atención que se preste al contexto socio-espacial de los autores, por lo que el análisis se focalizará mucho más en las categorías que presenten continuidad con las de Max Weber.

Por lo tanto, el presente texto se divide en cinco apartados. En el primero se busca establecer la importancia de los clásicos en sociología, así como las características que permiten que su relectura siga aportando elementos analíticos para analizar diferentes horizontes espacio-temporales. En este mismo apartado, se hace mención de la forma en que se ha abordado el problema del individuo y el proceso de individuación en la sociología, tanto clásica como contemporánea. Este apartado sirve como justificación para indicar por qué partir de Max Weber para caracterizar al individuo moderno contemporáneo.

En el segundo apartado se busca establecer cuáles son las dimensiones del individuo moderno en la obra de Max Weber, por lo que se expone de una manera detallada, qué elementos considera este autor como constituyentes de la modernidad. También se expone la forma en que la racionalización de las imágenes religiosas en Occidente influyó para la conformación del individuo moderno; al final se detallan las dimensiones que es posible percibir en su obra, así como una pequeña caracterización de tipo antropológico-filosófico sobre el individuo en la modernidad.

En el apartado número tres se exponen parte de las propuestas de Jürgen Habermas y Anthony Giddens, con la finalidad de encontrar alguna continuidad con las ideas de Max Weber. Asimismo, de las obras de estos autores se busca

rescatar elementos que permitan ampliar un esquema que ayude a caracterizar al individuo moderno contemporáneo, pero partiendo de las consideraciones de Max Weber.

De la misma manera, en el cuarto apartado se exponen algunas consideraciones de Ulrich Beck y de Gilles Lipovetsky. Uno de los objetivos de esta sección del documento consiste en revisar sus argumentos en relación con la vigencia contemporánea de la obra de Max Weber, y se busca demostrar que el pensamiento de este clásico aún permite iniciar planteamientos con respecto al problema del individuo al margen de la modernidad contemporánea, pero también, de los diagnósticos de estos autores se busca extraer los elementos que permitan esquematizar de una manera más completa al individuo moderno en la actualidad.

En el apartado número cinco se expone, a manera de conclusión, el esquema que hace posible la caracterización del individuo moderno contemporáneo, por lo que se retoman, en primer lugar, las dimensiones de la noción de individuo de Max Weber y se representan gráficamente. En segundo lugar se amplían las características de cada una de esas dimensiones, tomando en cuenta los aportes de los autores contemporáneos. Al final de este apartado, se mencionan brevemente algunos aspectos negativos de la modernidad contemporánea en relación con el individuo.

Es necesario mencionar que en la investigación que se expone en este documento no se pretende realizar ninguna propuesta significativa en relación con el análisis del individuo en la modernidad contemporánea. Esto es, de ella no es posible extraer ninguna contribución de gran magnitud al conocimiento en la disciplina. Más bien, lo que se buscó con su elaboración fue contribuir a la formación académica de su autor, así como aprehender la manera en que el individuo ha sido visto por algunas perspectivas sociológicas al margen de la modernidad, puesto que lo único que se hace es analizar algunas propuestas del pensamiento sociológico en la disciplina. Pero si en este pequeño esfuerzo se ha logrado realizar algún aporte se espera que sea algo “digno de ser sabido”.

1. EL VALOR DE LOS CLÁSICOS COMO VEHÍCULO DEL CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEO EN SOCIOLOGÍA

1. EL VALOR DE LOS CLÁSICOS COMO VEHÍCULO DEL CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEO EN SOCIOLOGÍA

*Lo decisivo no es la edad, sino la educada capacidad para mirar de frente las realidades de la vida,
soportarlas y estar a la altura*
Max Weber

La presencia de aquellos autores considerados como clásicos de la sociología es fundamental, puesto que con los planteamientos que realizaron, generaron, por un lado, las bases para que la disciplina conformara su objeto de análisis. Por el otro, sus obras son cruciales debido a que su lectura e interpretación proporcionan puntos de partida indiscutibles para el análisis de los fenómenos sociales. Esto supone que la relectura contemporánea de los clásicos obedece a que sus obras contienen juicios cuya validez puede interpretarse para poder generar explicaciones sobre situaciones sociales actuales específicas. Lo anterior, por la razón de que al buscar la producción de conocimiento sobre algún fenómeno en particular, las condiciones del contexto del que se parte permiten que la interpretación de los clásicos adquiera matices que sirven de apoyo para resignificar el contenido de su obra o al menos de algunos de sus conceptos o líneas de investigación que coadyuvan a la comprensión del presente. Si se demuestra que lo anterior es válido, podría asegurarse que la obra de un clásico, como es el caso de Max Weber, pueda ser releída desde la situación actual de la disciplina y del contexto histórico contemporáneo, para poder analizar y repensarse tanto la noción de individuo, como el proceso de individuación que han sido grandes temas en la modernidad contemporánea.

En este sentido, es factible asegurar que uno de los puntos clave más importantes de los clásicos de la sociología es el de que en sus análisis trataron de destacar aquellos elementos de la modernidad que tenían mayor incidencia en el individuo. Por lo tanto, intentaron diferenciar sus propuestas de la filosofía, la cual estudiaba al individuo desde una óptica diferente, puesto que sus análisis estaban más enfocados hacia el individualismo y trataban de caracterizar a un individuo moral. Por el contrario, los primeros sociólogos buscaron establecer cuáles son los elementos de la sociedad moderna que determinan ciertos procesos de individuación. Para lograr tal objetivo, tomaron en cuenta aquellos

factores que consideraron característicos de la sociedad moderna, y que por lo tanto, generaban un tipo específico de individuo, a diferencia de etapas anteriores a la moderna.

Uno de los aspectos de los sociólogos clásicos que más ha sido analizado y discutido, es precisamente la forma en que plantearon el problema del individuo en la sociedad moderna. Y aunque sus obras fueron escritas en un tiempo histórico determinado, han adquirido el estatus de clásicas, debido a que en varios tipos de análisis en general, pero en particular en lo que se refiere a la situación del individuo moderno, han sido un punto de partida para plantear problemas similares desde contextos espacio-temporales diferentes a los de los Padres de la disciplina. Esto se debe a que sus obras contienen juicios cuya interpretación desde diferentes horizontes contextuales pueden ser pensados como vigentes.

Sin lugar a dudas, la obra sociológica de Max Weber aún puede considerarse como vigente, en relación con el problema del individuo en la modernidad, puesto que de ella es posible extraer algunos juicios que, a través de la interpretación, permiten establecer aquellos elementos que conforman al individuo moderno. Pero para hacerlo es necesario un ejercicio de tipo hermenéutico que, partiendo del horizonte actual de la sociología, ayude a extraer esas partes de su obra que posibiliten una caracterización del individuo contemporáneo.

Por ello para el desarrollo del ejercicio hermenéutico que se pretende realizar es necesario desarrollar una guía que permita, por un lado, establecer la manera en que la hermenéutica es útil para el análisis de las obras clásicas en la disciplina, y por el otro, esta guía debe ayudar a tomar en consideración la importancia y el papel de los clásicos dentro de la sociología. En este sentido, se considera que las propuestas de Hans Gadamer, en relación con la hermenéutica, ayudan a cubrir el primer aspecto de esta guía. De la misma manera, las consideraciones de Anthony Giddens, Robert Merton y Jeffrey Alexander son útiles para establecer la importancia de los clásicos en la disciplina.

Pero, por otra parte, para poder delimitar el objeto de análisis de la presente investigación, se debe tomar en cuenta la manera en que en la sociología se ha

abordado el problema del individuo en la modernidad, para que de esta manera se pueda proceder al análisis específico del individuo moderno en la obra de Max Weber y en algunos sociólogos contemporáneos. Esto es, se tiene que mostrar que la obra de este sociólogo clásico contiene elementos vigentes de una complejidad distinta a la de otros autores clásicos, los cuales permiten crear un esquema que caracterice al individuo moderno actual y que se puede complementar con algunos pensadores que, por diferentes circunstancias, han adquirido una presencia importante en el pensamiento social contemporáneo. Por lo tanto, es necesario esbozar la forma en que la sociología ha analizado el problema del individuo a diferencia de la filosofía, así como mencionar la manera en que distintos autores del pensamiento sociológico han planteado el origen y las características del individuo moderno.

En este sentido se cree que es necesario mencionar las propuestas de algunos sociólogos, tanto clásicos como contemporáneos, para poder resaltar las características que resultan pertinentes para la investigación. Así, en este apartado se toman en cuenta algunos aportes de Durkheim, Simmel y Elias como representantes del pensamiento sociológico clásico y se destacan sus diferencias con los aportes de Weber, además, se mencionan las características de las obras de autores contemporáneos como Habermas, Giddens, Beck y Lipovetsky y se buscan aquellos aspectos que resultan pertinentes para poder establecer un marco general que se complemente con la obra weberiana.

Por lo tanto, el presente apartado se divide en dos partes. En la primera se busca establecer un marco que sirva de guía para el análisis hermenéutico de la obra de Weber y se toma en consideración la propuesta de Hans Gadamer; mencionando la importancia del resurgimiento de la tradición hermenéutica en la segunda mitad del siglo XX. De la misma manera, se caracteriza de un modo muy breve el contexto que posibilitó las distintas discusiones y análisis en torno a la importancia de los clásicos en sociología. También se anotan las consideraciones de Giddens, Merton y Alexander, acerca de la importancia y vigencia de los clásicos en la disciplina.

En la segunda parte, se intenta mostrar cómo ha sido el abordaje del problema del individuo desde la sociología y su diferencia con la filosofía. Así como la importancia de las nociones de individuo o antropologías filosóficas en cuanto determinantes de la forma de abordar el problema del individuo en la disciplina, además de algunas posturas sobre este fenómeno en la sociología tanto clásica como contemporánea.

La intención de este apartado consiste en justificar porqué regresar a un clásico de la sociología que en este caso es Max Weber, con la intención de recuperar aspectos de su obra que permiten caracterizar al individuo moderno contemporáneo, tomando en cuenta los aspectos del conocimiento actual de esta ciencia social.

1.1. LA IMPORTANCIA DE LOS CLÁSICOS EN SOCIOLOGÍA

Desde mediados del siglo XX, la discusión sobre la importancia de los clásicos en la sociología resultó ser una parte esencial de la disciplina. Las características del debate en torno a dicha importancia han adquirido matices diferentes, surgida ella desde la selección de éstos realizada por Talcott Parsons, hasta llegar a los debates actuales que utilizan algunos de los supuestos de los análisis clásicos como criterio comparativo. Las discusiones sobre el papel de los padres fundadores de la disciplina han ocasionado que aparezca determinado consenso, así como diferencias sustanciales en torno a la interpretación de las obras de los autores clásicos. Principalmente, aunque no de manera exclusiva, quienes son considerados clásicos son Marx, Durkheim y Weber.

Considerar a estos grandes personajes como los fundadores de la disciplina, principalmente a Durkheim y Weber, se debe a la obra del sociólogo norteamericano Talcott Parsons. Quien con su publicación en 1937 de *La estructura de la acción social* colocó en la escena de la disciplina a Durkheim, Weber, Pareto y Marshall (Wallerstein, 1999).

La importancia de Parsons, con respecto a la lista de los clásicos de la sociología, es innegable, porque si bien a Marx, Durkheim y Weber se les considera como aquellos grandes pensadores que con sus obras sentaron las

bases para que la sociología adquiriera el carácter de ciencia que posee en la actualidad, antes de la aparición de la obra de Parsons no era así, ni siquiera en los países de origen de estos autores, en donde comenzaron a incorporarse a los programas académicos a partir de que el sociólogo estadounidense difundiera sus obras (Wallerstein, 1999).

Sin embargo, el hecho de que Parsons recurriera a los clásicos con la finalidad de desarrollar su teoría general de la acción social, con sus publicaciones *La estructura de la acción social* de 1937 y posteriormente *El sistema social*, de 1951, no fue el único factor que contribuyó a que se considerara a estos pensadores como los fundadores de la sociología. También fueron circunstancias históricas e institucionales las que originaron tanto el auge de la teoría parsoniana, como las posteriores discusiones en torno a la importancia de los clásicos, así como a las propuestas de éstos.

Puede afirmarse que la importancia de la obra de Talcott Parsons está dada en dos aspectos importantes: en primer lugar, el auge que tuvo el paradigma estructural funcionalista como sistema de pensamiento que pretendía la obtención de un conocimiento sistemático de la realidad social, lo cual supuso tanto una gran aceptación durante algún tiempo (incluso más allá de las fronteras estadounidenses), como una serie de críticas y propuestas alternativas que no tardaron en surgir en su país de origen y en otros. En segundo lugar, como afirma Wallerstein (1999), Parsons presentó en sus obras a personajes a los que anteriormente no se les tomaba en cuenta como fundadores de la sociología, o que no tenían demasiada difusión. Además del tratamiento que realiza de los clásicos en *La estructura de la acción social* y en *El sistema social*, es sabido que Parsons es quien traduce al inglés y publica algunas obras de la sociología de la religión de Weber, específicamente *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, así como algunos textos de Emilio Durkheim. Por ello a través del sociólogo norteamericano se da tanto el reconocimiento como la difusión de aquellos personajes que en la actualidad son considerados como clásicos de la sociología.

Entonces, se puede afirmar que la importancia de la obra de Parsons radica tanto en que éste puso atención en algunos autores de los que ahora se consideran clásicos en la disciplina, así como en la crítica que se hizo del mismo autor y de los soportes de su obra intelectual. Según Alexander (1990), esto sucedió desde la década del cincuenta del siglo pasado:

Cuando a finales de los años cincuenta surgió una corriente teórica y empírica opuesta al funcionalismo, la interpretación parsoniana de los clásicos se convirtió en uno de sus temas principales.
(Alexander, 1990: 55)

Las principales figuras e interpretaciones que desde la aparición de la obra de Parsons se discuten son Marx, Durkheim y Weber, principalmente. Cuando se llevó a cabo la inclusión de Marx como un clásico desde la tradición del conflicto (Alexander, 1990), nadie negaría la importancia del filósofo alemán dentro de la sociología. También se debe considerar que el surgimiento de nuevas posturas en sociología, como la etnometodología, la teoría de la estructuración, la sociología del conflicto, entre otras grandes corrientes, en respuesta a la propuesta parsoniana, trajo como consecuencia que en la disciplina no existiera un único enfoque válido para la interpretación de la realidad social. En ese contexto, desde la década de los sesenta hasta mediados de los años ochenta, se asiste a lo que Giddens (1998) llamó el fin del “consenso ortodoxo”.

La consecuencia de ello fue la pérdida de vigencia de las “grandes teorías” (Zabludovsky, 1995). Esto, más que significar una crisis de significados teóricos, se interpretó como una etapa próspera en la disciplina (*ibídem*). Así, tanto este reconocimiento de diferentes perspectivas, como las constantes relecturas de los padres fundadores, se ha considerado como síntoma de un progreso en la sociología, porque no sólo se comparan enfoques, sino que, se da una síntesis de diferentes tradiciones de pensamiento:

Las contribuciones potenciales y el “triunfo” relativo de las capacidades explicativas y teóricas de una tradición siempre se “miden” en comparación de los esfuerzos anteriores. De ahí la importancia de la revisión y reconstrucción de las distintas perspectivas teóricas a partir de las cuales se puede avanzar y

marcar la distancia entre las nuevas aportaciones y las tradiciones
iniciales (Zabludovsky, 1995; 134)

Es por ello que la esencia de los nuevos enfoques que surgieron hasta mediados de la década de los ochenta radicó en la síntesis de las tradiciones existentes hasta ese momento, además de las interpretaciones que se hacen de ellas y de los clásicos en sociología. Más allá del disenso en cuanto a las interpretaciones de estos, uno de los consensos que se generan en el marco de estos debates es el del carácter indiscutible de clásicos de éstos tres personajes. Más allá de haber sido quienes sentaron las bases de la disciplina, su importancia se debe a la “herencia formativa” que aportaron al pensamiento sociológico, puesto que a la distancia importa en gran medida cómo diseñaron sus problemas, cómo los solucionaron y por ello siguen siendo vigentes (Wallerstein, 1999).

Ahora bien, si el debate que surge en la sociología a fines de la década del cincuenta hasta los años ochenta del siglo pasado, giró alrededor de lo que Alexander ha denominado “la desparsonificación de los clásicos”; por otra parte, existieron otros factores, que si bien surgen de manera independiente, justificaron que la principal característica de los debates en la disciplina se basaran en el reconocimiento de los clásicos y la interpretación de los mismos. Entre éstos están las consideraciones que aparecieron a mediados del siglo XX, surgidas de la filosofía de la ciencia con Thomas Kuhn. En segundo lugar, el resurgimiento de la tradición hermenéutica contemporánea.

1.1.1. La nueva concepción de la ciencia de Thomas Kuhn

A mediados del siglo XX, cuando en sociología se llevaba a cabo el debate en torno a la interpretación parsoniana de los clásicos, apareció la obra de Thomas Kuhn. A partir de entonces, inicia lo que algunos han llamado la era post-positivista de la ciencia (Alexander, 1990; Núñez, 2008). En 1962 este filósofo publicó *La estructura de las revoluciones científicas*, libro que tuvo gran impacto debido a que su propuesta vino a romper con algunas consideraciones en torno al papel de la teoría en el proceso de conocimiento, así como la concepción del

mismo.¹ La perspectiva de este filósofo mostró que los debates con respecto a la diferenciación de las ciencias naturales y las sociales, no se encontraba en la naturaleza de los objetos de estudio de éstas, pues ambas requerían de “marcos teóricos” para operar. Asimismo cambió la idea clásica de que el conocimiento científico era acumulativo y señaló cómo los conceptos cambian de significado según el paradigma.²

De esta manera, entre los aportes principales de Thomas Kuhn, se puede entrever aquél que propone que en la ciencia en general existe siempre una “carga teórica” con la que se hará investigación:

La tesis de la “carga teórica [...] afirma que incluso las mismas posibilidades perceptuales dependen del paradigma dentro del cual alguien está inmerso [...]. De esta manera, si toda percepción depende de algún sistema de conceptos, no puede haber una base de experiencia completamente neutral (Pérez Ransánz, 1997: 47).

Esta característica de la carga teórica es crucial para el conocimiento científico al interior de la sociología, porque pone de manifiesto la importancia de la “teoría” y los marcos conceptuales y de cómo estos son proporcionados por una comunidad científica:

[...] los marcos conceptuales tienen eficacia sólo en la medida en que son comunitarios, en que son compartidos por un grupo o colectividad; de aquí que la constitución de los fenómenos adquiera una dimensión social, dimensión que se introduce en el análisis epistemológico de la ciencia (*Ibíd.*: 41)

Estas consideraciones permitían explicar a la sociología por qué la disciplina se estructura con base en paradigmas de investigación y no sólo por los avances de las investigaciones empíricas. Así como por qué cada uno de estos paradigmas posee a sus principales fundadores, sin que necesariamente tengan

¹ En ese texto, el argumento principal es que la investigación científica se guía por paradigmas y que cuando éstos ya no permiten a una comunidad de científicos seguir generando conocimientos, surgen revoluciones científicas, las cuales consisten en la búsqueda y establecimiento de nuevos paradigmas que les permitan resolver sus problemas de investigación (*cfr.* Kuhn, 1971).

² Otra de las tesis importantes de Kuhn, y que además ha sido muy debatida, es la de la incommensurabilidad, la cual plantea que cuando las estructuras de las teorías no son homologables y por lo tanto su estructura taxonómica no es la misma, cada teoría no tiene porque coincidir con la otra. Pero ambas buscan llegar a propuestas de conocimiento que se pueden considerar como válidas.

que ser los mismos para todos. Lo anterior no implica que cada paradigma siga caminos diferentes, sin tomar en cuenta a las demás. Por el contrario, existen constantes revisiones entre ellos, y sobre todo en lo que se refiere a la interpretación de los elementos que toman de los clásicos como fundamento.

La importancia de la obra de Kuhn radica en que suscitó varios debates en torno a sus argumentos, a partir de los cuales se logró obtener un conocimiento más detallado acerca de la forma en que se agrupan y generan los conocimientos científicos. Se pueden mencionar dos propuestas que han establecido algunos aportes importantes al respecto. En primer lugar, Imre Lakatos estableció que las revoluciones científicas a las que se refería Kuhn, tienen condiciones externas, de índole económica, política, social, etcétera, y condiciones internas de orden exclusivamente teórico, por lo que en lugar de paradigmas utiliza el término programas de investigación científica. De manera general este concepto denota una serie de lineamientos metodológicos y filosóficos que traza rutas de investigación a seguir y a evitar (*cfr.* Hernández Prado, 2005). De esta manera, un programa de investigación científica puede llegar a ser progresivo si explican cada vez más elementos con respecto a sus objetos de estudio y resuelven cada vez más problemas. Así se puede comprobar que existe una acumulación de conocimiento que no es necesariamente lineal.

La segunda propuesta es la de Larry Laudan, quien establece que la ciencia al buscar resolver problemas empíricos y conceptuales a través de las teorías científicas, se propone y resuelve problemas a partir de una serie de presupuestos metodológicos y filosóficos que dan lugar a distintas tradiciones de investigación. (*cfr. Ibídem*)³. Cada tradición de investigación establece las características de su propio conocimiento inclusive si es o no falseable. Además de que cada tradición permanece por periodos prolongados de tiempo.

De manera general, se puede argumentar que las propuestas de Kuhn, enriquecidas con las de Lakatos y Laudan, establecieron las bases para una concepción de la ciencia distinta a la que se tenía en la primera mitad del siglo XX.

³ Muestra de esto, es la obra de Randall Collins *Cuatro tradiciones sociológicas* (1996) en la cual se pone de manifiesto que existen cuatro principales tradiciones que generan, cada una a su manera y con sus respectivos representantes, el conocimiento en la disciplina.

En el caso de las ciencias sociales, específicamente en el de la sociología, aparece el reconocimiento de que el conocimiento no sólo es acumulativo y lineal; que se pueden construir teorías alternativas; y que ante el problema de la inconmensurabilidad, la interpretación se convierte en una estrategia. Lo crucial en este sentido es destacar la importancia de la presencia de la interpretación dentro de la sociología.

1.1.2 La importancia de la hermenéutica para la relectura de los clásicos: La propuesta de Hans Gadamer

El resurgimiento de la tradición hermenéutica en la década de los años sesenta del siglo XX y la incorporación de algunos de sus planteamientos a las ciencias sociales, en especial a la sociología, resultó significativa. Más allá de poner un especial interés en la interpretación de ciertos textos clásicos, ésta planteó *qué significa leer* a los clásicos. En esa “práctica” (Olvera, 2007) se reconocía cómo para obtener conocimiento científico sobre algunos aspectos de la realidad social, hay que partir de marcos de interpretación que están dados por horizontes temporales y espaciales específicos (Núñez, 2008; Olvera, 2003).

Respecto a la importancia de la interpretación de los clásicos cabría la posibilidad de pensar que algunos de los planteamientos de Hans Gadamer (Alexander, 1995; Olvera, 2007; Núñez, 2008; Gadamer, 2001) ayudan a entender la forma en que la interpretación juega un papel importante, no solamente en el acercamiento a los textos, sino en la comprensión en general. Si se examina la propuesta de este filósofo, puede entreeverse como el tipo de acercamiento a los clásicos parte siempre de un contexto de interpretación determinado por el presente.

De manera general, es posible afirmar que para este autor la importancia de la hermenéutica radica en que no es únicamente un método, más bien es algo que se encuentra presente en las relaciones que entabla una persona con el mundo o con otras personas. Ello porque las personas, al relacionarse, realizan una interpretación con la intención de comprender al otro, ya sea hablante o texto. En el proceso de la interpretación, las opiniones del sujeto que busca comprender, así

como las del otro, entran en relación. Esta relación entre opiniones o *prejuicios* (juicios previos) está determinada por la posición que ambos ocupan en la historia. En este sentido puede entenderse la relación que entabla una persona cuando lee un texto, puesto que su situación temporal le proporciona determinados *prejuicios* (juicios previos) que entran en relación con los del autor del texto que puede estar situado en una época distinta a la suya. Ahora bien, en la comprensión, el que lee no se deja simplemente arrastrar por las opiniones del otro; más bien con base en sus *prejuicios*, (juicios previos), puede incorporar de forma matizada las otras (Gadamer, 2001). Con ello, se advierte cómo para la interpretación no es suficiente “conocer” el contexto del autor de un texto, sino es necesario tomar conciencia del contexto del intérprete. Esto lleva a entender que la interpretación siempre está situada en un “horizonte de interpretación” y que por eso las interpretaciones divergen y no hay “una” interpretación de los textos.

Se debe tener claro que la propuesta de Gadamer está enfocada a la comprensión en general, pero en la ciencia y por lo tanto también en sociología, la interpretación es un elemento que está siempre presente. Por ello se reconoce que las sugerencias de este filósofo son fundamentales para tomar conciencia de que lo que se busca conocer o explicar, está siempre condicionado por la situación de quien intenta comprender, puesto que existen una serie de factores que determinan tanto el rumbo de la investigación, como el objeto de análisis:

En las ciencias del espíritu el interés investigador que se vuelve hacia la tradición está motivado de una manera especial por el presente y sus intereses. Sólo en la motivación del planteamiento llegan a constituirse el tema y el objeto de la investigación.
(Gadamer, 2001; 353)

Así, es posible entender por qué en las ciencias sociales aquello que condiciona el planteamiento y el objeto de la investigación es, por un lado, el horizonte del investigador, y por el otro los marcos establecidos por la tradición. En esa medida “el concepto de lo clásico... obtiene ahora en la ciencia un nuevo derecho de ciudadanía” (*Ibíd.*: 354). La conservación de lo clásico, dentro de una tradición obedece a que es algo que no está circunscrito únicamente al tiempo en el que se concibió, sino que queda abierto a la interpretación de aquellos a los que

no estaba dirigido originalmente, pero sigue siendo significativo y proporciona explicaciones a cualquier presente desde el que es mirado:

Lo clásico es lo que se conserva *porque* se significa e interpreta a sí mismo; es decir, aquello que es por sí mismo tan elocuente que no constituye una proposición sobre algo desaparecido, un mero testimonio de algo que requiere todavía interpretación, sino que dice algo a cada presente como si se lo dijera a él particularmente. Lo que se califica de <<clásico>> no es algo que requiera la superación de la distancia histórica; ello mismo está constantemente realizando esta superación con su propia mediación. En este sentido lo que es clásico es sin duda <<intemporal>>, pero esta intemporalidad es un modo del ser histórico (*Ibíd.*: 359)

En el caso de la interpretación de los clásicos en la sociología, lo anterior indica cómo las lecturas actuales no son otra cosa que una selección que se realiza desde el presente. En este sentido, la interpretación que se realiza de los planteamientos que sirven como patrimonio de la sociología a través de la lectura de los clásicos, no implica que se les interprete de una manera arbitraria con sentido unilateral, puesto que, por un lado, se reconoce el contexto desde el que el autor realizó su obra, pero también se adquiere conciencia de que la lectura está condicionada por el horizonte desde el cual se realiza:

Al leer, el sociólogo pone en juego competencias interpretativas a través de las que trata de obtener un ángulo de visión más amplio, un punto de observación que permita comprender mejor la propia situación (disciplinaria societaria) y la que dio lugar al texto que cristaliza una porción del patrimonio del conocimiento de su disciplina. Una lectura válida tiene que tomar en cuenta el “llamado del texto”, sus derechos y evitar una imposición unilateral de significado; el acto de leer, en consecuencia, tiene que estar abierto a lo que la escritura quiso comunicar en el momento de su producción, a sus marcos sociales y culturales y a su posible resignificación contemporánea (Olvera, 2003: 34).

Se percibe entonces, la importancia disciplinar de la interpretación que se hace a través de la lectura de los clásicos, puesto que como señala Olvera, los aportes que se han constituido como patrimonios de la sociología son aquellos

leídos desde horizontes diferentes de los que surgieron y aún siguen cobrando significado para el sociólogo que se acerca a ellos, con la intención de explicar el horizonte de este último:

Sus tipificaciones son consideradas válidas mientras el contraste entre estas y los procesos sociales que toman como objeto de sus investigaciones, no indique que su potencial heurístico se ha reducido. En caso contrario surge un *problema*, un obstáculo que fractura el curso de la experiencia y/o el pensamiento. Cuando esto sucede, una tarea disciplinaria relevante es asumir una actitud reflexiva... así como identificar qué aspectos de nuestros acervos de conocimiento se pueden conservar y cuáles es necesario corregir y reinterpretar (*Ibíd.*: 25)

Por lo que en la actualidad, la disciplina reconoce con amplitud considerable que se deben examinar de manera cuidadosa qué categorías pueden seguir dando cuenta de la realidad contemporánea, y cuáles no, o que razonamientos de los clásicos ayudan a plantear preguntas fructíferas en el presente.

De esta manera puede entenderse que, como en el caso que se plantea en este documento, para el análisis de la obra de Max Weber, en relación al problema del individuo moderno y al proceso de individuación, se tiene que seleccionar aquella parte de su obra que, vista desde el presente y tomando en cuenta las características de análisis contemporáneas en relación al individuo, permita establecer una caracterización contemporánea de éste en el marco de la modernidad contemporánea. Esto es, la selección de las consideraciones de este sociólogo acerca de la constitución del individuo moderno y del proceso de individuación, tienen que ser aquellas que, vistas desde la actualidad, se puedan considerar vigentes, o que puedan resignificarse a la luz de las concepciones contemporáneas en relación con este fenómeno.

Se puede considerar que el hecho de que Max Weber sea tenido en cuenta como un clásico innegable de la sociología, se debe a que su obra aún puede proporcionar puntos de partida para generar conocimiento sobre la realidad contemporánea. Específicamente, su obra puede aportar a la sociología elementos para caracterizar al individuo contemporáneo y al proceso de individuación. Para hacerlo, las recomendaciones de Gadamer resultan muy

pertinentes, puesto que ayudan a reconocer a la obra de Max Weber como clásica, y a seleccionar aquellos aspectos de la misma que pudieran ayudar a establecer un esquema que permita caracterizar al individuo contemporáneo. O sea, algunos de sus postulados pueden considerarse como prejuicios (juicios previos) que conforman parte de la tradición de la disciplina, y su revisión a la luz de las consideraciones actuales puede demostrar su vigencia a través de una adecuación con las características del pensamiento contemporáneo.

1.1.3. Algunas advertencias para la lectura de los clásicos en la sociología: Anthony Giddens, Robert Merton y Jeffrey Alexander

Si bien, dentro de la disciplina sociológica se ha llevado a cabo la incorporación de nociones de tipo hermenéutico, una de las principales utilizaciones que se les ha dado es aquella que tiene que ver con las revisiones constantes de las obras de los padres fundadores y sus grandes aportes para este campo del saber científico. Además, se puede decir que la presencia de los clásicos en los principales debates de la sociología, ha estado en la disciplina desde la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo con Alexander (1990; 1995) después de este conflicto entre naciones, la teoría sociológica ha pasado por tres fases: la primera fue la funcionalista, en donde la propuesta parsoniana tuvo un gran auge; la segunda la antifuncionalista, que se caracteriza por el surgimiento de perspectivas que buscaban rechazar la teoría de Parsons y establecer propuestas alternativas, y la etapa de síntesis, en donde existe la recuperación de algunos de los postulados de los clásicos, aunque no se reducen exclusivamente a éstos, para generar nuevas explicaciones sobre la conformación de las sociedades en la actualidad.

Existen tres propuestas que se pueden considerar como algunas de las más destacadas en lo que se refiere a establecer propuestas sobre la importancia de la interpretación de los clásicos en sociología⁴. En este apartado se consideran algunas propuestas de Anthony Giddens, Robert Merton y Jeffrey Alexander.

⁴ Si bien existe una gran cantidad de literatura respecto de la importancia de los clásicos en sociología, en este documento únicamente se han considerado las de Giddens, Merton y Alexander, debido a que, por un lado, se cree que sus puntos de análisis demuestran aquellos puntos esenciales de las obras clásicas. Por otro lado, la mayor parte de los textos que debaten o

Uno de los ejemplos más destacados acerca de los intentos por realizar interpretaciones de los clásicos, de manera diferente a como lo hizo Talcott Parsons, es el caso de Anthony Giddens, quien realizó una interpretación de los padres fundadores con la finalidad de establecer una perspectiva alternativa a la parsoniana, en su texto *El capitalismo y la moderna teoría social. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Max Weber* (1988). Se puede percibir el reconocimiento de la importancia de la interpretación como uno de los elementos esenciales dentro de la teoría sociológica. Asimismo, puede entreverse que para la época en que fue escrito el texto, a principios de la década de los setenta del siglo pasado, ya son asimilados algunos de los principales postulados de Kuhn y de la tradición hermenéutica, aunque evidentemente no se hacen explícitos. En el prólogo de la obra de Giddens se afirma que:

Al usar el tiempo presente siempre que ha sido posible intento poner de relieve la actualidad de estos autores [Durkheim, Weber y Marx]... Creo que los sociólogos han de ser muy conscientes en el contexto social en el que se formulan las teorías. Insistir en esto no supone una posición totalmente relativista, según la cual la "validez" de determinada concepción se limitaría a las circunstancias que le dieron origen... Los escritos de Marx ofrecen hoy todavía una concepción de la realidad y de la historia que vale la pena contrastar con los demás autores. No creo que esas divergencias puedan resolverse en el sentido corriente con que la comprobación empírica <<confirma>> o <<invalida>> las teorías científicas. (Giddens, 1998: 11 – 13)

Indudablemente en este pasaje puede percibirse, por un lado, la importancia de los autores clásicos de la sociología, por el otro, el reconocimiento de la importancia de la interpretación de las obras anteriores para poder generar explicaciones sobre el presente de quien intenta llevar a cabo una comprensión de su contexto. Pero también es innegable que las consideraciones post positivistas son tomadas en cuenta por este sociólogo británico, específicamente al hacer referencia a la validez que no está dada a través de la comprobación empírica.

analizan la importancia de los Padres fundadores hacen referencia, la mayoría de las veces a las consideraciones de estos tres autores.

En ese mismo texto, puede comprobarse cómo Giddens desarrolla su análisis en contra de la perspectiva de Parsons. Aunque no hace mención del nombre de éste, se puede deducir que es hacia él a quien se dirige la crítica. También se percibe en esta obra cómo la crítica de Giddens se basa en una creencia acerca de que la interpretación debe estar basada en lo que plantearon los clásicos en sus obras, puesto que menciona que su intención “era partir del tiempo presente”. A pesar de esto, es innegable que el autor de *El capitalismo y la moderna teoría social*, pretendió entablar un debate con Parsons, intentando rescatar la importancia de Marx como fundador del pensamiento sociológico, así como buscar una interpretación “correcta” del pensamiento de los autores clásicos para establecer una perspectiva diferente.

Posteriormente Giddens evidenciaría que efectivamente sus primeras obras estaban dirigidas en contra de Talcott Parsons:

El primer libro que escribí –*La estructura del capitalismo y la moderna teoría social*– era en cierto modo un enfrentamiento crítico contra Parsons porque éste había influenciado demasiado la historia retrospectiva del pensamiento social. *La estructura de la acción social* es la interpretación retrospectiva más significativa del pensamiento occidental del siglo XIX hasta principios del siglo XX. Traté de tener una visión diferente de la planteada ahí. (Caccamo, 1999: 6)

A pesar de que en toda la obra de Giddens es evidente esa preocupación por llevar a cabo un análisis de la modernidad y sus transformaciones, también es claro que pone en evidencia la importancia del pensamiento de los padres fundadores de la disciplina y su interpretación “correcta”. Si bien es claro que el surgimiento de la obra de este sociólogo inglés, al igual que la mayoría de perspectivas que aparecieron o resurgieron a mediados del siglo XX son resultado de la crítica o reposicionamiento frente al estructural funcionalismo, ninguna ha pretendido negar la importancia de los clásicos en la sociología.

Así como la obra sociológica *El capitalismo y la moderna teoría social* de Giddens y su énfasis en el análisis de los clásicos, existen otros textos que buscan resaltar la importancia de los padres fundadores de la sociología, aquellos que se pueden considerar como los más significativos son: “Sobre la historia y la

sistemática de la teoría sociológica” de Robert Merton (1995), y “La centralidad de los clásicos” de Jeffrey Alexander (1990).

Alexander en su texto desarrolla un debate contra Merton, puesto que lo acusa de naturalista y de proponer que los clásicos no son útiles para la sociología. Pero en el capítulo señalado se puede apreciar otro tipo de consideraciones que pueden ser útiles para la interpretación de los clásicos. En términos generales la propuesta de Merton consiste en proponer la diferenciación entre la historia y la sistemática de la ciencia, en este caso de la sociología, la consideración de Merton es que para hacer una historia de la sociología, que la diferencie de la sistemática, se debe buscar la continuidad o discontinuidad de ideas en obras anteriores del mismo campo. Para realizar este tipo de investigación propone los términos de redescubrimientos y predescubrimientos, anticipaciones y revelaciones parciales, y adumbraciones: las revelaciones y anticipaciones parciales son ideas que ya habían sido plasmadas en algún texto anterior pero que el autor inicial no había dado continuidad, por lo que algún otro científico posteriormente se encargaría de desarrollarla con mayor amplitud y significación que quien la planteó inicialmente. En lo que se refiere a las adumbraciones, Merton caracteriza estas como la búsqueda de anticipaciones que algunas veces no existen, esto implica que quien desarrolle historia de la ciencia, o en este caso de la sociología, debe tener la capacidad para poder diferenciar predescubrimientos, revelaciones parciales y adumbraciones, para que así la búsqueda de la continuidad o discontinuidad de la historia pueda ser captada de la mejor manera posible.

Las consideraciones de Merton acerca de cómo hacer la historia de la sociología, para diferenciarla de su sistemática, siempre es tomando en cuenta la importancia de la presencia de los clásicos en la disciplina. Pero para llevar a cabo esa constante revisión de los clásicos, Merton sugiere precaución, porque afirma que muchas ocasiones, se puede utilizar a los clásicos de manera infructuosa, puesto que quien los utiliza, o bien lo único que puede hacer son una serie de reverencias acríticas, sin realizar una revisión concienzuda de las posturas clásicas utilizadas, o bien puede caer en excesos de erudición en donde se asigne

una mayor importancia al hecho de evidenciar un gran conocimiento de las obras clásicas.

De manera general, en el texto de Merton se puede reconocer la importancia de los clásicos dentro de la sociología, no como mero conocimiento de sus obras, sino como guías importantes para que se logre un verdadero avance en el conocimiento de la disciplina y ésta no se quede en predescubrimientos, para esto es necesario que se distinga entre la historia y la sistemática de la disciplina, y así se pueda comprender y diferenciar la forma en que opera la sociología respecto a cómo se dan las verdaderas continuidades en la teoría. Aunque en este texto no se hace mención sobre la importancia de la interpretación en la disciplina, puede entreverse que de manera implícita la referencia está en él, esto por la mención que realiza acerca de las tendencias degenerativas en sociología, que tienen que ver con hacer historia de manera incorrecta.

Ahora bien, puede apreciarse que Merton no propone un abandono de los clásicos, más bien defiende su existencia y plantea que son éstos los que le otorgan a la sociología una posición intermedia entre las ciencias duras y las humanidades, puesto que en éstas la inexistencia de clásicos hace que se dejen de lado propuestas de conocimiento que pueden ser útiles para la formación del mismo.

A pesar de los desacuerdos de Alexander con Merton, el primero tiene consideraciones que parecen ser muy similares a las de éste último. En su texto “La centralidad de los clásicos” (1990), propone que la presencia de los padres fundadores es de suma importancia para la disciplina. Uno de los aspectos importantes de su texto es el que se refiere a la defensa post positivista de los clásicos que se relaciona con el contexto que ya se ha señalado más arriba. Alexander afirma que las diferencias, y confrontaciones que surgen en sociología, se deben a desacuerdos que no tienen que ver con “lo empírico”. Además propone que ante la existencia, por un lado, de un conocimiento que es empíricamente objetivo, y por el otro un desacuerdo sobre la naturaleza de ese conocimiento, es en donde el discurso cobra relevancia, puesto que implica argumentaciones con base en la razón. Desde su óptica, en los desacuerdos que perduran dentro de

ciertos paradigmas de explicación, en este caso de las corrientes existentes en la sociología, el debate se realiza a través de los discursos teóricos, en donde la argumentación juega el papel más importante. Pero para que pueda existir una argumentación con las características que menciona Alexander, quienes debaten deben partir de un punto en común para que sus argumentaciones puedan ser discutibles. Es aquí donde entra la relevancia de los clásicos, porque según los planteamientos de Alexander, las obras en sí mismas no contienen un carácter central, más bien este carácter se les adjudica al utilizarlas como base de entendimiento, aunque mínima, para establecer los discursos teóricos.

De esta manera, la existencia de las obras clásicas es lo que brinda la base para que a través de la argumentación se tenga un punto en común y se sepa de lo que se está hablando, es de esta manera como la marcha de la ciencia no se ve interrumpida, puesto que la utilización de las obras clásicas proporciona ventajas funcionales e intelectuales. Aunque su existencia no significa que el consenso acerca de considerar a un conjunto de autores como punto de partida otorgue el carácter de clásicas a sus obras, más bien existen características de esas obras que proporcionan elementos incuestionables para su constante revisión y utilización. A estas características es a lo Alexander considera como razones intelectuales las cuales permiten “que a ciertas obras se les concede el rango de clásicas porque hacen una contribución singular y permanente a la ciencia de la sociedad” (Alexander, 1990; 44), éstas consisten principalmente en la interpretación de estados mentales, la reconstrucción del mundo empírico y la formulación de valoraciones morales e ideológicas.

En este sentido, el papel de la interpretación es fundamental puesto que, una vez que la importancia de algunas obras es reconocida, quien recurre a éstas, lleva a cabo interpretaciones de lo que está contenido ahí, esta característica de la interpretación es muy importante en la disciplina, puesto que a la vez que permite ese reconocimiento de clásico en un autor determinado, genera el debate científico en la disciplina, pero para que esa interpretación pueda ser considerada como legítima, cuando se recurre a las obras clásicas, debe existir la deconstrucción de las mismas, puesto que quien recurra a ellas, según Alexander,

debe identificar aquellos elementos de la obra que le permiten establecer una discusión válida.

Al final del escrito de Alexander se percibe cómo la importancia de la interpretación y la deconstrucción de los clásicos (distinción de continuidad y discontinuidad en palabras de Merton) jugaron un papel importante en la sociología a mediados del siglo XX. En la última parte del texto hace referencia al surgimiento de la obra de Talcott Parsons y a la interpretación que éste realizó de los clásicos y cómo las respuestas tanto hacia la propuesta de este autor, como a las críticas hacia el uso de los clásicos que hizo para sustentarla, tienen como base la interpretación y la deconstrucción de las obras clásicas. Esto para poder establecer sistemas de pensamientos alternativos al de Parsons.

Tomando en consideración los aportes de Giddens, Merton y Alexander, puede observarse que la presencia de los clásicos en la disciplina es muy importante, debido a que son éstos los que proporcionan siempre puntos de partida, tanto en lo que se refiere a la construcción del conocimiento en sociología, como el hecho de iniciar debates y consensos en el establecimiento de discursos teóricos. También es notorio que el conocimiento en esta ciencia no es acumulativo, porque los clásicos son los que sirven de base para que los objetivos de esta disciplina se cumplan: explicar aspectos de la realidad social y cada que se intenta hacerlo, los clásicos son la referencia obligada debido a aquella posición interpretativa que poseen.

La importancia de las consideraciones de estos autores, en relación con la investigación que se está exponiendo en este documento, radica en que permiten considerar, por un lado, que se puede tomar en cuenta la obra de Max Weber como clásica, en el sentido de que permite determinado de grado de consenso en aspectos fundamentales de la conformación de la modernidad y su papel en la conformación del individuo moderno. Por otro lado, la forma en que la obra weberiana fue planteada sirve de base a interpretaciones contemporáneas que permitan generar cierto tipo de conocimiento relevante sobre el presente. En este sentido, se cree que algunos aspectos de la obra de Max Weber pueden ser interpretados para poder establecer algunas dimensiones en la noción de individuo

moderno, que puedan ayudar a establecer un esquema que caracterice a éste en la modernidad contemporánea. Además de que se pretende establecer un análisis de algunas interpretaciones contemporáneas sobre el problema del individuo y el proceso de individuación, teniendo como punto de partida el pensamiento weberiano.

Al mismo tiempo, las consideraciones de estos autores, específicamente las de Merton, son útiles al ayudar a realizar una investigación que busque, de la manera lo más objetiva posible, las continuidades y rupturas del pensamiento weberiano en relación con el pensamiento contemporáneo. Al respecto, en este escrito, al buscar establecer una caracterización del individuo moderno que parta de los aportes de Max Weber, se intenta no caer en excesos de erudición, ni en adumbraciones sin sentido, más bien se pretende encontrar qué aspectos de las obras contemporáneas presentan una continuidad respecto al pensamiento de Weber, además de establecer cuáles son los predescubrimientos y anticipaciones parciales en los escritos del sociólogo clásico.

Una vez que se ha establecido la importancia de la obra de Max Weber y se ha buscado esbozar su carácter de clásica, así como su pertinencia para poder caracterizar al individuo moderno contemporáneo, es necesario analizar la manera en que el problema del individuo y del proceso de individuación han sido considerados por la sociología, para posteriormente iniciar el análisis de la obra sociológica de Weber y de aquellos representantes del pensamiento contemporáneo que puedan ayudar a establecer un esquema que caracterice al individuo al margen de la modernidad actual.

1.2. EL INDIVIDUO COMO OBJETO DE ESTUDIO EN LA SOCIOLOGÍA

Se ha mencionado más arriba que uno de los aspectos de la importancia de los clásicos en sociología está dado principalmente por aquellos elementos de tipo interpretativo que proporcionan para la construcción del conocimiento en la disciplina. Sin lugar a dudas, uno de los elementos que se ha analizado de manera más recurrente en los clásicos para construir conocimiento con base en la interpretación, es el análisis sobre la relación del individuo y la sociedad en la

modernidad. Si bien este tipo de análisis no inicia con la sociología propiamente, sí adquiere en esta disciplina un aspecto distinto al de la filosofía, la cual comienza este tipo de estudios buscando explicar las causas del individualismo.

A continuación se menciona la forma en que se ha abordado el problema del individuo y su relación con la sociedad en la modernidad, posteriormente se anotarán algunas posturas que han abordado este problema en la sociología clásica. Se debe mencionar que, si bien, los autores que se comentan no son los únicos sociólogos que han abordado este tipo de análisis, se han elegido únicamente para ilustrar la forma en que en sociología se han planteado este tipo de estudios, ya que sus propuestas han sido fuente de varias investigaciones empíricas fructíferas, y han dado pie al establecimiento de debates teóricos acerca de este fenómeno. Al final se esbozarán, de manera muy breve, algunas ideas sobre la forma en que en la sociología contemporánea⁵, se ha analizado al individuo moderno y el proceso de individuación, esto con la finalidad de poder iniciar el análisis de la obra de Max Weber y la noción de individuo contenida en su obra.

1.2.1. Características del análisis del individuo en sociología

En el análisis sociológico referente al problema del individuo han existido diferentes posturas que intentan caracterizar cuál es la relación entre el individuo y la sociedad en el marco de la modernidad, para abordar este problema, los sociólogos generalmente parten de uno de los dos modelos analíticos que mayor presencia tienen en la disciplina: el holismo y el individualismo metodológicos. Cuando se parte del primero el sociólogo que lo utiliza considera que lo importante es considerar a la sociedad en conjunto, en la cual el individuo actúa con base en las características que emanan del todo social. En el caso del individualismo metodológico, el analista considera que el individuo es el que a través de sus

⁵ En este apartado, únicamente se mencionará de manera muy escueta la forma en que algunos representantes de la sociología contemporánea abordan el problema del individuo y la individuación, puesto que serán desarrollados de manera más amplia al final del trabajo, con la finalidad de complementar la postura de Weber con los aportes de la sociología actual.

acciones configura los rasgos de la sociedad, pero también existen varios análisis que se ubican un lugar intermedio entre ambas posturas.

La utilización de alguna de estas posturas está determinada por la concepción que el analista tiene del individuo, estas nociones que se tienen se denominan antropologías filosóficas y consisten en ciertos presupuestos referidos a las propiedades de lo humano y a la condición humana (Concurf, 2008). Estas, aunque generalmente no se hace mención explícita de ellas o no se reconoce su utilización, son un elemento que siempre está presente y determina la posición que ocupa el individuo en los análisis sociológicos. En este sentido, de acuerdo con Philippe Concurf (2008) la presencia de las antropologías filosóficas ha ocasionado que el individuo sea central o marginal en el análisis social, central, cuando se parte del individualismo metodológico y marginal, cuando se hace uso del holismo.

El análisis del individuo y su relación con la sociedad en la modernidad, no ha sido exclusivo de la sociología, en la historia de las ideas se percibe como los estudios sobre el individuo se han basado en tres categorías: el individuo, el proceso de individuación y el individualismo. El surgimiento del análisis del individualismo proviene de la filosofía ilustrada liberal y para el caso del proceso de individualización éste aparece desde los inicios de la sociología clásica. Respecto del individualismo, este tema ha sido abordado desde diferentes disciplinas esencialmente desde la filosofía, la sociología, la economía y la antropología.

El análisis del individuo que aparece en la filosofía liberal ilustrada tenía como uno de sus principales objetivos llevar a cabo el establecimiento de aquellas características que son propias de los individuos y que vienen determinadas por un estado de naturaleza. Desde esta tradición se considera que el individualismo es consecuencia de dos elementos históricos: la Reforma protestante y el racionalismo cartesiano (Béjar, 1998). La influencia de la reforma protestante radica en que propone que para tener un contacto con Dios, no es necesaria la interferencia de terceros, sino que el individuo es el único que puede llevar a cabo ese acercamiento religioso. En el caso del racionalismo, su influencia está dada en

la consideración acerca de que el conocimiento sólo es posible a través de una relación directa entre el sujeto cognoscente y el objeto de análisis.

Con la influencia de la reforma y el racionalismo, el liberalismo propone la libertad de los individuos como el elemento esencial de la naturaleza humana. De manera general, para la filosofía liberal el individuo es la noción central, pero existe una diferenciación al interior de ésta, por un lado se considera al ser individual como único. Por otra parte, el individualismo es entendido como aquella característica de la persona de mirar con indiferencia todo lo relacionado con los demás. Así la noción del individuo sería una categoría estética, y la del individualismo una categoría moral (Béjar, 1998). Con la relación entre el individuo y el individualismo, la filosofía liberal considera como ideal principal la libertad del primero, por lo que el desarrollo del Ser humano y la autonomía son indispensables para la constitución de ésta.

De manera general, puede decirse que en la filosofía liberal se concibe al individuo como un ser capaz de razón más que de sentimientos, puesto que sin la primera éstos no encontrarían un espacio tanto en la esfera pública como en la privada. Asimismo puede observarse que las nociones sobre este fenómeno son entendidas como un *deber ser*; esto es, se parte de ciertos supuestos de antropología filosófica que encierran una concepción específica de Ser humano y que establecen sus propuestas para que aquellas cualidades positivas de los individuos puedan potenciarse y, al mismo tiempo, frenar los aspectos negativos.

También, es notorio que las consideraciones filosóficas liberales únicamente toman en cuenta elementos políticos de las sociedades modernas, esto es, en la referencia a la esfera pública y a la privada como ámbitos en los que el individuo ha de actuar. La presencia del Estado, tanto como garante de la libertad humana así como el posible freno a la misma, es el elemento crucial para estas concepciones, por lo tanto en los análisis de la filosofía liberal respecto al individualismo, y por consiguiente al ámbito privado, no se toman en cuenta otros elementos que no sean estrictamente políticos y que también tienen que ver con el fenómeno del individualismo.

Aquellos factores que no son únicamente políticos, son considerados por la sociología, aunque ésta toma en cuenta para su análisis algunos postulados de la filosofía, específicamente esta disciplina considera aquellas características filosófico-antropológicas establecidas por algunas perspectivas filosóficas. De hecho, según Dumont (1987) el surgimiento de la sociología se debió, en parte, a la necesidad de analizar las características del individuo empírico y del contexto social en que está inmerso y no únicamente aquellas características ideales deseables en él, según este autor, filósofos como Rousseau pretendieron analizar al individuo real, pero por las características de la construcción del conocimiento en la filosofía de la época no pudieron realizarlo. (*cfr.* Dumont, 1987)

Así en los albores de la sociología los padres fundadores explicaron cuáles eran los elementos de la modernidad que hacían a los individuos modernos diferentes a los de las sociedades tradicionales: esto es, buscaron establecer cuáles eran los factores que ocasionaban el proceso de individuación. En los análisis contemporáneos puede observarse que esta preocupación continúa, aunque los elementos a tomar en cuenta son diferentes a los de los sociólogos clásicos. En ambos casos, para el estudio del individuo moderno las posturas sociológicas han tratado de delimitar y diferenciar el proceso de individuación del individualismo.

1.2.2 Algunas propuestas de la sociología en la modernidad inicial acerca del individuo

En la sociología clásica que analizó los efectos de la modernidad en sus inicios, o lo que se ha denominado como modernidad inicial, se aprecia que los elementos que menciona como característicos de la individuación presentan diferencias sustanciales unas de otras en relación a la concepción del individuo. Esto se puede explicar tomando en cuenta el análisis de Steven Lukes (1975), quien considera que las diferencias en la forma de abordar el estudio del individualismo obedecen a que la percepción de este fenómeno fue diferente dependiendo del país en que se le comenzó a considerar. Por ejemplo, en el caso de Francia, el término individualismo establecido por Saint Simon y sus seguidores,

representaba aquellas características que hacían peligrar el orden social, puesto que dotaban al individuo de indiferencia hacia los asuntos públicos, lo cual podía ocasionar inestabilidad político-social, por lo tanto en sus ideas se puede percibir una crítica hacia la glorificación ilustrada de la idea de individuo, aversión a la atomización social y un deseo de alcanzar un orden social orgánico. Las consideraciones de este grupo de pensadores franceses se debieron a que durante los tiempos de la Revolución existió una legislación individualista que ocasionó la eliminación de corporaciones y grupos intermedios en la sociedad y centralización administrativa y política de ese país. Así, los argumentos de los saintsimonianos tuvieron una fuerte influencia en representantes del pensamiento sociológico francés, tales como Augusto Comte y Emilio Durkheim (*Cfr.* Lukes, 1975).

En contraposición, en Alemania el término era visto como algo positivo, puesto que implicaba libertad, moralidad y verdad como características deseables en el individuo, esta idea es producto del pensamiento romántico alemán que consideraba que Estado y sociedad no son construcciones racionales sino fuerzas creativas suprapersonales que construyen, utilizando como material a los individuos particulares, un todo espiritual y basándose en él crean instituciones sociales y políticas que personifican y encarnan su significado, por lo que la autonomía y originalidad son características deseables en el individuo (*Cfr. Ibídem*). Esta concepción esta presente en algunos de los principales filósofos alemanes tales como Hegel, Fichte y Schelling, quienes, a su vez, influyeron en la obra de sociólogos como Georg Simmel y Max Weber.

De esta manera, el surgimiento del análisis del proceso de individuación en relación con el fenómeno del individualismo siguió rumbos distintos y con base en aquellos juicios valorativos heredados por la filosofía del país en que se estudiaban estos fenómenos, se buscó desarrollar explicaciones que tomaran en cuenta las características del individuo empírico y de su sociedad, y en algunos casos establecer propuestas morales como solución de conflictos sociales ocasionados por el individualismo y el proceso de individuación.

Por otro lado, los procesos de individuación que trató caracterizar la sociología clásica tienen sus principales orígenes en la modernización de la industria del siglo XIX. En el caso de Francia, la industrialización que tanto llamaría la atención de Durkheim estuvo fuertemente influenciada por la Revolución Industrial Inglesa, por lo que las mejoras progresivas a las técnicas de producción fueron factor para el surgimiento de fábricas, al mismo tiempo, esto tendría como consecuencia el desplazamiento de la economía francesa de la agricultura hacia la industria. Las consecuencias sociales y económicas en los individuos de aquel contexto fue lo que se intentó analizar desde los inicios de la sociología francesa, específicamente a través de Emilio Durkheim.

En el caso de Alemania sucedió algo similar, algunos de los análisis sociológicos de Simmel y Weber están influenciados por los efectos de la modernización industrial alemana de mediados del siglo XIX y principios del XX, la cual supuso un paso acelerado de la economía dominada por los Junkers⁶ a una capitalista, las principales consecuencias fueron: crecimiento urbano en las más importantes ciudades alemanas, la aparición de una cantidad considerable de fábricas y la mejora de las técnicas de producción. Los efectos sociales de esta industrialización son consideradas por Simmel y Weber como objetos de estudio en relación al problema del individuo en la modernidad.

A continuación se mencionan algunas características de los análisis de la sociología que analizó el individualismo y la individuación en la modernidad inicial

Simmel

Se puede resumir la postura de Simmel afirmando que en su perspectiva, la individualización surge como resultado de la ampliación de círculos sociales, pasando de grupos pequeños, tales como la comunidad, a grupos más grandes que implican la aparición de diferentes círculos en los que el individuo va perteneciendo. Al aumentar el círculo social, el individuo tiene mayor libertad para desarrollar su individualidad, debido a una pluralidad de intereses que puede

⁶ Los Junkers alemanes son el equivalente a los hacendados de la época de Porfirio Díaz en México.

elegir, aunque la libertad y los múltiples intereses existentes en la modernidad, pueden desembocar en un individualismo egoísta, también son la garantía de que la sociedad, como círculo social pueda funcionar. Esto sucede porque en la división del trabajo los individuos aportan una parte de su yo a la totalidad y la otra parte solo pertenece a ellos (*Cfr.* Simmel, 1986)

Además, se puede entrever que la filosofía antropológica que sustenta la visión de este sociólogo alemán, no es una tensión entre el individuo romántico ni el ilustrado, más bien, con base en estas dos visiones, Simmel adopta una perspectiva antropológica en donde el individuo moderno es libre y único: libre porque puede elegir tanto los intereses que quiera como la forma de destacar su individualidad respecto a otros individuos y, precisamente, la unicidad viene dada por esa constitución de su individualidad que adquiere al desarrollarla de forma diferente a los demás

Emilio Durkheim

Puede comentarse, de manera general, que para Durkheim el fenómeno del individualismo tiene un origen religioso, esto porque es derivado del culto individual que aparece en las sociedades premodernas y que en la etapa industrial adquiere matices diferentes, pero conserva sus características que consisten en ser el producto de la encarnación en el individuo de la conciencia colectiva. Además en la etapa industrial, el valor atribuido al individuo obedece al grado de diferenciación entre el individuo y la colectividad. Por otro lado, puede interpretarse que para este sociólogo clásico en la etapa industrial⁷ el proceso de individuación es el correlato de la solidaridad orgánica, la cual es originada por el hecho de que cada miembro de la sociedad cumple una función específica dada su posición especializada en la división del trabajo (*Cfr.* Durkheim, 1995 a, b, c)

Por otro lado, llaman la atención aquellas consideraciones de Durkheim acerca de las características del individuo, porque a diferencia de algunas perspectivas filosóficas consideraba que la existencia de los aspectos del individuo

⁷ Es necesario recordar que Durkheim en sus textos hablaba principalmente de una etapa industrial, más que de una etapa moderna.

no obedece a una naturaleza metafísica, más bien, son producto de la manera en que se le conciba, por lo tanto con base en esa concepción de índole social, el Estado es el único capaz de garantizar el proceso de individuación, porque es el encargado de encauzar la acción de los grupos de forma tal que se respeten los derechos del individuo que la misma sociedad ha creado.

Entonces, resulta interesante percibir que para este autor la individualidad surge no en oposición a la sociedad y al Estado, sino gracias a estos, puesto que son quienes, por un lado, determinan sus derechos y por el otro son los encargados de establecer normas que permitan el desarrollo del proceso de individuación en la sociedad (*Cfr.* Durkheim, 1995 c). En este sentido, es notorio que en Durkheim existe una antropología filosófica en la cual el individuo recibe de la sociedad, a través de la conciencia colectiva, atributos de individualidad que únicamente pueden ser potencializados y moldeados por el Estado. Esto significaría que lo que determina las cualidades del individuo es la sociedad a la que pertenece, ya que ésta es la que le proporciona los elementos colectivos e individuales que le caracterizan, por lo que no existe una naturaleza humana, más bien existiría, en la perspectiva de Durkheim, una construcción colectiva del individuo⁸.

Norbert Elias

Es posible resumir la postura de Norbert Elias argumentando que el proceso de individualización corre paralelo al de la civilización, en donde los individuos se ven obligados a ejercer determinadas autoacciones en su relación con otras personas. Dentro del proceso de civilización surgen cadenas de interdependencia y control entre los individuos, que originan que aparezca un ideal de autorrealización personal que le diferencia de los demás, pero éste ideal no siempre encuentra posibilidad de realización debido a que las instituciones no brindan las oportunidades a todos para que cumplan su deseo (*cfr.* Elias, 1987).

⁸ Es importante destacar que Durkheim considera dos tipos de individualismo opuestos, el egoísta que es aquel en el que el individuo se hace responsable de sí y no se siente parte de la sociedad de la que es miembro, y el altruista que es aquel en donde el individuo se hace cargo de sí mismo, pero se siente copartícipe de los sucesos que le rodean.

También debe destacarse que desde la perspectiva de este autor la individualización no surge como una oposición entre el individuo y la sociedad, sino más bien, es un producto social y es parte de un proceso por el que han atravesado las sociedades, por lo que no está inscrito en ningún tipo de naturaleza metafísica (Cfr. Elias, 1990). Al mismo tiempo, Elias destaca que para la individualización fue de gran importancia el proceso de psicologización en el individuo, el cual, de manera general, consiste en la represión y autocontrol de los instintos y sentimientos y la adopción de actitudes que sirven como elementos de previsión ante las actitudes de otros individuos, esta represión instintiva en el proceso civilizatorio se ha transformado en costumbres que son inculcadas a los individuos desde pequeños (cfr. Elias, 1987), así el individuo es capaz de desarrollar cierto tipo comportamiento ante personas y situaciones determinadas.

Asimismo se percibe que en la postura Norbert Elias lo importante es el papel que juega la naturaleza, no la metafísica, y más bien la naturaleza de tipo biológico y psíquico, puesto que las autocoacciones que el individuo desarrolla a lo largo del proceso de civilización y de individualización, son de esta índole. También se nota que la visión de filosofía antropológica de Elias consiste en que los individuos no son autónomos, puesto que están sujetos a aquellas cadenas de interdependencia civilizatorias, que constriñen al individuo y le dificultan el acceso a aquellos ideales que la misma civilización impone.

Max Weber

En la obra de Max Weber es posible percibir una preocupación constante por la situación del individuo en el marco de la modernidad. Si bien en su obra no se puede encontrar un análisis como tal del proceso de individuación, sí es posible visualizar aquellos elementos que desde su perspectiva son característicos del individuo moderno. Weber considera que la modernidad está determinada por la dominación legal y la economía, las cuales moldean la acción social del individuo a través de imágenes del mundo que le brindan sentido a su acción, tal sentido es producto de una ética de convicción (sentirse llamado a realizar una causa) y de responsabilidad (tomar en cuenta los medios, fines y posibles consecuencias de

sus acción). Las imágenes del mundo del individuo moderno son consecuencia de las reglas, normas y leyes características de la dominación legal-racional que emanan de la administración burocrática y de la economía capitalista.

Para Weber la acción del individuo moderno se desarrolla en esferas vitales autónomas (política, científica, económica y erótico-artística). Pero a pesar de la autonomía de estas esferas, la política y económica siguen siendo determinantes para la acción, puesto que si no se siguen los lineamientos delimitados por estas esferas, su estabilidad está en riesgo. Desde su perspectiva, para la constitución del individuo moderno la ética protestante jugó un papel muy importante, puesto que a través de la profesión como vocación configuró una actitud subjetiva ascética que fue una de las influencias más significativas para el establecimiento del capitalismo racional que terminó por dominar la vida del individuo, el cual desde su óptica se encuentra en una “jaula de hierro” indestructible conformada por el Estado y el capitalismo. (Cfr. Weber, 1964: 741; 2003: 286)

En este autor se observa una filosofía antropológica que considera al individuo moderno dedicado a la idea de profesión como vocación, con apego a las normas abstractas, que ha deshumanizado sus labores, porque en su profesión no evidencia amor, odio, ira, pasión, y, que habita en un mundo que ha sido desencantado, al cual él mismo tiene que racionalizar constantemente a través de una ética de responsabilidad y convicción.

Con base en lo anotado acerca de las consideraciones de estos autores, respecto al individuo en la etapa inicial de la modernidad, pueden hacerse dos observaciones: en primer lugar, se percibe que existe una preocupación por definir aquellos elementos modernos que son generalmente externos al individuo y que condicionan el proceso de individuación (ampliación de círculos sociales, especialización de funciones, falta de oportunidades de las instituciones y, condiciones del Estado y la economía), esto es, la mayoría de estos autores le da mayor importancia a la definición de los elementos que marcan las pautas de acción de los individuos y la manera en que éste lleva a cabo su actuación en sociedad adecuándose a las características externas a él. Lo interesante es

percibir cómo en las propuestas de la mayoría de estos autores existe una mayor inclinación a describir elementos de tipo objetivo, y los de índole subjetiva no están ausentes, pero sí reciben menor atención en sus análisis. Puede considerarse que posiblemente Max Weber es uno de los autores que le da mayor significación a la presencia de elementos subjetivos en la conformación del individuo en la modernidad.

En segundo lugar, es notorio que las consideraciones de Max Weber encierran una complejidad que pudiera ser de mayor alcance explicativo, en relación a la situación del individuo moderno, puesto que, a la vez que toma en cuenta la existencia de un elemento subjetivo de gran magnitud para la constitución de esta etapa, la vocación como profesión, también se preocupa por la descripción de elementos de tipo objetivo que se interrelacionan con esa subjetividad y que permiten llevar a cabo una caracterización más completa del individuo en la modernidad.

Aunque es necesario mencionar que si bien este autor, buscó establecer el origen de ese elemento subjetivo, imprescindible para la modernidad occidental, no llevó a cabo un análisis más completo acerca de otros elementos que también tienen incidencia en el nivel subjetivo de la modernidad. La preocupación por definir de forma más completa la formación de elementos subjetivos en el individuo moderno se hace presente en los análisis contemporáneos acerca de la modernidad actual.

1.2.3. Individualismo e individualización en la modernidad tardía

En la época contemporánea existen algunas propuestas analíticas que intentan explicar el proceso de individualización, los elementos en que se basan algunas de éstas son los cambios societarios que se percibieron en la segunda mitad del siglo XX, por lo que la forma en que estas perspectivas definen la época que analizan es con los adjetivos de posmodernidad, modernidad tardía, líquida, reflexiva, entre otros adjetivos. Evidentemente la denominación de la época contemporánea no implica una discontinuidad histórica respecto a la primera fase de la modernidad, más bien es una categoría analítica que les permite a los

sociólogos contemporáneos señalar las diferencias respecto a los análisis de los primeros sociólogos.

El contexto histórico del que parten estos análisis es el del Estado de Bienestar que tuvo su punto álgido en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX en los países occidentales desarrollados, este periodo tiene como principal característica el intervencionismo económico de los gobiernos nacionales, así como un marcado asistencialismo dirigido a la mayoría de la población de los respectivos Estados, por lo que la creación de industrias que pertenecían a los gobiernos o el subsidio a las particulares, así como el incremento de la seguridad social (educación, salud, empleo y sistemas de pensiones) fueron las características que distinguen a este periodo histórico.

Pero además, los análisis de la mayoría de estos autores toman en cuenta el periodo del Estado de Bienestar más bien como un punto de partida, puesto que su atención se dirige hacia la configuración generada a partir de la adopción del neoliberalismo, el cual supone la no intervención económica del gobierno en cuestiones de mercado, por lo que las barreras económicas desaparecen. Al mismo tiempo, la seguridad social que proporcionaba el Estado se transfieren a particulares, asimismo se asiste a una etapa de descentralización política. También la globalización económica y cultural comienza a tener efectos que no existían en otras etapas históricas. Todas estas características, junto a otras de magnitud similar son las que la mayoría de autores contemporáneos tratan de caracterizar y la incidencia que tienen en el individuo contemporáneo. De la misma manera, la emergencia de estos aspectos societarios es lo que ha propiciado que la modernidad que se vive actualmente en los países occidentales desarrollados reciba diferentes adjetivos que intentan diferenciar sus elementos en comparación con los existían en el siglo XIX y principios del XX.

De lo anterior se sigue que la situación del individuo en el marco de la modernidad actual ha sido abordada de manera amplia y muy significativa por una gran cantidad de autores. Sin embargo, existen cuatro cuyos planteamientos han tenido repercusiones en el quehacer actual de la sociología y que tienen una

influencia indiscutible en el pensamiento contemporáneo. Estos autores son Jürgen Habermas, Anthony Giddens, Ulrich Beck y Gilles Lipovetsky.

Además de la importancia en el pensamiento sociológico contemporáneo, estos autores resultan muy pertinentes para el logro de uno de los objetivos de la investigación que este documento expone: generar un esquema que permita caracterizar al individuo contemporáneo, partiendo de las consideraciones de Max Weber y complementado con las propuestas de estos autores quienes, además de realizar un tratamiento específico acerca de la conformación del individuo en la actualidad, tienen un nexo específico con la obra de Max Weber.

En el caso de la obra de Jürgen Habermas⁹, el incluirlo obedece a dos razones, en primer lugar es indudable que es uno de los pensadores más influyentes y debatidos en el pensamiento social contemporáneo. En segunda instancia, este autor presenta un nexo muy importante con la obra de Max Weber, debido a que toma en cuenta el pensamiento de éste para articularlo con la tradición marxista y poder, por un lado, explicar la forma en que la modernidad tiene incidencia en el individuo moderno. Por otro lado, intenta sustituir la revolución proletaria, propuesta por Marx y sus seguidores, por el consenso de los individuos en defensa de los elementos subjetivos que son característicos de su mundo de la vida¹⁰. Además la propuesta teórica de este autor permite analizar la manera en que en la modernidad existe una interrelación de elementos subjetivos y objetivos que determinan plexos de sentido y acción en los individuos.

Otra de las propuestas para analizar la situación del individuo en la época contemporánea, es la de Anthony Giddens, quien a través de una redefinición analítica de la modernidad, considera que en la época contemporánea existen factores que tienen como efecto la readecuación del tiempo y el espacio, lo cual ocasiona que existan una serie de sistemas abstractos que tienen como consecuencias la reordenación de lo local con lo universal. Lo anterior genera que

⁹ En este apartado únicamente se esbozan aquellos elementos de la obra de estos autores que se consideran necesarios para mostrar como se ha visto al individuo en el pensamiento actual. La exposición detallada de sus argumentos se encuentra en los capítulos III y IV

¹⁰ Véase *Infra* capítulo III

los individuos constituyan la identidad de su yo con base en cuatro dimensiones: estilos de vida, planes de vida, relaciones íntimas y cuerpo.

El estilo de vida se refiere a los hábitos convertidos en prácticas que los individuos llevan a cabo de manera cotidiana y que dan forma concreta a una crónica del yo, estas prácticas pueden ser la manera de comer, vestir, la forma que tiene el individuo de relacionarse con los demás, etcétera. El segundo elemento, el plan de vida, hace referencia al contenido de la trayectoria del yo organizado en función del futuro, esto es, la forma en que los individuos organizan los acontecimientos de sus propias biografías estableciendo vínculos entre presente, pasado y futuro.

Desde la perspectiva de este autor, la forma que adquiere en el individuo la identidad del yo se manifiesta a través del cuerpo por medio de tres elementos: apariencia, que son las características de la forma del cuerpo; porte, que consiste en la utilización de la apariencia, y; la sensualidad, que se refiere a la manipulación del dolor o el placer que experimenta el cuerpo.

Uno de los aspectos que llama la atención en la obra de Giddens es el que se refiere a la importancia de la presencia del riesgo en la sociedad contemporánea, puesto que es tomado en cuenta por el individuo para modificar constantemente su identidad.

Otra de las propuestas que llama la atención en relación con el individuo en la modernidad actual es la de Ulrich Beck para quien la individualización en la modernidad tardía aparece como un proceso de institucionalización generado por el Estado de Bienestar, en la que los individuos representan, producen y combinan sus biografías. La individualización se institucionaliza en la modernidad contemporánea por los efectos del mercado de educación y empleo, puesto que los efectos de este mercado ocasionan una desvinculación de lo social y los individuos ya no perciben sus efectos desde una perspectiva de clase o de grupo social, más bien experimentan una percepción biográfica de los mismos.

Además, la presencia de Beck en el presente análisis, obedece a que en parte de su obra considera que el pensamiento de Max Weber ya no permite analizar la situación de la modernidad, así como del individuo en la actual etapa

histórica. Entonces sería pertinente analizar si en verdad este argumento es sostenible.

Otra propuesta de análisis del individualismo es la de Gilles Lipovetsky, cuya presencia en el pensamiento sociológico actual ha sido muy controversial. Sin embargo, la obra de este filósofo en México ha tenido una aceptación bastante considerable. Este autor, considera, al igual que Beck, que el pensamiento de Max Weber ya no permite explicar la situación del individuo al margen de la modernidad actual, por lo que su propuesta resulta atractiva para analizar si tiene o no razón, además que logra aportar algunos elementos analíticos que resultan relevantes para la caracterización del individuo contemporáneo. De manera general, la propuesta del filósofo francés consiste en afirmar que en la sociedad contemporánea el proceso de individuación tiene como base el hedonismo, por lo que los individuos se preocupan por la obtención de su felicidad. Este autor data el surgimiento de una nueva época a partir de la década de los años cincuenta del siglo XX, como resultado de la explosión del proceso de personalización que influyó en las instituciones, y que pone el valor central en el individuo, este valor se ha filtrado a la mayoría de esferas sociales incluyendo la política por lo que se genera un nuevo tipo de ética pasando de la disciplina a la liberación del individualismo.

De manera general, puede percibirse que en los análisis esbozados de estos autores contemporáneos existe un esfuerzo por analizar la manera en que en la conformación del individuo moderno intervienen elementos de tipo subjetivo y que en combinación con elementos objetivos generan determinado tipo de individuo. Además es interesante notar cómo la forma actual de generar conocimiento en la disciplina se ha enfocado en áreas que en los análisis de los primeros sociólogos no estaban presentes; por ejemplo, el cuerpo como materialización de la identidad moderna, o el hedonismo como factor de cambio social. También resulta interesante que algunos de estos autores contemporáneos consideren que el pensamiento de Weber ya no permite generar explicaciones en las condiciones actuales de modernidad, esto podría implicar que posiblemente el estatus de clásico de este sociólogo alemán actualmente esté en entredicho.

De la misma manera es posible que en algunos de los planteamientos de estos autores se encuentre una continuidad de las ideas weberianas, por ejemplo, las consideraciones de Giddens en relación a las dimensiones de la identidad del yo, bien podrían ser consideradas como un análisis más completo de aquellas esferas autónomas de acción de las que hablaba Weber. También podría pensarse que el análisis en torno a la búsqueda de una felicidad hedonista, que menciona Lipovetsky, sería una continuación de las características del individuo que intentó caracterizar Weber, pero que por los aspectos del conocimiento de su época y de su país, no analizó a fondo.

Con base en lo expuesto en este apartado pueden anotarse dos tipos de conclusiones parciales: En primer lugar, es evidente que la importancia de los clásicos en sociología se aprecia en cómo los planteamientos de éstos han sido muy significativos para marcar la dirección que ha seguido la construcción del conocimiento en la disciplina, además se entiende por qué sus obras contienen elementos que brindan el soporte necesario para poder formular preguntas que guíen búsquedas de explicación de situaciones contemporáneas, esto ha sido posible debido a que en la disciplina se ha llegado al reconocimiento de que existen “Padres fundadores” que delimitaron el marco para la consolidación del objeto de análisis de esta ciencia.

También es notorio cómo las transformaciones en la filosofía de la ciencia y el resurgimiento de la tradición hermenéutica, ayudaron a que la sociología admitiera que existen elementos de carácter interpretativo que permiten la revisión constante de los planteamientos de los fundadores. Y al mismo tiempo, puede considerarse que el conocimiento en esta ciencia social no es acumulativo ni lineal, por lo que la relectura constante de los clásicos es indispensable para poder iniciar tanto investigaciones como debates teóricos que sirvan para fundamentar nuevas perspectivas. También, la presencia de las consideraciones de la filosofía de la ciencia y la tradición hermenéutica ha ayudado a entender por qué en la disciplina existe la característica de la reflexión constante sobre su propio estado intelectual, así como la consideración de que cuando se recurre a los fundadores

es bajo determinados horizontes espacio temporales que condicionan la forma de interpretar y validar los patrimonios de conocimiento.

Estas características quedan evidenciadas, también, en las propuestas que se han analizado en relación a la interpretación de los clásicos, estas ayudan a entender las diferentes maneras en que se recurre a los postulados de los fundadores y aunque los objetivos de la revisión de los autores clásicos pueden variar, se hace patente que el recurrir a ellos es indispensable, para que la sociología pueda seguir proporcionando explicaciones válidas sobre la realidad social.

En segundo lugar, con lo anotado en la segunda parte del texto se buscó establecer cómo la sociología ha abordado el problema del individuo en la modernidad. Uno de los objetivos fue mostrar como se han llevado a cabo algunos planteamientos en la disciplina sobre algún fenómeno en particular. Son este tipo de elementos los que sirven de base a la interpretación en la disciplina para iniciar el abordaje de problemas específicos para generar nuevos conocimientos.

Otro de los objetivos de esta segunda parte consistió en evidenciar que en la sociología, tanto en la que analiza la modernidad inicial como la tardía, existen de manera implícita o explícita algunas nociones de individuo, esto es de antropologías filosóficas y son las que guían el abordaje del proceso de individuación.

Entonces posiblemente sea factible realizar un análisis que permita crear un esquema que caracterice al individuo moderno contemporáneo, tomando en cuenta los aportes de Max Weber y complementado con las nociones de los autores actuales, la manera de hacer esto es a través de un ejercicio hermenéutico que permita: por un lado, interpretar ciertos aspectos de la obra clásica de Weber que se pueden considerar como pertinentes para analizar al individuo moderno y al mismo tiempo validar, rechazar o reformular esos aportes como parte del patrimonio de la disciplina, todo esto a la luz de las consideraciones actuales; y al mismo tiempo, posiblemente sea posible complementar el pensamiento weberiano con las propuestas de algunos autores contemporáneos.

2. LA MODERNIDAD EN MAX WEBER

2. LA MODERNIDAD EN MAX WEBER

Camino automático en una alfombra de estatus, masticando en mi mente las verdades más sabidas y como un lobo salvaje que ha perdido su camino, he llenado mis bolsillos con escombros del destino.

Rockdrigo González

Sin lugar a dudas, el planteamiento de Max Weber en torno al surgimiento de la modernidad ha sido clave en la conformación del patrimonio de conocimiento de la sociología. Más allá de destacar un elemento de tipo subjetivo como componente esencial de esta etapa, la vocación como profesión, este autor buscó analizar todos los elementos modernos y la influencia que ejercían en el individuo; esto lo hizo con la finalidad de poder mostrar, de una manera científica, que la modernidad genera un tipo específico de individuo. Si bien la manera en que fueron redactados sus argumentos hace que en la lectura de su obra sea un poco difícil encontrar de manera directa esta preocupación de tipo filosófico-antropológico, sí es posible rastrear que en gran parte de sus textos buscó establecer el modo en que la modernidad conforma a un tipo específico de individuo.

Con base en una lectura personal del autor del presente texto acerca de los principales postulados referentes a la conformación de la modernidad en la obra de Max Weber, es posible establecer dimensiones en su noción de individuo, a través de las cuales se puede analizar la forma en que se lleva a cabo una relación entre el individuo y la sociedad en la modernidad y, además, éstas pueden ser extraídas de su obra si se analizan de manera conjunta algunos de sus planteamientos en torno a la dominación legal-racional, los fundamentos de la vida económica, la ciencia y política como vocación y, su sociología de la religión. Con base en el análisis de estas propuestas puede encontrarse que en la noción de individuo de Max Weber las dimensiones que existen son: la legal, como aquella regulación de la acción por parte del Estado hacia el individuo; la económica, como criterios objetivos establecidos por las características específicas del capitalismo; la vocacional, con base en la cual el individuo elige el tipo y forma de profesión, y la sensitiva que tiene que ver con la forma en que el individuo establece una relación con las cuestiones relativas al arte y al goce erótico.

Estas dimensiones pueden considerarse como punto de partida para poder establecer una caracterización del individuo contemporáneo; esto por la razón de que la forma en que Weber planteó el origen de la modernidad y la manera en que se fue constituyendo el individuo moderno, de cierta manera sigue estando presente en las consideraciones contemporáneas que abordan el problema del individuo e individuación en la actualidad, por lo que si se puede demostrar que en la obra de este autor existen estas dimensiones y que su planteamiento en relación a la modernidad y al individuo, sigue siendo punto fundamental para analizar este objeto de estudio, sólo habría que estudiar las propuestas de autores actuales que, de alguna manera, ayuden a complementar la visión weberiana y permitan ampliar el esquema del individuo contemporáneo.

Por lo anterior, en el presente apartado se pretende mostrar cuál es la concepción de modernidad en la obra de Max Weber, con la finalidad de poder establecer las dimensiones de la noción de individuo en su obra. Para hacerlo, se lleva a cabo la exposición de aquellos elementos que el sociólogo alemán considera como decisivos para el surgimiento de la época moderna: el Estado nacional y la empresa capitalista. Asimismo se describe la manera en que estos elementos actúan en el individuo a través de la dominación legal, en la cual, el apego a la norma abstracta es fundamental y junto con la idea de profesión como vocación establecen la racionalidad moderna.

También en este apartado se muestra cómo desde la óptica weberiana, se fue consolidando una imagen del mundo moderno en el individuo a través de la racionalización de ideas religiosas, para lo cual la ética del protestantismo ascético fue fundamental en la evolución histórica de Occidente, encontrando acomodo en el sistema económico y consolidando algunos fundamentos de la dominación legal. En este apartado, la manera cómo se considera la forma de la evolución de las ideas religiosas es con la ayuda del concepto de racionalidad establecido por Weber en sus obras, por lo tanto, no se lleva a cabo un análisis exhaustivo de la racionalidad, solamente se utiliza como un concepto guía.

Al final del apartado se establecen lo que podrían ser algunas dimensiones de la noción de individuo en la obra de este autor. Para hacerlo se utilizan sus

conceptos de ética de responsabilidad y de convicción, a fin de demostrar cómo la acción social en la modernidad está determinada por ciertos valores que encuentran su consumación a través de las esferas vitales de la época moderna. Asimismo, al final del apartado se esboza lo que podría ser una imagen antropológico-filosófica en la obra de Max Weber.

En este apartado se ha prescindido lo más posible de aquellas visiones que han analizado la obra de Weber y que han establecido o lo que este sociólogo quiso decir en su obra, o lo que ésta implica; esto se ha hecho con la intención de partir de las propias consideraciones de este autor y a través de su obra establecer un discurso que permita entrever aquellas particularidades de la época moderna y de su surgimiento.

De la misma manera, no se analizan las influencias, ya muy conocidas, en la obra weberiana; por lo tanto se evita hablar de la presencia de aquellas grandes corrientes como el historicismo, el romanticismo y el racionalismo en algunos de sus postulados. También se ha omitido el análisis de los planteamientos de grandes pensadores como Kant, Nietzsche y Goethe, presentes en las argumentaciones de Weber; aquí lo único que se pretende hacer es mostrar cuál es la concepción de modernidad e individuo en la obra de Max Weber.

Para establecer un discurso sobre las consideraciones de este autor, se han tomado varios argumentos de algunas de sus obras. En las citas textuales, no se anota el nombre de la obra y tampoco se abrevian; sólo se escribe la fecha de edición de cada uno, por lo que puede saberse a qué título pertenece consultando la bibliografía general.

2.1. LA UNIÓN DEL ESTADO Y EL CAPITALISMO COMO ORIGEN DE LA ETAPA MODERNA

Los principales análisis de Max Weber se llevan a cabo en torno a la forma en que las relaciones sociales y la acción social se desarrollan en la época moderna; por lo tanto es importante destacar los elementos que para este sociólogo son origen de esta etapa histórica. Los elementos que, desde su perspectiva, son su origen son el Estado y la empresa capitalista, pero no como elementos aislados, sino que

su unión es lo que configura la época moderna. En primera instancia, para Weber es importante destacar los elementos que ocasionaron las características del capitalismo moderno, a diferencia del capitalismo aventurero de las épocas anteriores, puesto que la forma que adopta este sistema económico al final de la Edad Media, es lo que permite su unión con el Estado.

De manera general, puede decirse que para Weber el capitalismo moderno se configuró debido a ciertos elementos materiales, los cuales le dieron mayor impulso y éstos fueron: la utilización de energía fósil, las máquinas que tenían a su disposición a los hombres y el número de población cada vez creciente; además, los descubrimientos científicos y tecnológicos que se aplicaron en relación a la productividad. Desde su perspectiva la utilización del acero y el carbón fue decisiva para el capitalismo, pues fue gracias a estos elementos que la energía se obtuvo de materiales que ya no fueran orgánicos y ello facilitó la producción.

Otro de los elementos importantes para la configuración moderna del capitalismo fue la aparición de la burguesía. Para Weber, el surgimiento de la burguesía se debió a las transformaciones que se llevaron a cabo en las ciudades, puesto que desde la antigüedad las ciudades eran el lugar, casi exclusivamente, donde se desarrollaron los estamentos. En la Edad media los gremios, como agrupación que monopolizaba las principales actividades lucrativas, adquirieron ciertos privilegios con los príncipes, por lo que la actividad económica presentaba características de monopolio, pero al consolidarse el Estado nación, éste se alía con la burguesía como estamento, pero ya no con aquellos grupos locales específicos de la ciudad, más bien las alianzas se realizaron con todos los grupos económicos dentro del territorio de todo el Estado; esto ocasionó que los estamentos de las ciudades perdieran algunos de sus privilegios como grupos cerrados y tuvieran que compartirlos con los demás con características similares a lo largo de toda una nación.

La importancia de lo anterior para el surgimiento del capitalismo, se debe a que:

Cayeron bajo el dominio de Estados nacionales competidores que se hallaban en constante estado de lucha, pacífica o guerrera, para conseguir la hegemonía. Esta lucha o competencia creó las

máximas posibilidades al capitalismo del Occidente moderno. El Estado aislado tuvo que concurrir para asegurarse el capital, libre de movimientos, que le prescribía las condiciones bajo las cuales podía prestarle su apoyo para obtener el dominio. De la forzada alianza del Estado con el capital surgió el estamento burgués nacional, la burguesía en el sentido moderno de la palabra. (Weber, 1942: 284)

Por otra parte, uno de los aspectos que desde fines de la Edad Media fue importante para la transformación del capitalismo fue el carácter mercantil que éste adquirió, la forma en que se fue desarrollando con el surgimiento de las ferias mercantiles, las cuales consistían en la venta de acciones por parte de las empresas, o de bonos de deuda. Estas ferias darían paso al surgimiento de las modernas bolsas de valores y su importancia radica en que le proporciona al capitalismo el carácter mercantil, que consiste en la pertenencia de la empresa o de sus deudas a una sociedad anónima y ya no exclusivamente a una sola persona.

Por otro lado, el Estado nacional es el otro elemento que configuró la época moderna. Para Weber el Estado moderno es producto indirecto del Derecho romano y su importancia reside en que: primero, proporciona al Estado el personal calificado para la administración, los burócratas profesionales.

En segundo lugar, creó un pensamiento jurídico-formal:

La recepción del derecho romano solo fue decisiva en el sentido que creó un pensamiento *jurídico-formal*. Según su estructura, cada derecho se orienta conforme a principios jurídicos formales o a principios materiales, comprendiéndose entre los últimos el principio utilitario y el del arbitrio judicial, conforme a los cuales actúa. (*Ibíd.*: 288)

La consecuencia de lo anterior es que:

Occidente dispuso de un derecho formalmente desarrollado, producto del gremio romano, y los funcionarios, formados de acuerdo al espíritu de este Derecho, eran, como técnicos de la administración, superiores a todos los demás. Para la historia de la economía este hecho revistió cierta importancia, porque la alianza

entre el Estado y la jurisprudencia formal vino a favorecer indirectamente al capitalismo. (*Ibíd.*: 289)

Otro de los elementos característicos del Estado moderno es el de la política económica. Su importancia dentro de la perspectiva weberiana radica en que con su aparición marca la unión del capitalismo con el Estado. El surgimiento de la política económica del Estado moderno se debe al mercantilismo nacido en Inglaterra en el siglo XIV, y significa el traslado de los afanes de lucro capitalistas a la política, puesto que:

El Estado procede como si estuviera única y exclusivamente integrado por empresarios capitalistas; la política económica hacia el exterior descansa en el principio de aventajar al adversario, comprándole lo más barato posible y vendiéndole lo más caro que se pueda. La finalidad más alta consiste en robustecer hacia el exterior el poderío del Estado. El mercantilismo implica por consiguiente potencias formadas a la moderna: directamente mediante el incremento del erario público; indirectamente por el aumento de la capacidad tributaria de la población. (*Ibíd.*: 292)

Según Weber, esta política se basa en la teoría de la balanza comercial. Desde su punto de vista, lo anterior fue decisivo para que el capitalismo fuera adquiriendo características racionales, puesto que al estar ligada la economía capitalista al Estado, a través de la protección a los medianos empresarios y a las empresas de índole monopólica, y utilizando el Derecho, el lucro individual (de los empresarios) se convierte en el del propio Estado para hacerse de más recursos para su administración.

Entonces se tiene que en el Estado legal moderno se crean a través del derecho aquellos mecanismos que permiten el funcionamiento, por un lado de la economía capitalista, y por el otro, la administración del Estado a través de la burocracia, porque ambos funcionan de la misma manera y en coordinación de sus respectivos intereses:

Desde el punto de vista de la sociología, el Estado moderno es una “empresa” con el mismo título que una fábrica: en esto consiste precisamente su rasgo histórico específico. Y se halla así mismo condicionada de modo homogéneo, en ésta y en aquel, la relación de poder en el interior de la empresa. Así como la independencia

relativa del artesano, del pequeño industrial doméstico, del campesino con tierra propia... se fundaba en que eran propietarios ellos mismos de los utensilios, las existencias, los medios monetarios... con que ejercían sus propias funciones... así descansa también la dependencia jerárquica del obrero, del empleado de escritorio, del empleado técnico, del asistente académico del instituto y del funcionario estatal y del soldado, exactamente del mismo modo, en el hecho de que los utensilios, existencias y medios pecuniarios indispensables para la empresa y su existencia económica están concentrados bajo la facultad de disposición del empresario, en un caso, y del soberano político, en el otro... (Weber, 1964: 1061)

Por lo que, respecto tanto de la empresa capitalista como del Estado:

en ambos casos, la disposición de dichos medios está en manos de aquel poder al que el *aparato* de la burocracia obedece o a cuya llamada atiende; aquel aparato igualmente característico de todas aquellas formaciones y cuya existencia y función están ligadas indisolublemente, tanto como causa tanto como efecto, a aquella “concentración de los medios materiales de explotación” o, lo que es más, cuya forma constituye. “Socialización” creciente significa hoy, inexorablemente, burocratización creciente. (*Ibíd.*)

Además, Weber afirma que históricamente el desarrollo del orden burocrático está en conexión con el desarrollo capitalista:

Históricamente, el “progreso” hacia lo burocrático, hacia el Estado que juzga y administra asimismo conforme a un derecho estatuido y a reglamentos concebidos racionalmente, está en la conexión más íntima con el desarrollo capitalista moderno. La empresa capitalista moderna descansa internamente ante todo en el cálculo. Necesita para su existencia una justicia y una administración cuyo funcionamiento pueda calcularse racionalmente, por lo menos en principio, por normas fijas naturales con tanta exactitud como puede calcularse el rendimiento probable de una máquina. (*Ibíd.*: 1062)

Por otro lado, existe un elemento que es muy importante, dentro de la perspectiva weberiana, para el surgimiento de la época moderna como resultado de la unión del Estado y del capitalismo y consiste en el rompimiento con la

tradición. Para que el capitalismo con características racionales pudiera implantarse, se tuvo que trastocar el orden de las relaciones sociales de producción procedentes de la Edad Media europea; esto se llevó a cabo a través de diferentes formas, una de ellas es la que comenta Weber en *Historia económica general* (1942) para el caso de Inglaterra, en donde durante el régimen victoriano a través de diferentes formas de coerción se obligó a los individuos a trabajar en las industrias, esto se hizo a través de la Ley de Pobres que buscaba combatir la vagancia y la mendicidad, por lo que se obligaba a las personas sin hogar a trabajar en empresas, fuesen o no mendigos. (cfr. Weber, 1944)

Otro ejemplo sobre cómo se rompieron las formas tradicionales de producción, lo menciona Weber en su texto “La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del este del Elba” (1982), en donde comenta que el cambio de sistema económico, del patrimonialismo al capitalismo racional, ocasionó que los individuos rompieran con sus formas tradicionales de vida comunitaria y familiar y se vieran envueltos en un individualismo económico; además los campesinos sufrieron un proceso de proletarización. Las consecuencias de lo anterior estuvieron reflejadas en toda la forma de vida del campesinado, puesto que en el sistema capitalista se vieron forzados a abandonar ciertos hábitos alimenticios, perdieron la vivienda que les proporcionaba el dueño de la hacienda y se encontraron en muchos casos sin trabajo. Se puede ver que estos casos de ruptura con la tradición, ocasionados por el capitalismo, tuvieron repercusiones violentas en contra de los individuos implicados en este tipo de sistema económico.

Otra forma de ruptura con la tradición que es considerada por Weber es aquella que se refiere a un tipo de mentalidad ocasionada por la ética protestante, la cual también coadyuvó, junto con el Estado y el sistema capitalista, a que las formas tradicionales, tanto de vida como de producción se trasformaran, esto se debió a que los dogmas de la Reforma tuvieron un impacto psicológico muy importante en amplias capas de individuos y una de sus principales consecuencias

fue el surgimiento de la idea de profesión como vocación¹¹, lo cual generó un cambio en el individuo con repercusiones en la economía e influyó para que el capitalismo adquiriera sus características modernas.

Ahora bien, la importancia de la unión del Estado y del capitalismo radica en que ambos confluyen para generar una imagen del mundo en el individuo, la cual hace que éste oriente su acción de una manera sin precedentes en otra etapa histórica. La forma en que el autor muestra cómo se configura la imagen del mundo moderno en los individuos, es a través de la dominación legal llevada a cabo por el Estado y su estrecha relación con el capitalismo.

Max Weber asegura que la dominación legal-racional es aquella que en la época moderna ha configurado determinados tipos de acción a través de su ejercicio. En primer lugar, considera de manera general a la dominación como la capacidad de encontrar obediencia, dentro de un grupo de individuos, a mandatos específicos; la autoridad de quien emite los mandatos descansa en diversos motivos que garantizan su aceptación por parte de los dominados, los cuales muestran determinados grados de sumisión, que van desde la habituación hasta consideraciones racionales con arreglo a fines, por lo que según Weber, para que la dominación pueda ejercerse se necesita “un determinado mínimo de *voluntad* de obediencia, o sea el *interés* (externo o interno) en obedecer, (que) es esencial en toda relación auténtica de autoridad” (Weber, 1964: 170) La característica esencial de la dominación radica en que los dominados actúan interiorizando el mandato y lo consideran como si fuese algo que ellos han decidido por cuenta propia:

Entendemos aquí por “dominación” un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (“mandato”) del “dominador” o de los “dominadores” influye sobre los actos de los otros (del “dominado” o de los “dominados”), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato (“obediencia”). (*Ibíd.*: 699)

¹¹ Esto se analizará más adelante con mayor detalle, aquí solo importa subrayar de manera general aquellos elementos que configuraron la época moderna.

Afirma Weber que toda dominación sobre una pluralidad de individuos requiere siempre de un cuadro administrativo:

Es decir, la probabilidad en la que se puede confiar, de que dará una *actividad*, dirigida a la ejecución de sus ordenaciones generales y mandatos concretos, por parte de un grupo de hombres cuya obediencia se espera (*Ibíd.*: 170)

El cuadro administrativo está ligado a la obediencia de su señor o señores por la costumbre, de modo afectivo, por intereses materiales o motivos ideales, según Weber estos elementos no garantizan los fundamentos de la dominación, para que éstos puedan generarse debe existir la creencia en la legitimidad, puesto que:

De acuerdo con la experiencia ninguna dominación se contenta voluntariamente con tener como probabilidades de su persistencia motivos puramente materiales, afectivos o racionales con arreglo a valores. Antes bien, todas procuran despertar y fomentar la creencia en su "legitimidad". Según sea la *clase* de legitimidad pretendida es fundamentalmente diferente tanto el tipo de la obediencia, como el del cuadro administrativo destinado a garantizarla, como el carácter que toma el ejercicio de dominación. (*Ibíd.*: 170)

Ahora bien, respecto a la dominación legal-racional característica del Occidente moderno, Weber afirma que el poder de mandar fáctico se apoya siempre en un orden normativo legal y opera en relación con el sistema de nociones jurídicas.

En el caso de la autoridad legal se obedecen las *ordenaciones impersonales* y objetivas legalmente estatuidas y *las personas por ellas* designadas, en méritos éstas de la legalidad formal de sus disposiciones dentro del círculo de su competencia. (*Ibíd.*:172)

En este sentido, en la dominación legal-racional se obedece siempre a las leyes y normas abstractas, establecidas con arreglo a fines o a valores para que su ejercicio sea continuado, las reglas conforman un cosmos, en donde los fines del Estado queden garantizados. Al mismo tiempo, tanto el soberano como los dominados obedecen no a individuos específicos, sino al orden impersonal conformado por el Derecho que impone las leyes y normas estatuidas aplicables

sólo a los miembros de la asociación política. Para que las normas y leyes puedan aplicarse en la dominación racional, debe existir una jerarquía administrativa, dentro de la cual existen reglas que pueden ser técnicas o normas (*Cfr. Ibíd.: 173-175*).

Además, Weber considera que en este tipo de dominación, la burocracia juega un papel importante, puesto que “el tipo de la administración legal y racional es susceptible de aplicación universal, y es lo más importante en la vida cotidiana. Pues para la vida *cotidiana* dominación es primariamente ‘administración’” (*Ibíd.: 175*). Desde la perspectiva de Weber, la dominación racional se basa en la burocracia, puesto que es aquel cuadro administrativo que le permite encontrar obediencia por parte de los dominados; por lo tanto, la administración burocrática, para poder desarrollarse, necesita de individuos profesionales con conocimientos especializados.

Las principales características de la burocracia son: que el dirigente posee su posición de imperio y la totalidad del cuadro administrativo se compone de funcionarios individuales, cuyas características deben consistir en que son personas libres que se deben únicamente a los deberes de su cargo, en una jerarquía administrativa rigurosa, con competencias rigurosamente fijadas, en virtud de un contrato, con calificación profesional, retribuidos con dinero, que ejercen el cargo como su única ocupación, tienen una perspectiva de ascensos, trabajan separados de los medios administrativos y están sometidos a una rigurosa disciplina (*Cfr. Ibíd.: 175-176*).

Las condiciones anteriores de la burocracia son factor determinante en el Estado moderno, porque la dominación queda garantizada a través del funcionamiento burocrático, el cual adquiere las cualidades de:

Precisión, continuidad, disciplina, rigor y confianza; calculabilidad, por tanto, para el soberano y los interesados; intensidad y extensión en el servicio; aplicabilidad formalmente universal a toda suerte de tareas; y susceptibilidad *técnica* de perfección, para alcanzar el óptimo en sus resultados. (*Ibíd.: 178*)

Por lo tanto desde la óptica de este autor, “la administración burocrática significa: dominación gracias al *saber*, éste representa su carácter racional

fundamental específico” (*Ibíd.*: 179). En este sentido, para la dominación racional el conocimiento científico y técnico es imprescindible puesto que gracias a este puede formar a quienes participan en la administración burocrática. Al mismo tiempo puede generar técnicas de dominio tanto en relación con condiciones materiales (comunicación, transporte, etcétera) como sociales (las reglamentaciones emanadas del derecho, etcétera), este tipo de conocimientos son incorporados en la época moderna tanto por el Estado como por el orden económico capitalista. De manera general, según Weber, la razón decisiva para el progreso de la burocracia ha sido su superioridad técnica, la cual la hace funcionar como una máquina, con procedimientos eficaces, precisos, rápidos, univocidad, la uniformidad, rigurosa subordinación, ahorro de fricciones y costes objetivas, este tipo de exigencias son impuestas a la administración debido a la economía capitalista, por lo que las empresas capitalistas modernas son modelos de rigurosa organización administrativa que son adoptados por los Estados. Así, cuando el Estado se une con el capitalismo a través de la política mercantilista, adopta los patrones de funcionamiento de la empresa para preservar sus fines

Por otro lado, desde la perspectiva de Max Weber, el principal elemento que permite el funcionamiento de la actividad burocrática en la dominación racional-legal es el desarrollo de una actividad monetaria continuada, puesto que la burocratización recibe utilidades permanentes para su continuación: los impuestos para el Estado, la ganancia para la empresa.

Además, en el Estado moderno, una de las causas de la ampliación de la burocracia obedece al aumento de tareas administrativas, debido a que la cultura sufre una complejización creciente, a diferencia de épocas anteriores. Pero al mismo tiempo el Estado también ha influido sobre la cultura a través de sus funciones e inspecciones, en este sentido Weber afirma que:

La creciente burocratización es, pues, una función de la posesión cada vez más *consultivamente* disponible y consultivamente empleada, así como de una técnica creciente refinada en correspondencia con las posibilidades dadas del estilo de vida. En su repercusión sobre el nivel de las necesidades esto condiciona una creciente imprescindibilidad subjetiva de la procuración

colectiva e interlocal, es decir, de la intervención burocrática en las más diferentes necesidades vitales. Necesidades que antes fueron desconocidas o que eran satisfechas de un modo local o mediante la economía privada. Entre los factores puramente políticos influye con especial persistencia, en la tendencia a la burocratización, la creciente necesidad de una sociedad acostumbrada a una *pacificación* absoluta por medio de la aplicación del orden y la protección (“policía”) en todos los sectores... Finalmente, entre los factores esencialmente técnicos hay que considerar como promotores, de la burocratización, los medios de comunicación específicamente modernos, los cuales deben entrar en el cuadro de la administración pública en parte por necesidad y en parte por conveniencias técnicas (vías fluviales y terrestres, ferrocarriles y telégrafos, etc.) (*Ibíd.*: 730)

La peculiaridad de este tipo de dominación, a diferencia de la carismática y tradicional, consiste en que deshumaniza los procesos administrativos, debido a que se persigue la eficacia y los desvincula de las peculiaridades que son eliminación de amor, de odio, y de todos los elementos sensibles personales (*cfr.*: *Ibíd.*: 732) Lo que esto ocasiona es que la aplicación de reglas generales y abstractas se dirija tanto para los dominados, como para quienes se encargan de la administración, puesto que se ha llevado a cabo una nivelación de aspectos sociales y económicos, con base en el apego a la norma:

La organización burocrática ha alcanzado regularmente el poder sobre todo: a base de una *nivelación*, por lo menos relativa, de las *diferencias económicas y sociales* que han de tenerse en cuenta para el desempeño de las funciones. Se trata especialmente de un inevitable fenómeno concomitante de la moderna democracia de *masas* en oposición al gobierno democrático de las pequeñas ciudades homogéneas. Ello ocurre por lo pronto, a consecuencia de un principio que le es característico: la subordinación del ejercicio de mando a normas abstractas. (*Ibid.*: 738)

Esta nivelación ocasiona que el aparato burocrático sea prácticamente inquebrantable, tanto en la administración pública, como en el orden económico, porque:

Una burocracia muy desarrollada constituye una de las organizaciones sociales de más difícil destrucción. La burocratización es el procedimiento específico de transformar una “acción comunitaria” en una acción societaria racionalmente ordenada. Como instrumento de la “socialización” de las relaciones de dominación ha sido un recurso de poder de primera clase para aquel que dispone del aparato burocrático. Pues dadas las mismas probabilidades, la “acción societaria” metódicamente ordenada y dirigida es superior a toda acción contraria de las “masas” o a toda “acción comunitaria” que se le oponga. El simple funcionario no puede desprenderse de la organización a la cual está sujeto... el funcionario profesional está encadenado a su labor con toda su existencia material e ideal... Por su lado los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división del trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. (*Ibíd.*: 741)

Además, las implicaciones de este tipo de dominación para el individuo consisten en que al buscar su desarrollo personal dentro de este orden, él sea objeto de una deshumanización que está específicamente motivada por la nivelación social que es llevada a cabo por la posibilidad de un reclutamiento universal de los profesionales más calificados, la plutocratización que busca una formación que dure el mayor tiempo posible, y sobre todo, por el apego a la impersonalidad del deber; en palabras de Weber:

La dominación de la *impersonalidad* formalista:... sin ira y sin pasión, o sea sin “amor” y sin “entusiasmo”, sometida tan solo a la presión del *deber* estricto; “sin acepción de personas” formalmente igual para todos, es decir, para todo interesado que se encuentre en igual situación *de hecho*... (*Ibíd.*: 179)

Lo anterior obedece a que una de las características del funcionario, tanto del burócrata como el empleado de una empresa, es el de la fidelidad no a una persona, sino a una finalidad objetiva e impersonal; esta característica es adoptada por el individuo debido a la especialización obtenida a través de la educación académica, la cual, además de proporcionarle los saberes necesarios

para el desempeño de sus funciones, le inculca una disciplina objetiva de entrega completa en la profesión. Además, esta entrega afanosa a sus labores relacionadas con la profesión, está conformada por aquella larga búsqueda de preparación académica que le brinde los títulos necesarios para la obtención de un puesto de trabajo.

Por lo tanto, se puede aducir que desde la perspectiva de Max Weber, uno de los efectos culturales de la burocratización, como parte de una racionalización creciente del modo de vida, tiene que ver con su influencia en la forma de educación y de instrucción, puesto que es a través de éstas como la dominación burocrática produce en los individuos las características esenciales para su desarrollo; esto es, a través de la especialización y la selección, se otorgan títulos para el desempeño de funciones, tanto en la esfera burocrática, como dentro del orden económico.

La forma en que se ejerce la dominación legal-racional, a través de la burocracia como cuadro administrativo, utilizando el formalismo de la regla abstracta, y ocasionando que el individuo tienda hacia la especialización, ocasiona que aparezca lo que Weber denomina como “espíritu de la burocracia”, el cual tiene como principales características:

1. Formalismo, exigido ante todo para garantizar las oportunidades –probabilidades– personales de vida de los interesados cualquiera que sea su clase.
2. Inclinação de los burócratas a llevar a cabo sus tareas administrativas de acuerdo con criterios utilitario-*materiales* en servicio de los dominados, hechos felices de esta suerte. Sólo que este utilitarismo material suele manifestarse revestido con la exigencia de los correspondientes *reglamentos...* (*Ibid.*: 180)

Puede asegurarse que, para Weber y de manera general, las consecuencias de la dominación burocrática consisten en que ésta lleva a cabo una sistematización de la vida cotidiana; esto lo hace a través de la aplicación de saberes especializados que le proporcionan su carácter técnico y racional a sus ordenamientos basados en normas abstractas y, además con la unión con el orden económico capitalista, busca llevar a cabo una administración para las

masas que están bajo su dominio; esto a pesar de que se tenga la sensación de que el desarrollo de la burocracia sólo se da dentro de las oficinas; en sus propias palabras:

No debe uno dejarse engañar y perder de vista que todo *trabajo continuado* se realiza por *funcionarios* en sus *oficinas*. Toda nuestra vida cotidiana está tejida dentro de este marco. Pues si la administración burocrática es *en general*... la más racional desde el punto de vista técnico-formal, hoy es, además, sencillamente inseparable de las necesidades de la administración de *masas* (personales o materiales)... El gran instrumento de la administración racional es este: *el saber profesional especializado*, cuyo carácter imprescindible está condicionado por los caracteres de la técnica y economía modernas de la producción de bienes...
(*Ibíd.*: 178)

Ahora bien, para Max Weber el principal tipo de dominación que se ejerce en la época moderna es debido tanto a las características del Estado. como a las de la economía, puesto que el funcionamiento de ambos, con la burocracia como elemento fundamental, presenta características afines que permiten desarrollar una configuración de lo social en todos los ámbitos; en este sentido, cuando el sociólogo nacido Erfurt caracteriza los efectos de la burocracia estatal en la vida social afirma que:

Esto se refiere tanto a la esfera de gobierno público como a la de la economía privada. La desvinculación del destino material de la masa al funcionamiento correcto y continuo de las organizaciones capitalistas privadas organizadas de una manera cada vez más burocrática va siendo cada vez más fuerte a medida que pasa el tiempo, y la idea de la posibilidad de su eliminación es, por tanto, cada vez más utópica. Los "expedientes" por un lado, y la disciplina burocrática por otro, es decir, la sumisión de los funcionarios a la obediencia rigurosa dentro de su labor *habitual*, constituyen cada día más dentro de las esferas pública y privada el fundamento de toda organización. Pero ante todo lo constituye... la "disciplina".
(*Ibíd.*: 741-742)

Pero no solamente son las características de sumisión y disciplina de los funcionarios del Estado y de la empresa lo que configura la esencia de la era

moderna, puesto que el papel del capitalismo es crucial para el ejercicio de la dominación legal-racional. Para Weber, la forma en que está constituido el orden económico es de la siguiente manera:

El orden económico capitalista actual es como un cosmos extraordinario en el que el individuo nace y al que, al menos en cuanto a individuo le es dado como una jaula prácticamente irreformable, en el que ha de vivir y al que impone las normas de su comportamiento económico, en cuanto que se halla implicado en la trama de la economía. (Weber, 2003; 99)

Lo anterior se debe a las características que históricamente adquirió el sistema capitalista, las cuales le permitieron configurarse de manera que su funcionamiento descansara en fundamentos mecánicos. Para Weber, las características esenciales del capitalismo que le permiten configurar un “cosmos irreformable” son:

1. Apropiación completa por los propietarios de todos los medios materiales de producción...
 2. Autonomía plena en la selección por los propietarios de la dirección...
 3. Ausencia completa de apropiación de los trabajadores tanto de los puestos de trabajo como de las probabilidades lucrativas y, al contrario, ausencia de apropiación de los trabajadores por el propietario...
 4. Ausencia completa de regulaciones de consumo, producción o precio...
 5. Calculabilidad plena de las condiciones técnicas de producción...
 6. Calculabilidad plena en el funcionamiento del orden jurídico y administrativo y *garantía formal*, merecedora de confianza de todos los pactos por el poder político...
 7. Separación lo más completa posible entre la explotación y su destino por una parte, y la hacienda y el destino del patrimonio, por otra...
 8. Ordenación del *sistema monetario* en la forma *más formalmente* racional posible.
- (Weber, 1964: 131)

Estas características materiales del capitalismo que fueron conformadas por diversos factores históricos, en conjunción con elementos de origen ideal (como la entrega a la profesión entendida como vocación), en unión con la dominación legal, conforman lo que el autor denomina el espíritu del capitalismo, el cual consiste en:

aquella mentalidad que aspira a obtener un lucro ejerciendo sistemáticamente una profesión, una ganancia racionalmente legítima... dicha mentalidad ha encontrado su realización más adecuada en la moderna empresa capitalista, al mismo tiempo que ésta puede reconocer en aquella su más adecuado impulso *mental* (Weber, 2003: 112-113)

La importancia del espíritu del capitalismo radica en que en unión con las características materiales anotadas anteriormente, proporciona a los individuos que están inmersos en él, imágenes del mundo que orientan su acción, la cual encuentra apoyo en los fundamentos materiales del orden económico. A pesar de que considera que el capitalismo funciona con base en fundamentos mecánicos, Weber es muy cuidadoso en mostrar que toda actividad económica, dentro del orden capitalista, es desarrollada por individuos que persiguen diferentes finalidades, ya sea de manera personal o como pertenecientes a alguna asociación:

Toda gestión económica dentro de la economía de cambio se emprende y lleva a cabo por *individuos* para cubrir intereses propios, ideales o materiales. Asimismo, naturalmente cuando esa gestión se orienta por las ordenaciones de *asociaciones*, sean económicas o meramente reguladoras de la economía... (Weber, 1964: 166)

Ahora bien, la repercusión social de la forma en que se desarrolla la actividad económica capitalista, junto con la dominación legal del Estado racional, consiste en que ambos determinan el rumbo de la vida de los individuos en la era moderna. La metáfora que utiliza Weber para describir este proceso es la unión de una máquina viva con una muerta, puesto que desde su perspectiva, la administración burocrática característica del Estado racional es una máquina viva y junto con la empresa racional moderna, que es una máquina muerta, constituyen un espíritu coagulado:

Una máquina inerte es espíritu coagulado. Y solo el serlo le da poder de forzar a los individuos a servirla y de determinar el curso cotidiano de sus vidas de trabajo de modo tan dominante como es efectivamente el caso en la fábrica. Es espíritu coagulado asimismo aquella máquina viva que representa la organización burocrática

con su especialización del trabajo profesional aprendido, su delimitación de las competencias, sus reglamentos y sus relaciones de obediencia jerárquicamente graduados. En unión con la máquina muerta, la viva trabaja en forjar el molde de aquella servidumbre del futuro a la que tal vez los hombres se vean algún día obligados a someterse impotentes... (*Ibid.*: 1074)

De esta manera, para Max Weber la época moderna está conformada por los efectos generados, por un lado, por la dominación del Estado racional, y por el otro, por el orden económico capitalista; esto porque en el desarrollo histórico de ambos elementos, ellos adquirieron características que se hicieron afines, lo cual permitió su unión. Además, junto con la ruptura de los elementos tradicionales provenientes de la Edad Media, el Estado y el orden económico capitalista han configurado una imagen del mundo que ocasiona que el individuo oriente su acción con base en las pautas establecidas objetiva y subjetivamente por el cosmos de la dominación legal, en donde la característica consiste en el apego a la norma abstracta e impersonal característica de la burocracia.

Es necesario no perder de vista que las consideraciones de Weber anotadas anteriormente, respecto de la dominación legal, no son las únicas que considera presentes en la época moderna; para este autor, en la realidad este tipo de dominación se desarrolla junto con la dominación carismática y tradicional. Pero la legal-racional es aquélla que, cuando existe, impera e impone sus condiciones sobre las otras dos, debido a que es la que establece las principales pautas de acción en los individuos.

Hasta aquí puede verse, con base en algunas de las obras de Max Weber, que para él, uno de los rasgos decisivos de la modernidad es la configuración de ciertas imágenes del mundo que hacen que la acción de los individuos se oriente bajo determinadas pautas establecidas por la dominación legal, en donde el Estado y el capitalismo, a través de mecanismos objetivos y subjetivos, son las causas de dichas imágenes. Aquellos mecanismos objetivos están constituidos por la forma en que opera la burocracia, así como las exigencias del sistema económico respecto a la manera en que se deben llevar a cabo las gestiones económicas. Los subjetivos son la aceptación por parte de los individuos de la

dominación legal, puesto que interiorizan como suyos los mandatos de tipo normativo, además de la entrega disciplinada a las labores profesionales.

La importancia de estas consideraciones radica en que, entonces, permiten entrever que en la obra de este sociólogo, el Estado y el sistema capitalista, constituyen uno de los elementos importantes para la configuración del individuo moderno, puesto que al dirigir la acción de este, ya sea bajo el dominio de las normas y leyes estatuidas, persiguiendo fines económicos (de subsistencia, de acumulación, etcétera) y buscando la obtención de títulos que le faciliten el acceso al mundo laboral, entre otras, configuran los principales marcos de acción que desarrolla el individuo en la era moderna.

Sin embargo, es muy importante tener en cuenta que para Weber, si bien la dominación legal es uno de los elementos fundamentales que crea el marco para el desarrollo de la acción de los individuos en la época moderna, esto se debe a que el individuo basa su acción en esferas. En la dominación legal, las esferas que están presentes son la política y la económica; pero Weber considera que existen además la esfera erótica, estética y científica, como ámbitos de acción del individuo moderno.

Para Max Weber la aparición de estas esferas en la época moderna tiene su origen en determinados fenómenos históricos, los cuales permitieron que la unión del Estado y del capitalismo conformara las características de esta época. Además de las configuraciones mercantilistas adoptadas por los algunos países europeos, Weber considera que el rasgo decisivo fue la aparición de una mentalidad en los individuos lo que coadyuvó a que surgiera una racionalidad específicamente moderna que ocasionaría la aparición del espíritu del capitalismo y el de la burocracia; al mismo tiempo que permitiría la separación de esferas vitales como ámbito de acción de los individuos. Estos elementos son la ética protestante surgida de la Reforma y el racionalismo de la tradición griega.

Para poder establecer la configuración de la época moderna, con la separación de esferas, y la especificidad de la racionalidad que le es característica, Max Weber lleva a cabo un análisis del papel que jugó la religión en Occidente como uno de los elementos fundamentales. Específicamente, considera

que fue la ética protestante la que mayor influencia tuvo para el surgimiento de la época moderna, porque configuró imágenes del mundo que repercutieron en el surgimiento de la racionalidad moderna.

2.2. ÉTICA RELIGIOSA E IMÁGENES DEL MUNDO

Para poder entender cómo la religión es un elemento importante en la configuración del individuo moderno occidental, es necesario primero establecer lo que Max Weber entendía por racionalidad en su obra¹², puesto que su concepción sobre los tipos de racionalidad es imprescindible para entender la evolución de las imágenes del mundo generadas por las ideas religiosas occidentales.

Tipos de racionalidad en Weber

En sus análisis sociológicos de *Economía y sociedad*, Max Weber establece seis tipos de racionalidad. Cuatro de ellos tienen que ver con sus definiciones de acción social y dos, con el sistema económico.

En primer lugar Weber considera a la racionalidad en la acción social de la siguiente manera:

La acción social, como toda acción puede ser: 1) *racional con arreglo a fines* determinada por expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres y utilizando esas expectativas como “condiciones” o “medios” para el logro de *fines* propios racionalmente sopesados y perseguidos. 2) *racional con arreglo a valores*: determinada por la creencia consciente en el valor –ético, estético, religioso o de cualquier otra forma como se le interprete– propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea en méritos de ese puro valor. 3) *afectiva*, especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales, y 4) *tradicional*: determinada por una costumbre arraigada. (Weber, 1964; 20)

¹² Si bien en algunos análisis sobre la obra de Weber se ha establecido que este autor hace referencia de manera implícita a varios tipos de racionalidad (Habermas, 2005; Hennis, 1983; Gil Villegas, 2000; Ruano, 1996; Ritzer, 2005), aquí solo se tomará en cuenta la forma en que Weber se refiere a este concepto de manera explícita en su obra. Esto con la finalidad de poder entender cómo se constituye la racionalidad en la época moderna desde su perspectiva.

Lo anterior implica que, desde el punto de vista de Weber, de manera general se puede considerar a la racionalidad como una con arreglo a fines o con arreglo a valores. La acción social afectiva y la tradicional, no siguen un esquema específicamente racional, por lo que sólo en los dos primeros tipos se puede percibir los tipos de racionalidad en la obra de Weber. Además, también algunos de estos tipos se aplican a la intelección que desarrollan los individuos, para ordenar mentalmente al mundo y llevar a cabo la consumación de valores o fines determinados (Ruano, 1996; 1999).

En segundo lugar, Max Weber considera que en el orden económico existen dos tipos de racionalidad, que evidentemente tienen relación con las dos primeras formas de acción racional anotadas anteriormente, y consisten en la racionalidad formal y la material. La manera en que las concibe el autor es la siguiente:

[1.] Llamamos *racionalidad formal* de una gestión económica al grado de *cálculo* que le es técnicamente posible y que aplica realmente.

[2.] Al contrario llamamos *racionalmente material* al grado en que el abastecimiento de bienes dentro de un *grupo* de hombres (cualesquiera que sean sus límites) tenga lugar por medio de una acción social de carácter económico orientada por determinados *postulados de valor* (cualquiera que sea su clase), de suerte que aquella acción fue contemplada, lo será o puede serlo desde la perspectiva de tales *postulados de valor*. Estos son en extremo *diversos* (*Ibíd.*: 64)

Como se puede notar, la racionalidad formal se desprende de la acción con arreglo a fines y la material con la acción que se desarrolla con arreglo a valores.

Aquí es necesario subrayar que para Weber lo característico de la racionalidad es que proporciona al individuo el sentido que le otorga a su acción, por consiguiente esta puede ser con arreglo a fines o a valores. En cuestiones económicas, la racionalidad, el sentido atribuido a la acción, se lleva a cabo: de manera formal, para aplicar el cálculo técnicamente posible y obtener un fin dado (la ganancia, incremento de capital, alta productividad, etcétera); pero también la realización de una acción económica puede poseer un alto grado de racionalidad

material, puesto que puede realizarse una gestión económica no como un fin en sí mismo, sino como medio de la realización de determinados valores de los individuos, los cuales no necesariamente son determinados por factores económicos.

Se puede notar, entonces, que de manera general para Weber la racionalidad consiste en el sentido que los individuos atribuyen a su acción para la obtención de determinados fines, para lo cual eligen los medios necesarios. En este sentido puede afirmarse que desde la óptica weberiana, la racionalidad adopta diferentes aspectos, por lo que es posible considerar que es una concepción relativista de la racionalidad (Gil Villegas, 2000). Puesto que como él mismo afirma, lo que es racional desde un punto de vista, puede no serlo desde otro (*cfr.* Weber, 1964; 2003; 1973). En este sentido, el concepto de racionalidad no es unívoco.

Por otra parte, es notorio que la racionalidad, entendida como el sentido atribuido a una acción, es una categoría subjetiva, esto es, producto de determinados esquemas de pensamiento en la psique del individuo, los cuales le permiten desarrollar cierto tipo de acciones atribuyéndoles un sentido específico. Por lo tanto, las características que adopta la racionalidad del individuo moderno, tienen que ver de manera directa con las condiciones que propician que de manera subjetiva se elijan unos medios para el logro de algunos fines, ocasionando que en la época moderna la acción social adquiriera sus rasgos específicos.

Racionalización religiosa en Occidente

Ahora bien, desde la óptica de Weber gran parte de la racionalidad moderna se debió a la forma en que se desarrolló históricamente la religión en Occidente, puesto que con las imágenes del mundo que creó en los fieles, permitió que esta época histórica adquiriera sus características distintivas de las anteriores etapas en Europa. Las imágenes del mundo que se generaron en el individuo occidental se debieron a procesos de racionalización aparecidos en el desarrollo histórico de la religión. Al respecto, la aparición de la Reforma protestante desempeñó un

papel muy importante, debido a que coadyuvó a la creación de ciertas imágenes del mundo en los individuos. La ética generada por dichas imágenes creó una conducta que encontró ciertas afinidades en el sistema económico capitalista, lo cual contribuyó en gran medida a que la dominación legal adquiriera aquellas características de difícil destrucción, a través de la unión entre la esfera económica y la política.

La manera en que Weber establece el desarrollo del proceso de racionalización religiosa en Occidente es analizando los modos de vida de los fieles de cada una de las grandes religiones occidentales; esto se debe a que las máximas que las rigen orientan al individuo a desarrollar determinadas actitudes en referencia al mundo terrenal y pueden consistir en un alejamiento, o una actitud de proyectar su acción por completo dentro de él. Existen varios elementos que confluyen para desarrollar dicha actitud hacia el mundo, principalmente, la cura de almas, el problema de la teodicea, y los caminos de salvación.

Para Weber la cura de almas consiste en

Una dispensación de gracia carismática... También puede consistir en la enseñanza individual sobre obligaciones religiosas concretas en caso de duda, o estar, en cierto sentido, entre las dos, cuando dispensa el consuelo religioso en caso de necesidad interna o externa... La cura de almas en todas sus formas constituye el poder propio del sacerdote frente a la vida cotidiana y su influjo en el modo de vivir es tanto más fuerte cuanto más carácter ético posea la religión. (Weber, 1964: 374)

Para las religiones monoteístas en las que el Dios es un ser supramundano y universal, siempre ha surgido el problema de la teodicea, que tiene que ver con la imperfección del mundo que él ha creado, para lo cual se generan diferentes soluciones con base en la racionalidad de cada religión; en este sentido, la racionalización en referencia al problema de la teodicea:

Cuanto más discurre en la dirección de la concepción de un dios único supramundano y universal, tanto más agudo se hace el problema de cómo puede ser compatible el infinito poder de un dios semejante con el hecho de la imperfección del mundo que él ha creado y gobierna. (*Ibíd.*: 412)

Este tipo de problema está ligado a los fundamentos determinantes del desarrollo religioso y a la necesidad de salvación; por lo tanto, aparecen determinadas concepciones de pecado y de salvación.

El pecado es concebido como “el quebrantamiento de la fidelidad en el séquito de Dios, una renuncia apóstata a la promesa de Dios”. (*Ibíd.*: 412)

Para Weber, el tipo puro de salvación es el de la escatología mesiánica, el cual consiste en que “el justo equilibrio se garantiza remitiéndolo a un futuro equilibrio en este mundo” (*Ibíd.*: 412). Pero, cuando tal equilibrio se demora, entonces las esperanzas son puestas en “el más allá”.

Uno de los aspectos significativos tanto de la idea de pecado como de salvación, influye en las características del Dios a quien se rinde culto, puesto que si se le considera como omnipotente y justo, no hay cabida para concebir a un ser que permita la injusticia. Desde la óptica de Weber, este problema trajo como consecuencia que se concibieran de maneras diferentes algunas éticas religiosas. Aunque lo decisivo para este autor, acerca de la idea de salvación y la ética que se desprende de una religión, son las consecuencias prácticas para la vida, en primer lugar, hace notar el significado de la idea de salvación y considera que:

El contenido específico de la idea de salvación por un más “allá” puede significar más bien la liberación de los sufrimientos físicos, psíquicos o sociales de la existencia terrestre, o la liberación del absurdo desasosiego y caducidad de la vida en cuanto tal, o la liberación de la notable imperfección personal, lo mismo si se entiende esta como “mancha” crónica o como inclinación aguda al pecado, o de un modo más espiritual, como destierro en la oscura confusión de la ignorancia terrenal. (*Ibíd.*: 419)

Por lo que:

La nostalgia por la salvación, sea cual fuere su forma, tiene interés especial para nosotros en cuanto trae consigo consecuencias *prácticas para la conducta* en la vida. Alcanza del modo más fuerte esta orientación positiva, secular, gracias a la creación de un “modo de vida” determinado de una forma específicamente religiosa por medio de un sentido o fin central; surgiendo por motivos religiosos, una sistematización de la vida práctica orientada por valores unitarios... La esperanza de salvación tiene las más amplias

consecuencias para el estilo de vida cuando la salvación proyecta ya de antemano en este mundo su sombra o transcurre como acontecimiento *interior* dentro de ese mundo. Por consiguiente, cuando vale como “santificación” o la provoca o la tiene como condición previa. El proceso de la santificación puede aparecer entonces como un proceso paulatino de purificación o como un súbito cambio del modo de sentir, como un “renacimiento”. (*Ibídem*)

Además, la idea de renacimiento (adoptada por algunas religiones con base en la idea hindú del Karma) tiene especial significado debido a que:

El “renacimiento” se convierte... en los tipos más consecuentes de las “religiones de salvación” en un *estado de espíritu* imprescindible para la salvación religiosa, que el individuo se apropia y confirma en su modo de vida (*Ibíd.*: 420)

Lo anterior significa que la teodicea implica una idea de salvación orientada hacia el más allá; por lo tanto, los fieles siguen un modo de vida específico, de acuerdo con un sentido. Entonces, el problema de la teodicea es central debido a que genera un tipo específico de individuo. Es interesante percibir, con base en este postulado, que en las consideraciones de Weber hay una preocupación remisible a la antropología filosófica, puesto que con su análisis de la teodicea se infiere que, con base en las creencias religiosas, se desenvuelve un determinado tipo de individuo, ya que al secularizarse el modo de vida, surgido con base en el problema de la salvación ultraterrena, se sigue poseyendo ese fin central que es el de la salvación.

Entonces, la influencia práctica de la religión en los modos de vida varía según el camino de salvación y la cualidad psíquica del tipo de ésta que quiere alcanzarse. En Occidente la idea de salvación siguió dos caminos diferentes: por un lado está la salvación soteriológica, característica del catolicismo y, por el otro, está la idea de salvación lograda por el propio individuo, característica del protestantismo; además, en este último se desarrolló una forma característica que tuvo una gran influencia para la configuración de la etapa moderna y consistió en la introducción de la idea de que la salvación no se puede lograr a través de ninguna acción del hombre, sino que es un regalo de la divinidad. La forma en que

Max Weber analiza estos tipos de salvación de la religión occidental se enuncia a continuación.

El tipo de salvación soteriológica es aquel que tiene que ver, no con las propias obras, sino con los méritos de un héroe o de un Dios encarnado. Este tipo de salvación utiliza los mitos soteriológicos, los cuales consisten en los mitos de dioses que estuvieron en la tierra y que encarnaron su ser en objetos, animales o plantas, por lo que existe la creencia que consumiendo aquello en lo que haya encarnado se participa de la gracia. Pero cuando la estancia terrenal fue temporal, se necesita entonces de un sacerdote o mago que proporcione la ingestión de aquello en lo que encarnó el Dios, por lo tanto aparece la iglesia como un instituto, el cual es el único que puede proporcionar los dones de salvación, en este instituto tiene significación no la persona que es el sacerdote, sino la figura como tal, esto es, el funcionario.

Una de las características de la gracia institucional es la que se refiere al desarrollo de una tendencia a la obediencia y a la subordinación de la autoridad, ya sea al instituto como tal o al dispensador de la gracia, por lo que

El modo de vida no consiste, en este caso, en una sistematización desde un centro interno que el mismo individuo hubiese conquistado, sino que se alimenta de un centro exterior a ella. Lo cual no puede manifestar, en lo que afecta al contenido del modo de llevar la vida, ningún efecto tendiente a una sistematización ética, sino todo lo contrario... Formal humildad de obediencia es el único principio que, en el caso de realización consecuente de la gracia institucional, abraza unitariamente el modo de vida, y que por su acción es afín a la mística con el “desgarramiento” específico del piadoso. (*Ibíd.*: 442-443)

Esta característica es muy importante, ya que explicaría por qué los católicos aceptan la dominación racional al igual que los protestantes: mientras los primeros se someten a una autoridad a través del modo de vida característico de su religiosidad, los segundos lo hacen debido a que ellos no tiene ningún sentido en sus consideraciones religiosas.

Otra forma de obtener la salvación por parte de la religiosidad que se basa en los mitos soteriológicos es el que tiene que ver con la fe; esto es, se vincula la

salvación con la fe, lo cual quiere decir que se tienen por verdaderos ciertos hechos metafísicos, o sea el apego a ciertos dogmas; por lo tanto, la fe implica muchas ocasiones el abandono del intelecto a favor de un sentimiento de entrega y confianza al dios del que se han derivado tales dogmas. Weber afirma que la diferencia entre catolicismo y protestantismo es que el último es producto intelectualista de teólogos y el primero se basa principalmente en la fe. Esto es muy interesante dentro de su perspectiva, porque este factor intelectual es lo que proporcionaría en gran medida a la ética protestante su carácter racional.

Ahora bien, el segundo tipo de salvación representado por la iglesia protestante, al que se refiere el autor, es aquél que se realiza sin la intervención de ningún poder sobrenatural; en éste la acción social que se desarrolla es por medio de determinados actos a través de los cuales se busca conquistar la salvación, y son:

1. Actos culturales o de culto y ceremonias de tipo ritual. Éstos tienen como característica la sistematización de acciones particulares para generar un sentir específico que es la devoción, en donde los ritos (o determinadas acciones cotidianas) se practican como símbolo de lo divino; este sentir o devoción es lo que constituye el bien salvador.

2. Obras sociales: consisten en actos particulares que pueden ser considerados, ya sea como meritorios de salvación o como expresión de una personalidad moral revelada; esto quiere decir que más que la buena obra, se reconoce el temple de la persona en conjunto.

Este segundo tipo de actos para obtener la salvación es importante dentro de la perspectiva Weber, debido a que estas obras sociales evidencian un síntoma de la ética de convicción que posee un individuo religioso, esto es, el sentirse llamado a desarrollar determinadas acciones, atribuyéndole el sentido de la realización de un valor en sí mismo; en palabras de Weber:

La acción particular tiene importancia en la medida en que posee realmente un carácter “sintomático” y no si es producto de la “causalidad”. La “ética de convicción”, a pesar de sus elevadas exigencias en cuanto al nivel total, puede ser, por su forma más sistematizada, tolerante con las infracciones en particular. Pero no

lo es siempre; más bien representa, la mayor parte de las veces, la forma específica del rigorismo moral. El *habitus* total religioso, calificado positivamente, puede ser una donación de la gracia divina, cuya existencia se manifiesta en esa orientación general hacia lo religiosamente exigido, en un modo de vida llevado *metódicamente* en forma unitaria. Puede ser, por el contrario, adquirible en principio “ejercitándose” en el bien. (*Ibíd.*: 425)

3. Autoperfeccionamiento: sus medios son las obras sociales calificadas religiosamente, y se caracteriza por seguir determinados métodos de salvación que proporcionan la certeza del estado de gracia, que consiste en una “posesión conciente de una base constante y unitaria del modo de llevar la vida” (*Ibíd.*: 426); esto es, el autoperfeccionamiento es una técnica, que proporciona una calificación religiosa al hombre; en este sentido:

A la luz de la “ética de convicción”, la técnica de salvación significa siempre prácticamente la superación de determinadas apetencias o afectos de la ruda naturaleza humana, no trabajada en sentido religioso. (*Ibíd.*: 427).

Weber considera que una doctrina metódica, implica una ética de virtuosos, puesto que a través de determinadas técnicas, se pide al individuo que luche contra las tentaciones constantes del mundo; esto lleva a que se originen dos tipos de ascetismo: en primer lugar, está el ascetismo negador del mundo, el cual huye de las tentaciones de éste, apartándose de las relaciones sociales que pueden implicar perder el estado de gracia. En segundo lugar, está el ascetismo intramundano, que es aquél que pide “la actividad del propio vivir sagrado específico, de la cualidad de instrumento elegido por Dios, precisamente dentro y frente al orden del mundo” (*Ibíd.*: 429)

Lo anterior tiene como una de sus principales consecuencias que dentro del estado de gracia, que proporciona el autoperfeccionamiento, aparezca el sentido de la vocación, puesto que para el individuo:

El mundo, como creación de Dios, cuyo poder se trasluce en él a pesar de su carácter de criatura, es el único material en el que se puede contrastar el propio carisma religioso mediante un actuar ético racional para corroborarse en la posesión del estado de gracia. Como objeto de esta comprobación activa, los órdenes del

mundo se convierten para el asceta colocado en él en una “vocación” que tiene que “cumplir” racionalmente. (*Ibíd.*)

Una de las consecuencias del ascetismo intramundano es que el individuo, para poder corroborar su estado de gracia, no se preocupa por el estado del mundo, esto es, no le da importancia y sólo actúa de manera racional. Desde el punto de vista de Weber, el asceta del Dios calvinista es el tipo del “hombre de vocación”, porque sobre la base de la concepción calvinista se desarrolla un actuar que no se preocupaba por el orden del mundo:

Para el asceta se prueba la certidumbre de la salvación en la acción racional, unívoca según sentido, medios y fines, según principios y reglas. Para el místico, que está en posesión anímica del bien de salvación, el “animismo” puede ser la consecuencia de este estado: el sentimiento de no hallarse –que no se manifiesta en la acción y en el género de la acción, sino en un estado sentido y en su cualidad– ya vinculado a ninguna regla del obrar sino de conservar la certeza de la salvación, hágase lo que se haga (*Ibíd.*: 433-434)

Lo anterior es muy importante, ya que tomando en cuenta la definición que hace Weber de la dominación racional legal, puede percibirse entonces como el sentimiento de la vocación del hombre profesional le lleva a aceptar, por un lado, el seguir determinadas reglas y normas con carácter abstracto, y por otro lado, también se explica la característica de aceptación de los mandatos de los dominados, puesto que los cumplen porque no les importa el orden del mundo social en el que se generan.

Además, para este autor, la diferencia específica de la religiosidad occidental respecto de la oriental consiste en que la última culmina en la contemplación; en cambio, la religiosidad occidental termina en un ascetismo, ya que a pesar de que en Occidente también existen religiones de ascetismo extramundano, terminan en acciones que tienen que ver con el actuar de los individuos en y para este mundo.

Otra forma de salvación que es considerada por Weber es aquella en la cual la salvación se considera como un regalo por parte de Dios hacia los individuos que estaban predestinados para ella:

La salvación puede ser un regalo gratuito, enteramente libre, sin fundamento visible, de un dios cuyos decretos son insondables, inmodificables, gracias a su omnisciencia, no accesibles a la influencia humana: *la gracia de predestinación*. (*Ibíd.*: 449)

Este tipo de salvación es sentido por el agraciado cuando tiene la certeza de ser salvado una vez que pertenece a la aristocracia de los elegidos. Pero el individuo necesita algunos síntomas de que pertenece a dicho grupo; estos consisten en la seguridad del individuo de actuar como instrumento de Dios de manera continuada y metódica, puesto que se considera que la gracia se tiene o no se tiene (*Cfr: Ibíd.*: 450). Para Weber, este tipo de salvación es aquel que mayor influjo tuvo en la vida económica capitalista a través de la concepción calvinista; además, la metodización de la vida bajo este tipo de salvación fue lo característico de la ética de convicción, ya que para el fiel...

...La "personalidad total"... está provista, mediante la "elección divina", de un acento de valor eterno y no de un actuar cualquiera particular... El tormento secreto del hombre en este caso no deriva de lo que *ha hecho* sino de que, sin su intervención gracias a su manera de ser invariable, "es" como le revela ser lo que ha hecho... (*Ibíd.*: 452)

Ahora bien, este análisis de Weber sobre los tipos de salvación religiosa occidental muestra que éstos tienen un carácter racional, puesto que con base en los dogmas que se adopten, ellos generan determinados tipos de acciones en el individuo, el cual les atribuye el sentido de la obtención de la salvación religiosa, o en algunos casos, el poder de proyectarse socialmente como salvado. Este sentido atribuido a la acción genera que el individuo adopte determinados rasgos psicológicos que se materializan en el mundo; por lo tanto, influyen en las características sociales de ciertas épocas o etapas históricas. Al mismo tiempo, estas consideraciones son importantes en la perspectiva weberiana, puesto que las ideas generadas por las imágenes religiosas, conforman un determinado tipo de individuo.

Por otro lado, desde la óptica de este autor, la importancia de las ideas religiosas como generadoras de imágenes del mundo, contribuyeron al surgimiento de la etapa moderna. Esto se hizo a través de la racionalización que

fue adquiriendo la ética protestante en su evolución histórica. Junto con las condiciones generadas por el capitalismo y con el Estado racional, esta ética fue un factor decisivo para la generación de una imagen del mundo que es la que propicia el carácter de racionalidad moderna en el individuo.

La forma en que se realizó esta racionalización religiosa la analiza Weber en una de sus obras más leídas y discutidas: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2003), Siguiendo esta obra, junto con las consideraciones que ya se han anotado, puede verse cómo se llevaron a cabo aquellas afinidades electivas entre capitalismo y ética religiosa a través de la aparición de una mentalidad específica en el individuo, que tuvo como consecuencia el surgimiento de la racionalidad moderna.

En principio, Weber destaca que el primer aporte importante de la Reforma, es el término de profesión, que es producto de la traducción de la Biblia realizada por Lutero, porque este término no se encuentra en traducciones anteriores. Weber es muy enfático al resaltar que el aporte de Lutero, en relación con las afinidades entre ética religiosa y capitalismo, se halla exclusivamente en la idea de vocación en el trabajo profesional como medio para asegurarse la salvación religiosa, puesto que el reformador consideraba que la providencia otorga a los hombres un lugar en el mundo, por lo que tiene que aceptarse aquello que se ha dispuesto por vía divina, así, cumplir con la profesión implicaba respetar el lugar que Dios ha dado a los hombres en el mundo. Weber afirma, que las consideraciones luteranas, en relación a la idea de vocación, no son decisivas para conformar una actitud ética que pueda tener afinidad con el espíritu de capitalismo, porque algunas de sus implicaciones mantenían una relación con el orden económico, similares a las del catolicismo. Por el contrario, sostiene que lo decisivo en el ethos capitalista, fueron las ideas calvinistas.

El autor establece que uno de los elementos importantes para el surgimiento del espíritu capitalista fue la doctrina calvinista, específicamente la idea de la predestinación, puesto que ésta se basa en el dogma que asegura que:

Dios no es por los hombres, sino los hombres son por y para Dios y
todo cuanto sucede (también, por tanto, el hecho indudable para
Calvino de que solo un pequeño número de hombres, está

destinado a salvarse) no tiene sentido sino en calidad de medio para el fin de que la majestad de Dios se honre a sí misma. Por eso es absurdo aplicar a sus decretos soberanos la medida de la “justicia” terrenal, y constituye una lesión de su majestad, ya que sólo Dios es libre, es decir, no está sometido a ley alguna, y sus designios sólo pueden ser comprensibles y aún conocidos en tanto que Él ha considerado bueno comunicárnoslos... Lo único que sabemos es que una parte de los hombres se salvará y la otra se condenará (Weber, 2003: 165)

Lo anterior trajo como consecuencia, según Weber, que se iniciara el desencantamiento religioso del mundo, lo que implica eliminar los medios mágicos de salvación característicos de los católicos, en donde el sacerdote funge como un mago que puede proporcionar la gracia a los fieles a través de su intervención con la divinidad. En este sentido, en lo referente a la doctrina de la predestinación:

Había de tener como resultado en el ánimo de una generación que la vivió, en toda su grandiosa consecuencia, el sentimiento de una inaudita soledad interior del hombre. En el asunto que para los hombres de la Reforma era más decisivo: la felicidad eterna, el hombre se veía condenado a recorrer él solo su camino hacia un destino ignorado prescrito desde la eternidad... Tampoco Dios podía prestar aquella ayuda pues el mismo Cristo sólo murió por los elegidos, a los que Dios había decidido en la eternidad ofrecer el sacrificio de su vida. Este radical abandono (no llevado a sus últimas consecuencias por el luteranismo) de la posibilidad de una salvación eclesiástico-sacramental, era el factor decisivo frente al catolicismo. Con él llega a su culminación el proceso de *“desencantamiento” del mundo...* (Ibíd.: 166-167)

Aquí puede notarse cómo, desde la óptica de Weber, la introducción de un elemento que rompe con la tradición religiosa, tiene severas consecuencias sobre los valores del individuo. También se percibe cómo la ruptura de ideas tradicionales es fuente de la racionalización de la acción, puesto que con base en una idea, el individuo busca la forma de adecuarla al mundo terrenal, proyectando determinadas acciones. Esto puede entenderse porque asegura que los efectos de la doctrina de la predestinación calvinista originaron que en el amor al prójimo, el aislamiento del puritano encontrara acomodo en la organización social, y este

amor se manifiesta a través de la realización del trabajo profesional para agradar a Dios y aumentar su gloria, así como se procura una estructura racional al cosmos que rodea al hombre. La concepción calvinista de amor al prójimo no se manifiesta a través de la caridad, sino de la dedicación a obras sociales útiles, por lo que el trabajo profesional es uno de los mejores medios.

Al mismo tiempo, con los supuestos de la doctrina calvinista el desencantamiento del mundo tiene como consecuencia que la santidad en el obrar sea elevada a sistema y se racionalice el curso general de la vida para aumentar la gloria de Dios. Desde la perspectiva de Weber, de esta forma se adecua el racionalismo de la tradición griega en la religión:

La vida del “santo” se encaminaba a una finalidad única: la bienaventuranza; pero justamente por eso, el decurso de esa vida cuya fue absolutamente racionalizado y dominado por la idea exclusiva de aumentar la gloria de Dios... Ahora bien, sólo una vida guiada por una constante reflexión podía ser considerada como consideración del *status naturalis*; el *cogito ergo sum* cartesiano fue acogido por los puritanos de la época a través de una ética análoga. Esta racionalización dio a la piedad reformada su carácter ascético... (*Ibíd.*: 190)

Lo anterior puede implicar que el puritano calvinista adquiriera una conducción de vida metódica, lo que según Weber, liberó completamente el ascetismo intramundano y éste se consolidó en su factor extremo. Al mismo tiempo, esto significa que con el desencantamiento del mundo tiene lugar la unión entre dos elementos fundamentales de la cultura occidental: por un lado la religiosidad cristiana con sus características anotadas más arriba, y por el otro, el racionalismo intelectual iniciado por la cultura helénica. La consecuencia es que a un modo de pensar metódico se le une una forma de vida metódica; por lo tanto, surge un racionalismo teórico y práctico al mismo tiempo y esto es una de las características distintivas que configuraría a la época moderna.

Además, con la doctrina de la predestinación el calvinismo elimina el problema de la teodicea a través del trabajo profesional, porque la certidumbre de pertenecer al grupo de los elegidos es lo único que puede proporcionar la salvación, ya que ni siquiera los signos externos ante los demás pueden ser un

síntoma; por consiguiente, a través de la cura de almas se pedía a los individuos, primero, fe en la creencia de sentirse salvados y considerar cosa del demonio la duda acerca de la salvación, y en consecuencia, la obligación de afianzarse en la profesión considerándola como un deber para conseguir la certidumbre de la salvación, esto es, que se “cultivan esos santos seguros de sí mismos” (*Ibíd.*:179). En segundo lugar, se inculcó la necesidad del trabajo incesante como único modo de ahuyentar la duda religiosa y obtener la seguridad del estado de gracia.

Una de las características de la doctrina de Calvino es que sus adeptos consideraban que Dios actuaba en ellos; no sentían, a diferencia de los luteranos, una penetración en el alma de lo divino, sino que a través de la fe experimentaban la actuación de Dios:

El calvinista no admitía una efectiva penetración de lo divino en el alma, por la absoluta trascendencia de Dios sobre lo creado... La comunidad de Dios con sus agraciados sólo podía realizarse y conocerse cuando Dios “actuaba” en ellos, y éstos se daban cuenta de ello; es decir, cuando su acción provenía de la fe actuaba en ellos por la divina gracia y, a su vez, esta fe se legitimaba como actuada por Dios por la calidad de aquel obrar. (*Ibíd.*: 182)

En este punto, la diferencia entre la doctrina de Calvino con respecto a los luteranos y católicos reside en que estos últimos se consideraban como un receptáculo de Dios, mientras que los calvinistas se consideraban como sus instrumentos; por lo tanto, su actuar representaba la voluntad divina. Esto tiene como consecuencia que los frutos del calvinista que atestiguan la rectitud de su fe, consistan en la conducción de vida para aumentar la gloria de Dios; en este sentido, las buenas obras son un medio técnico no para alcanzar la gracia, sino para disminuir la angustia e incertidumbre de la salvación, pero son consideradas como necesarias para la bienaventuranza, porque ésta no es un acopio de acciones como en el catolicismo, sino que es concebida como un sistemático control de sí mismo que cada día se pregunta: ¿elegido o condenado? (*Cfr. Ibídem*)

Esta característica de considerarse como un instrumento de Dios es decisiva para la conformación de la racionalidad moderna, debido a que el

individuo orienta su acción con base en una racionalización que hace del mundo; esto es, lo ordena mentalmente de tal manera que su actuar encuentre la consumación de valores de origen divino; luego entonces, pretende la transformación de ciertos aspectos dentro del orden del mundo, de tal manera que pueda cumplir con la voluntad de Dios.

Ahora bien, la doctrina calvinista fue evolucionando y adquiriendo matices diferentes a través de una racionalización de la adecuación al mundo, pero sin perder de vista el objetivo de buscar la salvación a través de la obtención del estado de gracia, y además, siempre con consecuencias ascéticas dentro del mundo. Así, el ascetismo intramundano fortaleció su peculiaridad de comprobar la certeza en el trabajo profesional como muestra sistemática de esa conducción de vida:

El calvinismo añadió algo positivo en el curso de su evolución: la idea de la necesidad de comprobar la fe en la vida profesional; con esto los espíritus más religiosos recibieron el impulso decisivo que los orienta a la práctica del ascetismo; al mismo tiempo la fundamentación de la ética profesional en la ética de la predestinación hizo surgir el lugar de la aristocracia espiritual de los monjes situados fuera y por encima del mundo, la de los santos en el mundo, predestinados por Dios desde la eternidad... (*Ibíd.*: 195)

Al mismo tiempo, como Dios le daba señales al puritano acerca de lo que él había querido, el reformado modificaba ciertas conductas, de manera similar a una empresa comercial, lo que influyó para generar una cristianización de toda la existencia, esto es, el ascetismo elevado a sistema. Aquí es importante notar cómo lo anterior indica uno de los puntos en los que ésta ética tiene afinidades con el sistema capitalista a través de un racionalismo teórico y práctico, puesto que ambos llevan a cabo una racionalización, si bien con fines diferentes, pero la manera en que se eligen los medios para consumarlos es muy similar.

Uno de los aspectos importantes de la conducta calvinista radica en que la forma de conducción de vida reformada del ascetismo fue imitada por otros movimientos, o utilizada comparativamente o bien superada por otros grupos religiosos, pero con los mismos efectos logrados. Entre estos grupos, que surgen con base en la idea calvinista de la predestinación, se encuentran el pietismo y el

movimiento bautista, los cuales, a pesar de que adquieren características diferentes a los primeros grupos calvinistas, también evidencian un ascetismo intramundano.

Weber considera que el pietismo adquirió del calvinismo las obras como una certeza de salvación. Una de las características de este movimiento religioso es que obtiene consecuencias emocionales en la piedad, esto es, el sentimiento del estado de gracia. Además, se distancia de algunos postulados calvinistas, pero tiene los mismos efectos en la conducción de vida, o sea, una racionalización metódica y es ahí donde confluye con el calvinismo en el sentimiento emotivo de la conversión.

La otra iglesia que menciona Weber, la cual tiene afinidades con el calvinismo, es la metodista. Uno de los aspectos importantes de la doctrina de este movimiento consiste en que, con la doctrina del teólogo Wesley, se considera que la santificación puede llegar en esta vida, por lo que el metodismo, a través de la santificación de las obras, logra que se fortalezca la vida ascética intramundana una vez que se abandona la idea de la predestinación. La importancia de esta doctrina radica en que los individuos creían que a través de la sistematización de la conducción de vida podían obtener la salvación. Uno de sus aspectos importantes consiste en que dentro de los métodos que utilizaban como forma de obtener la gracia, se encuentra la dedicación al trabajo profesional como una de las vías para evitar las tentaciones que pudieran hacerle caer en el pecado.

La otra iglesia protestante que analiza el autor es la bautizante. Dentro de ésta se encuentran las sectas menonitas, baptistas y cuáqueras. En relación con este movimiento, lo más importante radica en que llevaron a conclusión el desencantamiento religioso del mundo, eliminando por completo los sacramentos. Además, consideraban que el entregarse a Dios puede remover completamente el pecado, pero una recaída implica ya no ser salvados, por lo que se busca entonces un apartamiento interior del mundo y sus intereses, así como la incondicional sumisión a Dios, que le habla al individuo en la conciencia, por lo que el sentir esa voz divina era signo seguro de una regeneración real: el que vivía con su conciencia tranquila podía considerarse salvado.

Al mismo tiempo, las sectas bautizantes abandonan la idea de predestinación calvinista, pero la sustituyen por la idea de “aguardar la acción de Dios”; esto implicó un obrar profesional reflexivo y en la práctica del examen de la conciencia, por lo que, según Weber, el radical desencantamiento del mundo no toleró otra vía que el ascetismo intramundano. Además, como la conciencia tranquila era signo de honradez, esto tuvo un fuerte impacto en el espíritu del capitalismo.

Weber argumenta que la importancia general de la doctrina del estado de gracia, surgida de los dogmas calvinistas, fue el motor de la conducción de la vida en todos los grupos protestantes y afirma que:

Digamos, en resumen, que lo esencial para nosotros es la doctrina (común a todos los grupos) del “estado religioso de gracia” como un *status* que aparte al hombre del “mundo”, condenado como todo lo creado, y cuya posesión (fuese cualquiera el medio que para lograrla marcara la dogmática de cada confesión) no podía alcanzarse por medios mágico-sacramentales, ni por el descargo de la confesión ni por cualquier otro acto de piedad, sino tan solo por la comprobación en un cambio de vida, clara e inequívocamente diferenciada de la “conducta del “hombre natural”; seguía de ahí para el individuo el impulso a controlar metódicamente en la conducción de vida de su estado de gracia, y por lo tanto a ascetizar su comportamiento en la vida. Pero como ya vimos, este nuevo estilo de vida significaba la racionalización de la existencia, de acuerdo con los preceptos divinos. Y este ascetismo... constituía... una realización exigida a todo el que quisiera estar cierto de su bienaventuranza... Lo más importante es, empero, que la vida propiamente religiosa exigida al “santo”, no se proyectaba fuera del mundo, en comunidades monacales, sino que precisamente había de realizarse dentro del mundo y sus ordenaciones. Esta racionalización de la conducción de vida en el mundo con fines ultramundanos fue el efecto de la concepción que el protestantismo ascético tuvo de la profesión (*Ibíd.*: 240-241)

Ahora bien, para mostrar la forma en que la ética protestante se adecuó al sistema capitalista, el autor recurre a los postulados del puritanismo inglés y escoge los preceptos del teólogo y pastor Baxter. Los dogmas emitidos por este

personaje, quien era especialista en la cura de almas, muestran cómo la evolución del calvinismo fue adquiriendo matices que concluyeron en una perfecta afinidad entre la ética protestante y el sistema económico a través de la racionalización de la conducción de vida.

Los principales dogmas de Baxter consisten en afirmar que lo indeseable de la riqueza es el descanso y goce en ella. También afirmaba que sentir disgusto en el trabajo es prueba de la falta de gracia, por lo que el rico también está obligado a trabajar. Al mismo tiempo, sostenía que Dios no exige trabajar por trabajar, sino la entrega exclusiva al trabajo racional en la profesión. Por lo tanto, el trabajo no debe ser ocasional ni efímero; se puede buscar otra profesión que sea más grata a Dios, por lo que no hay freno al cambio de profesión, lo indeseable es que no sea racional.

Para medir qué tan grato era el trabajo a Dios se debían tomar en cuenta, primero, criterios éticos, esto es, que se siguieran las ordenanzas de la confesión y que no se cayera en el pecado; después, la importancia que tienen para la colectividad los bienes que en ella han de producirse; el lucro es lícito, puesto que Dios, cuando muestra a alguno de los suyos que puede lucrar, lo hace con algún fin. Una de las principales consecuencias de estos tres criterios es que se llegó a la idea de que es posible ser rico para agradar a Dios, pero no se lo es para los goces sensuales, por lo que la riqueza es precepto divino como ejercicio del deber profesional. Con base en los dogmas de Baxter, Weber afirma que para el ascetismo resulta odiosa la figura despreocupada del nuevo rico, pero la figura austera y burguesa le merece toda suerte de glorificaciones.

Por otro lado, según Baxter, el hombre es un administrador; no es dueño de la riqueza, porque algún día entregará cuentas a Dios de los bienes que le fueron concedidos; esta idea, según Weber, es la raíz más fuerte de la afinidad de la ética protestante con el capitalismo moderno, puesto que:

El hombre que está dominado por la idea de la propiedad como obligación o función cuyo cumplimiento se le encomienda, a la que se supedita como administrador y, más aún, como “máquina adquisitiva”, tiene su vida bajo el peso de esta fría presión que ahoga en él todo posible goce vital. Y cuanto mayor es la riqueza,

tanto más fuerte es el sentimiento de la responsabilidad por su conservación incólume *ad gloriam Dei* y el deseo de aumentarla por medio del trabajo incesante. A no dudarlo, la génesis de este estilo vital tiene algunas de sus raíces en la Edad Media; pero sólo en la ética del protestantismo ascético halló su más consecuente fundamentación; con lo que se ve de modo claro su alcance para el desarrollo del capitalismo (*Ibíd.*: 270-271)

Por otro lado, como en la doctrina de Baxter al rico no se le pedía mortificación, sino que se le exigía que usara sus bienes para cosas útiles y estrictamente necesarias, surge entonces la idea de que el confort es lícito. Según Weber, los cuáqueros son los primeros en encarnar este precepto, por lo que surge la idea legítima de la pulcra y sólida comodidad burguesa.

Ahora bien, para Weber lo decisivo consistiría en la idea de que la entrega a la profesión fue el motor para el surgimiento del capitalismo, puesto que el resultado de la conducción de vida puritana permitiría la inmensa acumulación de capital, por lo que, las grandes cantidades de éste son consideradas por Weber como el resultado de una ética que buscaba el bien y propiciaba el mal, porque en la evolución histórica, la conducción de vida generada por la ética ascética iría perdiendo la raíz religiosa que le dio impulso y los santos cedieron ante las tentaciones de la riqueza; en palabras de Weber:

El poder ejercido por la concepción puritana de la vida no sólo favoreció la formación de capitales, sino, lo que es más importante, fue favorable sobre todo para la formación de la conducción de vida burguesa y racional (desde el punto de vista económico), de la que el puritano fue el representante típico y más consecuente; dicha concepción, pues, asistió al nacimiento del moderno “hombre económico”. Ahora bien, estos ideales de vida fracasaron al no poder resistir la dura prueba de las “tentaciones de la riqueza”, bien conocidas por los mismos puritanos. (*Ibíd.*: 277)

Pero a pesar de que la raíz religiosa se perdió, Weber consideraba que la herencia del puritanismo fue la idea de la conciencia tranquila ante la adquisición de bienes:

La buena conciencia fue simplemente uno de tantos medios de vida burguesa comfortable... Lo que esta época del siglo XVII legó como

herencia a su sucesora utilitaria fue la exigencia de una conciencia buena en materia de enriquecimiento, con tal de que este se realizase en formas legales. Desapareció todo el resto del *Deo placere vix potest* y nació el *ethos* profesional burgués (*Ibíd.*: 280)

Lo anterior tiene como consecuencia que en el sistema capitalista la entrega al trabajo por vocación siga presente, pero ya no con el motivo religioso que le impulsó al principio, esto es, como medio para alcanzar la salvación; por lo tanto, el medio se convirtió en un fin en sí mismo. En palabras de Weber, la significación de la ética protestante, a pesar de perder su raíz religiosa, consistiría, para la configuración de la época moderna, en que:

La raíz religiosa del hombre económico moderno ha muerto. Hoy el concepto profesional aparece como un *caput mortuum* en el mundo. La religiosidad ascética quedó suplantada por una concepción pesimista, pero nada ascética como es la representada por *La fábula de las abejas* de Mandeville, según la cual los vicios individuales pueden ser, en circunstancias, ventajosos para la colectividad. Al desaparecer hasta los últimos vestigios del tremendo *pathos* religioso primitivo de las sectas el optimismo que creía en la armonía de los intereses, ha trasladado la herencia del ascetismo protestante al sector de la economía. Es ese optimismo el que inspiró a los príncipes, estadistas y escritores de las postrimerías del siglo XVIII y de los comienzos del XIX. La ética económica nació del ideal ascético, pero ahora ha sido despojada de su sentido religioso. Fue posible que la clase trabajadora se conformara con su suerte mientras pudo prometerse la bienaventuranza eterna. Pero una vez desaparecida la posibilidad de este consuelo, tenían que revelarse todos los contrastes advertidos en una sociedad que... se halla en pleno crecimiento. Con ello se alcanza el fin del protocapitalismo y se inicia la era de hierro en el siglo XIX. (Weber, 1942: 309)

Ahora bien, desde la perspectiva de Weber, en el proceso histórico de racionalización de la religión occidental surgieron algunas tensiones entre las religiones de salvación, tanto católica como protestante, y ciertos aspectos del mundo secularizado; esto se debe a que la ética de convicción religiosa, al sistematizarse, pasando de simple convención a mandato en forma de ley divina,

encuentra cada vez más obstáculos debido al surgimiento de determinadas formas sociales, como es el caso de la economía, la política, la ciencia, el arte y la sexualidad. Según Weber, el infringir determinados preceptos divinos pudiera generar auténticas revoluciones en el nivel social y la forma en que se dan esas transgresiones a determinados mandatos divinos consiste en cambiar el sentido de las transgresiones:

La consecuencia de la frecuente pluralidad de sentidos o del silencio de las normas religiosas frente a los nuevos problemas y a las prácticas que resultan, es la coexistencia directa de normas absolutamente inquebrantables, estereotipadas, y de una arbitrariedad extraordinaria e imprevisible acerca de qué parte de ellas rige realmente... Ahora bien; frente a esta situación, la sistematización de lo “debido” religiosamente en una “ética de convicción”... rompe la estereotipación de la norma particular a favor de la relación total, “plena de sentido” del modo de llevar la vida respecto al fin religioso de salvación. No conoce ningún “derecho sagrado” sino un “sentir sagrado”, una convicción que, de acuerdo con la situación, puede sancionar distintas máximas de conducta; por consiguiente es elástica y capaz de adaptación. En vez de obrar estereotipando puede hacerlo desde dentro en forma revolucionaria, según la dirección del modo de vida que ella crea. (Weber, 1964: 453-454)

Lo anterior implica que la ética de convicción se adapta a algunas mutaciones sociales que van surgiendo, cambiando el sentido de las normas sagradas, pasando de un derecho a un sentir. Aunque, evidentemente, esto no desaparece las constantes tensiones del individuo religioso con el mundo, por el contrario, hace que aumenten:

En lugar del postulado de equilibrio externo de la teodicea, aparecen, con la creciente sistematización y racionalización de las relaciones sociales y de su contenido, los conflictos de la propia legalidad de cada esfera de vida particular con el postulado religioso, y cuanto más intensa es la relación religiosa, más se convierte el mundo en un problema. (*Ibíd.*: 454)

Una de esas esferas que analiza Weber es la de la economía, la cual constantemente entra en tensión con la ética de convicción de las religiones de

salvación. Según este autor, la racionalización económica conmueve los cimientos de la tradición sobre los que descansa la autoridad del derecho sagrado; esto se debe a que:

La objetivación de la economía sobre la base de la “socialización” que supone el mercado sigue su propia legalidad objetiva, cuya no observancia acarrea el fracaso económico y la ruina. La socialización económica racional es siempre objetivación en este sentido, y no es posible dominar un cosmos de acciones societarias objetivo-rationales con exigencias caritativas a determinadas personas. El cosmos objetivado, despersonalizado, del capitalismo no ofrece en absoluto ningún lugar para ello. (*Ibíd.*: 458)

Desde la perspectiva de Weber, la racionalización del protestantismo encontró lugar en el capitalismo por sus postulados calvinistas, a diferencia del catolicismo, el cual, a través de la caridad y piedad hacia los necesitados, no pudo desarrollar la racionalización que experimentara el ethos protestante.

La otra esfera que analiza Weber, la cual entra en tensión con la ética de convicción, es la de la política; para él, esta tensión surge cuando la comunidad religiosa se aleja de la asociación política. Desde su óptica, sólo la ética profesional ascética representa una adecuación a la objetivación del mundo político, pero en general la forma en que se racionalizan las relaciones políticas es alejándose de ellas:

Una de las consecuencias reales de la racionalización de las relaciones, que se manifiestan en formas y grados diferentes, pero que se presentan en todas partes donde la evolución marcha, apartándose del sentir heroico y social personalista, hacia el desarrollo del “estado nacional” es esa creciente huida hacia la irracionalidad del sentimiento apolítico. O bien hacia una mística y ética acósmica del “bien” absoluto, o bien hacia la irracionalidad de la esfera afectiva extrarreligiosa, sobre todo hacia la erótica. (*Ibíd.*: 469)

Otra de las esferas que entra en contradicción con la ética de convicción religiosa, es precisamente la erótica, la cual es vista por las religiones de salvación como un goce contrario a los designios divinos de reproducción.

Asimismo, la religión de salvación entra en fuerte tensión con el arte, puesto que en la era moderna el individuo trata de alejarse de los juicios estéticos a favor de los juicios éticos, ya que los primeros van en detrimento de una vida metódica racional hacia la salvación.

Existe, finalmente, la esfera científica que entra en tensión con la religiosa, lo que se debe a que los objetivos de cada una son opuestos, porque mientras la esfera religiosa busca llevar a cabo un ordenamiento del mundo para encontrarle un sentido a fin de “encantarlo”, la ciencia, a su vez realiza un desencantamiento del mundo, puesto que esta última muestra que detrás de los fenómenos naturales y sociales, no existe un poder mágico o divino que los origine y busca precisamente quitar las nociones de encantamiento detrás de cada suceso que analiza (*Cfr*: Weber, 1998)

Weber deja entrever que cada una de estas esferas se autonomiza de las consideraciones religiosas. Aunque los individuos viven en constante tensión con ellas, éstas entran en el orden de las relaciones sociales, lo cual se debe, en parte, a que en el mundo social secularizado ellas se autonomizan. En el caso del arte, Weber considera que ha sido a través de la intelección que ha podido confluir en el ámbito secular. En el caso de la economía, los intereses del Estado en ocasiones confluyen con los de las autoridades religiosas o entre ambos se llega a un acuerdo por ambas partes e instituyen determinados decretos.

El hecho de que estas esferas sean autónomas unas de otras, en la época moderna, es una idea importante dentro de la perspectiva de Max Weber, puesto que implica la existencia de diferentes tipos de valores presentes en el sentido que el individuo atribuye a cada una de sus acciones. Por consiguiente, en la época moderna la autonomía de esferas muestra que el individuo no tiene una concepción unitaria sobre el origen de los valores en el mundo. Esto ha dado pie al surgimiento de lo que se ha denominado el politeísmo de los valores, que también es exclusivamente característico de la etapa moderna.

2.3. INDIVIDUO MODERNO Y SENTIDO DE LA ACCIÓN

Considerando la exposición precedente, se puede notar que para Max Weber lo que proporciona el carácter fundamental de la época moderna es la racionalidad de la acción con base en la idea de profesión entendida como vocación. Esta característica del individuo moderno se debe a las circunstancias históricas que le fueron llevando a desarrollar esta mentalidad, la cual se adecuó con la configuración del sistema económico capitalista y el Estado, los cuales se convirtieron en los medios para el logro de sus fines con base en valores. Estos últimos, que en un principio nacieron de ideas religiosas, en la etapa moderna están motivados por las esferas vitales en las que el individuo lleva a cabo su acción, siendo la política y la económica las de mayor influencia.

Ahora bien, desde la perspectiva weberiana, los valores del individuo son fundamentales para el desarrollo de la acción, puesto que son éstos los que conforman aquellas imágenes del mundo que orientan la acción:

Precisamente aquellos elementos más íntimos de la <<personalidad>>, los juicios de valor, últimos y supremos que determinan nuestra acción y confieren sentido y significado a nuestra vida, son percibidos por nosotros como algo <<objetivamente>> válido. Podemos sostenerlos solamente cuando se presentan como válidos, como derivados de los valores supremos de nuestra vida, y, por lo tanto, cuando se desarrollan en lucha contra los obstáculos de esta. Sin duda, la dignidad de la <<personalidad>> reside en que para ella residen valores a los cuales refiere su propia vida, y si estos, en el caso particular residiesen exclusivamente *dentro* de la esfera de la propia individualidad, el <<exteriorizarse>> en *aquellos* de sus intereses para los cuales exige la *validez en cuanto valores* constituye para ella precisamente, la idea a la cual se refiere. (Weber, 1973: 44)

Entonces, estos valores son el motor que proporciona el sentido que el individuo atribuye a su acción, y al mismo tiempo, son el origen de la elección de fines y medios, así como del rumbo que ha de tomar la acción. El origen de los valores que posee el individuo en la etapa moderna no es exclusivamente de una sola fuente, al contrario, en esta etapa provienen de las esferas vitales, que contienen legalidad propia, una que puede ser contraria con respecto a otra:

El actuar real de los individuos puede estar orientado, de manera subjetivamente provista de sentido, según *múltiples* ordenamientos que, de acuerdo con los hábitos de pensamiento prevalecientes en cada caso, se <<contradigan>> de una manera provista de sentido aunque <<valgan>> empíricamente uno al lado del otro. (*Ibíd.*: 193)

Ahora bien, se puede interpretar que estos valores, al ser racionalizados por el individuo y generar tipos específicos acción, en la modernidad se transforman en hábitos, esto es, en un ethos, un modo específico de conducción de vida (Löwith, 2007)¹³. Weber considera en su obra dos tipos de ética, la de convicción y la de responsabilidad. De manera general, considera que la ética de convicción es aquella en la que la acción social se desarrolla por parte del individuo buscando exclusivamente la consumación de sus valores, esto es, se siente llamado a efectuar determinadas acciones bajo circunstancias específicas (Cfr. Weber, 1998). En este sentido, la acción social manifiesta una racionalidad con arreglo a valores. No importan los efectos que puedan ocurrir; por lo tanto, no se toman en cuenta en el curso de la acción.¹⁴ En el caso de la ética de responsabilidad, ésta se caracteriza porque los valores que se busca consumir no siempre son propios del individuo. Pueden ser los de un caudillo político o los de el instituto en el que se desempeñe (la empresa, el partido o el Estado). En este tipo de ética, el individuo toma siempre en cuenta todos los medios que posee para la obtención de sus fines, así como las posibles consecuencias de la acción.

Si bien Weber, en su conferencia sobre *La política como vocación*, analiza las características de la ética, reales e ideales, del político por vocación, sus conceptos de convicción y responsabilidad pueden retomarse para intentar caracterizar la ética en la etapa moderna. El autor los diferencia de la siguiente manera:

¹³ Aquí es pertinente subrayar que este argumento en un principio fue deducido por el autor del presente documento, pero después de establecerlo, se tuvo la oportunidad de revisar el texto *Max Weber y Karl Marx* (2007) de Karl Löwith y ahí fue encontrado un razonamiento muy parecido, por lo que es necesario anotar la referencia, ya que el texto revisado fue redactado en el año de 1932

¹⁴ La ética de convicción es la que propicia la ética de la intención que tanto analizó Weber en todos sus ensayos de sociología de la religión y que es una de las influencias más poderosas para el surgimiento de la época moderna.

Cuando las consecuencias de una acción realizada conforme a una ética de la convicción son malas, quien la ejecutó no se siente responsable de ellas, sino que responsabiliza al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad de Dios que los hizo así. Quien actúa conforme a una ética de la responsabilidad, por el contrario, toma en cuenta todos los defectos del hombre medio. Como dice Fichte, no tiene ningún derecho a suponer que el hombre es bueno y perfecto y no se siente en situación de poder descargar sobre otros aquellas consecuencias de su acción que él pudo prever. (Weber, 1998: 165)

Además, otra de las diferencias esenciales entre ambos tipos de ética indica que en la ética de convicción el individuo “no soporta la irracionalidad ética del mundo. Es un racionalista cósmico-ético” (*Ibíd.*). La importancia de tal aseveración radica en que supone que quien actúa conforme a este tipo de ética, tiene que ordenar el mundo de manera subjetiva para cumplir con el deber al que se siente llamado. Aquí el punto a resaltar consiste en que para racionalizar tiene que intelectualizar los valores que le guían y la realidad en la que se encuentra inmerso. Aunque evidentemente en la ética de responsabilidad también existe una intelección para adecuar los medios disponibles para la consecución de fines deseados o impuestos.

Puede argumentarse, entonces, que desde la perspectiva de Max Weber la imagen del mundo del individuo moderno está configurada por valores que se exteriorizan a través de la ética de responsabilidad o de convicción; además, estos valores constituyen el sentido atribuido a la acción del individuo, ya sea por él mismo o por terceros.

Se podría suponer que la acción social racional con arreglo a fines es parte de la ética de la responsabilidad, puesto que el sentido atribuido a la acción es el de buscar los medios apropiados para la realización de fines, aunque esto no excluye de manera completa la ausencia de valores, puesto que como se comentó más arriba, son éstos los que conforman la imagen del mundo que provee de sentido a la acción; en palabras de Weber:

Actúa racionalmente con arreglo a fines quien oriente su acción por el fin, medios y consecuencias implicados en ella y para lo cual

sopese racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines entre sí... Por su parte la decisión entre los distintos fines y consecuencias concurrentes y en conflicto puede ser racional con arreglo a *valores*; en cuyo caso la acción es racional con arreglo a fines sólo en los medios. O bien el actor, sin orientación racional alguna por valores en forma de “mandatos” o “exigencias”, puede aceptar estos fines concurrentes y en conflicto en su simple calidad de deseos subjetivos en una escala de urgencias consecuentemente establecida, orientando por ella su acción, de tal manera que, en lo posible, queden satisfechos en el orden de esa escala. (Weber, 1964: 21)

Por otro lado, se puede interpretar, con base en este texto de Weber, que la acción realizada con arreglo a valores, a afectos y a la tradición, sería la constitutiva de la ética de convicción, puesto que su racionalidad característica es la de la consumación específica de la acción, sin tomar en cuenta las posibles consecuencias; esto se ve con mayor énfasis en la racionalidad con arreglo a valores y a afectos. Según Weber:

La acción afectiva y racional con arreglo a valores, se distinguen entre sí por la elaboración consciente en la segunda de los propósitos últimos de la acción y por el planteamiento consecuente *con* su tenor, de la misma. Por otra parte tienen de común el que el sentido de la acción no se pone en el resultado, en lo que está ya fuera de ella, sino en la acción misma en su peculiaridad. (*Ibídem*).

2.4. LA NOCIÓN DE INDIVIDUO EN MAX WEBER

Ahora bien, si en la obra de Weber, el individuo actúa en la época moderna con base en la ética de convicción y de responsabilidad, y el sentido atribuido a su acción proviene de la legalidad de cada una de las esferas vitales, se podría considerar que son éstas últimas las que proporcionan las dimensiones de la noción de individuo en la obra de este sociólogo alemán.

En primer lugar, las esferas política y económica condicionan dimensiones objetivas; por un lado, están los mandatos derivados de la dominación legal del

Estado, los cuales tienen como función imponer de determinada manera la acción del individuo y del grupo al cual pertenece, de forma que éste no afecte a los intereses del Estado. Lo anterior lo establece Weber cuando conceptúa el actuar en sociedad y el actuar grupal y establece que:

Designaremos con el término <<*instituciones*>> aquellas comunidades en las que se presente el siguiente estado de cosas: 1)... la imputación sobre la base de circunstancias meramente objetivas, independientes de las explicaciones de los imputados, y 2)... carentes de un ordenamiento racional deliberado y, por lo tanto, amorfas en este respecto, la existencia de tales ordenamientos racionales, creados por los hombres, y de un aparato coactivo en cuanto circunstancia codeterminante del actuar. (Weber, 1973: 214)

Lo que caracteriza al actuar de acuerdo con las instituciones consiste en el actuar del grupo:

Por actuar grupal significamos un actuar orientado, no según un estatuto, sino según un consenso, esto es: un actuar por consenso en el cual: 1) la imputación del individuo en su carácter de miembro se produce de acuerdo a consenso sin que este lo quiera de manera racional con relación a fines; 2) a pesar de la falta de un ordenamiento estatuido con miras al fin, determinadas personas (los dueños del poder) promulgan ordenamientos *eficaces* para la acción de los individuos que, de acuerdo a consenso, participan del grupo, y 3) esas mismas personas, u otras, están dispuestas a ejercer eventualmente coacción psíquica o física, de cualquier tipo que fuere, contra los miembros que se comporten de manera contraria al consenso. (*Ibídem*)

Lo anterior implicaría que cuando se actúa con base en los ordenamientos estatuidos, el individuo debe orientar su acción no siguiendo intereses racionales, sino más bien, como miembro de determinado grupo tiene que realizar cierto tipo de acción a través del consenso que le es impuesto, porque si no lo sigue se ve bajo la amenaza de la coacción física o psíquica. Entonces, la acción que se desprende de la institución correspondería a la que se desarrolla en el Estado, en donde quienes dirigen (los dueños del poder en palabras de Weber) establecen

los tipos de acción para grupos determinados, los cuales los desarrollan con base en el consenso, esto es, una de las fuentes de la legitimidad del poder.

Así, existe una dimensión objetiva en la noción de individuo, conformada por la institucionalización legal de la acción, en la cual el individuo actúa bajo una ética de la responsabilidad, y cuya finalidad es evitar la coacción en su contra. Se podría nombrar a esta dimensión como **Legal**.

La segunda dimensión objetiva se deriva de la esfera económica, la cual proporciona a la acción de los individuos reglas de comportamiento, cuya infracción no ocasiona la coacción física característica del Estado, sino que en caso de no seguir la lógica económica se corre el riesgo de no asegurar determinada posición económica; en palabras de Weber: “quien no adapta su conducción de vida a las conducciones del éxito capitalista, se hunde o al menos no asciende demasiado”. (Weber, 2003: 120). Además la forma de conducción económica tiene que desarrollarse con base en una racionalidad formal, la cual consiste en la elección de los medios, técnicos y materiales, apropiados para la consecución de fines económicos, que en el caso del capitalismo son la ganancia o el obtener un empleo bien remunerado. Se puede notar que la acción bajo esta esfera se circunscribe a una ética de responsabilidad. A esta dimensión podría dársele el nombre de dimensión **económica**.

Dentro de las dimensiones objetivas se puede considerar a la esfera científica, ya que según Weber, es con base en la ciencia que el individuo puede orientar su acción. Desde su perspectiva, la ciencia no proporciona valores últimos al individuo (Cfr. Weber, 1973, 1998), sino que sólo puede brindar guías para la orientación de la acción. En este sentido se puede interpretar que la ciencia únicamente proporciona medios técnicos; por lo tanto, podría estar al servicio de una ética de la responsabilidad, especialmente ligada a las esferas política y económica, pero sin formar parte de una dimensión en la noción de individuo.

Pero las esferas económica y política proporcionan además una dimensión subjetiva en el individuo moderno, y es la idea de profesión como vocación. Y como se ha venido comentando, para Weber esta dimensión es la que caracteriza a la época moderna, puesto que en la modernidad esta idea es impuesta por las

condiciones de la dominación legal a través de la distribución de empleos y del sistema de educación e instrucción. Esta idea nacida de la racionalización de las imágenes religiosas occidentales es lo que le brinda tanto al Estado como al sistema económico aquel carácter “inquebrantable” que hace que la dominación legal-racional, pueda establecer las dimensiones objetivas legal y económica en el individuo moderno, en este sentido Weber considera que:

El orden económico capitalista necesita esta entrega a la “profesión” de enriquecerse: es una especie de comportamiento ante los bienes externos, de tal modo adecuada a aquella estructura, ligado de tal manera a las condiciones del triunfo, en la lucha económica por la existencia, que ya no es posible hablar hoy de una conexión necesaria entre esa conducción de vida “crematística” y una determinada “concepción unitaria del mundo”. Sobre todo, ya no requiere apoyarse en la aprobación de los poderes religiosos; y considera como obstáculo toda influencia perceptible sobre la vida económica de las normas eclesiásticas o estatales. La “concepción del mundo” va determinada por la situación de los intereses político-comerciales y políticos sociales...
(*Ibídem*)

Evidentemente, esta dimensión se corresponde con la ética de convicción, puesto que según Weber, en la época moderna el individuo se entrega a la profesión no como un medio sino como un fin en sí mismo; esto es, la dedicación exclusiva a las tareas profesionales es el valor que proporciona el sentido de la acción del individuo. Se podría considerar a esta dimensión en el individuo como **vocacional**.

Finalmente, se puede considerar que en la noción de individuo de Max Weber existe una dimensión subjetiva conformada por las esferas erótica y estética. Aunque en su obra le dedicó muy poco espacio al análisis de éstas, puede inferirse que las considera como una dimensión en su noción de individuo. Tanto el erotismo (no relacionado únicamente a los placeres sexuales, sino en general a las experiencias de los goces del cuerpo), como el goce estético, constituyen un sentido con base en el cual el individuo orienta una acción específica, la cual busca la peculiaridad de la acción sin pretender efectos que

trasciendan la experiencia. A esta dimensión cabría asignarle la denominación de **sensitiva**. Y evidentemente, es posible considerarla como adscrita a una ética de convicción, puesto que el individuo busca la consumación del goce (erótico o estético) como un valor personal en sí mismo.

Hasta aquí se han podido establecer las dimensiones en la noción de individuo en la obra de Max Weber. Para hacerlo se ha procedido seleccionando aquellas partes de su obra que se consideraron como indicativas de los factores que tienen implicación en el individuo en la etapa moderna, puesto que estos elementos permiten entrever, desde la perspectiva weberiana, las fuentes de la orientación de la acción del individuo a través de una ética determinada en esta etapa.

Además, es posible considerar que para este autor la modernidad consiste en una etapa histórica que surge por la unión entre el Estado y la empresa capitalista. El rasgo decisivo de ésta, desde su perspectiva, se origina por el modo de conducción de vida, el cual es producto de la Reforma protestante y del racionalismo helénico, lo que proporciona a los individuos la característica de ser racionalistas. Además es muy importante subrayar, como muy bien lo ha señalado Stephen Kalberg (2008, 2009), que con base en su sociología de la religión, Weber mostró la forma en que las ideas, junto a elementos materiales (objetivos) fueron las que configuraron a un tipo específico de individuo moderno y al mismo tiempo, se puede observar que la sociología desarrollada por Max Weber, obedece a una preocupación por el tipo de individuo que ha de habitar la sociedad moderna, así como las condiciones “férreas” que ésta genera para el individuo. (cfr. Kalberg, 2008, 2009; Hennis, 1983; Löwith 2007; Ruano, 2001)

En relación con esto último, a pesar de la dispersión de temas en la obra de este sociólogo alemán, se puede percibir una preocupación constante por la situación del individuo en la época moderna. Tomando en cuenta las consideraciones de Marianne Weber (1995), de Stephen Kalberg (2008, 2009), de Wilhelm Hennis (1983), Karl Löwith (2007) y de Francisco Gil Villegas (2000; 2003) se puede notar que la preocupación de Weber es de tipo antropológico-filosófico, puesto que a lo largo de su obra, desde los ensayos de metodología sociológica,

hasta sus tipos puros de dominación, pasando por los análisis religiosos, trata de caracterizar, siempre de manera implícita, a un tipo específico de individuo generado por circunstancias históricas. Además de las dimensiones que se han anotado más arriba como constitutivas del individuo weberiano, posiblemente pueda asegurarse que para Weber el tipo ideal de individuo moderno es el representado por el burócrata, esto es, dedicado a la idea de profesión como vocación, con apego a las normas abstractas; que ha deshumanizado sus labores, porque en su profesión no evidencia amor, odio, ira, pasión, y; que habita en un mundo que ha sido desencantado, al cual el individuo mismo tiene que racionalizar constantemente a través de una ética de convicción y/o de responsabilidad.

Además, puede interpretarse que el individuo moderno se ha individualizado debido a las condiciones de la esfera económica y política, este proceso de individuación se inició con los dogmas religiosos de la ética protestante y le llevaron a emanciparse de las relaciones sociales que no tuvieran pertinencia para su relación directa con Dios. Cuando se “secan” las raíces religiosas y el espíritu del capitalismo se transforma en la “jaula de hierro” el proceso de individuación continúa, pero con base en la lógica de la dominación legal. Y esto se lleva a cabo por medio de la lógica capitalista y del apego deshumanizado a las normas abstractas.

Se debe señalar que en las dimensiones que se han encontrado en la noción de individuo de Max Weber, se subraya la importancia que en ellas tiene el Estado y la economía capitalista a través de la dominación racional en cuanto determinante de la acción social moderna en la perspectiva weberiana; esto se debe a que en la obra de Weber puede entreverse una noción de individuo que se encuentra en tensión, puesto que mientras Weber asegura, por un lado, que la dominación legal marca las principales pautas sociales de acción a seguir por parte del individuo, también menciona en algunas partes de su obra que la modernidad implica libertad para el individuo, ya que le brinda diferentes valores fines y medios que él puede elegir para llevar a cabo su acción social. Asimismo, asegura que quien se encarga de realizar los cambios históricos decisivos es el individuo.

Lo que llama la atención de esta tensión del individuo en Max Weber (en algunas partes de su obra siguiendo las pautas de la economía capitalista y el Estado y en otras con capacidad de libertad de elección entre valores, fines y medios) es que en la mayor parte de su obra la imagen del mundo moderna por medio de la economía y los institutos del Estado, son los que delimitan su acción, así como los elementos que le brindan las opciones de libertad para la adopción de valores, fines y medios en su acción; por lo tanto, estos factores son los que casi siempre están presentes en su análisis. Por esta razón las dimensiones que se anotado en la noción de individuo en Weber tienen como marco de referencia a estos elementos constitutivos de la modernidad.

Una vez que se han establecido las dimensiones de la noción de individuo en la obra de Max Weber y que se ha ubicado su perspectiva de antropología filosófica; y al mismo tiempo se ha mostrado la manera en que, desde su óptica, el individuo se relaciona con la sociedad en la modernidad, es necesario analizar cuáles son los aportes de su visión para la generación de un esquema que permita caracterizar al individuo moderno contemporáneo y posteriormente complementarlo con las visiones de autores contemporáneos.

Hasta este momento, se ha demostrado que si se parte de las consideraciones de Weber para poder caracterizar al individuo moderno, se puede tomar en cuenta la existencia de cuatro dimensiones (legal, económica, vocacional y sensitiva) a través de las cuales el individuo se relaciona con la sociedad. En éstas se evidencia la manera en que los principales componentes de la modernidad determinan la acción del individuo, y a la vez le proporcionan el sentido a su acción a través de valores manifestados en la ética de convicción y en la de responsabilidad.

Ahora sólo es necesario llevar a cabo una revisión de las posturas de algunos autores contemporáneos y ver en qué medida ayudan a complementar el esquema que permite caracterizar al individuo contemporáneo, tomando como punto de partida el análisis de Max Weber.

**3. PERSPECTIVAS TEÓRICO ANALÍTICAS CONTEMPORÁNEAS ACERCA
DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD: JÜRGEN HABERMAS Y ANTHONY
GIDDENS**

3. PERSPECTIVAS TEÓRICO ANALÍTICAS CONTEMPORÁNEAS ACERCA DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD: JÜRGEN HABERMAS Y ANTHONNY GIDDENS

Hay que ponerse al trabajo y responder, como hombre y como profesional, a las <<exigencias de cada día>>. Esto es simple y sencillo si cada cual encuentra el demonio que maneja los hilos de su vida y le presta obediencia.
Max Weber

En la obra sociológica de Max Weber pueden encontrarse ciertos elementos que permiten establecer dimensiones en su noción de individuo. A su vez, su planteamiento respecto al surgimiento y conformación de la modernidad resulta muy ilustrativo en relación con la forma en que el individuo genera una imagen del mundo que le permite establecer una vinculación con la sociedad en la que se encuentra inmerso. Aunque estos argumentos, encontrados en partes de su obra y que se han analizado en el capítulo anterior, pueden ayudar a llevar a cabo una caracterización del individuo moderno, aún es posible incluir elementos que ayuden a configurar una caracterización más completa del individuo contemporáneo. Esto porque algunos planteamientos de autores actuales podrían considerarse como continuaciones del pensamiento sociológico de Weber (en el sentido mencionado por Robert Merton) y, por lo tanto, podrían ayudar a realizar el esquema que defina al individuo contemporáneo.

El planteamiento de Weber que aquí se ha esbozado está ubicado en un espacio temporal específico: en los inicios del siglo XX. Por lo tanto, sus consideraciones acerca de la situación del individuo en la modernidad se atienen a las características del conocimiento científico de aquella época. Sin embargo, los planteamientos un poco más recientes de Jürgen Habermas y de Anthony Giddens, a través de sus propuestas teórico analíticas, permiten ampliar el espectro de la situación del individuo en la modernidad.

Si con base en la obra de Weber se ha dicho que existen cuatro dimensiones en el individuo, dos objetivas y dos subjetivas, que le posibilitan para entablar una relación con la sociedad moderna, en la propuesta teórica de Habermas pueden encontrarse también esas dimensiones, pero con base en su propuesta es posible ampliar las implicaciones de esas dimensiones. En Weber la

economía y el Estado conforman dos dimensiones objetivas y dos subjetivas que configuran esferas de acción autónomas. En Habermas, estas dos dimensiones objetivas están representadas por el concepto de sistema, el cual consiste en dos subsistemas, la economía capitalista y el Estado, los cuales, a través de los medios de control dinero y poder, ejercen influencia en el mundo de la vida; este último está conformado por dimensiones subjetivas: cultura, sociedad y personalidad. La relación entre sistema y mundo de la vida en la modernidad cristaliza en la adopción de roles de trabajador, consumidor, cliente de la burocracia y ciudadano, por parte del individuo.

En este sentido se cree que un fragmento de la propuesta teórica de Habermas permite ampliar el espectro para caracterizar al individuo contemporáneo, puesto que parte de su propuesta es una continuidad del pensamiento weberiano. Además, sus consideraciones acerca de la racionalidad y de la forma en que en la modernidad reciente el individuo es consciente de las dimensiones subjetivas y trata de salvaguardarlas, pudiera ser muy útil para analizar al individuo contemporáneo.

Por otro lado, en relación con la propuesta analítica de Anthony Giddens, también es posible encontrar una continuidad del pensamiento de Weber, puesto que establece algunas dimensiones en el individuo que, según él, son la materialización de la influencia de los elementos dinámicos de la modernidad y que tienen como consecuencia la conformación de la identidad del yo. Este término es definido por el autor como una crónica biográfica coherente, la cual es adoptada por el individuo a través de un proceso reflexivo, donde interviene la subjetividad de éste. Las dimensiones en las que se evidencia esta identidad son los estilos de vida, planes de vida, las relaciones íntimas y el cuerpo.

Si se analizan estas dimensiones, así como la forma en que se constituyen en la modernidad, según la perspectiva de Giddens, puede notarse que existe una continuidad con las dimensiones subjetivas, que se han establecido en el capítulo anterior en relación con la obra de Weber, sólo que, a diferencia de éste último, el sociólogo británico pone mayor énfasis en la forma en que en la subjetividad del individuo se estructuran estas dimensiones.

En general, si se analizan de una manera crítica los postulados de estos dos autores, pueden encontrarse mayores elementos para esbozar un esquema que permita caracterizar al individuo al margen de la modernidad actual, pero siempre tomando en cuenta el planteamiento de Max Weber como punto de partida fundamental. Por lo tanto, en este apartado se pretende llevar a cabo un breve análisis de algunas consideraciones de los planteamientos teóricos y analíticos de Habermas y Giddens.

En relación con lo anterior, debe resaltarse el hecho de que el análisis que sigue atiende exclusivamente a aquellos elementos que pudieran ayudar a ampliar el esquema del individuo que se ha establecido en el apartado anterior; por lo tanto, las consideraciones de estos autores que no tengan demasiada pertinencia para la ampliación de cada una de las dimensiones, no estarán presentes en este apartado.

Por otro lado, el motivo de la elección de los autores que se mencionan obedece a que han sido considerados como representantes significativos del pensamiento sociológico contemporáneo, además de que ellos presentan un tipo de relación específico con la obra de Max Weber. En el caso de Habermas, este autor parte de algunas de las premisas weberianas para esbozar su teoría de la acción comunicativa. En relación con el pensamiento de Anthony Giddens, existe una fuerte influencia metodológica; además, su postura puede proporcionar puntos de ayuda indiscutibles para determinar si existe o no continuidad en las ideas sociológicas del sociólogo nacido en Erfurt.

La manera en que se expone la perspectiva de estos dos autores es con la intención de mostrar de qué forma consideran ellos el surgimiento de la modernidad y cómo los factores de esta tienen incidencia en el individuo, aunque en el caso de la obra de Jürgen Habermas, la intención es analizar de qué manera concibe al individuo en su teoría de la acción comunicativa. Pero tampoco se descuida el aspecto de la forma en que la modernidad incide sobre el individuo. Posteriormente, en cada uno de estos autores se estudiará de qué manera las dimensiones del individuo establecidas en la obra de Max Weber están o no presentes. Asimismo, al final de la exposición de sus argumentos se analizan de

una manera crítica los aportes del alemán y el británico en relación con los de Max Weber.

3.1. JÜRGEN HABERMAS: EL INDIVIDUO A LA LUZ DE LA TEORÍA DE LA ACCIÓN COMUNICATIVA

La intención del Habermas es generar una teoría científica que permita dar cuenta de la acción social en sus diferentes ámbitos, en el marco de la modernidad. Para ello establece las categorías de acción comunicativa, sistema y mundo de la vida. En relación con su propuesta, aquí interesan exclusivamente las dimensiones de sistema y mundo de la vida, puesto que en estos conceptos se puede entrever la forma en que este autor concibe al individuo¹⁵.

El principal objetivo de Habermas al desarrollar su teoría de la acción comunicativa es, por un lado, crear un concepto de racionalidad que permita analizar la acción y las relaciones sociales de los individuos. Al mismo tiempo, pretende establecer un concepto de sociedad con base en dos niveles, mundo de la vida y sistema, para así poder explicar la manera en que en la etapa de la modernidad se ha configurado el espectro de las sociedades occidentales.

El nexos principal de la obra de Habermas con la de Weber consiste en que toma en cuenta los análisis relacionados con la racionalidad, la acción social y la ruptura de la imagen del mundo en distintas esferas de valor, a la luz de la modernidad. Esto lo hace para introducir algunas de las propuestas weberianas en la tradición marxista y generar una visión más amplia en relación con la modernidad. De cualquier modo, considera que las propuestas de Weber no permiten dar cuenta suficiente de los aspectos analizados. Por lo tanto, propone algunas modificaciones teóricas y metodológicas en la perspectiva weberiana.

Las consideraciones de Habermas que se analizan a continuación son los conceptos de racionalidad, acción comunicativa, mundo de la vida y sistema. De

¹⁵ Aunque no deja de ser interesante la manera en que este autor retoma algunos aspectos de otras propuestas científicas, como es el caso de Durkheim, Parsons, Lukacs, Adorno, Horkheimer y Weber, puesto que hace una lectura un tanto peculiar sobre ellos. En el caso de Weber, por ejemplo, establece algunas nociones de racionalidad que no se pueden leer tal cual en la obra de éste último. Pero esto no se tratará en este texto por cuestiones de espacio.

esta manera puede ampliarse el esquema del individuo contemporáneo, que es el objetivo de este trabajo.

3.1.2. Racionalidad y acción comunicativa

En primer lugar, Habermas establece un concepto de racionalidad diferente al utilizado por Weber; esto, con la finalidad de mostrar que la acción de los individuos no está exclusivamente orientada al éxito, es decir, que la acción de los individuos no es únicamente teleológica o estratégica, sino que también puede estar orientada al entendimiento entre individuos; por lo tanto, posee una racionalidad comunicativa.

Para Habermas, de manera general, existen dos tipos principales de racionalidad: una es aquélla que se denomina cognitivo-instrumental y que significa “una autoafirmación con éxito en el mundo objetivo posibilitada por la capacidad de manipular informadamente y adaptarse inteligentemente a las condiciones de un entorno contingente” (Habermas, 2005a: 27). Este tipo de racionalidad se refiere a las capacidades que posee un individuo para plantearse fines y realizarlos y es el que está detrás de la acción estratégica: o sea, el cálculo de los medios existentes para la consecución de fines deseados.

Por otro lado, existe la racionalidad comunicativa, la cual amplía el espectro de la cognitivo-instrumental y consiste básicamente en el potencial que poseen los individuos para establecer comunicativamente un consenso sobre un aspecto específico de la realidad. Este concepto implica que los individuos son capaces de lenguaje y acción y que además pueden establecer pretensiones de validez, tanto para sus emisiones de habla, como para sus acciones teleológicas.

A las emisiones de habla, Habermas las denomina actos de habla¹⁶, los cuales se desarrollan en la interacción entre dos o más individuos, mientras que a las acciones realizadas por un individuo en solitario les llama acciones teleológicas y están orientadas a la obtención del éxito, esto es, a la consecución de un fin específico. La racionalidad de estos dos elementos radica en que tanto los actos

¹⁶ Los actos de habla se dividen en ilocutivos y perlocutivos. Los primeros están orientados al entendimiento entre individuos, mientras que los segundos se orientan al éxito exclusivo del emisor (engaños o amenazas) (cfr. Habermas, 2005a)

de habla, como las acciones teleológicas, pueden ser evaluadas y/o enjuiciadas con pretensiones de validez que se apoyan en razones. La manera en que opera esta racionalidad consiste en que los individuos pueden entenderse sobre algún aspecto en el mundo, o bien justifican sus acciones a través de argumentos basados en la razón; además, estos permiten llegar a un entendimiento cuando surge algún desacuerdo.

De manera general, con respecto a la racionalidad comunicativa, Habermas argumenta que:

Nuestras consideraciones pueden resumirse diciendo que la racionalidad se puede entender como una disposición de los sujetos capaces de lenguaje y acción. Se manifiesta en formas de comportamiento para las que existen en cada caso buenas razones. Esto significa que las emisiones o manifestaciones son accesibles a un enjuiciamiento objetivo. Lo cual es válido para todas las manifestaciones simbólicas que, a lo menos implícitamente, vayan vinculados a pretensiones de validez (o a pretensiones que guardan una relación interna con una pretensión de validez susceptible de crítica). Todo examen explícito de pretensiones de validez controvertidas requiere de una forma más exigente de comunicación, que satisfaga los presupuestos propios de la argumentación (Habermas, 2005 a: 42-43)

Lo anterior tiene como consecuencia que mientras para Weber la racionalidad implica esquemas de pensamiento que permiten a los individuos la elección de medios para lograr determinados fines con base en un sentido, para Habermas la racionalidad implica, además de un esquema mental basado en la razón, la capacidad de los individuos de llegar a un entendimiento a través de la comunicación; ello también justifica sus acciones a través de la emisión de actos de habla.

Ahora bien, esta conceptualización de la racionalidad le permite a Habermas establecer lo que considera como acción comunicativa; para hacerlo analiza a fondo otros tres tipos de acción que se han establecido en ciencias sociales: teleológica (relación entre medios y fines), regulada por normas (orientación con base en valores compartidos culturalmente) y dramatúrgica (interacción en donde

los participantes consideran a los otros como un público). Estos tipos de acción, según el filósofo alemán, no permiten dar cuenta del potencial de racionalidad comunicativa de los individuos.

Por ello Habermas propone el concepto de acción comunicativa, el cual, de manera general, se refiere a la interacción que desarrollan dos o más individuos que buscan, primero, ponerse de acuerdo sobre algo en el mundo utilizando el lenguaje, para después poder ejecutar una acción. Aquello que brinda a los individuos la capacidad de entenderse entre sí es la posesión de saberes compartidos que les proporciona las bases interpretativas para poder emitir y recibir actos de habla y así lograr un acuerdo. Evidentemente, el elemento clave de este tipo de acción es el lenguaje:

El concepto de acción comunicativa presupone el lenguaje como un medio de entendimiento... en que hablantes y oyentes se refieren... simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo para que puedan ser compartidas con todos. (*Ibíd.* 137-138)

Así, el lenguaje es el que proporciona las bases para la acción. Por acción Habermas se refiere a las manifestaciones simbólicas en las que un individuo entra en relación con el mundo de manera deliberada, por lo que el lenguaje le sirve a la acción como medio de entendimiento, a través del cual puede coordinarse ésta: “El lenguaje es un medio de comunicación que sirve al entendimiento, mientras que los actores al entenderse entre sí, para coordinar sus acciones, persiguen cada uno determinadas metas” (*Ibíd.* 145)

La importancia tanto de la racionalidad como de la acción comunicativa es necesaria en Habermas a fin de entender eso a lo que este autor se refiere como mundo de la vida y para ver cómo junto con el concepto de sistema, ambos configuran algunas dimensiones en la noción de individuo en la obra de este filósofo social.

3.1.3. Mundo de la vida y sistema en el individuo moderno

Para Habermas, el concepto del mundo de la vida forma parte del de acción comunicativa; esto por la razón de que el primero es el que proporciona al

segundo aquellos elementos que forman un marco interpretativo del que los individuos echan mano, cuando buscan obtener un consenso sobre algo en el mundo o para realizar una acción teleológica. El filósofo alemán se refiere a estos elementos como saberes de fondo, los cuales son parte de un acervo de saber que poseen los individuos capaces de lenguaje y acción.

Este acervo de saber que está implícito en la acción comunicativa se divide en tres grupos, los cuales tienen que ver con el tipo de mundo al que hagan referencia en las emisiones. Para Habermas existen tres mundos a los que los participantes de la acción comunicativa hacen alusión al realizar actos de habla:

Un hablante... al ejecutar uno de los actos de habla estándar, entabla una relación pragmática:

- con algo en el mundo objetivo (como totalidad de las entidades sobre las que son posibles enunciados verdaderos); o
- con algo en el mundo social (como totalidad de las relaciones interpersonales legítimamente reguladas); o
- con algo en el mundo subjetivo (como totalidad de las propias vivencias a las que cada cual tiene un acceso privilegiado y que el hablante puede manifestar verazmente ante un público), relación en la que los referentes del acto de habla aparecen al hablante como algo objetivo, como algo normativo o como algo subjetivo.

(Habermas, 2005 b: 171)

A pesar de que en una situación específica se haga referencia a uno sólo de estos mundos, según Habermas, los individuos aluden de manera implícita a los tres: al social, objetivo y al subjetivo al mismo tiempo. Esto porque de ellos es de donde los participantes en la interacción extraen las definiciones de la situación en la que se encuentran al emitir los actos de habla para poder entenderse. Al mismo tiempo, los saberes de fondo del mundo de la vida son considerados por el individuo como algo incuestionable, como evidentes de suyo y que no necesitan de justificación. Según Habermas, sólo cuando una situación se presenta como problemática es cuando estos saberes son sometidos a evaluación. Esto es, necesitan de una argumentación que posea la racionalidad comunicativa necesaria para poder llegar a un consenso sobre el aspecto del mundo que se presenta como problemático. En este sentido, el mundo de la vida proporciona un

marco de interpretación transmitido culturalmente (*cfr*, Habermas 2005 a y b). Asimismo, el lenguaje es muy importante, puesto que es el que estructura semánticamente ese acervo de conocimiento y sirve al mismo tiempo para llegar a un acuerdo sobre tales evidencias de suyo.

De manera general, Habermas considera al mundo de la vida como...

...Por así decirlo, el lugar trascendental en que hablante y oyente se salen al encuentro; en que pueden plantearse recíprocamente la pretensión de que sus emisiones concuerdan con el mundo (con el mundo objetivo, con el mundo subjetivo y con el mundo social); y en que pueden criticar y exhibir los fundamentos de esas pretensiones de validez, resolver su disenso y llegar a un acuerdo. En una palabra: respecto a lenguaje y a la cultura los participantes no pueden adoptar *in actu* la misma distancia que respecto a la totalidad de los hechos, de las normas o de las vivencias sobre que es posible el entendimiento (*Ibíd.*: 179)

Ahora bien, esos tres mundos a los que se refieren los saberes de fondo del mundo de la vida, conforman lo que Habermas considera como los elementos estructurales del mundo de la vida. Estos consisten en cultura, sociedad y personalidad. La cultura tiene su origen en el mundo objetivo; la sociedad, en el mundo social y la personalidad en el mundo subjetivo. A través de la acción comunicativa, estos componentes estructurales se encargan por un lado de proporcionar el sustrato material del mundo de la vida. Pero al mismo tiempo se encargan de su reproducción.

En relación con la reproducción del mundo de la vida Habermas asegura que:

Bajo el *aspecto funcional de entendimiento*, la acción comunicativa sirve a la tradición y a la renovación del saber cultural; bajo el *aspecto de coordinación de la acción* sirve a la integración social y a la creación de solidaridad; y bajo el *aspecto de socialización*, finalmente, sirve a la formación de identidades personales. (*Ibíd.*: 196)

La manera en que se lleva a cabo esta reproducción es, según Habermas, la siguiente:

Las estructuras simbólicas del mundo de la vida se reproducen por vía de la continuación del saber válido, de la estabilización de la solidaridad de los grupos y de la formación de actores capaces de responder de sus acciones. El proceso de reproducción enlaza las nuevas situaciones con los estados del mundo ya existentes, y ello tanto en la dimensión *semántica* de los significados o contenidos (de la tradición cultural) como en la dimensión del *espacio social* (de grupos socialmente integrados) y en la del *tiempo histórico* (de la sucesión de generaciones). A estos procesos de reproducción *cultural, integración social y socialización* corresponden *los componentes estructurales del mundo de la vida* que son la cultura, la sociedad y la personalidad (*Ibídem*)

El modo en que este filósofo alemán define a estos elementos estructurales es como sigue:

Llamo *cultura* al acervo de saber, en que los participantes en la comunicación se abastecen de interpretaciones para entenderse sobre algo en el mundo. Llamo *sociedad* a las ordenaciones legítimas a través de las cuales los participantes en la interacción regulan sus pertenencias a grupos sociales, asegurando con ello la solidaridad. Y por *personalidad* entiendo las competencias que convierten a un sujeto en capaz de lenguaje y de acción, esto es, que lo capacitan para tomar parte en procesos de entendimiento y para afirmar con ellos su propia identidad. (*Ibídem*)

Según Habermas, la reproducción del mundo de la vida se lleva a cabo de dos maneras: una de ellas es la reproducción simbólica; ésta surge a través de las interacciones comunicativas cotidianas de los participantes del mundo de la vida. La segunda es la reproducción material y se da a través de la actividad teleológica con la que los individuos intervienen en el mundo para, a través de los medios elegidos, realizar sus fines.

Ahora bien, siguiendo a Habermas, la reproducción tanto material como simbólica del mundo de la vida con la acción comunicativa, no puede medirse por el grado de racionalidad en los procesos de reproducción; más bien, puede verificarse en la racionalidad del saber cultural, el grado de la solidaridad social y la capacidad de las personas adultas para responder por sus acciones, por lo que

cuando el mundo de la vida sufre perturbaciones, estas llegan a manifestarse a través de pérdida de sentido, anomia y psicopatologías.

Además, según este autor, describir a una sociedad desde el punto de vista del mundo de la vida es insuficiente para analizar la evolución de las sociedades modernas; por lo tanto, propone incluir un análisis que describa a la sociedad como sistema, ya que considera que si se interpreta a la sociedad desde el punto de vista del mundo de la vida, se parte de una perspectiva unilateral que llevaría al científico social a adoptar la propia interpretación de los participantes del mundo de la vida; por el contrario, si también se analiza a la sociedad como un sistema, se puede adoptar el punto de vista de un observador externo.

De la misma manera, si se analiza a la sociedad vista exclusivamente como mundo de la vida, se incurre en el error de considerar a los individuos como autónomos, y a una sociedad en donde los procesos de reproducción se dan con base en el entendimiento. Pero según este filósofo, no es así; por lo tanto analiza también a la sociedad como sistema, puesto que desde su perspectiva, los componentes estructurales del mundo de la vida están remitidos a plexos funcionales de acción que están determinados por medios de control sistémicos.

Para Habermas estos medios de control sistémicos se refieren a plexos de acción carentes de regulación normativa, los cuales determinan ciertas acciones sin recurrir al entendimiento; esto quiere decir que los medios de control sistémicos operan en el mundo de la vida de manera objetivada; por lo tanto, en donde están presentes, ya no es necesario el lenguaje como un medio de coordinación de la acción. Al mismo tiempo, la sociedad entendida como sistema también posee funciones integrativas, pero a diferencia del mundo de la vida, la integración aquí viene dada a través de un control no normativo de decisiones particulares carente subjetivamente de coordinación y sus mecanismos son el dinero y el poder.

Para explicar la manera en que surgen este tipo de controles sistémicos, Habermas analiza la evolución social y establece que en el curso del desarrollo histórico, se fue dando un desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida. Según él, desde la etapa primitiva hasta la edad moderna, la sociedad como

sistema se fue haciendo cada vez más compleja, hasta llegar a un punto en el que el sistema de la sociedad se diferenció en subsistemas, los cuales cobraron autonomía uno respecto al otro. Para este filósofo, los subsistemas que se definen de manera clara en la etapa moderna, son la administración y la economía. Así mismo, los medios de control que desarrollaron cada uno fueron el poder y el dinero¹⁷. Pero, para que los subsistemas puedan cumplir su función de integración social, deben ser institucionalizados, y sólo de esta manera sus medios de control garantizan el mantenimiento de la sociedad como sistema.

La forma en que estos subsistemas son institucionalizados en la etapa moderna, según Habermas, es a través de la vía jurídica, puesto que el derecho es el que brinda el soporte necesario, por un lado para la legitimación del poder político, y por el otro sienta las bases para el funcionamiento de la economía, así la institucionalización asegura el funcionamiento de estos subsistemas, tanto del aparato estatal burocrático como de la economía de mercado. De esta manera, surgen los medios de control que le son específicos a cada uno de estos subsistemas:

Con la administración pública, con el ejército y con la administración de justicia, el aparato estatal se especializa en la realización de fines colectivos a través de decisiones vinculantes.

El sistema económico capitalista marca la eclosión de este nuevo nivel de diferenciación sistémica que es el dinero. (*Ibíd.*: 241)

Además, según Habermas, en la etapa moderna los medios de control sistémicos quedan anclados en el mundo de la vida. Esto se debe a que ante la complicación e incremento de saberes que lo conforman, la institucionalización de los medios de entendimiento sustituye al consenso. Además, argumenta que idealmente dicha institucionalización debería de facilitar la reproducción del mundo de la vida a través de la reproducción e incremento del saber objetivo (cultura), capacidad de decisión y responsabilidad personal (personalidad) y reforzamiento de lazos solidarios (sociedad) (*cfr.* Habermas 1989), pero en la realidad el anclaje institucional, en lugar de permitir una integración social armónica entre sistema y

¹⁷ En su análisis Habermas considera que estos medios de control fueron también sufriendo una transformación. Los que existieron antes de la etapa moderna fueron el intercambio de mujeres y el prestigio estamental.

mundo de la vida, ocasiona una relación paradójica en donde el sistema coloniza al mundo de la vida, puesto que en lugar de permitir que en aquellos contextos carentes de control sistémico, la racionalidad comunicativa aumente su potencialidad, el mundo de la vida es colonizado por los medios de control sistémico:

A la postre, los mecanismos sistémicos acaban desplazando las formas de integración social, incluso en aquellos ámbitos en que la coordinación de la acción en términos de consenso no tiene sustitución alguna; es decir, incluso allí donde lo que está en juego es la reproducción simbólica del mundo de la vida. Entonces la *mediatización* del mundo de la vida adopta la forma de una *colonización del mundo de la vida*. (Habermas, 2005b: 280).

3.1.4. Mundo de la vida y sistema en la modernidad

Ahora bien, el planteamiento del paradigma del mundo de la vida y del sistema, como parte de su teoría de la acción comunicativa, le permite a Jürgen Habermas hacer un diagnóstico de las condiciones de la modernidad en las sociedades occidentales. Según él, con su perspectiva teórica puede mostrar los rasgos sociales ocasionados por la colonización del mundo de la vida por parte del sistema en la modernidad. Asimismo pretende mostrar que este proceso ocasiona serias perturbaciones en el individuo, debido a que la racionalidad estratégica gana terreno a la comunicativa; por lo tanto, surge un desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida

En primer lugar, Habermas caracteriza la forma en que las dimensiones del mundo de la vida y del sistema se relacionan en la etapa moderna. Para él la racionalidad del mundo de la vida permite que la integración social se bifurque hacia medios de control independientes del lenguaje, lo que ocasiona que aparezcan ámbitos de acción formalmente organizados; esto es, controlados por medios sistémicos. Ello posibilita que estos ámbitos formales reabren sobre el mundo de la vida y se le aparezcan al individuo como una realidad objetivada y le impongan al mundo de la vida sus propios imperativos; por lo tanto, la acción comunicativa es relegada por la acción estratégica.

A lo anterior lo ilustra el autor tomando en cuenta la forma en que el Estado moderno y la economía capitalista obran sobre el individuo con medios de control carentes de racionalidad comunicativa: el poder y el dinero respectivamente. Para él, en la modernidad los componentes del mundo de la vida se manifiestan en la esfera de la vida privada y en la esfera pública, las cuales se complementan una a otra; en el caso de la esfera privada, su núcleo es la familia pequeña y para el caso de la pública lo constituyen el cultivo del arte, la prensa y la existencia de los medios de comunicación:

El núcleo institucional de *la esfera de la vida privada* lo constituye la familia pequeña, exonerada de funciones económicas, y especializada en las tareas de socialización, la cual desde la perspectiva del sistema económico queda definida como economía doméstica, es decir, como un entorno del sistema económico. El núcleo institucional de la esfera de la opinión pública lo constituyen aquellas redes de comunicación reforzadas inicialmente por las formas sociales en que se materializa el cultivo del arte, por la prensa y más tarde por los medios de comunicación de masas, que posibilitan la participación del público de consumidores del arte en la reproducción de la cultura y de la participación del público de ciudadanos en la integración social mediada por la opinión pública (*Ibíd.*: 452)

La forma en que interactúan el sistema y el mundo de la vida es a través de relaciones de intercambio y se da dos maneras: desde la perspectiva del sistema, por medio del Estado y de la economía capitalista, la cual ocurre a través del salario y de la demanda, así como por los impuestos y la lealtad política:

El sistema económico intercambia salario por trabajo (como *input* específico), y bienes y servicios (como *out put* específico) por la demanda de los consumidores. La administración pública intercambia realizaciones organizativas por impuestos (como *input* específico) y decisiones políticas (como *out put* específico) por la lealtad de la población (*Ibíd.*: 452-453)

Desde la perspectiva del mundo de la vida este intercambio se lleva a cabo con la adopción de roles de trabajador, consumidor, cliente de la burocracia y ciudadano:

Desde la perspectiva del mundo de la vida, en torno a estas relaciones de intercambio cristalizan los roles sociales de trabajador y consumidor, por un lado, y de cliente de las burocracias públicas y de ciudadano, por el otro (Ibíd.: 453)

De esta manera, las relaciones de intercambio entre sistema y mundo de la vida se cristalizan en los roles que adopta el individuo. Así es como aparece lo que Habermas refiere como anclaje institucional entre sistema y mundo de la vida, lo cual debería de garantizar idealmente la integración social y al mismo tiempo la integración sistémica, la primera referida al mundo de la vida y la segunda al sistema.

Ahora bien, para este autor, la manera en que en la etapa moderna se da la colonización del mundo de la vida por parte del sistema obedece a que los medios de control del Estado y de la vida económica imponen sus imperativos sobre la esfera de la vida privada, lo que ocasiona que las orientaciones de acción con base en la racionalidad comunicativa pierdan su fuerza integradora y aparezca una integración unilateral por medios de control sistémicos: por un lado, en el caso del subsistema económico, este erosiona los fundamentos de la esfera privada de la siguiente manera:

A medida que el sistema económico somete a sus imperativos la forma de vida doméstica y el modo de vida de consumidores y empleados, el consumismo y el individualismo posesivo y las motivaciones relacionadas con el rendimiento y la competitividad adquieren una fuerza configuradora. La práctica comunicativa cotidiana expresa un proceso de racionalización unilateral que tiene como consecuencia un estilo de vida marcado por un utilitarismo centrado en torno a la especialización; y este cambio a orientaciones de acción racionales con arreglo a fines, que los medios de control sistémico inducen, provoca como reacción un hedonismo que descarga de esa presión que la racionalidad ejerce. (Ibíd.: 461)

A su vez, el medio de control del subsistema político opera en la esfera de la opinión pública del siguiente modo:

La burocratización se apodera de los procesos espontáneos de formación de la opinión y de la voluntad colectivas y los vacía de

contenido; amplía por un lado, el espacio para la movilización planificada de la lealtad generalizada de la población y, por otro, facilita la desconexión de las decisiones políticas respecto de los aportes de legitimación procedentes de los contextos concretos del mundo de la vida. A medida que se imponen estas tendencias, surge esa imagen que Weber estiliza de una dominación legal que redefine las cuestiones prácticas trocándolas en cuestiones técnicas y que rechazan las exigencias de justicia material invocando en términos positivistas una legitimación basada en el respeto a los procedimientos. (*Ibídem*)

Lo anterior tiene como consecuencia, según Habermas, que en la modernidad la colonización del mundo de la vida sufra de una cosificación que viene dada a través de los medios de control sistémico, por lo que aparecen cuadros de expertos que se encargan de establecer los criterios a seguir para cada uno de los ámbitos del mundo de la vida; de esta forma surgen la institucionalización de la cultura a través de la enseñanza especializada, la crítica del arte y los expertos en opinión pública. Esto ocasiona que la tradición de la que necesita nutrirse el mundo de la vida quede empobrecida, puesto que el ámbito de reproducción simbólico queda fuera de los procesos de entendimiento a través del lenguaje y su lugar es ocupado, entonces, por saberes especializados en cuestiones culturales, morales-jurídicas y artístico-expresivas, todas ellas de cuño sistémico.

En palabras de Habermas:

Lo que conduce al empobrecimiento de la práctica cultural de la práctica comunicativa cotidiana... es la ruptura elitista de la cultura de expertos con los contextos de la acción comunicativa. Lo que conduce a una racionalización unilateral o a una cosificación de la práctica comunicativa cotidiana es... la penetración de las formas de racionalidad económica y administrativa en ámbitos de acción que, por ser ámbitos de acción especializados en la tradición cultural, en la integración social y en la educación y necesitar incondicionalmente del entendimiento como mecanismo de coordinación de las acciones, se resisten a quedar asentados sobre los medios dinero y poder. (*Ibídem*: 469)

3.1.5. El individuo en la etapa del capitalismo tardío

Ahora bien, Habermas argumenta que el Estado de bienestar y el capitalismo avanzado ocasionaron que a partir de la segunda mitad del siglo XX, apareciera una cosificación de la práctica comunicativa, así como un empobrecimiento del sustrato del mundo de la vida, lo cual ocasionó que éste se transformara en perturbaciones severas. Ello queda de manifiesto en los efectos de la colonización interna del mundo de la vida en esta etapa histórica. Desde su perspectiva, las perturbaciones se pueden observar en las formas de integración sistémica, la socialización en la familia, la situación de los medios de comunicación de masas y los potenciales de protesta¹⁸.

Respecto a las formas de integración en las sociedades post liberales¹⁹, este autor señala que las perturbaciones son consecuencia de dos aspectos: de un lado están los problemas económicos que se generan por los procesos endógenos del sistema económico sobre la acumulación; por otro lado, están los problemas ocasionados por los esfuerzos del Estado de dirigir una racionalización estratégica. Para Habermas, estos problemas suscitados por el Estado y la economía generan una perturbación en la reproducción material del mundo de la vida, la cual se presenta como crisis o como patologías en el individuo. Para evitar que este tipo de problemas socaven los principales ámbitos de integración sistémica, son desplazados al mundo de la vida y se manifiestan en pérdida de legitimación y/o de pérdida de motivación:

La sustitución de la crisis de control por patologías del mundo de la vida podemos representárnosla de la siguiente forma: los estados anómicos se evitan y las legitimaciones motivacionales importantes para la existencia de los órdenes institucionales se aseguran a costa de, y por medio de, la explotación exhaustiva de los restantes recursos. Se ataca y explota la cultura y la personalidad para

¹⁸ Con el esbozo de estas temáticas, lo que Habermas pretende es retomar los principales puntos de estudio de la Escuela de Frankfurt, para analizarlos desde la perspectiva de su teoría de la acción comunicativa. En el presente texto, lo único que interesa es mencionarlos, puesto que lo que examina con respecto de cada uno de ellos merece una atención que el espacio aquí no permite desarrollar.

¹⁹ Evidentemente con el término sociedades post liberales Habermas se refiere a las sociedades occidentales desarrolladas, por lo que algunas de sus referencias no encajarían en sociedades como la mexicana.

domeñar las crisis y estabilizar la sociedad. Las consecuencias de esta sustitución son: en lugar de fenómenos anómicos (y en lugar de la pérdida de legitimación y la pérdida de motivación sustitutorias de la anomia) surgen fenómenos de alienación y de desestructuración de identidades colectivas. Estos fenómenos los he hecho derivar de la colonización del mundo de la vida y los he caracterizado como cosificación de la práctica comunicativa cotidiana. (*Ibíd.*: 546)

Según este autor, la forma en que se produce el fenómeno anterior se debe a que la cosificación entra a través de la economía doméstica.

Al mismo tiempo, Habermas sostiene que en la etapa del capitalismo tardío la colonización del sistema hacia el mundo de la vida ha provocado que los conflictos de clase sean desplazados hacia el mundo de la vida; esto significa que los medios de control sistémicos han provocado que los problemas de clase se le presenten a los individuos en términos de reproducción simbólica de su mundo de la vida y se manifiesten a través de patologías psicosociales y de pérdida de sentido e identidad.

Por otro lado, Habermas afirma que en las sociedades post liberales se suscitan perturbaciones en el ámbito de socialización en la familia y en el desarrollo del yo; esto como consecuencia de que los medios de control sistémico no mediatizan por completo los ámbitos de acción estructurados comunicativamente; por el contrario, lo que ocasionan es una perturbación entre éstos y los ámbitos de acción formalmente organizados. Todo ello ocasiona que el comportamiento del individuo al interior de la familia se vea enfrascado entre condiciones de socialización fuertes y otras más flexibles, por lo que su ámbito existencial se encuentra en medio de fuertes tensiones que pueden ocasionar inestabilidad emocional.

Por otro lado, en lo que concierne a los medios de comunicación de masas, Habermas afirma que en la etapa del capitalismo tardío surge una ambivalencia, puesto que, por un lado, condensan el entendimiento lingüístico, lo cual, aunque de manera limitada, les permite quedar anclados en el mundo de la vida; pero, al mismo tiempo, permite al individuo eliminar las restricciones a que se ve sometido su mundo de la vida, principalmente situaciones de tipo espacio-temporales.

Finalmente, para Habermas, en esta etapa histórica, aparecen nuevos potenciales de protesta, puesto que en la etapa de formación de la modernidad los movimientos sociales se caracterizaban por la defensa de la reproducción material del mundo de la vida, principalmente por cuestiones relacionadas con la distribución institucionalizada por parte del Estado. En lo que este autor considera como capitalismo tardío, surgen movimientos sociales que tienen qué ver con la defensa de la reproducción cultural, la integración social y la socialización, esto es, con ámbitos que se refieren a la reproducción simbólica del mundo de la vida. De manera general, Habermas caracteriza a estos movimientos en las sociedades desarrolladas de la siguiente forma:

No se trata primariamente de [la búsqueda de] compensaciones que pueda ofrecer el Estado social, sino de la defensa y restauración de las formas de vida amenazadas o de la implantación de nuevas formas de vida. En una palabra: los nuevos conflictos se desencadenan no entorno a *problemas de distribución*, sino en torno a cuestiones a la *gramática de las formas de vida*. (Ibíd.: 556)

Los movimientos a los que se refiere este filósofo alemán son aquellos que tienen qué ver con la defensa de identidades étnicas, ambientalistas, feministas, etcétera.

3.1.6. El individuo en las consideraciones de Habermas

Ahora bien, acerca de todo lo que se ha anotado sobre las consideraciones de Jürgen Habermas, pueden establecerse las observaciones siguientes: en primer lugar, es interesante percibir cómo en las concepciones de este filósofo se ve una noción de individuo que está determinada por una relación entre el mundo de la vida y el sistema. Es factible entender que el individuo es un ser capaz de lenguaje y acción y que posee una serie de saberes que le permiten orientar su acción a través del entendimiento. Pero al mismo tiempo, es un ser que obedece a imperativos sistémicos por vía de medios de control institucionales. Esto es, el individuo caracterizado por Habermas posee dimensiones que le permiten

expresar su yo en el mundo (objetivo, social y subjetivo) a través de la adopción de roles.

Aquí, los componentes estructurales del mundo de la vida son parte de dimensiones subjetivas, puesto que a pesar de pertenecer a un mundo de la vida compartido de forma intersubjetiva, el individuo es quien tiene que decidir, a través de la razón, el tipo específico de saberes que utiliza en sus acciones cotidianas, así como la forma en que se usarán (encaminados al éxito o al entendimiento). Al mismo tiempo, la base sustancial de estas dimensiones es la razón, puesto que es ésta la que le dota al individuo de la capacidad de entenderse con sus semejantes, así como de realizar acciones teleológicas cuya finalidad puede ser generar lazos de distintos tipos de solidaridad, dar cuenta de sus actos y configurar una identidad propia. Esto es, el individuo de Habermas es un individuo racional, en el sentido de que posee razones que le permiten argumentar y exponer sus saberes, así como explicar sus acciones.

Pero por otra parte, puede apreciarse que en las consideraciones de Habermas el sistema forma dimensiones objetivas; éstas consisten en una dimensión política y una económica y ambas son las que orientan la acción del individuo bajo aquellos imperativos sistémicos que permiten la integración social a través del mercado y de la administración estatal. Esto es, ambas dimensiones guían al individuo en su acción dentro de la esfera económica y de la esfera política. Por un lado, marcan los caminos que se han de seguir en relación con los aspectos económicos y, por el otro, con aquellas actividades reguladas por el Estado. Al igual que en las dimensiones subjetivas del mundo de la vida, en las del sistema la razón es la base que las caracteriza, pero con la diferencia de que aquí el tipo de razón no es comunicativa, sino más bien estratégica, esto es, no está encaminada a obtener un consenso, sino exclusivamente el éxito en los fines perseguidos.

Puede observarse que estos dos tipos de dimensiones tienen una clara identificación con las que se han establecido en este documento en el individuo de la obra de Max Weber. Además, ambos autores manifiestan que el derecho ha sido fundamental en la determinación de dimensiones objetivas en el individuo

moderno. Pero a pesar de todo, existe una pequeña diferencia entre los dos, puesto que mientras para Weber en el individuo moderno estas dimensiones se evidencian en esferas de valor autónomas, para Habermas no existe tal autonomización; por el contrario, las dimensiones del mundo de la vida sufren una colonización por parte del sistema a través de sus medios de control, lo cual queda de manifiesto principalmente en la etapa histórica surgida en la segunda mitad del siglo XX, que es caracterizada por Habermas como la del capitalismo tardío, o etapa post liberal. En ésta, la relación entre el individuo y la sociedad (sistema y mundo de la vida) sufre de severas perturbaciones que repercuten significativamente en el individuo.

Al mismo tiempo, si bien Habermas parte de algunos de los principales supuestos de Max Weber para formular su propuesta teórica, no da cuenta de la manera en que se lleva a cabo la creación de lo que él denomina saberes de fondo que constituyen el mundo de la vida. Esto es, no muestra de qué manera surgen determinados ideales que son los que se consideran como válidos dentro de una tradición cultural compartida por el mundo de la vida de los individuos. A pesar de que da cuenta perfectamente de la forma en que se lleva a cabo la aparición de la intersubjetividad, no alcanza a explicar cómo surgen aquellos saberes que son los que se consideran como válidos. A diferencia de Habermas, Max Weber detalla que fue la idea de profesión como vocación la que proporcionó, junto con la economía capitalista, aquel ideal moderno del ascetismo intramundano que sería el rasgo característico de la modernidad. Con la teoría de la acción comunicativa no se alcanza a ver esa constitución de ideas que el individuo moderno posee. A este tipo de problemática se refiere Stephen Kalberg al señalar que la gran mayoría de corrientes de investigación sociológica, no prestan suficiente atención al papel de las ideas en la configuración de contextos sociales, de la misma manera y con la misma sagacidad que lo hiciera Max Weber; de ahí la importancia de la obra del sociólogo clásico. (Cfr. Kalberg, 2009)

Lo anterior puede notarse cuando este autor menciona la situación del mundo de la vida y del sistema en la modernidad cristalizada por la influencia de la economía y el Estado en la esfera de la vida privada y de la pública, puesto que no

detalla de manera precisa la forma en que se constituyen los roles de asalariado y consumidor por un lado y los de cliente de la burocracia y ciudadano por el otro; además, no explicita de manera detallada el modo en que la formación de roles se lleva a cabo en esta etapa histórica. Esto es, cuando desarrolla la forma en que los mecanismos del sistema anclan en el mundo de la vida, no aclara cómo los componentes estructurales del mundo de la vida proceden del sistema, ni aquel estado al que llegan y anclan. Únicamente se limita a decir que los medios de control sistémico se institucionalizan en el mundo de la vida de las sociedades modernas a través de la colonización con la respectiva formación de roles, pero no analiza suficientemente la forma en que se da dicho proceso. También, en su teoría de la acción comunicativa, Habermas no realiza una explicación de la relación entre subsistemas (Economía y Estado), ni tampoco de la relación que pudiera existir entre los componentes del mundo de la vida; sólo se limita a anotar entre paréntesis que esa relación existe, pero jamás da cuenta de ella.

Asimismo, si bien Habermas hace alusión a la ética de responsabilidad y de convicción que analizó Weber, no las toma en cuenta dentro de sus conceptos de mundo de la vida y sistema; por lo tanto, no se puede ver la ética en su noción de individuo; esto es, los conceptos no muestran aquellos valores últimos del individuo moderno y su papel en la orientación de la acción en la modernidad; solamente se limita a analizar el proceso mediante el cual la finalidad del individuo es entenderse con otros o realizar acciones encaminadas al éxito, pero no puede percibirse en su teoría el papel de los valores ni su conformación moderna.

También puede decirse que la noción de individuo de este filósofo guarda algunas semejanzas con las consideraciones de Weber, pues ambos hacen referencia a las mismas dimensiones para caracterizar al individuo moderno: objetivas y subjetivas. Pero existen diferencias significativas, puesto que mientras el individuo en Weber es racional en el sentido de poseer determinadas características mentales para intervenir en el mundo, para Habermas el individuo posee una racionalidad comunicativa que le brinda los elementos necesarios para poder entenderse con sus semejantes. Aunque es necesario precisar que la diferenciación de racionalidad de estos autores es muy sutil.

Otra diferencia sustancial es la que se refiere a las esferas que proporcionan sentido a la acción del individuo, ya que mientras para Weber éstas son autónomas, para Habermas no lo son. En Weber puede notarse que si bien la esfera de la política y de la economía “obligan” al individuo a actuar de determinada manera, en la esfera erótico-artística y moral, el individuo puede actuar de maneras diferentes siguiendo sus propios estándares de valor, pero para Habermas inclusive en estas esferas el individuo no es autónomo, puesto que la colonización sistémica le marca el tipo de acción que ha de seguir, y estas ya no son susceptibles de acuerdos comunicativos, esto es, las relaciones en estos ámbitos están cosificadas por completo.

Finalmente, puede decirse que la imagen del individuo moderno está constituida para estos autores del siguiente modo: mientras para Max Weber el individuo está preso en una jaula de hierro sin posibilidad de escapatoria y con el recurso de encontrar refugio en la irracionalidad de la erótica y las cuestiones de gusto, para Habermas, el individuo está cosificado debido a la colonización del sistema, pero puede disolver aquella cosificación a través de la obtención de un consenso con sus semejantes para defender su mundo de la vida; esto es, para Habermas existe una posibilidad emancipación del individuo ante las situaciones generadas por la modernidad, aunque en su obra no las explora ampliamente.

3.2. ANTHONY GIDDENS: LA IDENTIDAD DEL YO

Anthony Giddens es uno de los grandes sociólogos contemporáneos que ha dedicado una parte de su obra al problema del individuo en la modernidad contemporánea. Para él, la identidad del yo es parte de las implicaciones de la modernidad, por lo que la conformación de ésta ha sido fundamental en la constitución del individuo. Un aspecto que llama la atención de la obra de este sociólogo británico, es aquél que se refiere al planteamiento de la modernidad, puesto que mientras para algunos representantes del pensamiento contemporáneo, que se analizan en este documento, es claro que la actual modernidad es muy diferente a la surgida entre el siglo XVIII y la primera mitad del

XX, para Giddens la modernidad actual es un mismo proceso, pero que se ha radicalizado hacia finales del siglo XX.

Pero lo interesante no radica en que lleve acabo la afirmación anterior, sino que para demostrarlo recurre a un replanteamiento del análisis de la modernidad, esto es, lo que hace es considerar a la modernidad desde su surgimiento hasta alrededor del fin del siglo XX para analizar los elementos constitutivos de ésta y mostrar cómo sus componentes repercuten en el individuo. Al mismo tiempo, muestra la manera en que en la etapa contemporánea se lleva a cabo la formación de la identidad del yo, con base en las características radicalizadas de la modernidad.

De manera general, Giddens considera que la modernidad implica un cambio significativo en la forma de vivir y pensar en el individuo, lo cual es condicionado por mecanismos institucionales, los cuales consisten en la separación del tiempo y del espacio; mecanismos de desenclave, integrados por sistemas expertos y señales simbólicas y la reflexividad. En la época contemporánea estos mecanismos existen paralelamente con una universalización que hace cambiar la relación entre lo local y lo global, lo cual genera ciertos cambios significativos en la identidad del yo, como es el caso de las relaciones íntimas.

Según Giddens, la identidad del yo se lleva a cabo a través de un proceso reflexivo, que consiste en la formación de una crónica de vida coherente por parte del individuo, pero dicha crónica es generada en el marco de opciones delimitadas por la modernidad; además, en esta creación coherente los mecanismos institucionales de la modernidad influyen en el individuo, pero éste no las recibe de manera pasiva, sino que los transforma. En este sentido llama la atención que en la propuesta de este autor el individuo no sea un ente pasivo que es modelado por factores externos; tampoco es quien determina su entorno, más bien se da un proceso en donde, con los mecanismos institucionales, el individuo actúa y al mismo tiempo puede influir en éstos.

En el caso de su obra puede percibirse que existe una gran influencia de la metodología de Weber, así como varios supuestos relacionados con la

modernidad. Además, la obra de Giddens parte de las principales propuestas de la sociología clásica, Weber, Durkheim, Marx, Simmel. Este autor se ha incluido en el presente texto debido a que, sin lugar a dudas, es uno de los representantes más significativos de la sociología contemporánea.

3.2.1. La modernidad como fuente de la identidad

Para Giddens, las condiciones de la modernidad son las que proporcionan determinados elementos para la conformación de la identidad del yo. La manera en que este autor define el concepto de identidad del yo es la siguiente:

La identidad del yo constituye para nosotros una *trayectoria* a través de los diferentes marcos institucionales de la modernidad a lo largo de la duración de lo que se suele llamar <<el ciclo de la vida>>... Cada uno de nosotros no sólo <<tiene>> sino que *vive* una biografía reflexivamente organizada en función de los flujos de información social y psicológica acerca de los posibles modos de vida (Giddens, 1995: 26)

En este sentido, la identidad del yo consiste en la formación, por parte del individuo, de un modo de vida específico, elegido entre una variedad de opciones modeladas por las instituciones sociales. Además, la forma de vida elegida se manifiesta en todos los contextos en que actúa e interactúa el individuo con los demás.

Anthony Giddens considera que los principales mecanismos institucionales de la modernidad han surgido por los elementos que hicieron que ésta apareciera a finales de la edad feudal europea: la industrialización, la economía capitalista y el Estado, los cuales son los ejes principales que modelan el carácter moderno. La importancia de estos elementos radica en que generan un carácter dinámico que inciden en la identidad del yo: en primer lugar, la industrialización como una forma de relaciones sociales generada bajo las condiciones de la forma de producción con base en la mecanización, seguida por la economía capitalista que influye a través del mercado y la conversión de la mano de obra en mercancía, así como el Estado nacional que genera formas de control social a través de su organización

burocrática. En general, estos elementos logran generar una amplia influencia institucional sobre el individuo y sus relaciones sociales. (Cfr. Giddens, 1994; 1995a)

Los mecanismos dinámicos a los que alude el autor son, en primer lugar, la separación del tiempo y del espacio. Para él, la aparición de la modernidad se caracteriza porque las relaciones sociales experimentan una nueva noción del tiempo en relación con el espacio y con la medición del tiempo a través de relojes y calendarios, por lo que los individuos pueden desarrollar determinadas actividades al mismo tiempo y desde diferentes lugares. Esto permitió, según este autor, que se rompiera con la necesidad de la fijación a lugares específicos para la actividad de individuos que tenían determinados vínculos entre sí; en palabras del sociólogo británico, la modernidad supuso un “vaciamiento” del tiempo y del espacio, que proporcionó múltiples formas de tiempo vivido en los individuos, lo que genera que en la modernidad la acción social se pueda coordinar sin la necesidad de mediación del lugar geográfico:

La organización social moderna supone la coordinación precisa de muchos seres humanos físicamente ausentes entre sí: el <<cuando>> de estas acciones está directamente vinculado al <<dónde>>, pero no como en las épocas premodernas, por la mediación del lugar. (Giddens, 1995a: 30)

Según Giddens, la separación de tiempo y espacio es condición para el surgimiento del segundo elemento de dinamismo de la modernidad que consiste en el desenclave de las instituciones sociales bajo la influencia de sistemas abstractos. Giddens considera que a través de estos elementos se da una extracción de las relaciones sociales de su ámbito local y al mismo tiempo, experimentan una rearticulación en dimensiones espaciotemporales indefinidas. Desde su perspectiva, los sistemas abstractos, que funcionan como mecanismos de desenclave, consisten en dos tipos: las señales simbólicas y los sistemas expertos. Las señales simbólicas consisten en “medios de valor estándar y, por tanto, intercambiables en una pluralidad de circunstancias” (*Ibíd.*: 31). Para ejemplificar la manera en que funcionan estas señales simbólicas, Giddens recurre al ejemplo del dinero y retoma el análisis desarrollado por Simmel en su *filosofía*

del dinero para mostrar la manera en que las señales objetivan determinados tipos de relaciones sociales en donde existe una suspensión de tiempo y espacio, debido a que el dinero puede ser usado para crédito (tiempo) y por que además se utiliza por una multiplicidad de individuos que no se conocieron nunca y que no tienen una relación espacial específica. (Cfr. Giddens; 1994, 1995a, 1995b)

Los sistemas expertos son entendidos por Giddens como aquellos “sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que vivimos” (Giddens, 1994: 37). La importancia de estos sistemas se encuentra en que no solo influyen en contextos relacionados con la pericia tecnológica, sino que se encuentran presentes en las relaciones sociales y en la identidad del yo; esto lo hacen porque son fuente de conocimientos aplicables a la mayoría de ámbitos de la vida del individuo, por lo que éste los utiliza como fuente de saber válido.

Ahora bien, la importancia de los sistemas abstractos (señales simbólicas y sistemas expertos) radica en que son fuente de confianza en el individuo. Esta es la causa de que el individuo tome decisiones en su vida cotidiana al orientar sus acciones. Según Giddens, la confianza del individuo no es consciente, sino más bien es una actitud fundamentada mentalmente, esto es, el individuo opta por determinada acción con base en una actitud mental que le brinda cierto tipo de confianza que está basada en los sistemas abstractos:

La confianza, de varios tipos y niveles, sustenta una multitud de decisiones de cada día tomadas por todos nosotros al orientar nuestras actividades. Pero el hecho de confiar no es siempre, en absoluto, el resultado de decisiones adoptadas conscientemente; se trata más a menudo de una actitud mental generalizada que las fundamenta, algo que hunde sus raíces en la relación entre confianza y desarrollo de la personalidad. (Giddens, 1995: 32)

Al mismo tiempo, los sistemas abstractos junto con la separación del tiempo y del espacio son fuentes importantes para el surgimiento de la reflexividad en la modernidad, la cual supone que, a diferencia de los órdenes tradicionales, la vida social se libera de la dependencia de los preceptos y prácticas preestablecidas, puesto que los aspectos sociales y las relaciones con la naturaleza son objetos de

una constante revisión debido a la aparición de nuevos conocimientos, en palabras de este autor:

La reflexividad de la modernidad se refiere al hecho de que la mayoría de los aspectos de la actividad social y de las relaciones materiales con la naturaleza están sometidos a revisión continua a la luz de nuevas informaciones o conocimientos (*Ibíd.*: 35)

Por otro lado, desde la perspectiva de Giddens, la experiencia del individuo en la modernidad es mediada por los medios de comunicación, los cuales surgieron desde la difusión de libros con la imprenta pasando por la prensa escrita hasta llegar a los medios electrónicos actuales. Estas formas de comunicación revisten importancia en las consideraciones de este sociólogo debido a que, desde su perspectiva configuran en la modernidad tardía, en cierta medida, un sentido de realidad universalizante, en el cual los individuos se consideran como parte de un universo social configurado por todos los seres humanos del planeta, debido a que la difusión de sucesos y modos de vida a través de los medios de comunicación permiten conocer y realizar acciones que se desarrollan en lugares distantes:

Los múltiples modos de cultura y conciencia característicos de los <<sistemas del mundo>> premodernos formaban un conjunto auténticamente fragmentado de comunidades sociales humanas. En cambio, la modernidad tardía produce una situación en la que el género humano se convierte en ciertos aspectos en un <<nosotros>> que se enfrenta con problemas y posibilidades donde no existen los <<otros>> (*Ibíd.*: 42)

En general, para Giddens, los elementos de dinamismo de la modernidad y la universalización han ocasionado que en la etapa contemporánea surjan situaciones que en los inicios de ésta no se encontraban presentes y que en la actualidad son generadores de una radicalización de la modernidad. Para este autor la sociedad actual se caracteriza por un alto grado de escepticismo, así como un reconocimiento del alto grado de riesgo y peligro generados por la ciencia y la tecnología, estos elementos aparecen, debido a que el dinamismo de los cambios en la modernidad, generan que el individuo se enfrente constantemente a la idea de la contingencia, por lo tanto, ya no está seguro de que sus acciones ejecutadas en cualquier ámbito sigan una determinada dirección

y experimenta la sensación constante de que se puede ver afectado por sucesos no previstos. La importancia del escepticismo y de las situaciones de riesgo y peligro se encuentra en que el individuo tiene que organizar su futuro de manera constante tomando en cuenta las situaciones que se van generando en su presente, esto es, de manera reflexiva.

Por otra parte, para Giddens en la modernidad los cambios de la identidad del yo están relacionados con las transformaciones universalizantes, debido a que existe una conexión entre los aspectos íntimos y los vínculos sociales de amplio alcance. Esto sucede porque los cambios generados por la separación del tiempo y espacio, los sistemas abstractos y la reflexividad, junto con la tendencia a la universalización, hacen que para la constitución de esa crónica coherente de la biografía que constituye la identidad del yo, el individuo recurra de manera reflexiva a su pasado y a su futuro para organizar constantemente su presente. De esta manera, se ve ante una pluralidad de opciones que generan los mecanismos institucionales de la modernidad y de entre los cuales debe elegir.

3.2.2. El individuo en el marco de la modernidad tardía

Para la forma en que se constituye la identidad del yo en la modernidad tardía, Giddens esboza un análisis de un elemento constitutivo del individuo que le permite desarrollar todas sus actividades. La seguridad ontológica, es de acuerdo con este autor, lo que facilita la formación de la identidad del yo en la modernidad.

Resalta el hecho de que Giddens concibe al individuo como un ente pleno de conocimiento y que es capaz de manipular sus actividades. Esto implica que el individuo es capaz de generar y proporcionar interpretaciones discursivas de su comportamiento adoptado. A esta característica el autor se refiere como conciencia práctica y su importancia radica en que proporciona al individuo una seguridad ontológica, que es la que brinda determinada tranquilidad en la realización de acciones. La existencia de ésta supone que el individuo puede crear hábitos y rutinas cotidianas que son parte constitutiva de su identidad y que al mismo tiempo le permiten eliminar la angustia ante situaciones existenciales, lo cual hace que se desempeñe en la vida social en circunstancias propias de la

modernidad; esto es, la seguridad ontológica forma para el individuo una “coraza protectora”, con base en la cual se desarrolla la identidad de su yo, y que, al mismo tiempo, le permite una aceptación emocional del mundo externo. Así, según Giddens:

Toda persona establece un marco de seguridad ontológica de algún tipo basado en rutinas diversas. Los individuos se las componen con los peligros y los miedos ligados a ellos recurriendo a <<fórmulas>> emocionales y de comportamiento que han pasado a ser parte de la conducta y del pensamiento cotidianos... El individuo experimenta el yo en relación con un mundo de personas y objetos, cognitivamente organizado por medio de la confianza básica, sólo en función de este sistema de seguridad fundamental, origen del sentimiento de seguridad ontológica. (*Ibíd.*: 62-63)

Las cuestiones existenciales que la seguridad ontológica permite afrontar son la existencia y ser, tanto del individuo como de los sucesos y objetos que le rodean; la finitud y la vida humana, que tienen que ver con las nociones de nacimiento y muerte y sus respectiva consideración social; la experiencia de los otros, relacionada con la interpretación de las características y acciones de los demás; y la continuidad de la identidad del yo, que consiste en la constancia de sentimientos de la personalidad en un yo y un cuerpo constantes.

La seguridad ontológica ante las cuestiones existenciales, le hace posible al individuo configurar la identidad de su yo a través de su identificación, en primer lugar, del cuerpo, que representa la encarnación del yo, y que a través de la apariencia, los regímenes y el género, contribuye a formar la crónica coherente de vida del individuo. En segundo lugar, está la motivación, que consiste en un determinado tipo de estado afectivo que es inherente al individuo que implica formas inconcientes o concientes de afecto. En relación con esta motivación, según Giddens, el sentimiento de vergüenza es de gran importancia, puesto que representa una angustia ante la adecuación constante de la crónica por la que es mantenida la biografía.

Es necesario hacer notar que si bien Giddens considera que la seguridad ontológica forma esa coraza protectora para el individuo, a través de los elementos esbozados anteriormente, no significa que la identidad del yo se

desarrolle sin tensiones y sin posibilidades de perturbación. Por el contrario, desde su perspectiva, la identidad del yo está constantemente en tensión debido a que las condiciones institucionales hacen que la formación de la crónica biográfica se desarrolle de manera compleja y bajo la existencia de múltiples opciones de elección, por lo que existe un proyecto de construcción de la identidad propia en el individuo.

El principal problema para la constitución de la identidad del yo en la modernidad tardía es el de la elección, puesto que:

El telón de fondo es aquí el terreno existencial de la vida de la modernidad tardía. En un universo postradicional, reflejamente organizado, invadido por sistemas abstractos y en el que la reordenación del tiempo y el espacio reordena lo local con lo universal, el yo experimenta cambios masivos... En el plano del yo un componente fundamental de la actividad diaria es el de la mera *elección*. (*Ibíd.* 105)

Dicha elección tiene que ver con los elementos fundamentales de la construcción de la crónica biográfica que son los estilos, planes de vida, relaciones íntimas y el manejo del cuerpo.

Para este autor, el estilo de vida es parte de la identidad del yo y consiste en:

Un conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no solo porque satisfacen necesidades utilitarias, sino porque dan forma material a una crónica concreta de la identidad del yo... Los estilos de vida son prácticas hechas rutina: las rutinas presentes en los hábitos del vestir, del comer, los medios de actuar y los medios privilegiados para encontrarse con los demás; pero las rutinas que se practican están completamente abiertas al cambio en función de la naturaleza móvil de la identidad del yo. Cada una de las pequeñas decisiones que toma la persona cada día (qué ponerse, que comer, cómo comportarse en el trabajo, con quien verse al finalizar la tarde) contribuye a tales rutinas. Todas esas elecciones –así como otras de mayor amplitud y consecuencias– son decisiones referentes no sólo a cómo actuar sino a quién ser. (*Ibíd.*: 106)

El estilo de vida que adopta el individuo no está dirigido únicamente a un momento o situación determinada, sino que se manifiesta en todos los contextos en los que se halle; en este sentido, el estilo de vida no es un mero disfraz empleado para suscitar determinadas reacciones en otros individuos (en el sentido de Goffman); por el contrario, según el autor, el trabajo es parte de esa elección que conforma el estilo de vida del yo, debido a que los estilos de vida incluyen la elección del trabajo y del consumo:

Un estilo de vida implica un haz de hábitos y orientaciones y posee, por tanto, cierta unidad –importante para mantener un sentimiento continuo de seguridad ontológica– que relaciona opciones en un modelo más o menos ordenado. (*Ibíd.*: 107.)

Así, la pluralidad de elecciones que se les presentan a los individuos en la actual etapa de la modernidad, está influida principalmente por los siguientes factores: la pluralización de los mundos de vida; la duda metódica característica de la reflexividad que no permite certezas absolutas ante el conocimiento y la mediación ejercida por los medios de comunicación.

Además de los estilos, los planes de vida son un componente fundamental para la constitución de la identidad del yo; según Giddens:

En un mundo de opciones alternativas de estilo de vida la *planificación estratégica de la vida* adquiere una especial importancia... Los planes de vida son el contenido sustancial de la trayectoria reflejamente organizada del yo. La planificación de la vida es una forma de preparar una línea de acción futura activada en función de la biografía del yo. Podríamos hablar aquí también de la existencia de *calendarios personales de plan de vida*, en relación con los cuales se gestiona el tiempo personal de la vida. (*Ibíd.*: 111)

De acuerdo con el inglés, tanto los estilos como los planes de vida crean situaciones institucionales que le permiten al individuo configurar sus actos; esto es, las elecciones entre ambos elementos no se pueden realizar por el mero deseo del individuo; en este sentido, el autor comenta que las oportunidades de vida son las que configuran las elecciones de estilo y planes de vida. Así, existen elecciones que están determinadas por privaciones económicas y por marcos de tradición, lo cual implica que las elecciones de planes y estilos de vida son

elegidos por los individuos, pero que dicha elección no es tan libre como se pudiera pensar y por lo tanto queda condicionada por situaciones contextuales. Pero a pesar de ello, para la elección de planes y estilos es muy importante la creatividad del individuo que se ve privado de adoptar determinadas opciones:

En algunas circunstancias de pobreza el poder de la tradición ha quedado, quizá más aun completamente destruido que en otros ámbitos. En consecuencia la construcción creativa de un estilo de vida puede convertirse en un rasgo especialmente característico de tales situaciones. Los hábitos de estilo de vida están formados por las resistencias de la vida del gueto tanto como por la elaboración directa de estilos culturales y modos de actividad distintos. (*Ibíd.*: 111)

Por otra parte, Giddens considera que las relaciones íntimas en la modernidad tardía también son parte de la identidad del Yo. A fin de establecer la forma en que estas relaciones se efectúan en la modernidad tardía establece su teoría de la relación pura. Bajo este concepto, el autor busca establecer las características de las relaciones contemporáneas. De manera general, la caracterización de las relaciones íntimas actuales se basa en la búsqueda de la satisfacción que brinda la relación en sí, así como el grado de seguridad que proporciona la misma a quienes participan en ella. También considera este autor que las relaciones (amorosas y de amigos) no tienen condicionantes externos, sino meramente se basan en la satisfacción que brindan a quienes participan de ella, por lo que en la modernidad tardía existe una transformación de la intimidad, donde la confianza y la entrega son parte importante de la relación pura. Además, en las relaciones íntimas el género ya no reviste demasiada importancia, puesto que actualmente la aceptación de relaciones homosexuales ya no es tan sancionada socialmente como en los inicios de la modernidad (*Cfr.* Giddens, 1995; 1998).

Por otra parte, Giddens considera que la relación del individuo con el cuerpo también es objeto de las múltiples elecciones que la modernidad reciente genera para la constitución de la identidad del yo. De manera general, cree que el cuerpo es la materialización, en cierta medida, de la adopción de estilos y planes de vida, puesto que:

Se pueden distinguir varios aspectos del cuerpo que guardan una especial relación con el yo y su identidad. La *apariencia* corporal concierne a todas aquellas características de la superficie del cuerpo, incluidas las formas de vestir y acicalarse, que son visibles a la misma persona y a otros agentes y sirven habitualmente de indicios para interpretar acciones. El *porte* determina como utilizan su apariencia los individuos en hábitos comunes de sus actividades diarias: se trata de la manera de actuar con el cuerpo, en relación con las convenciones constitutivas de la vida diaria. La *sensualidad* del cuerpo se refiere a la manipulación dispositiva del placer y el dolor. Mencionemos, finalmente, los *regímenes* a los que está sujeto el cuerpo. (Giddens, 1995: 128)

En este sentido, el cuerpo, a través de la apariencia, el porte, la sensualidad y los regímenes, forman parte de la crónica biográfica que el individuo construye de manera reflexiva y, al mismo tiempo, el cuerpo es parte de la materialización del yo en la modernidad.

También, Giddens considera que existe una relación entre el cuerpo y el riesgo en la modernidad reciente, porque considera que el individuo, al adoptar determinada apariencia corporal y al someter al cuerpo a cierto tipo de regímenes, puede ocasionarle ciertos daños físicos; esto último es ejemplificado por Giddens con una de las enfermedades más comunes en la actualidad: la anorexia. A través de un breve análisis, menciona cómo este padecimiento va más allá de un mero interés por la apariencia física y es una muestra de la forma en que las elecciones que hacen los individuos pueden transformarse en verdaderas patologías sociales, pero también es síntoma del carácter reflexivo de la modernidad tardía, puesto que el individuo, gracias al conocimiento generado por los sistemas expertos, sabe que si adopta determinados hábitos y regímenes puede causar ciertos efectos; de esta manera, las elecciones tomadas en relación con el cuerpo, y en general con la identidad del yo, siempre son adoptadas con base en el riesgo y la noción constante de lo contingente, esto es, con la consciencia de que en el curso de la acción pueden surgir elementos o consecuencias que el individuo no había previsto.

Más aún, el autor establece que en el margen de la modernidad tardía, el riesgo²⁰ juega un papel muy importante en la conformación de la identidad del yo; esto porque el riesgo supone que el individuo lleve a cabo una colonización del futuro, que consiste en la toma de decisiones en el presente para prever los posibles riesgos que la modernidad tardía conlleva. En este sentido, el riesgo no implica la pérdida de la seguridad ontológica, pero sí ocasiona que surja un determinado grado de incertidumbre ante el conocimiento de los sistemas expertos y de las señales simbólicas. Esto da lugar a que en la modernidad contemporánea exista un “coqueteo con el riesgo”, en el cual algunos individuos actúan tomando en cuenta la existencia del riesgo y con plena conciencia de que en determinado momento, su acción pudiera terminar en circunstancias desfavorables para la identidad de su yo.

Además, en ocasiones el riesgo hace que aparezcan lo que Giddens considera como momentos decisivos, que consisten en experiencias cuya magnitud hace que los individuos transformen de manera drástica sus estilos y planes de vida. Estos pueden consistir en vivencias como el divorcio, la muerte de una persona cercana u otras experiencias similares. Cuando dichos momentos son experimentados, el individuo readecua su crónica biográfica presente, tomando en cuenta su pasado, para colonizar su futuro de una manera distinta a como lo había hecho antes del suceso drástico.

Por otra parte, en la modernidad existen mecanismos derivados de las tendencias hacia el control sobre la reproducción social y la identidad del yo. Para referirse a este fenómeno el autor emplea el término de “experiencia secuestrada”; específicamente hace alusión a la influencia de los sistemas abstractos en la coordinación de los diversos ámbitos de la vida diaria. En primer lugar, destaca Giddens al poder administrativo, el cual desde su perspectiva consiste en una supervisión que se impone en forma de codificación de información inherente a la reproducción del sistema social en su conjunto, por lo

²⁰ Giddens considera que el riesgo es diferente al peligro, aunque son elementos complementarios. El riesgo consiste en estar sujeto, conscientemente o no, a situaciones originadas por la misma acción del individuo; por su parte, el peligro consiste en una amenaza al resultado esperado de una acción (Cfr. Giddens, 1990). Así, el riesgo implica la presencia constante de peligro.

que los referentes externos, tales como la tradición, son relegados de la identidad del yo.

Otro elemento que resulta de la experiencia secuestrada consiste en la separación entre ámbitos de vida públicos y privados. Esta separación implica que en la modernidad radicalizada se acentúe aquella referencialidad entre el Estado y la sociedad civil, esto es, que las decisiones del Estado, como ámbito público, penetren cada vez más en las acciones cotidianas de la sociedad civil, que representa el ámbito privado. De esta manera, la experiencia queda mediatizada por las decisiones del Estado.

El tercer y último elemento de la experiencia secuestrada es una consecuencia psicológica derivada de los elementos anteriores y es la expansión de la vergüenza, la cual, según Giddens, connota una transgresión moral y es “angustia derivada de un error o una incapacidad para satisfacer ciertas formas de moral imperativa en la conducta de una persona” (*Ibíd.*: 196). La característica de la culpa consiste en que desestabiliza el sentimiento de seguridad en el individuo y en el medio social circundante.

Desde la óptica de Giddens, estos elementos del secuestro de la experiencia repercuten en ámbitos sociales con base en las consideraciones acerca de la locura, como demarcación de los rasgos de la personalidad y comportamientos puestos en suspenso por actitudes rutinarias de seguridad ontológica; la criminalidad, como expresión de actitudes que son alternativos a los intereses y compromisos rutinarios; la enfermedad y la muerte, relacionados con las consideraciones sobre la mortalidad y la finitud en el nivel social; la sexualidad, que tiene que ver con el erotismo como forma de conexión entre individuos y como forma de continuidad de generaciones; y la naturaleza, como el medio natural constituido independientemente de la actividad social humana.

Se entiende que estos ámbitos de secuestro de la experiencia a los que alude Anthony Giddens, no son otra cosa que formas de demarcación creadas socialmente por los mecanismos de la modernidad en relación con la percepción e interpretación de acciones vinculadas a contextos específicos de la realidad social. Según este sociólogo actual, las consideraciones acerca de estas

categorías son resultado del predominio de los sistemas abstractos sobre el yo en la modernidad.

Finalmente, la identidad del yo en la modernidad reciente o tardía, modelada por las situaciones de riesgo y de experiencia secuestrada, se desarrolla de manera tensa y muchas veces problemática, puesto que constantemente la seguridad ontológica de la conciencia práctica está penetrada y amenazada por malestares y angustias generalizados, en sus propias palabras:

El yo de la modernidad reciente no es un yo mínimo, sino que la experiencia de extensos ámbitos de seguridad está atravesada, a veces de forma sutil y a veces de manera abiertamente turbadora, por fuentes de malestar generalizadas. Los sentimientos de inquietud, malos presagios y desesperación pueden combinarse en la experiencia individual con la fe en la seguridad de ciertas formas de marco social y técnico. (*Ibíd.*: 231)

Esta desestabilización de la seguridad en la identidad del yo se debe, según Giddens, a relaciones dialécticas que son parte inherente de la radicalización de la modernidad y sus respectivas consecuencias (*Cfr.* Giddens 1994,1995a); consisten en: la unificación frente a la fragmentación, en donde el yo se apropia de situaciones y acontecimientos de experiencia mediada que determinan un rumbo determinado; la impotencia frente a apropiación, relación en la que existe una multiplicidad de opciones de estilos de vida y que al mismo tiempo, no son alcanzables para ciertos individuos; la autoridad frente a incertidumbre, que es una relación en donde el individuo debe discernir entre la fe ciega a algún tipo de autoridad (científica, religiosa, etcétera) o la incertidumbre de la indecisión; y la experiencia personalizada frente a la experiencia mercantilizada, que significa que la crónica del yo debe construirse en circunstancias en que la apropiación personal de estilos está influida fuertemente por las circunstancias generadas por el consumo capitalista.

Este malestar y angustia que llega a surgir en el individuo por las antinomias descritas, puede generar una pérdida de sentido personal que es causada directamente por los sistemas abstractos; esto es, el control de estos sistemas puede vaciar de los componentes morales a las circunstancias de la

vida, la colonización exitosa del futuro y el vivir entre los parámetros de la experiencia secuestrada, así como proporcionar una seguridad ontológica basada exclusivamente en los medios de control institucionales.

Según Giddens, las consecuencias de este vaciamiento moral de la crónica biográfica se refleja en lo que en la modernidad tardía se ha denominado como política de vida, la cual consiste en que en las legislaciones aparecen cada vez más las discusiones en torno a problemas relacionados con la identidad del yo y los mecanismos institucionales que lo generan, así como el surgimiento de movimientos sociales que buscan que se permita una libre expresión de la crónica del yo en cuestiones relacionadas con el cuerpo (aborto, cambio de sexo) y de condiciones de vida basadas en el entorno (problemas medioambientales que ponen en peligro la salud, movimientos identitarios); esto es, que la política de vida implica, según Giddens, la búsqueda de una moralidad que sustente la identidad del yo y sustituya el “frío” control de las instituciones de la modernidad tardía.

3.2.3. Acerca de las consideraciones de Anthony Giddens

Sin lugar a dudas, la forma en que Anthony Giddens define la situación del individuo en la modernidad es muy interesante, puesto que no se limita a diagnosticar la condición de la modernidad actual para describir situaciones societarias. En su análisis se percibe un esfuerzo por replantear la manera en que la modernidad generó situaciones que tienen repercusión directa en el individuo. En este sentido, resulta muy interesante la manera en que establece las categorías de separación de tiempo y espacio, mecanismos de desenclave y reflexividad, puesto que con éstas se puede analizar de una manera multidimensional la forma en que los elementos de la modernidad tienen incidencia en el individuo.

También llama la atención que para este autor británico contemporáneo, la forma en que la modernidad incide en el individuo se manifiesta a través de la creación de una crónica biográfica que se materializa en la adopción de estilos y planes de vida, en las relaciones íntimas y en el cuerpo. Lo interesante de este

planteamiento radica en que estos conceptos constituyen las dimensiones del individuo en su obra. Se puede entender que al hablar de identidad del Yo, este autor se refiera al individuo moderno; por lo tanto, sus dimensiones corresponden a las categorías de estilos de vida, planes, relaciones íntimas y cuerpo.

Además es interesante percibir que Giddens considera que el principal fundamento de las decisiones del individuo es la seguridad ontológica, pues ésta la permite la configuración de su identidad. Aquí existe una diferencia fundamental con Max Weber, ya que éste consideraba que la acción social obedecía a una racionalidad cuya base era una ética que podía ser de responsabilidad o de convicción. En las consideraciones weberianas, el principal sustento de la ética eran los valores, pues éstos son determinantes para la acción social y para la racionalidad en general. Entonces, desde la óptica de Giddens, lo decisivo es la seguridad ontológica que viene asegurada por la conciencia práctica del individuo, la cual, a su vez, es proporcionada por los sistemas abstractos de la modernidad (señales simbólicas y sistemas expertos). La diferencia fundamental es que en la postura weberiana, en las circunstancias de la modernidad, los valores morales aún seguían existiendo en determinadas esferas de acción del individuo, pero para Giddens no, porque considera que los sistemas abstractos vacían los contenidos morales heredados de la tradición y los sustituyen por flujos de información, para que el individuo elija de manera utilitaria aquellos elementos que le proporcionen seguridad ontológica; esto es, para Giddens el individuo está “envuelto” en una pluralidad de opciones, vacía de contenido moral, pero que le brindan determinada seguridad en sus ámbitos existenciales. Sin embargo, es necesario recordar que Max Weber ya había descrito que la modernidad implica para el individuo una “jaula de hierro” determinada por la dominación burocrática y además que la acción social en ésta tiene como base la responsabilidad y la convicción manifestada en esferas vitales.

Por otro lado, llama mucho la atención la manera en que Giddens describe la manera en que el riesgo influye en el individuo moderno. A diferencia de Ulrich

Beck²¹, considera que este elemento societario no es una categoría analítica que permita describir a la sociedad contemporánea; atinadamente considera que el riesgo es un elemento presente en las decisiones que adopta el individuo en relación a la conformación de su identidad, factor que es causa de que la seguridad ontológica se desestabilice y que la idea de la contingencia ronde constantemente en la forma en que el individuo constituye su identidad.

Lo interesante de este aspecto radica en que en las consideraciones weberianas el riesgo ante lo contingente, aquellas consecuencias no deseadas, son parte de su estrategia metodológica y permiten describir sociológicamente el curso de la acción social en todos sus aspectos (por ejemplo, el caso de la ética protestante que buscaba el bien y creó un mal), pero Giddens define que la idea de lo contingente sí es parte de la constitución moderna del individuo.

Por otra parte, llama la atención que en las consideraciones de Giddens respecto del individuo, sigan presentes las dimensiones que se pueden encontrar en la obra weberiana (económica, legal, vocacional y sensitiva). Pero a diferencia de Weber, el sociólogo británico establece la forma en que esas dimensiones adquieren la forma de una crónica biográfica coherente. Además, se representan a través de la adopción de estilos y planes de vida, relaciones íntimas y cuerpo. Posiblemente este aspecto podría considerarse como parte de una continuidad del pensamiento sociológico, ya que en la época en la que Max Weber desarrolló sus obras, el interés por el conocimiento científico-social estaba enfocado hacia otros aspectos de la realidad social (por ejemplo, el interés hacia la significación social del cuerpo no recibía una atención cognoscitiva relevante).

Finalmente, a pesar de que Giddens desarrollara un análisis muy coherente acerca del problema del individuo en la modernidad, no se alcanza a ver en su obra un elemento fundamental, que consiste en el papel y el surgimiento de las ideas en el individuo. Sí analiza la forma en que en la modernidad existen mecanismos institucionales, los cuales inciden para que el individuo defina su identidad, pero no existe una descripción detallada de la

²¹ Véase *Infra* capítulo IV.

manera en que las elecciones de los individuos reproducen patrones de índole ideológica.

Una vez que se han analizado las posturas de estos dos autores contemporáneos (Habermas y Giddens), es posible percibir mayores elementos que ayuden a llevar a cabo la creación del esquema que permite caracterizar al individuo contemporáneo, puesto que si se toman en cuenta los elementos que en Habermas y Giddens resultan pertinentes para establecer una continuidad del pensamiento weberiano, pudiera generarse un espectro que abarque aquellos factores que no fueron considerados, o bien desarrollados ampliamente por el sociólogo clásico.

En Weber puede entreverse que existen cuatro dimensiones en su noción de individuo que están determinadas por la economía capitalista, el Estado, la profesión como vocación, la estética y la erótica. Además de que este sociólogo alemán considera que en el individuo existe un potencial de racionalidad que se refiere a un esquema mental, el cual le permite desarrollar cierto tipo de acción social cuyo contenido es un sentido proporcionado por valores.

Ahora bien, con la utilización de algunos supuestos de Habermas, puede irse apreciando que, por un lado, la racionalidad en el individuo se manifiesta a través de actos de habla que le permiten entablar un entendimiento con sus semejantes y, al mismo tiempo, esta racionalidad comunicativa posibilita al individuo la defensa aquellos elementos subjetivos que le son propios. Por otro lado, con Habermas puede apreciarse la manera en que las dimensiones objetivas se materializan en la adopción de roles por parte del individuo, en los cuales, de una manera más precisa, se da esa relación entre el individuo y la sociedad en la modernidad.

Por otro lado, con la propuesta de Anthony Giddens se amplía la visión de Weber en relación con la manera en que en la modernidad, las dimensiones subjetivas se materializan en estilos y planes de vida, relaciones íntimas y cuerpo. Con la utilización de estas categorías se abarcan aquellos aspectos que Weber apenas alcanzó a esbozar en su obra. En otro sentido, Giddens aporta un

elemento básico y es el que se refiere a la existencia de la seguridad ontológica, la cual le permite al individuo actuar en las circunstancias generadas por la modernidad. Este elemento posiblemente pudiera complementarse con la forma en que los valores y la ética descritos por Weber, son necesarios para el individuo en su relación con la sociedad en la modernidad. Sin lugar a dudas, otro elemento muy interesante que es factible rescatar de Giddens es la forma en que el riesgo tiene una incidencia directa sobre el individuo, el cual, en la modernidad, adquiere la noción de contingencia, cuya importancia radica en la constante redefinición de la identidad del yo en el individuo.

Además, con base en la propuesta de Habermas y Giddens, se alcanzan a ir esbozando los aspectos negativos de la modernidad que se manifiestan en el individuo. Con los argumentos sobre las perturbaciones del mundo de la vida y de la experiencia secuestrada, puede visualizarse que la angustia, la pérdida de sentido, la anomia y las psicopatologías son producto de la modernidad y son elementos que acechan constantemente al individuo.

Sin embargo, para poder completar el espectro que permite caracterizar al individuo moderno contemporáneo, aún es necesario analizar la forma en que los valores y la ética son vistos en la modernidad actual, así como los aspectos que se relacionan con la conformación de ideales individuales en la actualidad. Para destacar estos elementos habrá que revisar las propuestas de Ulrich Beck y de Gilles Lipovetsky, quienes intentan caracterizar estos aspectos de la modernidad actual. Es muy interesante el análisis de estos autores, porque afirman que el pensamiento de Max Weber, y de los clásicos en sociología en general, ya no ayuda a caracterizar a la modernidad contemporánea.

**4. DIAGNÓSTICOS ACERCA DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD
CONTEMPORÁNEA: ULRICH BECK Y GILLES LIPOVETSKY**

4. DIAGNÓSTICOS ACERCA DEL INDIVIDUO EN LA MODERNIDAD

CONTEMPORÁNEA: ULRICH BECK Y GILLES LIPOVETSKY

El destino de nuestro tiempo, racionalizado e intelectualizado y, sobre todo, desmitificador del mundo, es el de que precisamente los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado, o bien al reino ultraterreno de la vida mística, o bien a la fraternidad de las relaciones inmediatas de los individuos entre sí.

Max Weber

Se puede afirmar que uno de los principales aspectos que le otorga el estatus de clásico sociológico a Max Weber es su gran capacidad para definir las características de la modernidad, tanto en su surgimiento como en las implicaciones de ésta en el individuo. Es indudable que la forma en que planteó y resolvió el problema acerca del individuo aún puede estar vigente para generar explicaciones en el marco de la modernidad contemporánea, sólo que su pensamiento debe ser completado con el conocimiento científico-social de la actualidad.

Además, aquellos elementos que tomó en cuenta para caracterizar a la modernidad (Estado, economía, razón occidental, ética religiosa como motor de ideas con efectos en la acción social, etc.) aún siguen siendo considerados objeto de estudio como factores determinantes de la modernidad contemporánea. En este sentido, puede afirmarse que la actual etapa histórica que analizan los principales representantes del pensamiento sociológico sigue estando inscrita en lo que se definió desde la sociología clásica como modernidad, sólo que en el transcurso histórico, han surgido fenómenos societarios que necesitan ser precisados desde una postura sociológica. Estos aspectos que fueron surgiendo hacia fines del siglo XX no pudieron ser analizados por los clásicos, debido a que ya no estaban vivos, por lo que no pudieron incluirlos en sus propuestas; en el caso específico de Max Weber, él no conocería las características peculiares del Estado de Bienestar, la guerra fría, el neoliberalismo o los movimientos sociales relacionados con la identidad y autonomía étnicas; sin embargo, es indudable que su pensamiento permanece vigente a la hora de analizar dichos fenómenos. Pero de manera específica, su obra todavía puede ayudar a caracterizar al individuo contemporáneo.

Por lo anterior, resulta interesante estudiar dos propuestas contemporáneas que afirman que el pensamiento clásico en general, y el de Max Weber en particular, ya no es útil para analizar la situación del individuo en la modernidad contemporánea. Ulrich Beck y Gilles Lipovetsky, cada uno a su manera, afirman que los patrimonios de conocimiento sociológico, incluido el de Weber, resultan inútiles debido a que la actual etapa histórica es muy diferente a la del sociólogo nacido en Erfurt; por lo tanto, ya no puede ser descrita empleando el planteamiento de éste.

El objetivo de este apartado es doble. Por un lado, se pretende encontrar más elementos que ayuden a generar un esquema para caracterizar al individuo moderno contemporáneo, y sin lugar a dudas algunos aspectos del pensamiento de Beck y de Lipovetsky parecen ser útiles en ese sentido. Pero, por otro lado, se pretende mostrar que la obra de Max Weber aún es vigente y pudiera ayudar a hacer una caracterización del individuo moderno, inclusive con mayor precisión que estos dos pensadores contemporáneos.

La exposición que sigue posee la misma estructura que el capítulo precedente: primero, se anotan las consideraciones del autor respecto a la modernidad y en seguida la situación del individuo. Después se hacen observaciones en relación con la propuesta de los autores, comparándola con la de Max Weber y resaltando aquellos aspectos que resulten relevantes para completar un esquema que permita caracterizar al individuo moderno contemporáneo.

4.1. ULRICH BECK: LA SOCIEDAD DEL RIESGO

En algunos de sus principales textos, este autor busca establecer que a partir de la segunda mitad del siglo XX se configuró una nueva época, la cual es diferente a la de la sociedad industrial. Beck llama a esta nueva sociedad *la sociedad del riesgo*, que se caracteriza principalmente por la existencia constante de riesgos generados por la sociedad industrial. Según este autor, en esta etapa histórica el

peligro es lo que borra aquellos contornos políticos y sociales de la primera modernidad; al mismo tiempo, es causa de la pérdida de certidumbres ante los efectos de la misma sociedad industrial.

Uno de los principales argumentos de este autor consiste en afirmar que los cambios ocurridos después de la década de los años cincuenta han sido imperceptibles para el conocimiento científico generado en la primera modernidad, lo cual ha ocasionado que ante esos cambios societarios, la ciencia tanto natural como social, así como los gobiernos, se vean impedidos para generar explicaciones acerca de dichos cambios, y al mismo tiempo, no logren sugerir alternativas de solución ante los nuevos peligros de esta etapa histórica.

El argumento central de este autor consiste en afirmar que en la segunda etapa de la modernidad existe un proceso de modernización reflexiva, el cual surge debido a que la lógica del reparto social de la riqueza es sustituida por la repartición social de los riesgos generados de manera técnico-científica. Este reparto surge, según Beck, ahí donde los Estados han podido erradicar casi por completo la miseria, por lo que al aumentar el crecimiento económico con base en la ciencia y la técnica, se han liberado los riesgos y las auto-amenazas. Así:

El proceso de modernización se vuelve *reflexivo*, se toma a sí mismo como tema y problema. Las cuestiones del desarrollo y de la aplicación de tecnologías (en el ámbito de la naturaleza, la sociedad y la personalidad) son sustituidas por cuestiones de la <<gestión>> política y científica (administración, descubrimiento, inclusión, evitación y ocultación) de los riesgos de tecnologías a aplicar actual o potencialmente en relación a horizontes de relevancia a definir especialmente. La promesa de seguridad crece con los riesgos y ha de ser ratificada una y otra vez frente a una opinión pública alerta y crítica mediante intervenciones cosméticas o reales en el desarrollo técnico- económico. (Beck, 1998, 26)

Los riesgos a los que Beck se refiere tienen que ver con los efectos secundarios generados principalmente en la naturaleza, a consecuencia del aumento de la producción de riqueza: contaminación atmosférica, peligros nucleares, sustancias tóxicas en los alimentos, etcétera. Lo característico de estos riesgos es que no son perceptibles a través de los sentidos, pero también la

ciencia se ve incapaz de detectarlos inmediatamente, por lo que ella los percibe cuando han hecho ya daño. De esta manera:

En el proceso de modernización quedan liberadas cada vez más fuerzas *destructivas*, y esto en una medida ante la que la inteligencia humana queda perpleja. Ambas fuentes nutren una creciente crítica de la modernización que determina ruidosa y conflictivamente las discusiones públicas... Argumentando sistemáticamente desde el punto de vista de la historia social, en la continuidad en los procesos de modernización más tarde o más temprano comienzan a solaparse las situaciones y conflictos sociales de una sociedad <<repartidora de riqueza>> con las de una sociedad <<repartidora de riesgos>> (*Ibíd.*: 27)

La manera en que el autor busca demostrar que existe un cambio de etapa histórica es desarrollando algunas tesis, con las que establece que la sociedad contemporánea se caracteriza por ser una *sociedad del riesgo*, la cual es producto de una modernización reflexiva. De manera general, lo que Ulrich Beck argumenta en el hilo del desarrollo de estas tesis, es que el Estado de bienestar, con sus acciones para elevar el nivel de vida de la población, genera, por un lado, la aparición de riesgos naturales y sociales debido a la alta industrialización. Pero por otro lado, se borran los contornos sociales de la primera modernidad; esto es, las diferencias de las clases y capas sociales desaparecen.

Este último argumento se debe a que la división de clases sociales de la sociedad industrial debíase a la manera en que se llevaba a cabo la repartición de la riqueza, pero en la sociedad del riesgo, el reparto de los peligros generados por la industrialización se realiza de manera “democrática”, es decir para todos por igual.

Así, para este autor, con respecto al término sociedad del riesgo, queda planteado que:

Este concepto designa una fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial. En este concepto se pueden distinguir dos fases: en primer lugar un estadio en el que los efectos y autoamenazas son producidas de forma sistemática,

pero no se convierten en temas de debate público o en el centro de conflictos políticos... En segundo lugar, surge una situación completamente distinta cuando los peligros de la sociedad industrial comienzan a dominar los debates y conflictos públicos y privados. Aquí las instituciones de la sociedad industrial se convierten en los productores y legitimadores de amenazas que no pueden controlar. (Beck, 1997: 18)

Al mismo tiempo, cuando la sociedad es consciente de los riesgos que se han generado por la alta industrialización, surge la reflexividad que tiene que ver: en primer lugar, con la forma en que se piensa a la ciencia y a la tecnología desde sus propios ámbitos de creación. Por el otro lado, los daños causados a la naturaleza entran en los debates tanto de la opinión pública como en los de la política. De esta manera, surge lo que Beck denomina como socialización de la naturaleza, lo que significa que en la sociedad del riesgo, la naturaleza ya no es vista únicamente como algo de lo que es posible aprovecharse para satisfacer las principales necesidades. En la etapa contemporánea, la naturaleza ya es vista como parte de la sociedad y no como algo separado.

En este sentido, para Beck modernización reflexiva tiene que ver con el término reflexividad:

Llamaremos a la transición autónoma, no deseada y no percibida desde la sociedad industrial a la sociedad de riesgo *reflexividad*... Por lo tanto <<modernización reflexiva>> es autoconfrontación con aquellos efectos de la sociedad del riesgo que no pueden ser tratados y asimilados dentro del sistema de la sociedad industrial, en tanto que medidos por los estándares institucionalizados de esta última. El hecho de que esta misma constelación pueda posteriormente, en una segunda fase, convertirse a su vez en objeto de reflexión (pública, política y científica) no debe velar el mecanismo no reflexionado, casi autónomo de la transición: es precisamente la abstracción lo que produce la sociedad del riesgo y le confiere realidad. (*Ibíd.* 19)

Esto sugiere que la modernidad reflexiva implica una etapa histórica en la que los riesgos de la sociedad industrial son debatidos y confrontados una vez que han tenido consecuencias que no habían sido previstas. Además, el curso de

acción en los ámbitos político, científico y social está permeado por esta reflexión constante en la que predomina tanto la minimización, como la elusión de posibles riesgos. Esta idea puede ponerse en suspenso, puesto que si bien existe un discurso reiterativo desde el ámbito científico y político, en relación con el hecho de evitar riesgos (contaminación ambiental, alimenticia, enfermedades ocasionadas por productos químicos, pérdida del equilibrio ecológico) también es claro que dicha consideración está casi exclusivamente en el discurso, debido a que la prevención y limitación de los peligros ambientales no es combatida por completo desde las legislaciones o desde la ciencia aplicada a la tecnología. Más bien podría considerarse que uno de los principales rasgos de la modernización reflexiva consiste en el conocimiento de tales riesgos y en la certeza de que son la causa de un sinnúmero de problemas ambientales y sociales, debido a la elevada industrialización²².

Sin embargo esa conciencia de la existencia de riesgos debido a la alta industrialización, aquello a lo que Beck se refiere como reflexividad, sí tiene consecuencias en el individuo contemporáneo, no en el sentido de convertirlo en un ser reflexivo; más bien, en las consecuencias del reparto social de los riesgos, puesto que en la actual etapa histórica surgen situaciones que, desde la perspectiva de Beck, transforman la situación del individuo en relación con los elementos de la modernidad.

4.1.2. El individuo en la sociedad del riesgo

Para Beck, el tránsito de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo implica un cambio en el proceso de individualización porque existen cambios fundamentales en tres áreas de referencia: 1) La relación de la sociedad industrial con los recursos de la naturaleza y la cultura sobre cuya existencia se construye dicha sociedad; 2) La relación de las amenazas y problemas producidos por ella, que exceden los fundamentos de las ideas sociales de seguridad, por lo que los supuestos del orden social resultan socavados una vez que se toma conciencia de

²² Un ejemplo sería el largo periodo de tiempo en el que los Estados Unidos no firmaron el Protocolo de Kioto, bajo el argumento de la baja productividad industrial que eso ocasionaría para sus grupos de industriales.

los riesgos; y 3) Las fuentes de significación colectiva de grupos (conciencia de clase, fe en el progreso, etcétera) de la sociedad industrial están sufriendo un agotamiento, así como quiebra y desencantamiento, por lo que su pérdida hace recaer sobre los hombros de los individuos todo esfuerzo de definición. Esto último es lo que ocasiona el cambio del proceso de individualización, en el cual los individuos se liberan de la sociedad industrial para instalarse en la sociedad del riesgo.

Para Beck, este nuevo proceso de individualización es completamente diferente al de la primera modernidad; para él, este fenómeno contemporáneo de la segunda modernidad no puede ser percibido con las categorías sociológicas generadas en la primera; específicamente argumenta que la categorías de clases sociales desarrollada por Karl Marx y la de estamento definida por Weber no pueden dar cuenta de los nuevos cambios societarios; es decir, no permiten analizar la forma en que la individualización contemporánea se ve institucionalizada; por lo tanto, denomina a estas categorías sociológicas como “zombies”, porque considera que son “muertas-vivas” o vivientes; esto es, que siguen siendo utilizadas, a pesar de que ya no permiten analizar los fenómenos contemporáneos con respecto al proceso de individualización.

Por otro lado, Beck afirma que las amenazas y riesgos de la sociedad contemporánea quedan ocultos por los riesgos e inseguridades sociales biográficas y culturales, mismas que en la modernidad avanzada han transformado la estructura social de las sociedades avanzadas, puesto que las situaciones que tiene que afrontar el individuo se le presentan como cuestiones de elección personal y no como resultado de situaciones ajenas a él; sumado a este supuesto, el autor afirma que:

En el umbral del siglo XXI, el proceso de modernización desencadenado no sólo ha sobrepasado la suposición de una naturaleza contrapuesta a la sociedad, sino que también ha desmoronado el sistema intrasocial de coordenadas propio de la sociedad industrial: su comprensión de la ciencia y de la técnica, los ejes entre los que se extiende la vida de las personas: la familia y el trabajo, el reparto y la separación de la política legitimada

democráticamente y de la subpolítica (en relación a la economía, la ciencia y la técnica). (Beck, 1998: 95)

Desde la perspectiva de Beck, el hecho de que en la segunda parte de la modernidad el proceso de individuación haya sufrido cambios drásticos es consecuencia directa del Estado de Bienestar y de las instituciones sociales de la actual etapa histórica. Esto se genera como consecuencia de que el Estado amplíe el sistema de seguridad social, por lo que según este autor, las biografías de los individuos se institucionalizan de tal manera que las situaciones sistémicas son percibidas de manera biográfica y ya no desde la perspectiva de clase, estamento o capa social.

Lo anterior es consecuencia de que en las sociedades contemporáneas las instituciones orientan las biografías de los individuos hacia modelos de “hágalo usted mismo”; por lo tanto, se está dando una desintegración de las formas sociales tradicionales, tales como clase, estatus, familia, educación, roles de género, trabajo, etc. Como consecuencia de ello, en las sociedades contemporáneas surgen nuevas relaciones institucionales y sociales:

En las sociedades modernas los individuos se enfrentan a nuevas exigencias, controles y constricciones. A través del mercado laboral, el Estado de bienestar y las instituciones, la gente entra en una red hecha de regulaciones, condiciones, salvedades... Desde el derecho a la pensión hasta la protección que ofrecen las compañías aseguradoras, pasando por las becas de estudio y los tipos impositivos, todas estas cosas son sendos puntos de referencia institucionales que marcan el horizonte dentro del cual deben tener lugar el pensamiento, la planificación y la acción de nuestros días (Beck, 2003: 39)

Según Beck, este tipo de orientaciones son consecuencia de que el Estado fomenta estilos de vida relacionados con el Ego, lo cual va en detrimento de la cohesión familiar:

La mayor parte de los derechos que el Estado de bienestar tiene que garantizar más para los individuos que para las familias. En muchos casos presuponen tener un empleo (o, en el caso de los desempleados la voluntad de trabajar). El empleo, a su vez, implica educación, y ambas cosas presuponen movilidad o voluntad de

moverse. A tenor de todos estos requisitos, los individuos no son tan impelidos como perentoriamente invitados a constituirse en individuos; a planificarse, entenderse, concebirse y actuar como individuos o en caso de “fracasar”, a yacer como individuos en la cama que se han hecho para sí mismos. El Estado de bienestar es, en este sentido, un aparato experimental para fomentar estilos de vida relacionados con el ego. El bien común puede ser perfectamente inoculado en los corazones de la gente como una vacuna obligatoria, pero el réquiem por el sentido comunitario perdido que se está entonando en público una vez más delatará una lengua viperina, una doble moral, mientras el mecanismo de la individualización siga intacto y nadie desee ni pueda ponerlo en tela de juicio. (*Ibíd.*: 41)

En este sentido, según Beck, el individuo tiene que hacer frente a las situaciones generadas por las instituciones de manera personal:

A medida que se amplía la gama de opciones y que aumenta la necesidad de decidir entre ellas, se hace mayor la necesidad de acciones realizadas individualmente, de ajustes, coordinación, integración. Para no fracasar los individuos deben de ser capaces de planificar a largo plazo, de adaptarse al cambio, de organizarse, improvisar, fijar metas, reconocer los obstáculos, aceptar las derrotas e intentar nuevas salidas. Necesitan iniciativa, tenacidad, flexibilidad y paciencia ante los fracasos. (*Ibíd.*: 43)

Uno de los argumentos de Beck es que en la etapa contemporánea, tanto ricos como pobres experimentan los efectos del mercado de educación y empleo de la misma manera; esto es, desde una perspectiva biográfica y no desde una situación específica de clase, por lo que los triunfos y los fracasos son pensados como consecuencia de elecciones personales y no como efectos de las instituciones políticas y económicas.

La manera en que el autor justifica lo anterior es afirmando que:

Sobre el trasfondo de un estándar material de vida relativamente alto y de unas seguridades sociales muy avanzadas, los seres humanos fueron desprendidos... de las condiciones tradicionales de clase y de las referencias de aprovisionamiento de la familia y remitidos a sí mismos y a su destino laboral individual con todos los riesgos, oportunidades y contradicciones... Para los seres

humanos, el ingreso en el mercado de trabajo va unido siempre a liberaciones respecto de los lazos familiares, vecinales y profesionales, así como respecto de lazos con una cultura y un paisaje regionales. (Beck, 1998: 96)

En este sentido, acerca de la individualización en la sociedad del riesgo, Beck insiste en demostrar que los contornos de la estructura social se han transformado; por lo tanto, para él existe una sociedad “más allá de las clases y de las capas”. Esto ha ocasionado que los individuos se vean desarraigados de los lazos tradicionales en relación a la familia y la comunidad, lo cual ha sido originado porque con las acciones del Estado social, la sociedad sufre el “efecto ascensor”, que implica el mejoramiento de las condiciones de vida de los individuos. A su vez, esto ocasiona la pérdida de los vínculos de identidad y de clase de la sociedad industrial:

Por una parte, las relaciones de la desigualdad social han permanecido *constantes* en el desarrollo de la posguerra... Por otra parte, han cambiado radicalmente las condiciones de vida de la población. La peculiaridad del desarrollo de la estructura social... es el *efecto ascensor*: la <<sociedad de clases>> es llevada en conjunto un piso más arriba. Pese a todas las desigualdades que se mantienen, o que aparecen por primera vez, hay un *plus colectivo* de ingresos, educación, movilidad, derecho, ciencia, consumo de masas. Como consecuencia se reducen o disuelven las identidades y vinculaciones subculturales de clase. Al mismo tiempo se pone en marcha un proceso de individualización y diversificación de las situaciones y estilos de vida que no respeta el modelo jerárquico de las clases y capas sociales y lo pone en cuestión en su contenido de realidad. (*Ibíd.*: 102)

La forma en que el autor sustenta lo anterior es indicando que con el aumento de bienestar social (mayor ingreso, salud, educación) en la etapa de la posguerra, existió una generalizada movilidad social ascendente, por lo que la educación elegida de la gente, así como el ingreso obtenido por la profesión ocasionaron que los individuos vivieran los efectos de esta movilidad como un destino personal.

Según Beck, la educación ha sido uno de los elementos más importantes para la individualización en la modernidad contemporánea, porque las formas tradicionales de vivir son relativizadas y sustituidas por formas de enseñanza-aprendizaje, lo que trae como consecuencia que los individuos entren en procesos de búsqueda de sí mismos; así, las relaciones sociales tradicionales de la primera modernidad van perdiendo contenido. Al mismo tiempo, la educación es parte del proceso de institucionalización de la individualización, porque es parte de la selección que forma parte del ascenso social para los individuos:

La educación va unida a la selección y exige, por tanto, orientaciones para el ascenso individual que son operantes incluso donde el <<ascenso mediante la educación>> es una ilusión y la educación es transformada en un medio necesario contra el descenso y es devaluado... Finalmente, los procesos educativos formalizados solo pueden ser cursados a través del <<canal individualizador>> de exámenes y tests, que a su vez abren posibilidades de acceso a títulos educativos y carreras laborales individualizadas. (*Ibíd.*: 107)

Según Beck, todos estos cambios ocasionados por la movilidad social ascendente, son los que quiebran las estructuras sociales de la primera modernidad, por lo que permiten el surgimiento de la individualización en la etapa contemporánea; en palabras de Beck:

Esta es la dinámica del proceso de individualización, que en colaboración de todos los componentes mencionados (más tiempo libre, más dinero, movilidad, educación etc.) desarrolla su intensidad de cambio de estructura y quiebra los nexos de clase y familia. (*Ibíd.*: 108)

4.1.3. Las categorías de la sociología clásica y el nuevo tipo de individuación

Ahora bien, como Beck argumenta que el proceso de individualización se ha transformado de forma sumamente significativa, considera que este fenómeno ya no puede ser analizado con algunas categorías de la sociología clásica, y piensa que su uso resulta infructuoso a pesar de que en la investigación tales categorías sigan siendo utilizadas, por lo que argumenta que:

Tanto para el teórico marxista de las clases como para el investigador de las capas no ha cambiado nada esencial. Las distancias en las jerarquías de ingresos y las determinaciones fundamentales del trabajo asalariado siguen iguales. Por otra parte para la actuación de la gente la vinculación a clases sociales pasa peculiarmente a segundo plano. Decaen los entornos sociales marcados estamentalmente y las formas de vida propias de la cultura de clase. Surgen formas y situaciones de existencia de tendencia individualizada, las cuales obligan a las personas a hacer de sí mismas el centro de sus propios planes de vida y de su propio estilo de vida... La dinámica del mercado regulado por el Estado social ha reducido o disuelto las clases sociales *en* el capitalismo. (Ibíd.: 96-97)

Así, afirma que específicamente las tesis de Marx y Weber ya no pueden explicar la conformación de la sociedad contemporánea. Aquí interesa especialmente el debate que desarrolla en contra de los postulados de Weber; afirma que sus aspectos referentes a la conformación de clases sociales sólo tienen validez en la primera mitad del siglo XX, pero que son inaplicables a partir de la década de los años cincuenta:

Esto vale para el desarrollo de los años cincuenta; pero *ya no vale para el desarrollo posterior hasta el presente*. Aquí comienza a quebrarse la compleja y lábil unidad de una <<comunidad mediada por el mercado>> y acuñada estamentalmente que Max Weber resumió en el concepto de <<clases sociales>>. Sus diversos elementos (la situación material mediada a través de oportunidades específicas de mercado, la operatividad de tradiciones y estilos de vida <<tardo-estamentales>> y la conciencia vivida de esta unidad en condiciones comunes y redes de contacto) son disueltos o transformados hasta resultar irreconocibles por las crecientes dependencias educativas, las imposiciones y oportunidades para la movilidad, la extensión de las relaciones de competencia, etc. (Ibíd.: 112)

La forma en que intenta demostrar tal inaplicabilidad de las tesis weberianas es afirmando que:

Con la reforma educativa crece por doquier la *dependencia respecto de la educación*. Grupos cada vez más amplios caen en la

resaca de la aspiración educativa. Al hilo de esta creciente dependencia educativa surgen nuevas diferencias *interiores*, que, aunque acogen líneas de entornos antiguas, tradicionales, se diferencian esencialmente de éstas por estar mediadas a través de la educación. (*Ibíd.*: 113)

Además, con respecto a las relaciones sociales contemporáneas señala que las personas pueden elegir con quiénes se pueden entablar lazos de amistad y de vecindad, a diferencia de la primera fase de la modernidad, que fue la que analizó Max Weber:

En lugar de las formas de residencia que van más allá de las familias y que se basan fuertemente en el municipio aparecen las modernas poblaciones en ciudades grandes y pequeñas con su típica composición social mixta y sus relaciones de vecindad mucho más flojas. Se quiebra así la vecindad dada, y las relaciones sociales y las redes de contacto emergentes han de ser producidas y conservadas *individualmente*. Esto puede significar <<ausencia de relaciones>> aislamiento social; pero también *redes* de relaciones de vecindad y de amistad elegidas y construidas por uno mismo. (*Ibíd.*: 113)

El fenómeno anterior ocasiona que en la actual etapa de la modernidad surjan nuevos aspectos de la esfera privada; esta se libera de las formas jurídicas y políticas debido a formas históricamente emergentes, por lo que las nuevas relaciones que van surgiendo sufren un “privatismo”, lo cual da paso al surgimiento de nuevas identidades que no están reguladas desde el punto de vista político.

Otro de los aspectos de la modernidad contemporánea que analiza este autor para demostrar la inaplicabilidad de los postulados de Weber, es el que se refiere al individualismo incrementado por el sistema educativo y la adquisición de los títulos académicos; para Beck:

A la vista de la oferta en títulos y de la escasez de puestos de trabajo, tiene lugar una *paradójica desvalorización y revalorización* de los diplomas. *Sin* título educativo, las oportunidades laborales son casi nulas. *Con* él, solo se obtiene el derecho a participar en la concesión de oportunidades laborales, pero no puestos de trabajo. Por una parte, los títulos educativos son cada vez menos *suficientes* para asegurar la existencia profesional, y por tanto son

desvalorizados. Por otra parte esos mismos títulos se vuelven *cada vez más necesarios* para poder participar en la lucha por los escasos puestos de trabajo, y por tanto son revalorizados. (*Ibíd.*: 113 – 114)

Así, con los argumentos anteriores, Beck trata de demostrar que la configuración de la sociedad contemporánea ya no puede ser analizada con los supuestos de la sociología clásica, específicamente de Weber y de Marx, por lo que asegura que:

Los dos grandes <<diques>> que en la perspectiva de Marx y Weber atrapan las tendencias de liberación y de individualización operantes en la sociedad del mercado desarrollada (formación de clases mediante la pauperización o mediante la comunitarización estamental) se vienen abajo con el desarrollo del Estado de bienestar. La consecuencia es que el pensamiento y la investigación con las categorías tradicionales de grupos grandes (estamentos, clases o capas) se vuelven cuestionables. (*Ibíd.*: 114)

4.1.4. Nuevas situaciones laborales y ruptura de contornos sociales

Desde la óptica de Beck, las principales categorías que fueron creadas en la primera modernidad son insuficientes para el análisis e investigación social en la época contemporánea. Para reforzar este punto de vista desarrolla la siguiente tesis:

Esta tendencia a la <<ausencia de clases>> en la desigualdad social se manifiesta ejemplarmente en el reparto del desempleo masivo. Por una parte se incrementa la proporción de parados de larga duración y el número de los que llevan apartados mucho tiempo del mercado laboral o ni siquiera han entrado en él... La agudización y la individualización de las desigualdades sociales se entrelazan. Como consecuencia, los problemas del sistema son transformados y desmontados políticamente como fracaso personal. En las formas *destradicionalizadas* de vida surge una *nueva inmediatez de individuo y sociedad*, la inmediatez de la crisis y de la enfermedad, en el sentido de que las crisis individuales y en su sociabilidad ya solo pueden ser percibidas de una manera muy condicionada y mediada. (*Ibíd.*: 97)

Respecto a esto último, Beck afirma que en la época actual el desempleo juega un papel muy importante, por la razón de que en la etapa histórica contemporánea la forma en que se lleva a cabo la repartición de éste sigue la misma lógica del reparto de riesgos, esto es, todas las clases sociales están expuestas a él; incluso Beck asegura que en la era actual es parte de la biografía de los individuos el haber estado desempleado. También afirma que la situación del paro afecta constantemente a un mismo individuo a lo largo de toda su vida, no importando su adscripción a una determinada situación estamental o de clase. Así, las situaciones de desempleo son experimentadas por los individuos en términos biográficos:

Allí donde el desempleo resta de hecho pasajero es repartido sobre muchos hombros, ya no afecta con toda su dureza a una clase, sino que es democratizado en cierto sentido. Tampoco <<los de arriba>> están ahora seguros ante él...A ello corresponde un modelo concreto de reparto biográfico. Lo que antes fue asignado como destino de grupo hoy es repartido de una manera transversal biográficamente (con muchas limitaciones) Dicho esquemáticamente: los contrastes de la desigualdad social reaparecen como contrastes entre periodos de vida *dentro* de una biografía. (*Ibíd.*: 121)

Las principales consecuencias de lo anterior, según Beck, son que la situación de la desigualdad sigue una lógica diferente a la de la primera modernidad, por lo que ya no puede ser pensada en términos de estatus social. Según este autor, lo que se encuentra en la base de las nuevas situaciones de desigualdad es el sentido del trabajo y lo que se considera como una vida plena. Estos elementos compiten con el sentido de la seguridad económica y del estatus:

Las nuevas desigualdades sociales se reducen en parte en un horizonte de expectativa socioculturalmente diferente que ya no comparte por completo las evidencias de un pensamiento de ascenso basado en el estatus y en los ingresos y que en última instancia está en la base de la constatación de la desigualdad social. Aquí, pretensiones de contenido en relación al <<contenido del trabajo>>, a su provecho social, a lo que se llama una <<vida

plena>>, compiten con los valores de las seguridades económicas.

(*Ibíd.*: 122)

De esta manera para, Ulrich Beck el individualismo de la época contemporánea se caracteriza porque con los cambios societarios del Estado de bienestar, se configuran nuevas formas de socialidad en donde el individuo ya no se siente comprometido con las exigencias de clase o estatus de la primera modernidad.

4.1.5. La idea de una vida plena

La situación descrita en el apartado anterior ocasiona el surgimiento de nuevos ideales en los individuos, principalmente, la búsqueda de una autorrealización o de la expresión y desarrollo de las propias características personales, esto es, surge en los individuos el anhelo de vivir la propia vida. A la manera en que este ideal social es parte del nuevo tipo de individualismo la argumenta Beck de la siguiente forma:

Estamos viviendo una época en la que el orden social del Estado nacional, la clase, la etnicidad y la familia tradicional están en declive. La ética de la realización personal es la corriente más poderosa de la sociedad moderna. El ser humano elegidor, decididor y configurador que aspira a ser el autor de su propia vida y el creador de una identidad individual se ha convertido en el protagonista de nuestro tiempo. Es la causa fundamental de los cambios producidos en la familia y de la revolución global del género en relación con el trabajo y la política. Cualquier intento por dar un nuevo sentido a la cohesión social debe comenzar por el reconocimiento de que el individualismo, la diversidad y el escepticismo se han introducido con fuerza en la cultura occidental (Beck, 2003: 70)

El surgimiento de este ideal puede explicarse, según Beck, por el grado de diferenciación social aparecido en la segunda modernidad; desde su punto de vista, en la actual etapa surgen distintas esferas funcionales en las que el individuo participa de manera fragmentada. Cada una de éstas no puede solaparse con ninguna de las otras; por lo tanto, existe un individuo fragmentado

que lucha constantemente contra el peligro de que su propia vida pueda “resquebrajarse”, porque su participación en la sociedad se da en porciones: como conductor, contribuyente, estudiante, consumidor, etc.

Vivir la propia vida significa que las biografías son electivas y en ellas siempre existe el riesgo de que todo lo logrado individualmente se venga abajo. A su vez, esto ocasiona que los fracasos sistémicos sean transformados en fracasos personales, por lo que surgen como elementos constitutivos de la individualización la angustia, los sentimientos de culpa y la neurosis.

Además, para Beck una de las características de este individualismo contemporáneo es que existe una globalización de la biografía, la cual indica que los individuos ya no se encuentran ligados a un solo lugar como consecuencia de que en la era actual los individuos tienen que trasladarse a lugares muy lejanos para realizar el trabajo elegido por ellos. Pero también, eso es consecuencia de la existencia de los medios de comunicación, principalmente la televisión y la Internet. Así, surge en la actual etapa una pertenencia a múltiples lugares y espacios, que va más allá del vecindario y la comunidad.

4.1.6. Estandarización de los modelos biográficos

Por otra parte, según Beck el individualismo de la segunda modernidad, con sus características anotadas (disolución de clases y estamentos, pérdida de relaciones tradicionales, reparto masivo del desempleo, surgimiento del ideal de autorrealización, etc.), se debe a la estandarización de las condiciones de vida y de los modelos biográficos por parte de las instituciones; esto es, para este autor, la individualización de la actual modernidad obedece a una nueva forma de socialización surgida de las instituciones, principalmente, por el Estado de bienestar, el mercado de educación y el de empleo.

El autor sustenta lo anterior argumentando que:

Ya no se produce una integración social en el ámbito de la reproducción. Por decirlo muy esquemáticamente, las clases sociales ya no cumplen la función de grupos de estatus, ni el marco estable de integración de la familia marca los vínculos sociales de clase. *El propio individuo se convierte en la unidad de reproducción*

vital de lo social. O dicho de otro modo, se desintegra la familia como <<penúltima>> síntesis de las condiciones y formas de vida entre generaciones y sexos, de modo que los individuos, fuera y dentro de la familia, se convierten en sujetos de subsistencia, mediada por el mercado, y de su organización y planificación biográfica. (*Ibíd.*: 166)

Beck sugiere pues que con las condiciones generadas por el Estado de bienestar y el mercado de empleo y de educación, los modelos de vida de los individuos se estandarizan de tal manera que la familia ya no puede ser el soporte de la estructura social; más bien, la estructura social se reproduce desde el propio individuo, el cual, a través de sus elecciones personales (educación académica, tipo de empleo) y al mismo tiempo afrontando las posibles consecuencias de las mismas, es el que lleva a cabo la reproducción social; esto lo hace, evidentemente siguiendo las pautas marcadas por las directrices del mercado, por lo que:

Esa diferenciación de <<condiciones individuales>> conlleva así mismo una estandarización muy acusada. Dicho exactamente: *precisamente los medios que ocasionan una individualización determinan a su vez una estandarización.* Esto tiene vigencia, en distintas formas según los casos, para el mercado, el dinero, el derecho, la movilidad, la cultura, etc. Las condiciones individuales originadas son cada vez más *dependientes del mercado (de trabajo).* Por así decirlo son el perfeccionamiento de la dependencia del mercado que afecta a todos los hilos (de la seguridad) de la existencia; son su último resultado en el Estado de bienestar. (*Ibíd.*: 166 -167)

Además:

La simultaneidad de la individualización, institucionalización y estandarización no da cuenta suficientemente de las condiciones individuales originadas. Estas afectan también a otro campo nuevo. *Abarcan los ámbitos disociados de la privacidad y de las distintas esferas de lo público;* ya no son sólo condiciones privadas sino también institucionales. Presentan el doble aspecto contradictorio de ser *condiciones individuales dependientes de las instituciones.* Lo que aparece más allá, las instituciones, se convierten en el más acá de la biografía individual. Este sector de las condiciones de vida que marcan los límites institucionales se origina precisamente

a partir de sus dependencia de las instituciones (en el sentido amplio): los individuos emancipados devienen dependientes del mercado de trabajo y así se hacen dependientes en educación, en consumo, así dependientes de las regulaciones normativas y de las previsiones, de las reglas de tráfico, de las ofertas de consumo, de las posibilidades y modas en los campos, médico, psicológico y pedagógico. (*Ibídem*)

Entonces, puede entenderse que según Ulrich Beck, en la modernidad contemporánea las situaciones de individualización son estandarizadas por el mercado de empleo, de educación y de consumo. Según él, las situaciones bajo las que el individuo realiza sus elecciones personales (carrera profesional, tipo de empleo y bienes de consumo) son generadas por las ofertas reales existentes. Pero la caída en el desempleo, el no poder adquirir determinados bienes, así como el no desarrollar un tipo de ocupación elegido, son percibidos como fracasos individuales, ante lo cual los lazos tradicionales de clases y estatus ya no permiten certezas biográficas de educación y empleo para los individuos; estas tienen que ser adquiridas de manera personal.

4.1.7. Nuevas formas de política

Por otro lado, una de las características de la segunda modernidad, según Beck, consiste en la emergencia de una “autocultura”, la cual es característica de la estructura social de esta etapa histórica y es entendida como:

Reconocimiento del yo (indeterminación del yo y de los conflictos, crisis y oportunidades del desarrollo resultantes) y vinculación de los individuos orientados hacia el yo los unos con y contra los otros. La autocultura denota así... la compulsión, el placer, la compulsión de vivir una vida propia insegura y de coordinarla con las vidas distintivas de otras personas. (Beck, 2003: 99)

Las características de esta autocultura son, en primer lugar, la creación de estilos de vida estéticos, en los cuales el individuo busca generar una imagen propia, de convertir a la figura personal en una obra de arte. La segunda es la conciencia de la libertad, esto es, la búsqueda del desarrollo de sus propias capacidades más allá de las constricciones sociales (iglesia, familia, sindicato) y

en tercer lugar, está la característica de la autoorganización para la orientación de la acción no únicamente hacia las urnas. Así la autocultura, según Beck, no tiene nada que ver con la emancipación; más bien, según este sociólogo alemán, “La autocultura no significa el <<ni... ni>> sino una cultura del <<no sólo... sino también>>” (*Ibíd.*:112)

Para Ulrich Beck, la autocultura como rasgo de los cambios en el individualismo de la segunda modernidad se refleja principalmente en la generación joven, la cual es considerada por este autor como la de los “hijos de la libertad” y se caracteriza principalmente por que éstos no buscan participar en la política a través de las formas partido o sindicato. Lo significativo de estos jóvenes es buscar lo lúdico, el vivir la propia vida, pero no de una manera egoísta, sino a través del altruismo: “Pensar en uno mismo y vivir para los demás” (*Ibíd.*:280)

Todo esto origina que en la sociedad contemporánea ya las instituciones como el gobierno y la familia (como aseguradora de la adscripción a una clase o estamento), los partidos políticos y los sindicatos, no sean garantes de la identidad individual. Esto da pie a que se configuren nuevos movimientos identitarios y de búsqueda de realización de objetivos personales, los cuales ya no están inmersos en dichas instituciones; por el contrario, lo que aparece en la segunda modernidad es una organización que ya no se basa en los medios institucionales de la primera. Así:

Las instituciones sociales (los partidos políticos, los sindicatos, los gobiernos, etc.) *se convierten en conservadores de una realidad social que hay cada vez menos*. Mientras que las imágenes de vida de clase, familia, profesión, hombre, mujer, pierden contenido de realidad y fuerza de futuro, las “instituciones de asesoramiento” las conservan y las hacen valer frente a desarrollos y orientaciones “divergentes”. (Beck, 1998: 128)

Ante este panorama se da lo que Beck denomina como la subpolítica, en donde lo individual emerge ante lo social y político, por lo que se da un rediseño de la sociedad por grupos que no pertenecen de manera directa a la política, pero a los cuales se les permite tomar decisiones:

La subpolítica, por lo tanto significa configurar la sociedad *desde abajo*. Visto desde arriba, esto tiene como consecuencia la pérdida

de capacidad implementativa, la retracción y minimización de la política. Como consecuencia de la subpolitización grupos que hasta ahora no estaban implicados en el proceso de tecnificación e industrialización (grupos ciudadanos, la opinión pública, los movimientos sociales, los grupos de expertos, los trabajadores en su lugar de trabajo) tienen cada vez más oportunidades de tener voz y participación en la organización de la sociedad... Estas son las condiciones en las que los diversos grupos y niveles de decisión y participación movilizan los medios del estado constitucional unos contra otros. Esto no ocurre únicamente en la confrontación de instituciones y grupos ciudadanos, sino también en los conflictos de la política nacional y local, entre una administración con motivaciones ecologistas y los viejos cuadros gestores industriales, etc. (Beck, 1997: 39)

Esto ocasiona que surja lo que Beck denomina como la política de la política, esto es, la política orientada a la modificación de reglas, en donde las reglas del juego de la política de la sociedad industrial son cambiadas por los grupos que anteriormente no tenían participación en ella, aunque continúa existiendo la política dirigida por reglas, pero sus representantes son vistos, en palabras de Beck, como “leones sin jaula en un zoológico”.

4.1.8. ¿Un nuevo? proceso de individualización en la ¿segunda modernidad?

Si se examinan cuidadosamente los argumentos de Ulrich Beck anotados más arriba, tanto en lo que se refiere a “la sociedad del riesgo” como al proceso de individualización en la segunda modernidad, se puede observar que lo que el sociólogo alemán lleva a cabo principalmente es un diagnóstico sobre la situación de los países desarrollados occidentales. Lo interesante de esto es que el autor reiterativamente hace referencia a que él está introduciendo nuevos elementos de tipo conceptual para poder mostrar la diferencia entre la primera y la segunda modernidad. Al mismo tiempo, considera que sus argumentos constituyen una nueva forma de generar conocimiento sociológico, basado en los cambios societarios ocurridos a partir de la segunda mitad del siglo XX. Esto implicaría que considera que está creando una nueva perspectiva teórica dentro de la sociología.

Para poder entender la diferencia entre una teoría y un diagnóstico sociológico, se puede atender a lo que Lidia Girola (2005) considera al respecto. Ella establece que:

Una teoría es toda formulación de alto nivel de generalidad compuesta de categorías y conceptos que permiten abordar el estudio de la realidad, tanto globalmente como en sus distintos aspectos y que brinda por lo tanto, un esquema metodológico y un marco de referencia epistemológico, en la medida en que define tanto el objeto, como el método, como los criterios de objetividad y validez del conocimiento logrado a través de ella. (Girola, 2005: 16)

A diferencia de la teoría sociológica...

Un diagnóstico, por su parte, es sobre todo una descripción característica y diferencial de los signos que constituyen a una cosa, ya sea un a especie, una enfermedad o un proceso. Todo diagnóstico tiene dos aspectos: por un lado una caracterización de los aspectos y factores distintivos del proceso o fenómeno en cuestión, lo que puede implicar la necesidad de comparación con otros, y la definición de lo que se considera semejante o diferente. Por otro lado, una prospectiva, o sea el proponer hacia donde va, como va a evolucionar tendencialmente un proceso o situación determinados (*Ibíd.*: 18)

Con esta diferenciación puede entenderse que lo que hace Ulrich Beck es un diagnóstico, puesto que lo que describe son aquellos aspectos societarios de las sociedades occidentales contemporáneas, tanto en lo que se refiere a la aparición del riesgo en cuanto elemento desencadenado por la industrialización, como por los aspectos de la individualización contemporánea. En primer lugar, hay que tomar en cuenta que el riesgo, tal como es definido por Beck, no puede ser considerado como una categoría sociológica universal; más bien puede considerarse como un elemento que es característico de las sociedades industrializadas, no a partir de la segunda mitad del siglo XX, sino desde los comienzos de la industrialización misma²³. Además, el riesgo al que hace alusión el autor no puede servir como una categoría analítica para generar conocimiento

²³ Piénsese en las preocupaciones de los ingleses a principios del siglo XX por la alta contaminación ambiental en el Londres de aquella época.

sobre algún aspecto específico de la realidad social contemporánea; más bien es un síntoma que puede ser percibido y descrito en un nivel societario.

En segundo lugar, para la caracterización del proceso de individualización en la actual etapa histórica, Beck únicamente describe ciertos aspectos de este fenómeno, resaltando algunas de sus características contemporáneas, y específicamente lo hace describiendo este proceso en Alemania y pretende generalizar las características observadas en su país de origen a todas las sociedades occidentales desarrolladas, pero no utiliza un paradigma teórico que permita abordar el problema de la individualización de una manera diferente a como se desarrolló en la sociología clásica, específicamente con Weber. En lugar de utilizar categorías analíticas novedosas, Ulrich Beck sustenta su tesis de diagnóstico con estadísticas (incremento de desempleo, aumento de familias monoparentales, etcétera).

Entonces, pudiera caber la posibilidad de que el análisis de este autor no sea parte de una nueva forma de generar conocimiento científico en la disciplina (como por ejemplo, el caso de Jürgen Habermas con su teoría de la acción comunicativa, o de Pierre Bourdieu con su propuesta del paradigma estructuralista-genético); más bien es un diagnóstico contemporáneo que destaca algunos cambios importantes en el nivel societario de la Alemania de posguerra y que sólo algunas de sus descripciones pueden ser generalizadas a otros países desarrollados de Occidente.

Por otra parte, en el caso específico del proceso de individualización en la época contemporánea, Beck considera que rompe con el pensamiento clásico, específicamente, con las propuestas de Marx y Weber, pero si se analizan detenidamente sus propuestas, puede observarse que no se aparta de las dimensiones establecidas por estos sociólogos clásicos. Para el caso específico de Weber, Beck considera que su categoría de estatus y clase social ya no puede ser aplicada en la actual fase de la modernidad, para el análisis del proceso de individualización; esto porque en la actual etapa histórica, los contornos de las clases y capas sociales se han borrado, por lo que el individuo sería el portador de la estructura social (*cfr.* Beck, 1998; 2003).

Pero Beck parece no tomar en cuenta que, para el caso del proceso de individualización, Weber consideró como elementos fundamentales la economía capitalista y la idea de profesión entendida como vocación. En el caso de la primera, Weber aseguraba que con el paso de la economía patrimonial a la capitalista, el individuo rompía los lazos con la comunidad y con la familia, por lo que se veía envuelto en un individualismo que le obligaba a buscar el bienestar propio (*cfr.* Weber, 1964; 1982). En relación con la idea de profesión, Weber demostraría que con el sistema educativo moderno y la especialización, además de la gran cantidad de años requeridos para la obtención de títulos universitarios, el individuo se ve sometido a una proceso de formación profesional individual, en donde su destino es percibido con base en las propias capacidades y habilidades personales (*cfr.* Weber, 1964). Curiosamente, Beck no menciona que estas consideraciones ya habían sido descritas por Weber principalmente en *Economía y sociedad* (1964) y en su análisis sobre “La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del este del Elba” (1982). Las cuales, si bien no fueron desarrolladas ampliamente por el sociólogo clásico, formaban parte ya de su visión general para describir los aspectos de la modernidad.

En relación con lo anterior, cuando Beck afirma que a partir de la década de los años cincuenta del siglo XX el Estado, junto con el mercado de educación y empleo, provocan una estandarización de los modelos biográficos transformando drásticamente el proceso de individualización, parece olvidar que uno de los propósitos principales de Max Weber en *Economía y sociedad* era demostrar cómo a través de la administración burocrática se lleva a cabo una dominación legal, la cual tiene como consecuencia que la acción de los individuos se oriente hacia determinados fines; así, el clásico de la sociología afirmaba que la vida cotidiana estaba formada en la administración burocrática racional, al igual que en el marco establecido por la economía y sus requerimientos de saberes especializados. Weber anotaba lo anterior en *Economía y sociedad*, en la parte de la dominación legal, de la siguiente manera:

No debe uno dejarse engañar y perder de vista que todo *trabajo continuado* se realiza por funcionarios en sus *oficinas*. Toda nuestra vida cotidiana está tejida dentro de este marco. Pues si la

administración burocrática es *en general*... la más racional desde el punto de vista técnico-formal, hoy es, además, sencillamente inseparable de las necesidades de la administración de *masas* (personales o materiales)... El gran instrumento de la administración racional es este: *el saber profesional especializado*, cuyo carácter imprescindible está condicionado por los caracteres de la técnica y economía modernas de la producción de bienes... (Weber, 1964: 178)

De esta manera, se puede notar que aquellos elementos que Beck considera como estandarizadores de los modelos de vida, ya habían sido considerados por Weber como parte de un sentido en los individuos para llevar a cabo la acción social en la época moderna.

Además cuando Ulrich Beck argumenta que en la segunda modernidad el destino es percibido de manera individual y ya no desde una situación de clase o estatus, no percibe que en la primera parte de la modernidad, cuando un individuo fracasaba ante los imperativos de la economía o de la educación, también experimentaba dicha situación como algo personal. Además esto pudiera sugerir que, por ejemplo, la angustia ante el desempleo de una persona era experimentada por todos los integrantes de su misma clase social, aunque tuviesen empleo y no conocieran al afectado.

Pero además la experimentación de situaciones contextuales en la modernidad como algo individual, ya había sido considerada por Max Weber. En primer lugar, ante los efectos desintegradores de lazos comunitarios ocasionados por la economía capitalista. En segundo lugar, cuando surge la ética calvinista y el individuo experimenta la cuestión de ser o no salvado como una situación de destino personal. Además, según Weber, la individualización en la modernidad inicia cuando el individuo busca ponerse en contacto de manera personal y sin intermediarios con Dios.

Por otra parte, el argumento de Beck acerca de la disolución de clases y capas sociales como reproductores de la identidad en la actual modernidad, podría implicar que en la etapa contemporánea los aspectos materiales (posesión de bienes, tipo de ocupación, calidad de la educación) e ideales (estatus) que definen a los estratos ya no existen tal y como eran en la primera fase de la

modernidad, pero cuando el autor desarrolla esta tesis, solamente hace alusión a factores de tipo psicológico, ocasionados por situaciones contextuales (angustia, miedo e incertidumbre) en todos los individuos de una sociedad. Evidentemente estos elementos se encuentran presentes en el individuo en cuanto ser humano, pero valdría la pena examinar si en situaciones de riesgo ante el mercado de educación y empleo, la angustia e incertidumbre son experimentadas de la misma manera por un individuo de un estrato social alto que por alguien que pertenece a uno bajo; el primero pudiera tener un soporte económico y educativo que le permitan no experimentar tales sentimientos en la misma magnitud que el segundo. Por lo tanto, posiblemente no exista tal disolución de clase social y de capas, como lo argumenta Beck.

Con base en todo lo anterior, posiblemente habría qué suponer que el análisis que desarrolla Ulrich Beck, principalmente en relación a la individualización contemporánea, no ofrece los elementos para considerarlo como diferente al de la primera modernidad analizado por Weber, ya que las dimensiones que tienen implicación en el individuo que analiza Beck, siguen siendo las mismas que se han establecido, en el presente trabajo, en la obra sociológica de Max Weber. Beck considera al Estado, al mercado de educación y al de empleo como dimensiones que tienen influjo sobre el individuo; en Weber se han establecido las dimensiones legal (las regulaciones del Estado en Beck), económica (mercado de empleo) y vocacional (mercado de educación, idea de una vida plena), las cuales pueden dar cuenta de la forma en que se desarrolla el proceso de individualización en la modernidad. Además, es importante señalar que Beck no toma en cuenta la dimensión sensitiva en el individuo contemporáneo, por lo que posiblemente pueda sugerirse que su análisis sencillamente es una continuación de ciertos planteamientos del pensamiento sociológico (en el sentido empleado por Merton) y no una perspectiva sociológica novedosa, como él se afana en demostrar.

A pesar de todo, no deja de ser interesante el diagnóstico que desarrolla Ulrich Beck. Por un lado, resalta aspectos societarios que evidentemente no analizaron los clásicos de la disciplina, y esto se entiende porque algunas

características contemporáneas son un producto histórico específico que no conocieron los padres fundadores de la disciplina (como es el caso del Estado de Bienestar, los efectos de la Guerra fría, los movimientos étnicos en busca de autonomía o la globalización económica). Y si bien plantea su diagnóstico como si no hubiese una continuidad histórica en las fases de modernización, resalta un aspecto que Weber no consideró en sus análisis, específicamente, el caso que hace referencia al ideal que surge en el individuo de “vivir la vida propia”, exaltando sus capacidades y habilidades personales, lo que *sí* pudiera ser considerado como un aspecto importante de la actual etapa histórica, debido a que es causa de una forma distinta de organización social, con base en una autocultura con repercusiones tanto en el nivel político (la subpolítica como la denomina Beck), como en el identitario, lo cual es sin duda un aspecto importante del individuo en la actual modernidad.

4. 2. GILLES LIPOVETSKY: EL INDIVIDUO POSMODERNO

Lipovetsky es uno de los autores contemporáneos que considera que las condiciones de la época actual son en extremo diferentes a los de la primera modernidad. En algunos de sus textos, este autor afirma que se vive en una sociedad posmoderna²⁴. Los principales aspectos de ésta obedecen a que desde mediados del siglo XX, se configuró un nuevo tipo de socialización, causado por la redimensión del proceso de individuación que adquiere rasgos distintos al de la sociedad moderna. Para este filósofo francés, la etapa posmoderna es consecuencia de que en la modernidad se erigiera la figura del individuo como eje principal, puesto que a partir de la segunda mitad del siglo XX, la noción de los derechos del individuo ocasionó una transformación radical en las formas de

²⁴ En sus primeros textos, este autor consideraba que existía una etapa posmoderna con rasgos completamente diferentes a la modernidad. Pero en sus últimos textos, *Tiempos hipermodernos* y *La felicidad paradójica* considera que la modernidad sigue estando presente y que sus características contemporáneas se han radicalizado, pasando a la hipermodernidad. En el presente documento sólo se analizarán dos de sus textos donde considera las características de la posmodernidad, puesto que presentan una coherencia descriptiva que es digna de análisis a la luz de la obra de Max Weber.

socialización con respecto a la sociedad moderna, lo que trajo como consecuencia una nueva forma de configuración en la subjetividad de los individuos, y al mismo tiempo, un vacío sustancial tanto de los ideales como de los valores de las instituciones sociales de la modernidad.

Las consideraciones que de este autor resultan interesantes para el presente trabajo, son aquellas que tienen que ver con el cambio de época como consecuencia del individualismo contemporáneo, pero también y de manera puntual, aquellas otras que se refieren a que en la etapa posmoderna surgen nuevos tipos de valores que son muestra de ese proceso de individuación contemporáneo y que se caracterizan porque ya no están adscritos en una lógica del deber, sino más bien están guiados por deseos individuales como el ego, la pasión y la felicidad materialista. Según Lipovetsky, esto marca la etapa del postdeber, en donde para la realización de los valores, ya no se exige del individuo grandes sacrificios ni entrega abnegada; por el contrario, el ideal al que hacen referencia los nuevos valores es principalmente el de la obtención de la felicidad subjetiva, pero esto no ocasiona un individualismo de tipo egoísta ni mucho menos un tipo de libertinaje. Según él, lo característico de la etapa del postdeber o postmoralista es una ética de la responsabilidad.

Entonces, vale la pena analizar la propuesta de este filósofo, porque en ella se alcanza a ver un rompimiento con la concepción weberiana acerca de la ética en la modernidad. Puesto que la ética de responsabilidad de la que habla Lipovetsky contiene rasgos distintos a la que definiera Weber, este último la caracterizaba como aquella ética en la cual el individuo toma en cuenta todos los medios para la consecución de fines, así como las posibles consecuencias de la acción. A su vez, Lipovetsky caracteriza a la responsabilidad como un tipo específico de cuidado que el individuo muestra para sí mismo y que al mismo tiempo, procura no dañar con sus acciones a los demás.

A continuación se analizan dos de los textos más representativos de Lipovetsky: *La era del vacío* (2006) y *El crepúsculo del deber* (2005)

4.2.1. El individuo: origen de la posmodernidad

Para Gilles Lipovetsky, el tránsito de la modernidad a la posmodernidad es consecuencia del surgimiento del proceso de personalización²⁵, el cual ocasiona la transformación de la sociedad moderna, conformada por la socialización con base en la disciplina, el rigorismo y la coerción características de la primera sociedad democrática. Esto da paso a la sociedad posmoderna, que se ve transformada por la personalización y tiene como característica principal la flexibilización, basada en la información y en la estimulación de las necesidades, el sexo, el culto a lo natural, el sentido del humor y la cordialidad (*cfr.* Lipovetsky, 2006).

Este autor considera a la personalización como una...

Nueva manera para la sociedad de organizarse y orientarse, nuevo modo de gestionar los comportamientos, no ya por la tiranía de los detalles sino por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posible, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible. (Es un) proceso de personalización en la medida en que las instituciones desde este momento se adaptan a las motivaciones y deseos, incitan a la participación, habilitan el tiempo libre y el ocio, manifiestan una misma tendencia a la humanización, a la diversificación, a la psicologización de las *modalidades* de la socialización: después de la educación autoritaria y mediática el régimen homeopático y cibernético; después de la administración imperativa, la programación opcional, a la carta; Nuevos procedimientos inseparables de nuevos fines y legitimidades sociales: valores hedonistas, respeto por las diferencias, culto a la liberación personal, al relajamiento, al humor y a la sinceridad, al psicologismo, a la expresión libre: es decir, que priva una nueva significación de la autonomía dejando muy atrás el ideal que se fijó la edad democrática autoritaria. (Lipovetsky, 2006: 7)

Lo anterior tiene como una de sus principales consecuencias que el proceso de personalización implique que en la posmodernidad el individuo sea el eje de la conformación social, pero no de la manera en que se dio en la etapa

²⁵ La utilización del término personalización por parte de Lipovetsky hace referencia al proceso de individuación en la etapa actual de la modernidad, puesto que con éste busca resaltar aquellos elementos sociales e institucionales que tienen influencia directa en el individuo y ocasionan determinada percepción de sí mismo y de su contexto social.

moderna, sino que lo que se busca ahora es la felicidad con base en los deseos individuales y ya no se siguen modelos rigoristas que buscaban encaminar la conciencia del individuo hacia un ideal por encima del bien individual. Este proceso ha traído como consecuencia que en el nivel social se encarnen los valores de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva y la personalidad.

Una de las principales consecuencias de este valor consiste en que el individuo, en ese afán de buscar la realización propia, se muestra indiferente hacia los valores universales y las metas colectivas; esto es, aquellos ideales que sirvieron de guía para la instauración de la etapa moderna, a lo que algunos posmodernos, no sólo Lipovetsky, se refieren como grandes metarrelatos. En la etapa contemporánea, lo que importa es la afirmación de una identidad propia, libertad sexual, autonomía y particularización de individuos y de colectivos, o sea, en opinión de este filósofo, la disolución de las antinomias características de la sociedad autoritaria.

De este modo, el proceso de la personalización ha originado el surgimiento de la sociedad posmoderna, la cual es definida por este autor de la siguiente forma:

Sociedad posmoderna: dicho de otro modo, cambio de rumbo histórico de los objetivos y modalidades de la socialización, actualmente bajo la égida de dispositivos abiertos y plurales; dicho de otro modo, el individualismo hedonista y personalizado se ha vuelto legítimo y ya no encuentra oposición; dicho de otro modo, la era de la revolución, del escándalo, de la esperanza futurista, inseparable del modernismo, ha concluido. La sociedad posmoderna es aquella en que reina la indiferencia de masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en que la autonomía privada no se discute, donde lo nuevo se acoge como lo antiguo donde se banaliza la innovación, en la que el futuro no se asimila ya a un progreso ineluctable... La sociedad posmoderna no tiene ídolo ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni Apocalipsis. (*Ibíd.*: 9-10)

Para este autor, uno de los fenómenos clave en la sociedad posmoderna es el consumo, puesto que es a través de éste que el individuo tiene una pluralidad de opciones para elegir la forma en que consume, tanto para conformar su identidad, como para su disfrute personal; por lo tanto, desde su perspectiva la posmodernidad implica la ampliación del individualismo, ya que a través del consumo se diversifican las posibilidades de elección y se anulan los puntos de referencia y se destruyen los sentidos y valores únicos de la modernidad; así, surge una cultura personalizada, donde el individuo encuentra aquello que busca “hecho a la medida” y se emancipa de los valores antinómicos de la era disciplinaria-autoritaria.

Si bien, argumenta Lipovetsky, ya no prevalecen los valores cardinales de la modernidad, existe uno solo que es el que da origen a la puesta en marcha de la cultura posmoderna: el individuo, que es el valor supremo de esta época y con base en él la sociedad posmoderna basa su funcionamiento. Es a partir del individuo y de la búsqueda de su realización plena, lo que ocasiona que en la sociedad contemporánea las formas de socialización y de subjetivación adquieran rasgos distintos con respecto a la época moderna.

4.2.2. Características del individuo posmoderno

Una de las características del individuo en la posmodernidad consiste en que se ve envuelto en una seducción continua que tiene repercusiones en las costumbres, la política y el sexo. Ésta es consecuencia de la existencia de pluralidades de opciones en el consumo y en los servicios públicos y privados, puesto que el individuo se encuentra inmerso en un universo de ofertas que estimulan el hedonismo y el ego. Según Lipovetsky, la seducción de la que es objeto el individuo posmoderno es síntoma de autonomía y responsabilidad, porque al poder elegir de entre toda la gama de productos y servicios, no se encuentra en un marco rígido que le obligue a elegir únicamente determinadas opciones. La seducción de ninguna manera está relacionada con la alienación o la enajenación del individuo en la sociedad capitalista:

La seducción nada tiene que ver con la representación falsa y la alienación de las conciencias; es ella la que construye nuestro

mundo y lo remodela según un *proceso sistemático de personalización* que consiste esencialmente en multiplicar y diversificar la oferta, en proponer más para que uno decida más, en substituir la sujeción uniforme por la libre elección, la homogeneidad por la pluralidad, la austeridad por la realización de los deseos... el proceso de personalización reduce los marcos rígidos y coercitivos funciona sibilinamente jugando a la carta de la persona individual, de su bienestar de su libertad, de su interés propio. (*Ibíd.*: 19)

La presencia de la seducción continua ocasiona que las costumbres se transformen, puesto que con la existencia de una amplia gama de opciones de elección surge el ideal de la diferencia basada en el relajamiento y la fantasía: ser uno mismo y diferenciarse de los demás trae como consecuencia que, por un lado, en la educación y socialización de los niños y adolescentes exista un alto grado de permisividad que atienda a los deseos del individuo y, por otro lado, la ola hedonista quita la culpa ante el tiempo libre y fomenta el ocio. De esta manera, la seducción hace que la socialización sea suave y tolerante y esté encaminada a psicologizar y personalizar al individuo. (*Cfr. Ibíd.*)

Además de transformar las relaciones de socialización, la seducción es parte constitutiva de la política, porque en las sociedades individualizadas el Estado ha descentralizado varias de sus funciones y permite a los individuos la autogestión a través de la autonomía de grupos y colectividades:

Es la moda del descompromiso del Estado, de las iniciativas locales o regionales, del reconocimiento de los particularismos e identidades territoriales; la ola de seducción democrática humaniza la nación, ventila los poderes, acerca de las instancias de decisión de los ciudadanos, redistribuye una dignidad en las periferias... La autogestión, que consiste en suprimir las relaciones burocráticas del poder, en hacer de cada uno sujeto político autónomo, representa otra vertiente de la seducción. Abolición de la separación dirigente-ejecutante, descentralización y diseminación del poder; la liquidación mecánica del poder clásico y de su orden lineal es el objetivo de la autogestión. (*Ibid.*: 26-27)

Lo anterior implica que en la sociedad posmoderna, el Estado, a través de la implementación de diversos dispositivos es parte de la promoción de valores

personalizados, con los cuales los individuos son capaces de gestionar la satisfacción que brinda el Estado para las necesidades de los ciudadanos. Estos mecanismos consisten en la autonomía de los grupos y de los colectivos, así como en la creación de organismos descentralizados a los cuales el individuo puede acudir para la gestión de determinados asuntos.

Por otro lado, la seducción también está presente en el sexo porque se percibe en la pornografía y en los anuncios de búsqueda de relaciones sexuales. Esto es el resultado de que en la etapa posmoderna el individuo es invitado a no ceñirse al sexo como una máquina de reproducción; por el contrario, el sexo y el cuerpo son parte de un proceso de subjetivación y de responsabilización, en donde el individuo acumula experiencias y explota su capital libidinal personal. En este sentido, afirma Lipovetsky, la seducción amplía al ser-sujeto y le da integridad al cuerpo que en la época moderna se ocultaba.

Otra de las características del individuo en esta etapa consiste en que él es indiferente a los grandes valores y proyectos típicos de la modernidad: el progreso, la libertad, la democracia, etc. Para este filósofo, una de las consecuencias tanto del proceso de personalización, como de la seducción continua en la posmodernidad, es que los grandes valores y finalidades característicos de la modernidad han perdido su sustancia. Para Lipovetsky, las instituciones y organismos sociales son ya incapaces de propiciar en el individuo valores grandes y absolutos; por lo tanto la posmodernidad es una era del vacío, en la cual los individuos muestran apatía constante ante la pérdida de estos grandes ideales en vez de preocupación, y donde el ascetismo ya no es el motor del capitalismo, sino los deseos y las pulsiones subjetivas:

Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero *a nadie le importa un bledo*, esta es la alegre novedad... El vacío del sentido, el hundimiento de los ideales no han llevado como cabía esperar, a más angustia, a más absurdo, más pesimismo... nuestra bulimia de sensaciones de sexo, de placer, no esconde nada, no compensa nada y aun menos el abismo de sentido abierto por la muerte de Dios. La indiferencia, pero no la angustia metafísica. El ideal ascético ya no es la figura dominante del capitalismo... El relajamiento posmoderno liquida la desidia, el enmarcamiento o

desbordamiento nihilista, la *relajación* elimina la fijación ascética. Desconectando los deseos de los dispositivos colectivos, movilizandolos las energías, temperando los entusiasmos e indagaciones relacionadas con lo social, el sistema invita al *descanso*, al descompromiso emocional (*Ibíd.*: 36-37)

Según Lipovetsky, lo que proporciona este vacío en la etapa contemporánea es que en la sociedad posmoderna el individuo es constante centro de estimulaciones por el consumismo capitalista y las instituciones; por lo tanto, la indiferencia proviene de una alta socialización y el individuo adquiere una personalidad desenfadada; en sus propias palabras: *cool*. Al mismo tiempo, esta actitud proviene de que en esta etapa, la gama de opciones de consumo, de derechos y de socialización se le presentan como menús a la carta, en donde el individuo puede elegir y servirse así mismo.

Pero la indiferencia ante el vacío de los grandes valores tiene consecuencias, puesto que si bien el individuo adopta una actitud *cool*, no está exento de angustia e incertidumbre. En la posmodernidad las preocupaciones del individuo son de carácter hedonista: envejecer, engordar, afearse, educar a los niños, irse de vacaciones. Todas estas condiciones son causa de estrés y ansiedad en el individuo posmoderno; por lo tanto, si bien existe un vacío de los grandes valores colectivos y sociales, aparecen nuevos ideales con base en la realización personal. Para Lipovetsky una de las grandes búsquedas del individuo posmoderno es la de encontrar emociones tales como el amor y la comprensión con otro; esto es, una pareja que le sirva de complemento; existe, pues, una búsqueda de sentimientos, no de grandes metas colectivas.

Al mismo tiempo, con el vacío social e institucional y el tipo de problemas individuales que ocasionan, según Lipovetsky, aquello que se puede observar en la sociedad posmoderna es la ruptura total con los lazos sociales. El individuo se aísla para refugiarse en su propia subjetividad, creando un desierto social sin límites:

Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el Otro es la que sucumbe, según la misma lógica al proceso de desencanto... No contento con producir el aislamiento, el sistema engendra su deseo, deseo imposible que una vez

conseguido, resulta intolerable: cada uno exige estar solo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí el desierto ya no tiene ni principio ni fin. (*Ibíd.*: 47-48)

Otra de las características que este autor considera como parte del individuo posmoderno, tiene que ver con el humor. Para este filósofo, el individuo posmoderno es simpático; todo cuanto le rodea tiende al buen humor, medios de comunicación, publicidad, educación; por lo tanto, tiende generalmente hacia aquello que le resulte divertido; la sobriedad, la seriedad no llaman su atención. Una de las consecuencias de esta tendencia al buen humor consiste en que el individuo posmoderno rechaza todo aquello que invite a la seriedad. Lipovetsky pone como ejemplo los debates políticos y electorales, los cuales son seguidos no por el contenido de los mismos, sino porque generalmente ocasionan risa y propician la burla hacia los participantes.

Con base en las características que este autor establece en relación con el individuo posmoderno, considera que la figura que lo caracteriza generacionalmente es la de Narciso. Desde su óptica, el proceso de personalización, la seducción continua, la pérdida de sentido de los grandes valores modernos, la sociedad humorística, ocasionan en el individuo un narcisismo. Pero a diferencia de la figura clásica de este fenómeno, Lipovetsky lo caracteriza como una búsqueda constante de identidad, de felicidad, de realización personal y siempre siguiendo todas las opciones que el consumo y las instituciones le muestran. Por lo tanto, el individuo posmoderno posee una personalidad móvil, fluida y sobre todo vacía, similar a los zombies (*Cfr. Lipovetsky, 2006*) De esta manera, el narciso posmoderno es sujeto constante de dietas, actividades deportivas y recreativas, terapias, drogas, relaciones sexuales efímeras y medicación homeopática.

4.2.3. La ética en la posmodernidad

La figura narcisista del individuo posmoderno de la que habla Gilles Lipovetsky, formada en el proceso de personalización ocasionado por las instituciones sociales y políticas, ha generado un nuevo tipo de ética que va acorde con el individualismo posmoderno y es denominada por el autor como la ética del

postdeber, la cual posee como característica esencial que ya no obedece a la lógica de la sociedad moderna democrático-autoritaria, sino más bien obedece al proceso de individualización contemporáneo.

Según este autor, en la era moderna los valores que definían la ética provenían de los ideales de soberanía individual y de igualdad civil, los cuales eran los principios de la ética universal. Pero para la realización de estos ideales al individuo se le imponían deberes, los cuales le exigían un deber ser específico, en el cual se le pedían grandes obligaciones en el terreno público y privado, con la finalidad de promover la virtud. Lo que brinda un rasgo característico a la ética del deber moderna es su carácter laico. Las obligaciones no son impuestas con el ideal de Dios, sino en nombre de la colectividad y se sustentan en la razón.

Con la ética del deber moderna, según Lipovetsky, se generaba la moralidad de tipo intramundana, en la cual las virtudes estaban enfocadas hacia lo público y lo privado; en donde los deberes familiares, económicos, cívicos y sexuales imponían lazos rígidos para el individuo y el transgredir los límites de la moral era objeto de sanciones de índole social.

Ahora bien, en la época posmoderna, considera este autor, en la cual se asiste a un nuevo tipo de ética, que a pesar de que siga teniendo al individuo como uno de los ideales supremos, ha sufrido cambios significativos con respecto a la moderna, el deber ha desaparecido como un ideal, pero no así la ética, la cual, a pesar de seguir presente, posee características muy diferentes, puesto que en lugar de ser promovida a través de las instituciones, se ha convertido en una ética de moral reciclable y de consumo:

Lo que está en boga es la ética, no el deber imperioso en todas partes y siempre; estamos deseosos de reglas justas y equilibradas, no de renuncia a nosotros mismos; queremos regulaciones no sermones, <<sabios>> no sabiondos; apelamos a la responsabilidad no a la obligación de consagrar íntegramente la vida al prójimo, a la familia o a la nación. Más allá del *comeback* ético, la erosión de la cultura del deber absoluto continúa irresistiblemente su carrera en beneficio de los valores individualistas y eudemonistas, la moral se recicla en espectáculo y acto de comunicación, la militancia del deber se metamorfosea en

consumo interactivo y festivo de buenos sentimientos, éstos son los derechos subjetivos la calidad de vida y la realización de uno mismo que a gran escala orientan nuestra cultura y no ya el imperativo hiperbólico de la virtud. (Lipovetsky, 2005: 47)

Según este autor, los valores que sustentan la ética posmoderna son más negativos que positivos; esto es, por encima del “tu debes” se encuentra el “no hacer”, lo cual es signo de una ética de responsabilidad. En esta etapa la noción del bien no desaparece, pero es minimizada por las responsabilidades. Según el autor francés, esto ocasiona una moral indolora, en la cual lo importante es la obtención de la felicidad subjetiva del individuo y las virtudes son minimizadas. Pero esta moral indolora no es causa de un individualismo de tipo egoísta y mucho menos de un libertinaje sin freno. Lo que se puede ver en esta etapa posmoderna es un individualismo ordenado, con base en el cual el individuo no cae en excesos ni en trasgresiones libertinas. En la etapa posmoralista, según Lipovetsky:

Se restablece un orden de los sentidos que ya no pasa por la represión y la idealización de los valores: hay que convencerse, la disolución del sistema moralista no induce al exceso sin freno y a las <<fluctuaciones descodificadas>> de la libido, el neoindividualismo es simultáneamente hedonista y ordenado enamorado de la autonomía y poco inclinado a los excesos, alérgico a los órdenes sublimes y hostil al caos y a las transgresiones libertinas. (*Ibíd.*: 49)

El hecho de la existencia de este individualismo de tipo ordenado y responsable se debe a la existencia de la idea del bienestar, el cual es estimulado por el consumo y la publicidad. A través del consumo se invita a los individuos a la búsqueda de la felicidad subjetiva y al disfrute; por lo tanto, el tipo de acciones y actitudes tomadas por el individuo para la obtención del hedonismo no presentan ninguna carga de culpabilidad, puesto que lo que vale es el bienestar del individuo; por lo tanto, existe una idea de felicidad *Light*, que se basa en el bienestar del cuerpo y la salud: dietas, deporte y terapias.

Pero, aclara el autor, la existencia del hedonismo en la sociedad posmoderna no es síntoma de que los otros ideales de bienestar como son la obtención de un empleo o un hogar propio, hayan desaparecido; lo que sucede es

que conviven y en ocasiones se subordinan con el de la felicidad y bienestar subjetivos. Inclusive, la búsqueda de seguridad material a través del empleo presenta rasgos hedonistas, ya que es uno de los vehículos a través de los cuales el individuo busca su realización personal. Y al mismo tiempo, con la idea del trabajo, el hedonismo convive con la idea del ocio y del tiempo libre: actividades recreativas, vacaciones.

En relación con el sexo, este autor considera que si bien es legítima la obtención del placer y que al mismo tiempo las opciones del disfrute son variadas, existe una constante preocupación por los riesgos que conlleva el goce erótico, principalmente enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados. A pesar de ello, el individuo explora las diferentes formas de placer acoplándose a las características de las ofertas existentes para eso. En este sentido, este filósofo considera que en la etapa del postdeber existe un “eros de geometría variable”, puesto que al ya no existir culpas al respecto, el individuo se adapta de mil y una formas al placer.

Pero a pesar de que las diferentes formas de disfrute sexual ya no presentan culpa, algunos comportamientos de tipo sexual son sancionados moralmente, específicamente aquellos que tienen que ver con la transgresión de los derechos y los valores subjetivos de los demás. El autor pone como ejemplo el acoso sexual y los comentarios de tipo sexista, los cuales van en detrimento del respeto por el individuo en cuanto persona; esto es, se culpabiliza no al hecho en sí, sino a las consecuencias que transgreden la dignidad del individuo en cuanto tal.

Por otra parte, el tipo de ética postmoralista y su consiguiente búsqueda de la felicidad hedonista y la realización personal, no implica que el individuo posmoderno carezca de una moral interindividual, esto es, que no se encuentren en él los valores de solidaridad y altruismo. Según Lipovetsky, éstos siguen estando presentes, pero ya con connotaciones muy diferentes a los de la etapa moderna, puesto que en la época posmoral, al ser el individuo quien posee todo el derecho a la autonomía y felicidad, los valores interindividuales han perdido su sustancia; éstos son manifestados, pero ya no con el interés y la entrega

incondicional por parte del individuo, sino con desinterés y con el mínimo de esfuerzo:

Lo que con muy poca precisión se llama el <<regreso de la moral>> no hace sino precipitar la salida de la época moralista de las democracias instituyendo una <<moral sin obligación ni sanción>> acorde con las aspiraciones de masas de las democracias individualistas-hedonistas... El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de la entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. (*Ibíd.*: 129-133)

A esta característica de la ética altruista y caritativa contemporánea el autor la denomina un altruismo indoloro, en el cual el individuo ya no se esfuerza por brindar esa ayuda hacia los demás. Este aspecto de la ética contemporánea queda reflejado, según este autor, en los shows mediáticos a través de los que se invita a las personas a ayudar a ciertas causas: “teletones”, ayuda a niños con cáncer, etcétera.

Una de las características acerca de la transformación de la ética contemporánea que llama la atención entre las que considera este autor, tiene que ver con las empresas; para él, la empresa contemporánea ya no representa esa figura anónima, disciplinara, tecnocrática y mecanicista de la etapa moderna. Ahora las empresas buscan mostrarse como personalidades que poseen valores y espiritualidad; desde su punto de vista, esta intención de las empresas de mostrarse como agentes éticos, se lleva a cabo como una extensión del proceso de individualización en la etapa contemporánea:

Se sabía que el universo de la empresa estaba guiado por la eficacia y la rentabilidad y ahora lo vemos en busca de un alma, de <<negocios éticos>> último grito de las modas empresariales... Contra el paradigma neoclásico, se subraya la importancia de los valores y de los imperativos morales en las elecciones y procesos de decisión individual. Como el hombre se mueve únicamente por la búsqueda del interés personal hay que tener en cuenta la dimensión moral de los compartimientos y reincorporar al análisis científico las nociones de benevolencia, Honestidad, confianza,

buena fe, sin las cuales ninguna vida económica es posible (*Ibíd.*: 246-247)

Lipovetsky afirma que, evidentemente, esta preocupación constante de las empresas por mostrarse como poseedoras y utilizadoras de valores éticos, es sólo parte de sus estrategias de *marketing* para conseguir el aumento de sus ingresos. Pero lo importante es que detrás de este fenómeno lo que está es la lógica del proceso de personalización posmoderno, puesto que la empresa sigue esa misma lógica. Por lo tanto al hacer alusión a los valores y a la importancia de la responsabilidad social se presenta como un individuo dotado de características éticas, como alguien en quien confiar.

Para lograr lo anterior las estrategias organizacionales de las empresas han cambiado significativamente. En vez de basarse en modelos rígidos de jerarquías, ahora basan su funcionamiento en estrategias de comunicación, descentralización y flexibilización; esto implica que la empresa de la etapa posmoralista, al mismo tiempo que adopta características individualistas, hace recaer sus éxitos en el desempeño y la responsabilidad de los individuos y ya no tanto en el funcionamiento del mercado de bienes o servicios.

Pero además es de llamar la atención que como en la etapa contemporánea la empresa se presenta, tanto a los consumidores como a los empleados, como un ente con alma y poseedora de valores, el individuo ve en la empresa un lugar en el que puede formar parte de su realización personal; esto es, desde la óptica de Gilles Lipovetsky, el individuo considera a la empresa como un espacio propicio para mostrar sus capacidades personales; no a la manera de una obligación o de un deber, sino más bien como expresión de sí mismo:

La ética de la responsabilidad no impone autoritariamente una norma, la hace desear como conforme a la expansión de cada uno, no valora el espíritu de equipo más que en la medida en que el grupo es lo que permite convertirse más en uno mismo perfeccionando la eficacia de la empresa... El desarrollo personal está más amenazado por la <<objetualización>> que por la <<violación psicológica>>: conjugar las diferencias, manejar el estrés, hacer recorridos de aventura, los nuevos métodos de formación ilustran más el momento individualista *psi* y posmoralista

que la Hidra del Hermano Mayor, el momento *moda* de las democracias más que el totalitarismo conquistador. Se centran en el individuo y en su búsqueda de sí mismo, en la *seducción* de lo nuevo de la vivencia intensa personal y colectiva, cualquiera que sea el objetivo de emulación y de eficacia al servicio de la empresa. (Ibíd.: 276-278)

Aquí es interesante percibir que desde la visión de este filósofo, la empresa se muestra como un elemento más de la seducción posmoderna; por lo tanto, el individuo busca pertenecer a ella como una meta de realización, pero a diferencia de la ética de convicción de la que habla Weber, aquí se estaría hablando de una ética con tintes hedonistas, en donde el individuo ve la consecución de una realización que no viene determinada por un deber, sino como parte de su felicidad subjetiva.

Ahora bien, a pesar de que Lipovetsky analiza varios fenómenos en donde la ética contemporánea muestra sus rasgos individualistas, también menciona la parte negativa de la búsqueda de valores postmoralistas; de esta manera, menciona que la parte negativa de la felicidad *Light* consiste en la angustia que provocan los ideales relacionados con el cuerpo cuando no se logran realizar: no ser delgado ni tener apariencia juvenil, no dar signos de realización personal, etc. Y también en el caso de las aspiraciones generadas por la empresa “moralizada”, menciona que la contraparte es el enorme grado de estrés y ansiedad que ocasiona en el individuo que pertenece a ella. De esta manera considera que los grandes trastornos de la etapa posmoderna también son diferentes a los de la modernidad, puesto que en esta última las consecuencias del autoritarismo y la disciplina eran las histerias y psicosis, pero en la etapa contemporánea, se puede percibir un alto grado de depresión, estrés y ansiedad.

A pesar de esto último, es posible considerar que desde la perspectiva de Lipovetsky, existe una etapa diferente surgida a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuyos rasgos característicos son: un proceso de personalización sin límites, una cultura basada en el culto individual, la ausencia del sentido por los ideales colectivos de la modernidad y una ética que busca preponderantemente la felicidad subjetiva, sin ceñirse al rigor del deber impuesto de forma heterónoma.

4.2.4. Acerca del análisis del individuo en Lipovetsky

Es muy interesante percibir que en los textos analizados de Lipovetsky, se puede apreciar una sociedad altamente individualizada, en donde la ética está basada en la búsqueda de la felicidad subjetiva por parte del individuo. Sin embargo, llama mucho la atención que el diagnóstico de este autor esté centrado exclusivamente en aquellos factores que condicionan la subjetividad del individuo: consumo hedonista, seducción continua, socialización permisiva, flexibilización laboral que permite tiempo de ocio y búsqueda de identidad personal. Él no pone atención suficiente a aquellos factores que determinan condiciones de tipo objetivo en el individuo; esto es, no existe un análisis detallado de la forma en que la economía tiene injerencia en el individuo más allá del consumo. Si bien comenta que en el desempeño profesional existe una búsqueda de realización personal sin un sentimiento de deber, no analiza la manera en que la trama de la economía condiciona las características de las empresas para ofertar cierto tipo de empleos. Tampoco analiza cómo es que la economía puede constituirse en factor del comportamiento individual, más allá de la búsqueda constante del hedonismo.

De la misma manera, Lipovetsky no hace mención acerca de los efectos generados por la economía y el Estado conjuntamente. Llega a hacer alusión a la flexibilización laboral, pero no analiza cómo es que entre el Estado y la economía se han llevado a cabo cambios en la forma de producción a través de la legislación del trabajo, puesto que además de la flexibilización, una de las características de las sociedades contemporáneas ha sido la eliminación paulatina de la seguridad y prestaciones sociales: contratos temporales, remuneración por honorarios, etcétera.

Asimismo, no analiza la manera en que la dimensión política actúa en el individuo. Si bien argumenta que existe una indiferencia hacia la política, no analiza aquellos elementos jurídicos emanados del estado que determinan cierto tipo de comportamientos, porque a pesar de la indiferencia generalizada, el individuo sigue basándose en leyes jurídicas y en normas sociales. De la misma manera, cuando este autor comenta que el Estado ha llevado a cabo una descentralización de algunas de sus funciones, no analiza las funciones y

decisiones que siguen estando centralizadas y que son parte de la conformación del individuo.

Por otro lado, se puede notar que la figura filosófico-antropológica que maneja este autor hace referencia a un individuo narcisista, cuyo objetivo es la felicidad y el goce, con un grado de responsabilidad respecto de sus elecciones y con una búsqueda constante de identidad y personal, por lo que ésta es fluida y móvil. Lo interesante de esta concepción antropológica es que Lipovetsky considera que es de origen exclusivo de una época que surge a mediados del siglo XX, la posmoderna; pero hay que recordar que Max Weber ya consideraba en el diagnóstico de su tiempo, basado en su influencia nietzscheana, el predominio de los “gozadores sin corazón”.

De hecho, Weber lamentaba que en la época en que escribía sus textos principales, aquellas ideas que habían sido parte del surgimiento de la modernidad hubieran desaparecido. Según él, la ética de convicción característica del ascetismo puritano sería desechada a nivel colectivo y sólo quedó en la mente del individuo el afán de lucro, la despreocupación y el descanso en la riqueza sin fundamento religioso alguno. Si bien es cierto que Weber no dedicó mucho espacio en sus consideraciones al hedonismo, sí tomo en cuenta su presencia en su época. Además, lo que interesaba a Weber era dar cuenta de cómo llegó a constituirse el individuo moderno; por lo tanto, sólo analizó muy poco la manera en que el individuo tiende a la búsqueda de la felicidad subjetiva, pero sí hizo mención de ello.

Además, lo que Lipovetsky no analiza es la manera en que todos los elementos sociales e institucionales configuran a ese individuo hedonista, *cool* y vacío de significados colectivos y metafísicos. Sí hace alusión a que la posmodernidad es ocasionada porque el individuo es el valor cardinal de la sociedad y a que existe un alto grado de personalización-individualización, pero no determina cómo las instituciones transformaron ese ideal; esto es, Lipovetsky analiza el efecto, pero presta muy poca atención a las causas.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, existe un elemento que es rescatable en el diagnóstico de Lipovetsky y que tiene que ver con los valores del individuo

contemporáneo. Sus consideraciones sobre la ética individualista llaman la atención, debido a que en ellas puede notarse un alto grado de autonomía del individuo; esto es, se pudiera considerar como acertado el argumento que establece acerca de que el individuo manifiesta una ética en donde los ideales narcisistas y hedonistas son válidos y que el individuo les asigna un peso mayor, por encima de los ideales colectivos. Además, también es digna de mención la manera en que los valores individualistas se manifiestan en las instituciones sociales, puesto que, a pesar de su tinte enfático y peculiar, este autor no considera que haya una disolución de clases o estratos sociales y pone el acento en que lo que existe es una flexibilidad en las formas de socialización, lo que trae como consecuencia que la realización del individuo sea el eje principal de la sociedad.

En relación con lo anterior, llama la atención cómo Lipovetsky establece que la ética de responsabilidad tiene tintes diferentes a la descrita por Weber, puesto que este filósofo francés considera que la responsabilidad del individuo está encaminada a procurarse los goces hedonistas y a los cuidados narcisistas, pero siempre buscando no verse afectado por las elecciones tomadas y también procura no afectar a sus semejantes. La descripción de la manera en que el individuo busca no afectar a los demás es muy diferente a la que plantea el contractualismo: limitar la libertad individual en donde empieza la del otro; por el contrario considera que la libertad no es limitada en esta etapa, sino más bien es expresada de manera que no limita la expansión de la libertad de los demás ni la propia.

Además, puede rescatarse de este autor la observación acerca de la pérdida de sentido de los grandes ideales de la modernidad, puesto que es interesante la forma en que establece la pérdida de sustancia de los valores modernos (progreso, patria, religión, familia) y establece, al mismo tiempo, que el ideal de lo individual se sobrepone a éstos. Pudiera considerarse como pertinente su énfasis en que el deber y la convicción hacia lo colectivo han sufrido un cambio significativo en la etapa contemporánea, y sobre todo, es digno de señalarse que en sus análisis, este autor presta mucha atención a los elementos subjetivos del

individuo y a la manera en que éstos determinan de cierta manera la dinámica social.

Con base en el análisis de algunos planteamientos de Ulrich Beck y de Gilles Lipovetsky, se ha intentado cubrir dos objetivos: por un lado, se ha buscado establecer que el pensamiento de Max Weber posee la vigencia necesaria para continuar siendo considerado como un clásico de la sociología; esto se ha demostrado al anotar que algunas situaciones que comentan los autores contemporáneos en sus diagnósticos, ya habían sido consideradas en la propuesta weberiana, y aunque no habían sido analizadas con una atención mayor, sí forman parte de la obra del sociólogo clásico. Entonces, podrían considerarse como erróneos aquellos argumentos de estos pensadores que tratan de negar la vigencia de Weber, y más aún, como se ha visto que en la obra de éste existen, de manera marginal, algunos elementos que estos autores consideran como centrales, se podría asegurar que el autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* debe ser catalogado, incluso, como un genial visionario, ya que sus planteamientos apuntaban hacia características específicas de la modernidad actual.

Por otro lado, el segundo objetivo que se buscaba en este apartado era el de complementar un espectro que permita realizar una caracterización del individuo moderno contemporáneo; en este sentido, se cree que con la definición de la idea de una vida plena de Beck, puede ampliarse la delimitación del individuo contemporáneo, puesto que ayudaría a establecer cómo el individuo busca resaltar sus habilidades y capacidades personales que le diferencian con sus semejantes.

En relación con el pensamiento de Lipovetsky, es posible complementar el esquema weberiano del individuo contemporáneo, tomando en consideración su propuesta acerca de las características de los valores de la ética de responsabilidad en la etapa contemporánea. Lo importante de su propuesta radica en que subraya que la obtención de felicidad subjetiva es parte inseparable del individuo actual; por lo tanto el hedonismo tiene un papel central en la relación que

establece el individuo con la sociedad. Además, con sus consideraciones acerca de la pérdida de sentido de los grandes ideales, sería factible considerar que en la modernidad actual existe una imagen del mundo en el individuo cuyos valores están determinados por diferentes tipos de ideales y valores, porque, evidentemente, no se puede asegurar que haya una pérdida de sentido como tal en la etapa actual; más bien, se tiene qué mostrar cómo junto a los grandes ideales, ahora minimizados, existen otros valores que están más encaminados a la obtención y salvaguarda de la felicidad subjetiva a través de diferentes tipos de materializaciones.

Si a los aportes de estos dos autores se les suma los que se han anotado con respecto a Habermas y Giddens, podrá llevarse a cabo un esquema completo que permita caracterizar al individuo moderno contemporáneo, teniendo como punto de partida los aportes de Max Weber; esto es lo que se intentará hacer en el siguiente y último apartado del presente trabajo y se muestra a manera de conclusión.

**CONCLUSIONES: HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL INDIVIDUO AL
MARGEN DE LA MODERNIDAD CONTEMPORÁNEA**

5. CONCLUSIONES: HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL INDIVIDUO AL MARGEN DE LA MODERNIDAD CONTEMPORÁNEA

El puritano quiso ser un hombre profesional, nosotros tenemos que serlo también.
Max Weber

Con el recorrido que se ha hecho hasta aquí, a través de las obras de algunos representantes del pensamiento sociológico, se cree que es posible esbozar un esquema que permita caracterizar al individuo moderno contemporáneo, el cual pudiera ser útil para definir algunos de los aspectos a través de los cuales se da una relación entre él y la sociedad, y al mismo tiempo, este esquema podría ayudar al análisis del proceso de individuación.

En primer lugar, es innegable que el pensamiento de Max Weber aún puede considerarse como vigente, puesto que en sus propuestas respecto a la constitución de la modernidad y a la situación del individuo en esta etapa, es posible encontrar elementos analíticos que han tenido continuidad en los análisis contemporáneos; específicamente, con base en la obra de este sociólogo clásico, es posible encontrar un planteamiento que brinde la complejidad suficiente para determinar las dimensiones que existen en el individuo en su relación con la sociedad. A su vez, el abordaje de estas dimensiones por parte de algunos representantes del pensamiento contemporáneo indica que aquellas características de la modernidad planteadas por Weber, brindan elementos suficientes para esbozar un cuadro que permita caracterizar al individuo contemporáneo.

La forma en que se puede esbozar la caracterización señalada es, en primer lugar, tomando en cuenta el planteamiento extraído de la obra de Weber en relación con las dimensiones del individuo moderno²⁶. En segundo lugar, se deben considerar aquellos elementos en los que es factible apreciar una continuidad de las ideas weberianas en los autores contemporáneos que se han analizado²⁷. De esta manera, se procedería a proponer un esquema que sirva de guía para futuros análisis con respecto al problema del individuo.

²⁶ Véase *supra* capítulo 2.

²⁷ Véase *supra* capítulos 3 y 4.

5.1. La noción de individuo en Max Weber

En el segundo apartado del presente trabajo, se estableció una imagen de tipo antropológico-filosófico que se puede apreciar en la obra de Max Weber. Para él, el individuo moderno tiene como características principales la dedicación a la idea de profesión como vocación: el apego a las normas abstractas; el hecho de que ha deshumanizado sus labores, puesto que en el desempeño de su profesión, no evidencia amor, odio, ira, pasión, y que además; habita en un mundo que ha sido desencantado, al cual él mismo tiene que racionalizar constantemente a través de una ética de responsabilidad o de convicción.

Además, también se estableció que esta imagen del individuo moderno está determinada por cuatro dimensiones, que en conjunto indican la incidencia de la modernidad en él: a través de la dimensión legal, se puede percibir la forma en que cierto tipo de acción en el individuo es regulada con base en los ordenamientos estatuidos de forma legal-racional, o sea, por medio de regulaciones jurídicas y legales el Estado, en la forma de gobierno, constituye un elemento de carácter externo al individuo, además, con base en la legitimidad (aceptación por parte del individuo) que posee, es probable determinar cuál es el tipo de acción que se debe seguir en ciertos asuntos de interés público. En caso de que el individuo no realice la acción de la forma en que es designada por el Estado, se ve ante la amenaza de la coacción física o psíquica de carácter legal.

La segunda dimensión, la económica, también está constituida por un elemento externo al individuo. Según Weber, las reglas características de la economía capitalista, constituidas por una racionalidad formal, se encuentran establecidas de tal manera que quien no las siga, no alcanza las metas personales dentro del ámbito económico, las cuales son el enriquecimiento o la obtención de una profesión bien remunerada, que al menos permita una subsistencia digna. Esta dimensión indica claramente aquella relación que el individuo establece en la sociedad para proveerse de los medios materiales que le permitan sobrevivir y/o aumentar sus posesiones materiales.

La tercera dimensión presente en la noción de individuo de la obra de Max Weber, la vocacional, posee un carácter subjetivo, puesto que consiste en la idea

de vocación entendida como profesión y es resultado de la racionalización de las imágenes religiosas de Occidente. Y aunque su existencia obedece a las características propias de la esfera económica y política, como elementos externos al individuo, es indudable que es el individuo mismo quien la genera y con base en la imagen del mundo que percibe, la moldea para adaptarse a las condiciones generadas por la sociedad. Lo importante de esta dimensión es que es la que proporciona el rasgo característico de la modernidad, puesto que esta idea de vocación es el principal valor que dota de sentido a la acción del individuo.

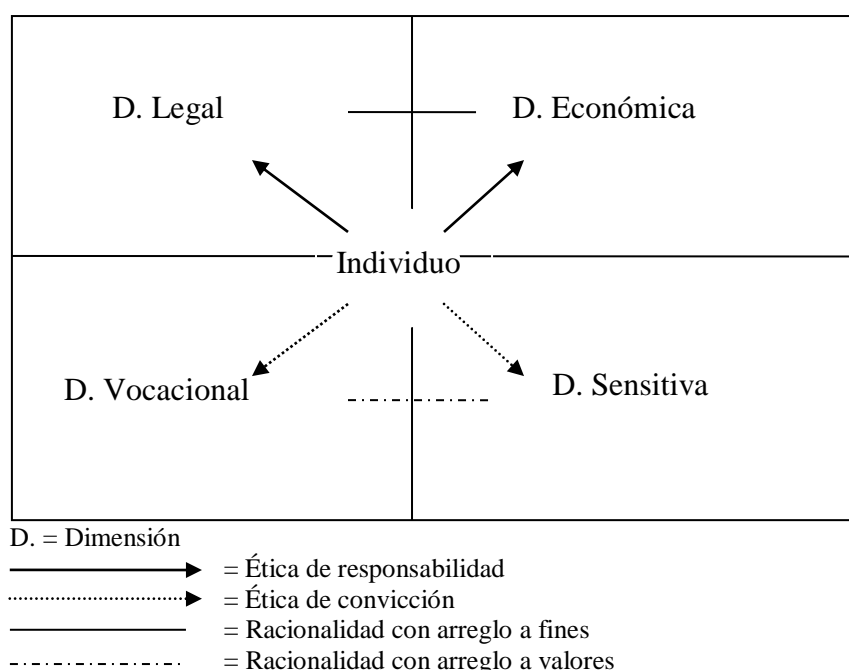
La cuarta dimensión que puede extraerse de la noción del individuo moderno en la obra de Max Weber, es la sensitiva y también tiene la característica de ser subjetiva, debido a que hace referencia a la manera en que en situaciones de modernidad, el individuo busca determinado tipo de experiencias relacionadas con el goce erótico o sensual (placeres relacionados con el cuerpo) y el estético (cuestiones de gusto y del disfrute de obras de arte). La acción social que se desprende de esta dimensión no tiene condicionantes externos, puesto que la manera en que se desarrolla depende de las valoraciones propias de quien busca desarrollarlas.

Por otro lado, la manera en que el individuo desarrolla su acción social, a través de cada una de estas dimensiones, es con base en la racionalidad, la cual puede ser con arreglo a fines, que es aquella en la que el individuo elige los medios necesarios para poder conseguir los fines propuestos; o puede ser una racionalidad con arreglo a valores, en la cual se busca desarrollar una acción porque se pretende consumir un valor determinado. Esta racionalidad, en sus dos acepciones, significa que el individuo está dotado de una capacidad mental que le permite intelectualizar la manera más adecuada de conseguir sus fines o de consumir sus valores. Esta característica, según Weber, es herencia de la filosofía clásica griega.

Además, como desde la perspectiva de Max Weber, la modernidad consiste en una imagen del mundo que proporciona al individuo los valores que sustentan su acción en todas las esferas vitales, la ética del individuo moderno es o de responsabilidad o de convicción. En la primera, se busca la consecución de un

determinado fin y para ello se toman en cuenta tanto los medios y los fines, así como las posibles consecuencias de la acción. Por otro lado, en la ética de convicción lo que se busca es llevar a cabo la reivindicación de un valor, sin tomar en cuenta las posibles consecuencias de la acción. Puede entenderse que en la ética de responsabilidad se manifiesta la racionalidad con arreglo a fines, mientras que en la de convicción es evidente la racionalidad con arreglo a valores.

Si se toman en cuenta tanto las dimensiones de la noción de individuo extraídas de la obra de Weber, así como la racionalidad y la ética modernas tal como son planteadas por este sociólogo alemán, es posible representar de manera gráfica al individuo a través de un esquema de la siguiente manera:



Puede observarse que las dimensiones objetivas, legal y económica, se caracterizan por poseer una racionalidad con arreglo a fines, así como una ética de responsabilidad. Esto se debe a que las esferas que las determinan son de carácter externo al individuo, por lo que los fines, los medios y los valores a seguir ya están preestablecidos a través de la dominación burocrática²⁸ y el individuo debe acatarlos, ya que si no lo hace se expone a una sanción física o psíquica por

²⁸ Véase *Supra* capítulo II

parte de la autoridad legítima, o la ruina y/o fracaso económico típicos del capitalismo. A su vez, las dimensiones subjetivas, vocacional y sensitiva, poseen una racionalidad con arreglo a valores, así como una ética de convicción; la razón de ello obedece a que en las circunstancias generadas por la modernidad, el individuo es quien decide y establece qué tipo de valores ha de utilizar para adquirir su vocación profesional, así como la manera en que ha de buscar los goces sensuales y estéticos.

Este esquema permite establecer una caracterización del individuo moderno que, partiendo de la obra del autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, permite entender la forma en que la modernidad incide en la relación individuo y sociedad y es factor para el proceso de individuación, puesto que, como se ha comentado a lo largo de todo este trabajo, Max Weber, se encargó de plantear de manera acertada las condiciones de la modernidad que generan las dimensiones objetivas, el Estado y la economía capitalista, así como el origen de la idea de profesión entendida como vocación, si bien prestó muy poca atención a la manera en que la dimensión sensitiva es constituida y manifestada en esta etapa. De la misma manera, es notorio que la vocación de la que hablaba Weber hace referencia a la manera en que el individuo, a través de la profesión, desarrolla determinadas ocupaciones en el mercado laboral, pero en relación a la vocación, puede ser pertinente complementar esta idea con algunas propuestas contemporáneas que permitan analizar de qué manera la convicción es entendida como realización personal, aunque no se vincule con la forma de obtener un ingreso a través del empleo.

Entonces, para poder caracterizar de una manera más completa al individuo moderno contemporáneo, fueron útiles algunas de las propuestas de los autores que se han analizado en los capítulos 3 y 4, si se toman en cuenta sus aportes que, de alguna manera, presentan una continuidad con el pensamiento weberiano; así podría completarse el esquema pretendido.

5.2. Breve caracterización del individuo moderno contemporáneo

Sin lugar a dudas, puede considerarse que un aspecto determinante en el individuo moderno son las dimensiones objetivas. Éstas se encuentran conformadas por aquellos elementos que son los determinantes de la modernidad, a saber, la economía capitalista y el Estado democrático moderno, las cuales son el eje de la dominación legal (burocrática), tanto en su relación entre ambos, como con sus características individuales. Ambos constituyen elementos externos al individuo, puesto que le indican cómo debe ser su acción en determinadas circunstancias, tanto en aquellas de carácter público, como en el aspecto económico.

En primer lugar, la dimensión legal evidencia aquella relación entre el individuo y el Estado. Si se atiende a las consideraciones de Max Weber, puede entenderse que el Estado, a través de la administración burocrática, determina la acción que el individuo ha de seguir en asuntos de carácter público y si no se ve ante la amenaza de la coacción legal, pero hasta aquí sólo puede saberse que el mandato (las regulaciones legales) emana del Estado, aunque si se toma en cuenta parte de la propuesta de Habermas, sería posible ver que la forma en que se materializa esa relación con el Estado es a través de la adopción de roles. Con el rol de cliente de la burocracia, el individuo paga a través de impuestos por los servicios públicos, o sea, es un cliente del Estado; con el rol de ciudadano adquiere derechos de participación en aquellos aspectos de interés público; esto es, se considera a sí mismo como perteneciente al Estado. Entonces, con esta adopción de roles, la relación que implica la dimensión legal con la parte de la sociedad representada por el Estado, puede entenderse no sólo como una simple interiorización del mandato, sino además, permite comprender las características que presenta el individuo en su relación con éste, ya sea como cliente o como miembro a través de la ciudadanía.

En segundo lugar, a través de la dimensión económica puede verse de qué manera el individuo se relaciona con los aspectos económicos de la sociedad. Desde el punto de vista de Max Weber, la economía capitalista presenta determinadas características que vienen dadas a través de la racionalidad formal,

tales como la apropiación completa por los propietarios de todos los medios de producción, la autonomía en la selección de la dirección, etcétera²⁹. La forma en que se ha establecido la economía en la modernidad marca caminos unívocos para la actuación del individuo en relación con la forma de obtener ingresos, ya sea como empleado o cómo empresario. Si no se siguen las reglas objetivas de índole económica, no se pueden cubrir los objetivos de obtener un empleo bien remunerado o el incremento de las ganancias. En este sentido, la unión del capitalismo con el Estado, a través de las políticas económicas, constituye un elemento que es externo al individuo y por medio de la administración legal se le indican las maneras en que ha de desarrollar su acción.

Nuevamente, con base en la propuesta de Habermas es posible completar la forma en que, a través de la dimensión económica se cristaliza parte de la relación del individuo con la economía. Y para esto se puede recurrir a su propuesta de la adquisición de los roles de trabajador y de consumidor. Con el primero se destaca la manera en que el individuo desarrolla determinadas actividades que le permiten obtener un ingreso como trabajador, ya sea como empleado de alguna empresa o instituto público, o como subempleado y micro empresario formal o informal. Con el rol de cliente es notoria la manera en que se lleva acabo la relación con el sistema económico a través del consumo de bienes inmateriales y materiales, tanto para cubrir las necesidades básicas, como para otro tipo de objetivos de índole económico.

Ahora bien, las dimensiones legal y económica son consecuencia de factores que pueden considerarse como externos al individuo, puesto que le marcan determinadas formas de acción a seguir y cuyo incumplimiento le puede traer consecuencias adversas a los objetivos legales y económicos, pero la existencia de las dimensiones subjetivas indican aquellos aspectos que le permiten al individuo actuar en determinadas circunstancias bajo sus propias elecciones y estándares de valor y, aunque la existencia de las esferas política y económica generan la imagen del mundo que determina los principales valores del individuo moderno, es posible considerar que las dimensiones vocacional y

²⁹ Se pueden consultar estas características en el capítulo 2.

sensitiva surgen del propio individuo. Además, la acción conformada por estas dimensiones no está sancionada por ningún tipo de ley o norma, más bien, el rumbo no esperado de la acción o las consecuencias imprevistas tienen sus principales implicaciones en la subjetividad del individuo.

La dimensión vocacional como elemento subjetivo permite entender de qué manera el individuo genera una actitud que adopta en relación a las circunstancias de la modernidad. Partiendo de Weber puede considerarse que esta dimensión está conformada por el tipo de profesión deseado o buscado por el individuo, el surgimiento de esta búsqueda está condicionado, en primer lugar, por la forma en que la educación y la instrucción ofertan determinados tipos de formación y títulos académicos. Por otro lado, tal dimensión se encuentra condicionada por el tipo de empleos que se ofrecen a través de las empresas capitalistas y de los institutos públicos. Con Weber puede entenderse que el individuo moderno desarrolla una vocación para estar dentro de una ocupación que le vaya acorde con los requerimientos de las esferas política y económica

Pero, si a las anteriores consideraciones, se le añaden algunas de los autores contemporáneos, es notorio que en la dimensión vocacional, no solamente se percibe el tipo de ocupación que desea el individuo. Si se toma en cuenta parte de la propuesta de Anthony Giddens, se observa que en esta dimensión también se evidencia que el individuo desarrolla un estilo de vida, esto es, una serie de hábitos rutinarios, a través de los cuales el individuo muestra la forma en que está constituida su crónica biográfica. De la misma manera, en la dimensión vocacional pueden observarse los planes de vida, esto es, la forma en que el individuo adecua su biografía tomando en cuenta las esferas vitales objetivas, así como su pasado y futuro, con base en los elementos contingentes que le pueden salir al paso.

Además, en la dimensión vocacional también puede encontrarse un elemento proveniente de parte de la propuesta de Ulrich Beck y Gilles Lipovetsky. Con base en Beck, es posible argumentar que en esta dimensión existe la idea de una vida plena en el individuo; por lo tanto, éste manifiesta una vocación que trasciende el encontrar una ocupación en el mercado laboral. Junto a la búsqueda

de una profesión, el individuo pretende realizar actividades que le otorguen un mayor sentido a su vida, aunque no impliquen una remuneración, pero que le permitan destacar sus habilidades y capacidades personales. Con base en Lipovetsky, podría argumentarse que en esta dimensión vocacional existe la búsqueda constante de la felicidad subjetiva, en donde el individuo minimiza la entrega abnegada a la profesión para igualarla, como objetivo valorativo, con aquellos elementos que le brinden felicidad personal; esto es, el individuo elige una profesión que le permita una sobrevivencia económica, pero también busca maneras de procurarse determinado tipo de felicidad: tiempo libre, ocio; así como actividades atractivas en donde pueda desarrollar sus habilidades personales: tocar algún instrumento musical, pertenecer algún club social, escribir poemas, etcétera.

De esta manera reentiende junto con Weber que la dimensión vocacional muestra más aspectos en el individuo que la sola y absoluta entrega a la profesión. Si bien ésta se encuentra presente, convive con elementos que están encaminados hacia una vocación que incluya la expresión del individuo en aquellos aspectos que no son exclusivamente económicos ni legales, sino que son factores para la obtención de cierta felicidad subjetiva y de expresión personal.

Finalmente, en relación con la dimensión sensitiva, la forma en que Weber la analizó apenas si permite caracterizarla. Con base en su propuesta puede decirse que las esferas estética y erótica constituyen elementos de gusto y de goce sensual (referente a todos los sentidos) que en la modernidad son parte de experiencias relacionadas con el placer en el individuo. Ahora bien, si se consideran algunos de los aportes de los autores contemporáneos, pueden ampliarse los elementos de esta dimensión. En primer lugar, es posible mencionar los aportes de Giddens, quien considera que el cuerpo es el centro a través del cual el individuo manipula el dolor y el placer; por lo tanto, en esta dimensión el individuo utiliza su cuerpo como fuente de la obtención del placer (sexual y estímulos de tacto, oído, olfato y visuales que resultan agradables). También es posible considerar que en esta dimensión se incluyen las relaciones puras en el sentido de Giddens, que tienen que ver con la generación de lazos emocionales

con una pareja o con los amigos; en estas relaciones lo único que pretende el individuo es la obtención de gratificación emocional sin ningún otro objetivo, por lo que las relaciones son parte de la felicidad sensitiva del individuo contemporáneo.

Además puede complementarse esta dimensión con las consideraciones de Lipovetsky, quien asegura que en la modernidad contemporánea, por un lado, existe una multiplicidad de formas de obtener placer sexual, ya sea a través de relaciones sexuales o por medio de la pornografía y los artículos que se ofertan como seducción continua a través de la publicidad, tales como juguetes, ropa que hace sentir a la persona sexy, etcétera. Por otro lado, en esta dimensión quizás tenga cabida el cuidado hedonista del cuerpo; esto es, la preocupación constante del individuo por su apariencia física: ser delgado, conservar rasgos de juventud, someterse a terapias físicas y hacer deporte.

Lo característico de esta dimensión consiste en que al margen de la modernidad contemporánea, no existen límites ni sanciones para la obtención del goce y disfrute sensual; más bien existen limitaciones que el individuo mismo debe imponerse para que en el afán de la obtención del placer, no salga perjudicado por los excesos o se encuentre con situaciones contrarias a las que había planeado.

Hasta aquí se cree que se ha podido establecer una caracterización del individuo moderno contemporáneo a través de cuatro dimensiones. Estas pueden ayudar a indicar la manera en que el individuo se relaciona con la sociedad. La forma en que podrían esquematizarse de manera gráfica estas dimensiones es de la siguiente manera:

<p>DIMENSIÓN LEGAL:</p> <ul style="list-style-type: none"> -Administración burocrática - Cliente de la burocracia - Ciudadano 	<p>DIMENSIÓN ECONÓMICA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Racionalidad formal - Empleado - Consumidor
<p>DIMENSIÓN VOCACIONAL</p> <ul style="list-style-type: none"> - Profesión - Estilo y plan de vida - Vida plena -Felicidad subjetiva 	<p>DIMENSIÓN SENSITIVA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Cuerpo - Relaciones puras - Seducción continua

Ind.

Este esquema posiblemente pudiera considerarse como una ampliación del anotado más arriba, el cual partía de las consideraciones de Max Weber, sólo que en él se incluyen las ideas de los autores contemporáneos que es posible considerar como una continuidad del pensamiento sociológico iniciado por el sociólogo clásico. Es necesario anotar que este esquema contiene las mismas características que el primero en relación con el tipo de racionalidad y de ética en cada una de las dimensiones; esto es, en relación a las objetivas, legal y económica, existe una racionalidad con arreglo a fines, así como una ética de responsabilidad, ya que lo que busca el individuo en los ámbitos de acción de las esferas que conforman esas dimensiones es, principalmente, pero no de manera exclusiva, la consecución de fines, para lo cual el Estado y la economía capitalista proporcionan las reglas implícitas o explícitas que guíen su actuación, así como los medios necesarios para realizarlas.

En el caso de las dimensiones subjetivas, vocacional y sensitiva, existe una racionalidad con arreglo a valores y una ética de convicción, puesto que la acción que desarrolla el individuo en ellas está enfocada principalmente hacia la consumación de valores que él cree como válidos y esenciales para su realización personal en las circunstancias de la modernidad. Aunque si se toman en cuenta las consideraciones de Lipovetsky, puede verse que en la modernidad contemporánea, la ética de convicción presenta ciertos rasgos de responsabilidad, no en el sentido de calcular medios y consecuencias en relación con los fines perseguidos; más bien una responsabilidad en donde el fin es preservar tanto la integridad como la felicidad de sí mismo.

Incluso se podría considerar que en el individuo la imagen del mundo moderna proporciona, además de los valores necesarios para el desarrollo de su acción, una seguridad ontológica³⁰, la cual viene dada a través de la conciencia práctica emanada de las esferas que conforman las dimensiones objetivas en el individuo. Esto es, que el Estado y el capitalismo, por medio de la ciencia han

³⁰ Por cuestiones de espacio, no se puede dar un tratamiento más amplio a esta cuestión, debido a que el objetivo principal de este documento es establecer las dimensiones del individuo moderno. Se puede consultar lo que comenta Giddens al respecto en el capítulo III de esta exposición, o en sus textos *La constitución de la sociedad* (1995) y *Modernidad e identidad del yo* (1995)

generado valores que el individuo incorpora a su conciencia práctica para poder establecer diversos cuadros de acción que le permitan actuar según los ámbitos de las esferas vitales que conforman las dimensiones en él.

Por otro lado, la caracterización del individuo moderno que se acaba de esbozar resultaría incompleta si no se mencionan aquellos aspectos negativos que algunos autores contemporáneos establecen acerca de los efectos de la modernidad. En primer lugar es necesario resaltar, con base en las consideraciones de Habermas, que las esferas política y económica que conforman las dimensiones objetivas en el individuo, cuando experimentan diferentes tipos de crisis (políticas o económicas), impactan de tal manera en el individuo que se manifiestan a través de serias perturbaciones que tienen incidencia en las dimensiones subjetivas, por lo que el individuo experimenta las crisis como situaciones de índole personal y no como derivadas de las esferas vitales política y económica.

Además, como en modernidad contemporánea el individuo es conciente de la importancia de su subjetividad, él busca la manera de defender aquellos ámbitos de sus dimensiones subjetivas; de este modo surgen lo que Habermas considera como nuevos potenciales de protesta, que no son otra cosa que la defensa de sus derechos subjetivos: identidad (colectiva e individual), defensa de la naturaleza como hábitat humano y de otras especies, preferencias sexuales, etcétera. En este mismo sentido, Giddens considera que en la modernidad, de la defensa de dichos derechos subjetivos surge lo que él denomina como política de vida, en donde el individuo busca de muchas formas (a través de movimientos sociales, iniciativas de ley, etcétera) la defensa de sus derechos en relación con la forma en que se elige una crónica de vida determinada.

Por otro lado y siguiendo con la propuesta de Giddens, una de las consecuencias negativas de la modernidad para el individuo tiene que ver con la angustia generada por lo que él denomina la experiencia secuestrada, y que se relaciona con el miedo a no caer en lo que se ha establecido como loco, antinatural, anormal o muerto (no en sentido biológico, sino social); por lo tanto, el individuo busca constantemente que la conformación de sus estilos y planes de

vida no caigan en la demarcación de aquellos ámbitos de definición de la realidad social y, principalmente, su angustia se relaciona con la vergüenza que pueda originar que alguna parte de su identidad caiga en estos estándares.

Finalmente, otro factor de angustia para el individuo en la modernidad contemporánea son aquellos aspectos que menciona Gilles Lipovetsky, y que tienen que ver con el miedo ante el fracaso de no poder conseguir la felicidad *Light*: no ser delgado, no parecer joven, no poder conseguir el suficiente tiempo de ocio y no poder satisfacer la felicidad subjetiva que le es ofertada a través de la publicidad.

Hasta aquí se ha intentado esbozar un esquema que permita caracterizar al individuo moderno contemporáneo. Para hacerlo se recurrió al planteamiento de Max Weber en sus principales obras y se encontraron cuatro dimensiones en su noción de individuo; posteriormente, se buscó en algunos planteamientos contemporáneos cierta continuidad en las ideas esbozadas por el sociólogo alemán, por lo que pudo establecerse la caracterización anotada más arriba.

Debe mencionarse que este breve esbozo no pretende denominar las características del individuo empírico; sería un grave error epistemológico afirmar lo contrario; lo único que se ha hecho es plantear algunas dimensiones que se pueden encontrar en planteamientos científicos, esto es, se ha analizado una pequeña parte del pensamiento sociológico y no se ha realizado ningún tipo de acercamiento empírico a la realidad social para caracterizar al individuo contemporáneo; además, como uno de los principales objetivos del presente documento era generar un esquema que caracterizara al individuo moderno, con base en el pensamiento sociológico especialmente de Weber, se cree que este objetivo se ha podido cumplir. Adicionalmente se ha demostrado la vigencia del pensamiento de Max Weber como representante clásico dentro de la sociología, puesto que la mayoría de los elementos para esquematizar al individuo contemporáneo han sido extraídos de su propuesta teórico-sociológica.

Sin embargo, se cree que esta breve caracterización del individuo puede ser punto de partida para investigaciones posteriores; por ejemplo, tomando en

cuenta las dimensiones establecidas, pudiera generarse una explicación completa acerca del proceso de individuación al margen de la modernidad contemporánea, para lo cual se deberían analizar de una manera más amplia las dimensiones anotadas, así como aquellos elementos sociales que las conforman.

Aunque también este esquema podría servir, por ejemplo, para ayudar a caracterizar la situación del individuo moderno en el México de finales del siglo XX. A fin de hacer ello se tendrían que analizar las características específicas del Estado y la economía como elementos conformadores de la modernidad mexicana, así como la manera en que aquellos instituyen pautas de acción para el individuo a través de sus dimensiones objetivas, las cuales, evidentemente, poseen características que pudieran ser diferentes a la de los contextos de los autores que se han analizado en este trabajo. Además, tendría que verse si en la sociedad mexicana de finales del siglo XX o principios del XXI, las dimensiones subjetivas que aquí se han descrito, tienen pertinencia para la forma en que ésta se relaciona con el individuo. También si se iniciara una investigación empírica con base en lo anotado en este texto, debería analizarse si las situaciones negativas de la modernidad en el individuo adquieren características similares a las anotadas al final del presente apartado.

En general, aunque el resultado de la investigación que se acaba de exponer sea solamente un pequeño esquema, se estima que puede tener pertinencia dentro de la sociología, puesto que pudiera ayudar a plantear problemas que tengan como objeto de estudio al individuo moderno, además de que sólo de esta manera es factible comprobar si el planteamiento que aquí se ha establecido puede pasar la prueba de refutación, en el sentido de Popper, esto es, sólo un acercamiento a la realidad pudiera demostrar si es coherente o no.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Villanueva Luís (1989) *Weber: La idea de ciencia social*, Vol. I Y II México. Miguel Ángel Porrúa / UNAM
- Alexander, Jeffrey (1995) *Las Teorías Sociológicas. Desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis Multidimensional*. Barcelona Gedisa.
- _____ (1990) “La centralidad de los clásicos” en: Giddens Anthony *et. al. La teoría social hoy*. México, Alianza editorial
- Bauman, Zygmunt (2004), *Modernidad líquida*. México-Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Ballesteros, Leiner Arturo “La noción *beruf* en la sociología de Max Weber y su inserción en la sociología de las profesiones” en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 61-91
- Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- _____ “La reinención de la política: Hacia una teoría de la modernización reflexiva” en Giddens, Anthony *et. al.* (1997) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza.
- _____ y Beck-Gernsheim Elisabeth (2003) *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona. Paidós
- Béjar, Helena (1998) *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid. Alianza.
- _____ “La cultura del individualismo” en *Revista de investigaciones sociológicas*, número 46, abril-junio de 1989, pp. 51-80 [Edición electrónica]
- Bendix, Reinhard (1970) *Max Weber*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Berger, Peter y Huntington, Samuel (2002) Globalizaciones múltiples. *La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*, Barcelona. Paidós.
- Beriaín, Josetxo y Aguiluz, Maya (editores) (2007) *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona. Antropos.

- Bericat, Eduardo “Max Weber o el enigma emocional del origen del capitalismo” en *Revista de Investigaciones Sociológicas* número 95, julio-septiembre 2001, pp. 9-36. [Edición electrónica]
- Caccamo, Rita “La transición a un sociedad en la modernidad tardía. Una conversación con Anthony Giddens” en *Sociológica*, México, UAM Azcapotzalco, número 40, año XIV, mayo-agosto de 1999. pp. 1-16 [Edición electrónica]
- Cassirer, Ernst (1968) *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México. Fondo de Cultura Económica.
- Collins, Randall (1996) *Cuatro tradiciones sociológicas*, México. UAM-I
- Concurf, Philipe “Figuras de la individualidad: De Marx a las sociologías contemporáneas. Entre clarificaciones científicas y antropologías filosóficas” en *Cultura y representaciones sociales* Número 4, año 2, marzo de 2008, pp. 9 – 41 [edición electrónica]
- Dumont, Louis (1987) *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid. Alianza editorial
- Durkheim, Emilio (1995 a) *Las formas elementales de la vida religiosa*. México. Ediciones Coyoacán
- _____ (1995 b) *La división del trabajo social*, México. Ediciones Coyoacán
- _____ (1995 c) *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el derecho*, México. Quinto Sol
- Elias, Norbert (1987) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, FCE
- _____ (1990) *La sociedad de los individuos*, Barcelona. Península
- Gadamer, Hans (2001) *El giro hermenéutico*, Madrid. Cátedra
- García, Blanco José M. “Industrialización, capitalismo y racionalidad en Max Weber” en: *Revista de investigaciones sociológicas*, número 35, julio-septiembre 1986, pp. 81-87. [Edición electrónica]
- Giddens, Anthony (1995a) *Modernidad e identidad del yo. El yo en la época contemporánea*. Barcelona, península.
- _____ (1995b) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires. Amorrortu.

- _____ (1998) *El capitalismo y la moderna teoría social. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Weber*, Barcelona. Idea Books
- _____ (1998) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid. Ediciones cátedra S. A.
- _____ (1994) *Consecuencias de la modernidad*, Madrid. Alianza editorial.
- Gil, Antón Manuel “Max Weber: el valor de las preguntas” en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 93-114.
- Gil, Villegas M. Francisco (2000) “EL concepto de racionalidad en Max Weber” en Trueba, A. Carmen (Comp.) *Racionalidad: Lenguaje, argumentación y acción*. México. UAM-I/Plaza y Valdés.
- _____ “Una propuesta teórica alternativa a la interpretación de Max Weber por parte de Jürgen Habermas” en *Estudios sociológicos*, Vol. XXIII, Número 1. Enero-abril 1995. pp. 3-41.
- _____ “Max Weber y Georg Simmel” en *Sociológica*, año 1, número 1, primavera 1986. [Edición electrónica]
- _____ “Cien años de debate en torno a la tesis weberiana sobre la ética protestante” en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 137-169
- Giner, Salvador (coord.) (2003) *Teoría sociológica moderna*, Barcelona Ariel
- Girola, Lidia y Olvera, Margarita (coords). (2007) *Modernidades. Narrativas, mitos e imaginarios*, Barcelona, Anthropos, UAM-A
- Girola, Lidia (2005) *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. México, Antropos / UAM-A
- Gobernado, Rafael “Individualismo y colectivismo en el análisis sociológico” en *Revista de Investigaciones Sociológicas*, número 85, enero-marzo de 1999. pp. 9-25. [Edición electrónica]
- González, José M^a. “Las herencias de Kant y de Goethe en el pensamiento de Max Weber” en: *Revista de investigaciones sociológicas*, número 43, julio-septiembre 1988, pp. 22-43. [Edición electrónica]

- González, José “Max Weber y Georg Simmel ¿dos teorías sociológicas de la modernidad?” en *Revista de investigaciones sociológicas*, número 89, enero-marzo 2000, pp. 73-95. [Edición electrónica]
- Guitián, Margarita y Zabłudovsky, Gina (2003) *Sociología y modernidad tardía. Entre la tradición y los nuevos retos*. México, Juan Pablos Editores / UNAM.
- Habermas, Jürgen (2005 a) *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social* T. I, México. Taurus
- _____ (2005 b) *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista* T. II, México. Taurus.
- _____ (1989) *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*, Madrid. Taurus.
- _____ “La conciencia del tiempo de la modernidad y su necesidad de autoconvencimiento” en *Sociológica*, Año 3. Número 7 - 8. Mayo – diciembre de 1988 [Edición electrónica]
- Hennis, Wilhelm “El problema central en Max Weber” en: *Revista de estudios políticos*, núm. 33, mayo-junio 1983, pp. 49-101. [edición electrónica]
- _____ “La fundamentación espiritualista de la <<sociología comprensiva>> de Max Weber” en *Revista de Estudios Políticos*, número 92, abril-junio de 1992. pp. 9-32. [Edición electrónica]
- Hernández, Prado José (2005) *Epistemología y sentido común*, México. UAM-A.
- _____ “Sobre la relación entre sujeto moral y actividad política en Max Weber” en: *Sociológica*, México, UAM-A, número 6, primavera 1988, pp. 1-10 [Edición electrónica]
- Ikegami, Eiko (2007) “La domesticación del Samurai: Individualismo honorífico y racionalización social en el Japón moderno” en: Josetxo, Beriain y Aguiluz, Maya (editores) *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona. Antropos.
- Kalberg, Stephen (2008) *Max Weber: dimensiones fundamentales de su obra*, Buenos Aires. Prometeo libros
- _____ “La autonomía dinámica de las ideas y el origen de las religiones de salvación en el pensamiento de Max Weber” en *Estudios*

sociológicos, México, El Colegio de México, número 80, mayo-agosto 2009. pp. 349- 392.

- _____ “¿Es el mundo moderno una monolítica jaula de hierro? Aprovechando a Max Weber para caracterizar la actual dinámica interna de la cultura política norteamericana en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 173-195.
- Kant, Emanuel (1972) *Crítica de la razón pura*, México. Editorial Porrúa.
- Kuhn, Thomas S. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*, México. Fondo de cultura económica.
- Lakatos, Imre (1989) *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid. Alianza Editorial
- Lipovetsky, Gilles (2005) *El crepúsculo del deber*, Barcelona. Anagrama
- _____ (2006) *La era del vacío*, Barcelona. Anagrama
- _____ (2007) *Tiempos hipermodernos*, Barcelona. Anagrama
- Löwith, Karl (2007) *Max Weber y Karl Marx*. Barcelona. Gedisa.
- Lukes, Steven (1975) *El individualismo*, Barcelona. Península.
- _____ (1977) *Essays in social theory*, Nueva York. Columbia University Press
- Merton, Robert (1995) *Teoría y estructuras sociales*, México. F. C. E.
- Mitzman, Arthur (1976) *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid. Alianza editorial.
- Nietzsche, Friedrich (1997) *La genealogía de la moral*, Madrid. Alianza editorial
- Núñez, Cruz Maribel (2008) *La tradición hermenéutica en la sociología contemporánea*, México. Tecnológico de Monterrey Campus Estado de México/Miguel Ángel Porrúa
- Olvera, Margarita, “Modernidad y cambio conceptual en la sociología” en: Guitián, Margarita y Zabudovsky, Gina (2003) *Sociología y modernidad tardía. Entre la tradición y los nuevos retos*. México, Juan Pablos Editores / UNAM.
- Páez, Díaz de León Laura (editora) (2001) *La teoría sociológica de Max Weber. Ensayos y textos*, México. ENEP Acatlán.

- Pérez, Franco María Lilia “La noción de ‘espíritu’ en las sociologías de Wernert Sombart y Max Weber” en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 27-59
- Pérez, Ransanz Ana Rosa, “Kuhn frente al dualismo metodológico” en *Acta sociológica*, México, Facultad de ciencias políticas y sociales UNAM, número 19, enero-abril 1997 pp. 21-35
- Popper, Karl R. (1983) *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*, Barcelona. Paidós.
- Ramos, Lara Eleazar (2000) *Racionalidad y desencantamiento del mundo en Max Weber*, México. UAM-I/Mc. Graw Hill.
- Ritzer, George (2005) *Teoría sociológica clásica*. Madrid. Mc. Graw-Hill
- _____ (2005) *Teoría sociológica moderna*. Madrid. Mc Graw Hill
- Ruano, De la fuente Yolanda (1996) *Racionalidad y conciencia trágica. La modernidad según Max Weber*. Madrid. Editorial Trota.
- _____ (2001) *La libertad como destino. El sujeto moderno en Max Weber*, Madrid. Biblioteca nueva
- _____ (1999) “Cristianización de la existencia y modernidad occidental. Sobre la genealogía del sujeto moderno en Max Weber” en *ISEGORIA: Revista de filosofía moral y política*. Núm. 20, 1999. pp. 89-114.
[edición electrónica]
- Simmel Georg, (1986) *Sociología. 2. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid. Alianza Editorial
- Turner, Johnathan (1991) “Sociological theory. Diversity and disagreement” en: Turner, J. *The structure of social theory*, California. Wadsworth Publishing.
- Wallerstein, Immanuel “El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social” en Briceño, Roberto y R. Sontag, Heinz (1999) *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Caracas, Nueva Sociedad
- Weber, Marianne (1995) *Biografía de Max Weber*, México. Fondo de Cultura Económica
- Weber, Max (2003) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, edición crítica y comentada de Francisco Gil Villegas, México, F.C.E.

- _____ (2008) *Escritos Políticos*, Madrid. Alianza editorial
- _____ (1964) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México. F. C. E.
- _____ (1973) *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires. Amorrortu.
- _____ (1998) *El político y el científico*, Madrid. Alianza Editorial
- _____ (1942) *Historia económica general*, México. F. C. E.
- _____ (2000) *Sociología de la religión*, México. Colofón S. A.
- _____ (1982) "La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del este del Elba. Visión general" en: *Revista de investigaciones sociológicas*, núm. 49, enero-marzo 1990, pp. 233-255 [edición electrónica]
- Zabłudobsky, Gina (1995) "Teoría y metodología en las ciencias sociales contemporáneas" en: *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo*. México. UNAM/Miguel Ángel Porrúa editores.
- _____ (coord.) (2007) *Sociología y cambio conceptual*. México, Siglo XXI / UAM-A / UNAM
- _____ "La conceptualización de los intelectuales en el pensamiento de Max Weber" en *Sociológica*, México, UAM-A, número 59, septiembre-diciembre 2005. pp. 115-135